This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/

Google

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 812,868

PROPERTY OF
University of
Michigan
Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

ENSAYOS

DE CRÍTICA Y DE FILOSOFÍA

ENSAYOS

DE

CRÍTICA Y DE FILOSOFÍA

POR

URBANO GONZALEZ SERRANO

MADRID
AURELIO J. ALARIA, IMPRESOR
Estrella, 15 y Cueva, 12
1881

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Estudio sobre los principios de la Moral con relacion á la Doctrina positivista. Madrid 1881. Folleto de 112 páginas.

Elementos de Lógica. Madrid 1874. Un tomo en 8.º menor de 384 páginas.

Elementos de Etica, en colaboracion con D. Manuel de la Revilla. Un tomo en 8.º menor de 208 páginas.

Estudios de Moral y de Filosofía. Madrid 1875. Un tomo en 8.º de 342 páginas.

Gœthe. Ensayos críticos. Madrid 1879. Un tomo en 4.º español prolongado de 244 páginas.

La Psicología contemporánea. Exámen crítico de las opiniones y tendencias más extendidas y autorizadas entre los modernos psicólogos sobre la ciencia del alma. Madrid 1880. Un folleto de 76 páginas.

Manual de Psicología. Madrid 1880. Un tomo en 8.º de 200 páginas.

B
4568
.G643

EN PRENSA

Manual de Lógica, segunda edicion, grandemente refundida y corregida de los *Elementos de Lógica* del mismo autor.

27692-176

ÍNDICE

I

ENSAYOS FILOSÓFICOS

Páginas.

La Filosofía en su Historia.......................... 1
Consideraciones sobre el arte y la poesía............. 55
El carácter.. 103
El Naturalismo contemporáneo. Lo orgánico y lo inorgánico.. 119
¿Existe filosofía popular?.......................... 163

II

ENSAYOS DE CRÍTICA BIBLIOGRAFICA

El movimiento intelectual en Alemania, por D. José del Perojo.. 179
Doña Perfecta, novela de Perez Galdós............... 201
El Materialismo contemporáneo, de P. Janet, traducido con una introduccion, por D. M. Arés............. 207
Elementos de Psicologia, por D. Antonio Lopez Muñoz. 213
Lecciones sumarias de Psicologia, por D. Francisco Giner (2.ª edicion)............................. 233
Análisis del pensamiento racional, por D. Julian Sanz del Rio.. 245
Gœthe: *Wilhelm Meister*, version castellana de José de Fuentes.. 258
Prolegómenos de Historia Universal, por el Dr. Don Francisco José Barnés.......................... 263

I

ENSAYOS FILOSÓFICOS

LA FILOSOFÍA EN SU HISTORIA

INTRODUCCION.—Utilidad é interés de este estudio.—I. Idea de la Historia de la Filosofía.—II. Rápido bosquejo del carácter general de la Filosofía en su Historia.—III. Criterio, que debe seguirse, para juzgar la Historia de la Filosofía.—IV. Exámen del estado actual del pensamiento filosófico: «la ley de la evolucion y la relatividad del conocimiento» como principios comunes á las modernas escuelas filosóficas.—V. Carácter que ofrece al presente el problema filosófico.

INTRODUCCION

Prueban la complejidad de la cultura moderna las tendencias bien manifiestas en todo estudio de aspirar á unir los resultados de trabajos anteriores con los que al presente se obtienen. Parece que la conciencia atraviesa hoy un estado, en que, pretendiendo descansar de la vertiginosa marcha que prosigue, anhela recapitular los frutos fragmentarios, que de sus contínuos trabajos recoge, para entrar en cuentas consigo misma y proseguir útilmente la fecundísima tarea de esparcir y dilatar su ansiosa mirada por todos los ámbitos de este indefinido horizonte, que constituye el humano saber.

Tiempos revueltos (quizás áun más para el individuo que para la sociedad) los presentes invitan con cierta seductora esperanza al espíritu humano á una labor profunda, en la cual se intenta por lo ménos reedificar por completo pensamiento y vida, merced al poderoso yunque que todo lo examina y trae á ley de contraste la reflexion humana. ¡Cuán difícil es hoy producir sistemáticamente el pensamiento, viciado en todas sus manifestaciones de contradictorios arreglos y parciales sincre-

tismos; cuán grave es en la hora que corre cumplir con integridad el destino humano, solicitado en las más encontradas direcciones por sirenas engañosas, que despiertan las humanas flaquezas en el grado en que adormecen las viriles energías del alma! Es que la individualidad humana vá siendo el poderoso factor en todo; es que la reflexion, arma invencible, cuesta mucho ser esgrimida; es, por último, que la penumbra no acaba de desaparecer del mundo moral, porque aún camina el libre exámen hácia su tierra de promision, hácia principios fijos y criterio cierto en que fundar la realidad de sus ideas y la moralidad de sus actos.

Ante dificultades tan generales por su extension y tan extremas por las consecuencias en ellas implícitas, la conciencia humana solicita, cual viajero molestado por la prolongacion indefinida de las distancias, un momento de reposo para volver la vista atrás, examinar el camino recorrido y presentir en parte el que falta por recorrer. Presume fundadamente el espíritu humano, cuando padece esta especie de obsesion de lo histórico, que pende la fecundidad de la hora presente, de que se halla ésta llena del pasado y preñada del porvenir, segun la feliz expresion de Leibniz.

Reconocer la plenitud del pasado en el presente para poder entrever algo del denso velo que encubre el porvenir, es la tendencia marcadísima de la conciencia actual, cuando surje en su seno el insaciable deseo de conocer cuanto ha efectuado y cumplido en todas las esferas de la actividad. ¿Qué extraño será, por tanto, que sienta el espíritu cierto recrudecimiento de deseo de conocer lo pasado? A ello contribuye tambien en gran parte este instinto latente en todos de indagar el génesis primordial de todo elemento de vida, simplificando cada vez más todo género de análisis y aspirando incesantemente á descubrir el orígen puro de toda idea en su primera manifestacion.

Si el pensamiento es la luz de la vida humana, si la idea es la norma de nuestra conducta, si, en una palabra, obramos

segun conocemos, fácil será comprender cuánto interesa la ciencia del pensamiento y de la idea en esta indeterminada ebullicion de la actividad individual.

Asombra y maravilla el espectáculo que ofrece hoy el pensamiento humano, que, al dar pruebas, en ocasiones tal vez excesivas, del soberano imperio de la inspiracion individual, más se vá preciando en estos tiempos de lo nuevo y peregrino que de lo real y verdadero, urgiendo más que nunca recabar los fueros legítimos de la verdad, fundir de nuevo los severos títulos que tiene á nuestra consideracion y reconocer su abolengo, declarado implícitamente en las manifestaciones del pensamiento desde sus primeros comienzos. Para llevar á cumplido término obra tan meritoria y en el fondo tan bien ideada, reconstruye cada ciencia de por sí su propia vida, forma su historia, aspira á entrar en cuentas consigo y á establecer el punto de conjuncion que ha de servirla de tránsito para sus ulteriores manifestaciones.

Ya que la experiencia, con la majestuosa autoridad de que se reviste en estos dias, repite constantemente que la vida, y más que la vida la realidad, es contínuo progreso é incesante evolucion; ya que las observaciones modernas nos acostumbran á desentrañar la complexion de lo fenomenal explicando su situacion, gracias á estados anteriores y á cambios sucesivos; ya que, por último, la sistematizacion y la regularidad van siendo los únicos diques que no salva impunemente la inquieta reflexion individual, estudiemos el pensamiento humano en sus anteriores manifestaciones, examinemos la *Filosofía en su Historia* y tratemos de explicarnos la infinita complexion que ofrece en sus múltiples aspectos el prisma de la inteligencia humana, merced al conocimiento que nos ofrecen sus contínuos cambios, sus constantes evoluciones y sus innegables progresos.

Aun circunscrita á *ser un hecho exclusivamente biológico*, habrá que confesar que la Filosofía sigue en su aparicion, continúa en su desarrollo y observa en sus progresos y decaden-

cias leyes cuyo conocimiento es obligado, y principios cuya observacion es inexcusable. No cabe seguramente dentro de los moldes estrechos de una regularidad siempre uniforme la nativa espontaneidad del pensamiento, cuyas manifestaciones, si siguen principios fijos, educen de su propio fondo virtualidades capaces de rehacer en momentos dados toda la obra cumplida y áun de entrever toda la que resta por cumplir. Pero importa, ante todo, el conocimiento de la historia del pensamiento para oponer autorizadas razones contra los que pretenden cerrar ya el ciclo de su movimiento, señalando períodos para siempre concluidos á la inagotable fecundidad de lo que aún queda por pensar y conocer.

Es en verdad el pensamiento orgánico, pues lo muestra su historia; pero nunca determinan sus manifestaciones tránsitos infecundos á lo inorgánico y á lo estadizo, ántes bien exige la indefinida complexion de lo cognoscible ser estudiado en todos sus modos, con ámplias miras, segun graduales y progresivos aspectos, y por medios cada vez ménos exclusivos y á cada momento más extensos. Siempre han sido, y áun seguirán siendo, al ménos en las ordinarias condiciones de la existencia humana, la intension y la extension los ejes centrales de la inteligencia, constituidos aparentemente en una relativa contradiccion; pero destinados en definitiva á un concierto superior que cada dia presiente más claramente la conciencia del hombre, siquiera su consecucion definitiva sea un deseo cuyo término no es dado ni áun anunciar.

Cuando se dá, pues, por concluida la ciencia del pensamiento y de la idea; cuando se combaten á cada paso los legítimos derechos de la inteligencia á constituir por sí objeto de conocimiento, suponiendo que lo científico es lo contrario de lo filosófico, ó se desconoce la verdadera índole del problema capital que debate al presente el espíritu humano, ó se olvida la ley del progreso que rige ésta como toda manifestacion de la vida.

Que la indefinida y admirable extension de los conocimien-

tos aportados á la cultura social por la observacion encuentra diques y obstáculos dentro de la intension estrecha hasta hoy concedida al pensamiento por la especulacion; que los hechos, áun siendo tales, y las experiencias, sin perder su carácter, ofrecen jugos más fructíferos á la existencia y punto de mira más elevado que las especulaciones; que, por último, enervan los formalismos del pensamiento las fuerzas espontáneas del espíritu, son males cuya gravedad no estamos léjos de reconocer; pero en ello pretendemos descubrir caractéres de nuevo renacimiento y progreso, de mayor severidad y concision para el pensamiento, cuya ciencia atraviesa en los tiempos que corren una laboriosa crísis que hemos de poner de relieve, creyendo servir con esto á los fueros de la verdad y á la severa circunspeccion que necesita el espíritu para navegar, sin más brújula que su propia reflexion, por este mar insondable que constituye el inapreciable caudal del saber humano.

Para que marche acompasadamente con el maravilloso adelantamiento de la extension de los conocimientos la intension que precisa dar el espíritu á su pensar; para que podamos conocer exactamente los caractéres más importantes del estado actual del pensamiento, que es una secuela inevitable de todos sus anteriores estados; y para que se pueda, finalmente, fiar con alguna autoridad, la de la reflexion propia, en los destinos futuros del pensamiento mismo, pretendemos estudiar la *Filosofía en su Historia*, observar el pensamiento en sus manifestaciones y tratar en ellas de descubrir algun rasgo general, perenne, que resista á las veleidades de la opinion individual y que tenga su base y asiento en algo, que ni envejece, ni acaba, sinó que subsiste en medio de todo cambio, prestando condiciones de nueva existencia y de progresiva reforma á la indagacion de la verdad y de los fundamentos de su certeza.

I

La Historia de la Filosofía exige, si ha de ser estudiada con carácter científico, que se conozcan y observen sus constantes manifestaciones en el tiempo, regidas por principios que subsisten y permanecen á través de los múltiples cambios que supone cada una de las apariciones de los sistemas filosóficos. Si tienen éstos, como no pueden ménos, precedentes que recogen y condensan con excesivo celo, producen tambien consecuencias inevitables, que se enlazan en último término con los estados sucesivos del pensamiento. Señalar los primeros sin olvidar las segundas para dar relieve al carácter orgánico, que, en medio de la libertad del espíritu, reviste el pensamiento, nos parece que es una de las más elementales é imprescindibles condiciones que requiere toda consideracion científica de la Filosofía en su Historia.

La Historia de la Filosofía, cuya importancia fuera inútil encarecer, no constituye una excepcion dentro de la ley que parece presidir á todo el movimiento de la cultura moderna. Ha sufrido ésta tan profundas conmociones, que se halla necesitada en todos los ramos del saber de cierta fundamentacion que la libre del espíritu crítico de los tiempos presentes. El conocimiento de la Historia de la Filosofía, que supone principios merced á los cuales pueda hacerse el juicio de las manifestaciones sucesivas del pensamiento, requiere tambien ciertas condiciones prévias, que son indispensables para poder descubrir en la evolucion del pensamiento humano el carácter científico que ha de hacer fecundo este estudio.

Es sin duda una de las primeras condiciones del historiador es la imparcialidad; y es este requisito quizá más que para ningun otro estudio para el de la Historia de la Filosofía por todo extremo obligatorio. Penetrar en la historia del pensamiento con un criterio ya formado ó aspirar á que se subordinen á las miras de una teoría preconcebida los sistemas filosóficos, es

declinar necesariamente en una ilusion indescifrable, en virtud de la cual obligamos á los pensadores, en la interpretacion de sus doctrinas, á decir lo que mejor cuadre con nuestra teoría, cuando es preciso penetrar en su verdadero sentido y no atribuir á los filósofos más que lo que hayan pensado ó lo que se halle implícito en sus sistemas. Por tales razones, interesa que á igual distancia del antiguo escolasticismo, que limitaba la especulacion á juegos ingeniosos de palabra, y de las modernas escuelas positivistas, al presente empeñadas en negar todo principio ontológico, se estudie el pensamiento filosófico como un hecho, que, aparte su influencia capital en la sociedad y en la historia, aparece, se conserva y se desarrolla segun leyes y principios fijos, siquiera revistan caractéres homogéneos á los del espíritu, es decir, que sean principios flexibles en medio de su rigor lógico, espontáneos en su primera aparicion, reflexivos en su ulterior desarrollo, complejos en sus múltiples aplicaciones y armónicos entre sí, en último término, en el concierto general de la historia.

Si, segun hemos dicho, todo hecho capital de la Historia de la Filosofía tiene sus precedentes y consiguientes naturales, sin que la continuidad racional de la vida del pensamiento quede nunca contradicha en medio de la inagotable espontaneidad con que el espíritu pone los múltiples términos de los problemas que su reflexion le sugiere, es indispensable estudiar los sistemas filosóficos en el principio que dá orígen á su nacimiento, en la fuente del conocimiento ó en el criterio. Tiende todo criterio filosófico, por ley inherente al conocimiento humano, á la *indagacion de un principio de certeza,* en virtud del cual se afirme por reflexion propia que existe unidad real entre el ser y el conocer, condicion con la cual adquiere el espíritu garantía bastante para asentar en sólidos cimientos la realidad de la verdad. De suerte que el pensamiento filosófico, cuya naturaleza, como hecho de la vida, reside en la reflexion propia, exige además garantía de certeza para afirmar, no por obra del sujeto, sinó en virtud de la realidad misma de lo cognoscible,

la conformidad esencial del pensamiento con lo pensado. Que tal conformidad debe ser conocida por el sujeto y hallada como fundada en la realidad de lo pensado, es evidente; pero no lo es ménos la imprescindible necesidad en que se halla el que conoce de procurar recibir y *ver* (no idear) la realidad que ofrece lo pensado como cognoscible. Estas consideraciones explican suficientemente el carácter crítico de toda la filosofía, principalmente consagrada á examinar con minuciosa discrecion las fuentes y poderes de conocer en el sujeto, poniéndolas en relacion con la presencia de lo cognoscible é indicando de un modo implícito que la *composicion esencial* en el conocimiento de la presencia del objeto con su percepcion por el que conoce, requiere, ante todo, un principio de unidad, superior á los términos mismos, para que tal fin sea cumplido. De tal suerte puede ser juzgada, nó de otro modo, la Historia de la Filosofía como la série sistemática de esfuerzos reflexivos, llevados á cabo por la conciencia racional del hombre para saberse del principio en virtud del cual se ha de hallar la *unidad* del *ser* y del *conocer*, único testimonio posible de verdad. Examinando á la luz de este criterio los sistemas filosóficos, estimando sus naturales consecuencias y descubriendo en todos ellos su aspiracion (ya latente, ya implícita) á formar conciencia de tal principio, se ofrece la Historia de la Filosofía como objeto de conocimiento y de ciencia, donde puede señalarse y legitimarse, ante el soberano imperio de la Razon y sin eclecticismo siempre funesto, la constitucion de los sistemas filosóficos y la necesidad de romper siempre moldes estrechos y afirmar la libertad del pensamiento en sus constantes esfuerzos para alcanzar la obra mencionada.

Si no se estudia de este modo la Historia de la Filosofía; si no se observa la justificacion histórica con que aparecen los hechos del pensamiento, instantes imprescindibles de la contínua evolucion de la inteligencia humana, la enseñanza que se desprenda del conocimiento de la Historia de la Filosofía satisfará cumplidamente la curiosidad pueril del espíritu y áun

llegará á seducir por tiempo el afan de la erudicion; pero el resultado final será convertirla en *escuela del escepticismo*, que enerve las nativas facultades del espíritu humano y ahogue en gérmen sus más preciados frutos.

La aspiracion de la inteligencia humana á emanciparse por grados de criterios parciales, convirtiendo su atencion *al hombre interior* de que hablaba San Agustin; el movimiento constante del espíritu á *dilatar* su escrutadora mirada en el espacioso horizonte de la realidad, sin dejar por esto de *condensar* todos los resultados obtenidos mediante la reflexion propia; el insaciable deseo del saber, consagrado á hallar, mediante libre reflexion, principio á que subordinar todo el contenido de la humana cultura; y el afan (que sirve de génesis á la aparicion incesante de las escuelas y á la sucesiva desaparicion de las teorías) de hallar, en último término, un sistema de ideas que corresponda con el organismo de las cosas: tales son, en suma, los caractéres que pretendemos descubrir y creemos que descubrirá todo aquel que desapasionadamente consulte la historia del pensamiento, en la cual se producen desprendimientos generales, hechos de tan capital importancia, que constituyen por sí ó *estados verdaderamente sincréticos*, en que el espíritu desea recoger con religiosa escrupulosidad toda la herencia legada por generaciones anteriores, ó *estados completamente críticos*, en los cuales desea el hombre elaborar su pensamiento en vista de su historia, iniciando en ella, sin embargo, nuevos y más complejos derroteros.

Sincretismos por grados más ámplios y extensos y crísis cada vez más profundas y laboriosas son los caractéres más salientes que ofrece en sus horas solemnes la historia del pensamiento. Miéntras en los primeros la reconstruccion se impone á toda manifestacion de la actividad intelectual, en las segundas la indagacion, el prurito de la originalidad absorbe por completo la atencion. En este doble movimiento, de cuya influencia, á la larga benéfica, no se libra casi nadie, subsiste eternamente el mismo fondo del problema, siquiera sus nue-

vos aspectos y la ina preciable riqueza de saber que aporta la cultura general, como señales evidentes de la ley del progreso, hagan aparecer al pensamiento con cierta novedad.

II

Como la intencion que nos mueve en este estudio consiste en recoger (hasta donde alcance el límite, bien grande por cierto, de las fuerzas propias) el mayor número posible de elementos y bases para conocer y juzgar el estado actual del problema filosófico; como á nuestro fin basta indicar consideraciones generales, sin penetrar en una obra para la que nos declaramos incompetentes, entendemos que será suficiente mostrar en rápida ojeada los caractéres generales que revela la Filosofía en su Historia, como precedentes inexcusables del juicio que pretendemos formular respecto á los términos á que se halla circunscrito en nuestros dias el problema filosófico.

Suponemos, pues, constituida la Historia de la Filosofía, aunque no desconocemos que es obra cuya formacion completa requiere prolijas observaciones, gran suma de erudicion y un criterio firme y seguro; pero limitamos nuestro trabajo á más modestos límites y nos contentamos con enunciar las señales que dan tono y carácter á los estados más capitales y fecundos del pensamiento en las distintas épocas de su historia.

Aunque no abundan hasta hoy los datos, pues los inestimables trabajos de los orientalistas están actualmente comenzando á dar sus frutos para conocer la historia del pensamiento en aquella region semi-legendaria, conforman casi todos los críticos al exponer el carácter de la Filosofía *oriental*. Principalmente intuitivo y mezclado con las concepciones teológicas, ofrece el pensamiento filosófico en el Oriente puestos como en gérmen todos los términos del problema científico, que más tarde se han de ir desarrollando. Al carecer la Filoso-

fía oriental del carácter reflexivo, que dá movilidad al espíritu y que condiciona el progreso del pensamiento, se incapacita para dar solucion al problema de la verdad y se estaciona en la absorcion completa de la individualidad en lo absoluto, sin que, aparte del interés histórico y del exámen genealógico de los sistemas en su relacion característica con las razas, alcancen áun los más adelantados trabajos de los orientalistas á poder mostrar que en aquel país y en los primitivos tiempos lográra adquirir la Filosofía una utilidad práctica de que ha de carecer siempre por su índole especial. La Filosofía del Oriente, si asciende por virtud de la intuicion á las más altas concepciones de la realidad, tiene un carácter irreflexivo é insistemático, que le obliga á olvidarse casi siempre de la individualidad del que piensa, y por tanto de la base inmediata de todo principio ontológico, de lo cual dimana la frecuencia con que aparece el panteismo en todos los sistemas filosóficos.

Revela tambien la consideracion general de la Filosofía en el Oriente el carácter genial de las dos razas, que representan en su historia y áun en la cristiano-europea los elementos principales de la vida social y áun individual. Omnipotente el sentimiento, con especialidad el religioso en la raza semita, carecen casi por completo de reflexion todas sus concepciones que, severas en su formacion y desarrollo, no se prestan á la flexible ductilidad que requieren todos los sincretismos intentados y realizados entre la cultura oriental y occidental en la vida universal, traduciéndose en todo tiempo semejante antítesis del pensamiento en luchas inacabables en la historia entre los semitas y el Occidente. Si los ários están dotados de un gran poder de intuicion, no son ni por genio ni por carácter repulsivos á la reflexion, admiten desenvolvimiento y desarrollo de sus primeras concepciones, de sus más confusas ideas, y siendo verdaderos padres de la primera cultura helénica, conservan elemento suficiente para determinar en lo ulterior síntesis sucesivamente más comprensivas con el Occidente, en

virtud de las cuales se elaboran en distintas épocas de la historia criterios cada vez más ámplios de pensamiento y principios gradualmente superiores para regir la vida toda.

Envuelta en los misterios, con referencias oscurísimas á distintos pueblos del Oriente é influida por elementos ya más determinantes y activos á la vez que susceptible de una mayor individualizacion, aparece en Grecia la reflexion filosófica, que si tiende á desenvolver los gérmenes implícitos en la Filosofía oriental, inquiere tambien desde un principio con mayor ahinco un método, en virtud del cual puede determinar más tarde y áun hace encarnar en toda la vida su concepcion religiosa del *politeismo*. Llena de variedad á cada paso movible, siquiera tenga siempre carácter reflexivo; acompañada de una libre idealidad sin límite, que revela el poderoso influjo de la imaginacion en la razon, de cuyo divino consorcio habia de nacer la plasticidad severa de la *belleza clásica*, produce Grecia sus sistemas filosóficos con una mayor determinacion que la que se nota en los del Oriente, con una individualizacion, que brota espontánea del genio helénico, y con una libertad que no tiene más trabas que las de no blasfemar de las divinidades del politeismo ni revelar el fondo de sus misterios. Alcanza tiempos la floreciente y culta vida de Grecia, en los que el politeismo, dominado por el vicio de todas las religiones positivas, incapaz para dirigir la conducta moral de los hombres, útil si acaso para inspirar al genio poético de los griegos sus más bellas creaciones, aspira en su intolerancia á poner freno y valladar á la conciencia más pura que han conocido las edades.

Víctima Sócrates del fanatismo religioso, cuando nó de las envidias y pasiones políticas, muere como el primer mártir de la libertad del pensamiento, lográndose así asentar de una vez para siempre la soberanía del espíritu para proponer y resolver todos los problemas pertinentes á la verdad segun se los ofrece exclusivamente su atencion reflexiva. Sin entrar en la prolija é importantísima cuestion que los eruditos

é historiadores debaten para averiguar los verdaderos elementos primarios de la cultura helénica, como para inquirir las influencias egipcias ó árias que laten en el fondo de los misterios helénicos, hay que dividir la Filosofía griega en tres períodos, poniendo por límite al primero llamado de *formacion* y *crecimiento* la aparicion de Sócrates; comprendiendo en el segundo, que es sin duda el más importante, todas las escuelas socráticas que fieles al fin principal de la enseñanza del maestro aspiran á fundar todo el pensamiento filosófico en la conciencia humana; y estimando, por último, como tercer período el que comienza con las doctrinas de Zenon y de Epicuro para terminar en el Escepticismo. Es sin duda este último período señal evidente y clara de la falta de virilidad y reflexion del espíritu helénico y tambien signo de decadencia de la filosofía; pero como es ley de la vida general, lo mismo que de la del pensamiento, que los signos de decadencia y muerte lleven en el fondo impenetrable de su aparicion nuevos gérmenes que hagan posible penetrar más profundamente en las brumas de la vida, es necesario considerar este período, teniendo en cuenta que sirve de punto de transicion de la Filosofía griega á la alejandrina, y que si señala la muerte del pensamiento helénico, indica á la vez su reaparicion con más ricos y complejos elementos, de donde ha de salir más tarde, gracias á una laboriosa gestacion debida al sincretismo greco-oriental, el pensamiento filosófico con virtualidad suficiente para informar el dogma religioso del Cristianismo, y preparar la catolizacion del mundo, ideal de toda una edad de la Historia.

Sigue después la *Filosofía Cristiana*.—Condensada toda la sávia de la civilizacion helénica en los principios trascendentales de las dos escuelas socráticas más importantes, la platónica y la aristotélica; conducida esta poderosa sávia al Oriente merced á la providencial conquista del Asia, llevada á cabo por Alejandro Magno, quedaban, segun ya hemos dicho, echadas las bases para preparar un consorcio del espíritu ário con el

semita, del cual naciera más tarde el principio de vida que ha de animar por siglos á la nueva humanidad. Aparece entónces el Cristianismo, que si nace en el seno de la Judea, se informa después en lo que tiene de *hecho de vida* al calor de la cultura helénica. De esta suerte se descubre hoy en el Cristianismo por Havet y otros el predominio del elemento helénico, conformando con lo declarado por distintos Padres de la Iglesia, que reconocieron desde un principio á Sócrates, Platon y Aristóteles como precursores del Cristianismo. *La Filosofía de los Padres de la Iglesia*, que tiende principalmente á determinar el dogma, á purgarle de herejías y á hacerle cada vez más viable con el fin de educar y catolizar los pueblos bárbaros, necesita principalmente especulaciones ontológicas que expliquen la idea del *Verbo* como el mediador divino; exige altas y superiores concepciones que dispongan y preparen la conciencia religiosa para una reforma completa de la conciencia moral, y requiere, por último, incrustar en los dogmas del Cristianismo todas aquellas divinas armonías que ya indicaba Platon en su sistema de las ideas. La *Filosofía Escolástica*, que aparece después del triunfo completo de la fé, cuando ya es un hecho la conversion de los pueblos bárbaros, aspira á dar *uniformidad* á este poderoso ejército de almas creyentes; pretende *catolizar* el mundo, universalizar la creencia, evitar que ésta sufra menoscabo abandonada á una idealidad movible; quiere que el pensamiento y la vida se constituyan como un organismo en el cual no disuene ninguno de los elementos componentes destinados á un concierto siempre uniforme. Con tales miras y con semejantes pretensiones, la Filosofía Escolástica abandona la doctrina ontológica de Platon en igual grado que se entrega y consagra al pensamiento formalista de Aristóteles.

Como puede notarse, la Filosofía Cristiana en sus dos períodos, el de los Padres de la Iglesia y el de la Escolástica, reconoce como fuente de sus concepciones el platonismo y el aristotelismo, siquiera hayan existido en ella genios superiores

como el de Santo Tomás, que aleccionado por su maestro Alberto el Magno y elevándose sobre la preocupacion general de considerar los dos discípulos de Sócrates como inteligencias antitéticas, se esforzó por traer ambas direcciones del pensamiento á una síntesis más comprensiva al dar solucion al debatido problema de los Universales.

Así se determinan y producen, segun hemos dicho, desde la aparicion de las primeras escuelas filosóficas en Grecia sincretismos parciales, cuyo contenido fecunda la severa y reflexiva disciplina de Sócrates, combatiendo incesantemente contra los sofistas para dar después orígen con su doctrina á las dos direcciones fundamentales que condensan todo el pensamiento helénico, la platónica y aristotélica, que precisando una más ámplia y general conexion con las escuelas imperfectas socráticas, llegan en Alejandría á ser ocasion para un sincretismo más ámplio, como que condensa en su fecundo seno los privilegiados frutos de la civilizacion oriental y de la cultura helénica.

Traen á conveniente sazon los resultados obtenidos por la Filosofía Alejandrina los Padres de la Iglesia, ganosos, en noble emulacion, por incrustar en la vida los fecundos principios del platonismo, al cual sucede más tarde el imperio casi exclusivo de Aristóteles, hasta que el vasto genio de Santo Tomás recuerda de nuevo las olvidadas fuentes platónicas de la Filosofía Cristiana.

Al degenerar después la Escolástica en esfuerzos intelectuales debidos á sutilezas subjetivas; al verse privado de los auxilios poderosos de los filósofos de primer órden, como San Anselmo y Santo Tomás, parecia correr el pensamiento filosófico el grave riesgo de caer de nuevo en el Escepticismo, cuando merced á causas que son por demás complejas, sufre el espíritu una fuerte sacudida, despierta de nuevo á la reflexion, recobra sus fuerzas, descubre y conquista nuevos horizontes lo mismo en lo material que en lo moral, combina todas las tendencias espiritualistas del Cristianismo con las predominan-

tes en aquel tiempo, y prepara la fusion del razonamiento silogístico de la Escolástica con el raciocinio inductivo de Bacon.

Intentar, ya que no conseguir, este concierto, inquiriendo siempre la simplicidad de la inteligencia en medio de lo complejo de sus funciones, y disponer las fuerzas del espíritu por obra de la reflexion para hallar un principio de certeza y evidencia, es el problema que se propone la *Filosofía moderna* (sin romper la continuidad con la antigua Filosofía), que iniciada con igual sentido y direccion por Bacon en las observaciones naturales y por Descartes en las investigaciones del espíritu, llega hasta nosotros en los dias presentes agitando con más fuerza que nunca dicho problema, y mostrando con las incertidumbres del espíritu descontentadizo é inquieto de estos tiempos los dolores y males sociales que no encuentran lenitivo en eclecticismos parciales como el ideado por Leibniz.

La complejidad de la Filosofía moderna vá precedida en su aparicion de un período preparatorio (siglo XV, XVI) correspondiente al conocido en la historia general con el nombre de Renacimiento. La gradual emancipacion del pensamiento de las trabas dogmáticas, consecuencia de la protesta formulada por los Nominalistas, la creciente admiracion á los sistemas filosóficos de la antigüedad y la aspiracion nunca interrumpida á templar las soluciones extremas de los sistemas filosóficos ya producidos, son los caractéres predominantes en dicho período. Obra más que de produccion espontánea de reaparicion semierudita de los sistemas filosóficos antiguos, ni halla ni sistematiza la reflexion filosófica en este período nuevas verdades que iluminen el fondo todavía indeterminado de la conciencia humana. Lo mismo los representantes del platonismo (los Picos de la Mirandola y otros) que los adeptos de la escuela peripatética (Telesio, Campanela y otros), que los que siguen las doctrinas estóicas y epicúreas, se limitan á reproducir los sistemas de la Filosofía antigua, que vienen á ser de esta suerte punto de partida para el progresivo desarrollo del pen-

samiento moderno (1). De esta suerte aparece la Historia de la Filosofía, segun ya hemos dicho, como una obra sistemática, que, estudiada en su conjunto, no puede ofrecer solucion ninguna de continuidad sin contradecir la racionalidad del fin que persigue.

Provisto el espíritu humano, mediante el período preparatorio, de una libre espontaneidad en su reflexion, emancipado por completo de toda influencia extraña, y secularizada en el siglo XVII la obra emprendida, comienza este período por indagar ántes que nada un método para el conocimiento y un principio de certeza para la verdad. Con semejante propósito, siempre latente en las obras de todos los pensadores, pierde la reflexion filosófica la indeterminacion de otros tiempos, logra simplificar y clasificar las funciones intelectuales, asentando desde sus comienzos lo que en último término llegó á ser el resultado final de toda la Filosofía griega, á saber: el problema del conocimiento ha de hallar su solucion ó en las ideas racionales, ó en los hechos sensibles, ó en algo intermediario ó copartícipe de ambos. Es este período importantísimo en la historia del pensamiento, tanto por los puntos de contacto entre sus distintas direcciones, cuanto porque dá carácter definitivo á toda la Filosofía moderna, y sobre todo porque facilita la empresa de Kant, que recoge con gran agudeza de ingenio todos los términos del problema filosófico, hasta el extremo de ser hoy su doctrina punto de partida obligado para todos los pensadores.

Se debe principalmente este fundamental progreso al *Discurso del Método* de Descartes. Para que se vea que no exageramos su trascendencia, sinó que ésta es unánimemente reconocida por todos, trascribimos lo más sustancial de un estudio notabilísimo, como todos los suyos, que sobre dicho Discurso ha publicado el célebre Huxley. Dice este profundo sabio,

(1) La Filosofía de los siglos XV y XVI educa el pensamiento moderno por medio del pensamiento antiguo. Cousin, «Historia de la Filosofía en el siglo XVIII.»

apreciando en su justo valor la obra de Descartes: «La propo»sicion fundamental de este Discurso es que debe existir un ca»mino que nos lleve á la verdad... y para ello hay una regla: »la de no admitir otras proposiciones que aquellas cuya ver»dad es tan clara que no es posible dudar de ellas. Desde este »momento, Descartes consagra la duda, pero la llamada por »Gœthe escepticismo activo, cuyo único fin consiste en con»quistarse á sí mismo, y no la duda procedente de la ligereza y »de la ignorancia, que trata de perpetuarse para servir de ex»cusa á la pereza y á la indiferencia.» Habla después de las consecuencias del cartesianismo y del punto de contacto entre todas sus direcciones, y dice: «Descartes encontró sólo la cer»teza en la conciencia, y el resultado de su manera de ver es »el *Idealismo*, que nos lleva directamente al idealismo crítico »de su gran sucesor Kant. Pero el *Discurso* nos indica otro »camino bien diferente en apariencia y que nos obliga á reco»nocer la corelacion de todos los fenómenos del universo con »la materia y el movimiento (el automatismo y la máquina »corporal); esta doctrina es el punto esencial del pensamiento »físico moderno, que la mayor parte de los hombres llaman »*materialismo*. Abre, pues, el Discurso del Método dos vías: »con Berkeley y Hume nos conduce la primera á Kant y al »idealismo; con Lamettrie y Priestley, llega la segunda á la »Fisiología y al Materialismo. Nuestro tronco se divide, pues, »en dos grandes ramas, su fecundidad ha de depender de que se »acerquen. Así las diferencias entre la Metafísica y la Física »son complementarias, no contrarias, y el pensamiento huma»no no quedará realmente fecundado, sinó cuando se hayan »reunido» (1).

Esta tendencia á unificar el problema, aunando la especulacion con la experiencia, es la que revela hoy la Filosofía contemporánea. Leibnitz, al hacer su ensayo valioso para conseguir dicho fin, pretende, con aspiraciones siempre sintéticas,

(1) HUXLEY. *Sur le Discours de la Méthode.*

corrigiendo el conocido aforismo de Locke y añadiendo á la sustancia cartesiana la idea de causa y los principios de identidad, contradiccion y razon suficiente, alcanzar una armonía superior mediante su teoría de las mónadas. No consigue, sin embargo, Leibnitz más que establecer una distincion exacta entre los sentidos y la razon, olvidando, por otra parte, mostrar la objetividad del conocimiento (problema que absorbe por completo la atencion de toda la Filosofía alemana) hasta el punto de poder afirmar con Mr. Cousin que la tentativa de conciliacion de Leibnitz se resuelve necesariamente en el idealismo.

A fines del siglo pasado y principios del presente, se reproduce con toda la complejidad que supone la rica é inagotable espontaneidad del espíritu, tanto la direccion empírica, representada por la escuela escocesa que se conserva á través del tiempo como saludable protesta del sentido comun contra las exageraciones idealistas, cuanto la cartesiana defendida por los últimos discípulos de Descartes. Precedido de todas estas direcciones complejas, cuyo estudio ordenado requiere una discrecion excesiva en el espíritu, y de la Enciclopedia y sus terribles sacudidas en el órden político y social, aleccionado por Berkeley y dotado de una sagacidad sin límites aparece el genio profundo de Kant planteando el problema del conocimiento y la verdad con valor y trascendencia superiores á los ya conocidos. Como iniciador de la Filosofía novísima y como pensador, del cual necesariamente tiene que proceder toda la reflexion contemporánea, es Kant el filósofo cuyo conocimiento más interesa á los hijos del siglo XIX; así lo ha comprendido Mr. Vacherot, afirmando que toda la Filosofía anterior á Kant tiene, después de la aparicion de éste, un valor meramente histórico (1). Analiza Kant discreta y profundamente el conocimiento, distingue en él la materia y la forma, y deja implícita, sobre la division de una y otra, la exigencia ineludible de mostrar la objetividad del conocimiento

(1) E. VACHEROT. *La Métaphisique et la science. Preface.*

por obra y virtud de la realidad de lo conocido. Soluciones parciales, concepciones prodigiosas y geniales, aspectos ya analíticos, ya sintéticos, referencias ingeniosas á todo movimiento ya producido y un como agotamiento de todos los términos relativos en que inside y reside el problema de la verdad: hé aquí lo que forma todo el contenido del movimiento gigantesco de estos últimos tiempos conocido con el nombre de *Filosofía alemana.* Heredero de sus gloriosas tradiciones, dotado de una percepcion vastísima y con marcadas tendencias á indagar el verdadero punto de la dificultad, aparece Krause, que anhela mostrar la objetividad del conocimiento merced á la consideracion del conocer como una realidad interior al sér. Bajo tal aspecto se exige que la conciencia racional *vea* la unidad del ser y del conocer como el principio evidente en virtud del cual el que conoce puede atestiguar la realidad de su conocimiento. Al sistema de Krause debe principalmente nuestra patria el renacimiento de su espíritu y cultura á las ideas modernas, y á él tambien debemos nosotros nuestra comenzada educacion científica y muy señaladamente la circunspecta emancipacion del pensamiento, que nos dispone para descubrir la parcialidad estrecha del espíritu, cerrado en el dogma de escuela, tan contrario á la nativa pureza de que debe estar dotada la inteligencia al indagar un principio de verdad. Así es que ni nos maravilla la reaccion de las modernas escuelas contra las especulaciones filosóficas, ni dejamos de abrigar fundadas esperanzas de que el hombre llegue á ponerse en camino para encontrar el anhelado concierto de la ciencia con la vida y de la verdad con la realidad.

Se vá cumpliendo lenta y gradualmente la comenzada obra, y de ello dá prueba bien clara el conocimiento científico de la Historia de la Filosofía, que enseña cómo se viene indagando por todo el trascurso del tiempo un principio de certeza que sirva como piedra de toque y ley de contraste para toda verdad humana.

Gana seguramente en la hora actual el imperio de las con-

ciencias la opinion que niega carácter científico al conocimiento filosófico. Mas la aparicion y áun progresos de tal doctrina se deben á razones históricas, y ya se inicia cierta tendencia más conciliadora que pretende, cuando ménos, reconocer la Filosofía misma como órgano que imprime carácter á la constitucion definitiva de todas las ciencias. Verdad es que todavía se niega su razon de existencia como Filosofía pura; pero no está ciertamente lejano el dia en que se reconozca que es ciencia aplicable por igual á toda la esfera de lo cognoscible y la *primera* de las ciencias en razon del modo y cualidad bajo que considera y estima el pensamiento y lo pensado. Y como la Filosofía se distingue de su ciencia opuesta y contraría la historia segun la categoría de su existencia, es decir, segun el modo como existe lo conocido, resulta imprescindiblemente que estos dos órdenes del conocimiento, si son contrarios por su modo opuesto de existencia, se unen y componen necesariamente en la existencia contínua, en la vida. A la luz de este principio se muestra claramente la importancia de la Filosofía, confirmada por sus mismos detractores, que la hallan y encuentran en medio del camino seguido en todas sus investigaciones. No se puede negar que, sea efecto del vuelo prodigioso que ha adquirido el pensamiento humano, sea tal vez producto de los innumerables datos recogidos por la investigacion, el prurito de la especialidad en las ciencias y cierto afan inmoderado de romper lanzas contra las especulaciones filosóficas, van alcanzando progresos sin cuento; pero en medio de tal atonismo y rodeados de vértigos antifilosóficos, ¡quién será capaz de negar la importancia de la Filosofía! ¡Quién tan míope que no descubre en medio de todas estas batallas contra fantasmas y sombras, especulacion y filosofía, raciocinios é ideas en todas las direcciones novísimas del pensamiento! El tejer y el destejer de los empíricos, tan pronto formando como desechando hipótesis; los innumerables tanteos de los positivistas al tratar de conocer inductivamente todas las leyes; el incansable anhelo de los modernos

naturalistas de asumir su riqueza de datos bajo un principio de unidad, y otros tantos ejemplos de la cultura presente, muestran bien á las claras que toda doctrina lógica, que toda explicacion del conocimiento, siquiera sea precedida de cuantas teorías fisiológicas deseen los nuevos apóstoles encuentra siempre algo irreductible, un quid incógnito, que se refiere al elemento filosófico y primordial de la verdad y de la ciencia.

III

Sigue el pensamiento en sus distintas manifestaciones, en medio de la complexion, que le acompaña, ley que se cumple á través del tiempo para condensar los resultados anteriormente obtenidos y simplificar por grados el problema general de la Filosofía.

Son *los estados sincréticos*, que la Historia de la Filosofía muestra, momentos solemnes, en que se recogen y clasifican los frutos reunidos por el trabajo en comun de los pensadores; y á estos estados siguen los *de crísis* cada vez más laboriosas, en que la inteligencia aspira de nuevo á formar conciencia más ámplia de la realidad, simplificando, no obstante, los procedimientos y disminuyendo las dificultades.

Mérito innegable es en tal sentido el alcanzado por la Filosofía moderna, principalmente por la alemana, que recogiendo cuidadosamente desde Kant cuantos principios contribuyen al mayor esclarecimiento del problema filosófico, pone de un modo neto y franco ante la atencion del espíritu la cualidad capital del pensamiento científico (la de ser reflexivo) y examina desde su principio su condicion más indispensable (la de su valor objetivo). Así es que puede considerarse, aparte las distintas soluciones ideadas al problema, que queda en su fondo simplificada la cuestion y que por cima de toda division de escuelas y opiniones hay que aceptar como principio incontrovertible, como ley de contraste para toda indagacion,

la de que el pensamiento científico, el verdaderamente filosófico consiste *en pensamiento reflexivo con realidad objetiva.*

Mostrar ó hallar criterio que pueda justificadamente ofrecer al pensamiento tales cualidades ha sido la intencion de superior alcance que ha movido á todas las escuelas de la Filosofía novísima, y después de todo, seguirá siendo el *spiritus intus* de la reflexion filosófica actual, que presenciando diariamente y con una rapidez vertiginosa el derrumbamiento del imperio momentáneo de las escuelas y la inutilidad de los esfuerzos más gigantescos del sujeto (como sucede con Hegel) para suplir la objetividad del conocimiento, se vá emancipando de todo criterio escolástico y disponiéndose para educir del fondo de la conciencia personal principio capaz de suministrar á nuestros conocimientos la prueba de su realidad.

Aunque fácil y concisa la expresion del fin primordial, que ha de cumplir en lo sucesivo el pensamiento filosófico, no pretendemos por esto y sin más afirmar que la obra sea fácil y espontáneamente cumplida; por lo mismo que la labor que requiere es propia é interior, que la atencion que exige ha de ser intensa y sostenida, que los datos ya aducidos son numerosos y siempre más complejos, se infiere que precisa semejante empresa, la primera y más capital de la vida, de la flor de todas nuestras facultades y esfuerzos.

Aun así, pudiera darse el sujeto racional por satisfecho con llegar á la meta de sus deseos; pero todavía ha de tener en cuenta cuántos y cuán innumerables obstáculos se presentan á cada paso que retardan indefinidamente el momento en que el hombre pueda considerarse justificadamente autorizado para reconstruir de un modo completo pensamiento y vida; obstáculos que proceden de múltiples causas, y que si prueban lo inútil de ciertos esfuerzos para constituir *estado definitivo* en el pensamiento, revelan, no obstante, que el fin perseguido por el hombre en esta esfera subsiste con sus exigencias por cima de todas las vicisitudes del tiempo, alcanzando en cada

hora, con trabajo inmenso sin duda, nuevos datos y más precisos aspectos del fondo constitutivo del problema.

De esta suerte se observa que sigue el pensamiento su desarrollo á pesar de las dificultades y obstáculos, que le ofrece al paso la crítica de los tiempos presentes, la cual sirve para depurar el pensamiento mismo y dar ocasion á su perfectibilidad en cuanto obliga á la inteligencia á pensar fundamentos cada vez más firmes para la verdad, sin deber quedar satisfecha con que el conocimiento y áun la verdad sean formados por el espíritu humano espontánea y naturalmente. De seguir siempre conociendo de este modo, degeneraria la más preciada obra del espíritu en un mecanismo rutinario y ciego. Cuanto tiene de complejo el conocimiento debe ser investigado por el hombre mediante *la reflexion*; pero para reflexionar, para *pensar el pensamiento*, es condicion inexcusable *dudar* de él, poner en cuestion el pensamiento y lo pensado, en la seguridad de que por tal camino ha de hallarse la luz y la verdad. Aunque estado *subjetivo*, *transitorio* é *interino* el de la duda, revela, tan pronto como se inicia en el fondo del pensamiento, un principio virtual de fecundidad, que pone al espíritu en disposicion para interesarse en las cuestiones fundamentales de la verdad y de la ciencia. Por tal razon se afirma que toda investigacion debe comenzar por la duda racional. Si no bastara para dar legitimidad á tal aserto la observacion propia, podrian aducirse en pró todavía muchos y muy importantes ejemplos que ofrece la Historia de la Filosofía, cuyos más valiosos progresos han comenzado por estados de duda en la conciencia humana. La reforma socrática en la edad antigua, los soliloquios de San Agustin en la Filosofía cristiana, la duda metódica de Descartes, dando carácter á toda la Filosofía moderna, y la duda crítica de Kant en los últimos tiempos, son otros tantos ejemplos de los grandes progresos que el pensamiento humano ha recogido de la duda. Así, tenemos por innegable su importancia para el progreso del pensamiento, en cuanto sirve de acicate para vencer la nativa pereza del hom-

bre. El que no duda ni cuestiona sobre los fundamentos del saber, quien vive en una tranquila indiferencia, cercana al escepticismo y semejante á la ignorancia, aparenta tenerlo todo sabido, se imposibilita temporalmente para saber lo que es la ciencia y niega á ésta toda condicion de progreso.

Aunque la obra del pensamiento, como todas las del espíritu, más muestra la nativa libertad del alma que la ley interna de sus complejas evoluciones, y aunque de otro lado las manifestaciones de la actividad espiritual son espontáneas al aparecer libres en su desenvolvimiento y superiores á todo límite en que pretenda encerrárselas, todavía es imprescindible tener en cuenta que en toda la vida del espíritu, y muy señaladamente en la del pensamiento, se puede y debe descubrir un ritmo interior, un órden inherente á su desarrollo y una armonía superior á las divisiones y discordias que aparecen ante una superficial consideracion. Por tales razones, si declaramos que el elemento sustantivo y libre de la vida del espíritu hace imposible la induccion á sus leyes desde el conocimiento de lo particular, de tal suerte que, segun dice un escritor francés, Mr. Chaignet, el trabajo de reconstitucion de lo total en vista de lo particular, mision llevada á cabo por Cuvier en las ciencias naturales, no dá resultado en los conocimientos del espíritu, entendemos tambien que la vida anímica y sus más preciadas obras, y entre ellas la del pensamiento y la Filosofía, constituyen un objeto íntegro y total, presente á la atencion, en el cual se hallan leyes y principios tan fijos como es constante la nativa libertad del espíritu en sus determinaciones. Desconocer semejante verdad equivale á concebir infundada é irracionalmente el cuadro general de la vida del pensamiento como obra impulsada y llevada á cabo por fuerzas ciegas, que deben conducir necesariamente al cáos. La Historia de la Filosofía ó la vida del pensamiento humano enseña la serie sistemática y libre de esfuerzos cumplidos por el hombre para formar conciencia reflexiva de la realidad. Mudan las direcciones, cambian los criterios, se suceden unas

á otras las teorías; ántes ganaba la opinion una idea que ahora cae en el olvido para recuperar después su fuerza é imperio en el asentimiento universal; los ídolos de ayer se convierten en polvo mañana; las utopias de siglos pasados son realidades del presente; pero por cima de todo este oleaje y en medio de este flujo y reflujo que hace con razon se compare el fondo del alma humana al de los mares, existen en aquellas como en éstos corrientes permanentes y direcciones fijas. En virtud de ellas aumenta el individuo la potencialidad de sus facultades intelectuales y perfecciona su cultura, y acompasadamente acopia la sociedad mayores conocimientos y más cantidad de experiencia para disipar las tinieblas y huir del error, á medida que más claramente percibe la verdad. Superior á estos cambios, por que los rije y produce, é *inmanente* en ellos como fuerza que los impulsa, se revela siempre la *ley del progreso* del pensamiento, que debe ser reconocida en medio de la aparentemente confusa multiplicidad con que se producen, como en una vegetacion tropical, los más contradictorios sistemas filosóficos. Considerados éstos exclusivamente unos en relacion con otros, sólo revelan contradicciones y absurdos en su comparacion. Al poner en parangon la doctrina aristotélica con el platonismo, se han agotado los epítetos para calificar estas dos direcciones, hijas de la Filosofía socrática, como antitéticas, opuestas y contradictorias; y al considerarlas más tarde como factores comunes de un todo más general, teniendo en cuenta á la vez las consecuencias en ellas implícitas, ha habido necesidad de reconocer una homogeneidad esencial y una casi completa identidad de sentido entre el pensamiento platónico y el aristotélico, que caracterizado en un principio como representante de todo el empirismo, se le ha estimado después como el que dá base y presta elementos primordiales al génesis del más exagerado idealismo del idealismo hegeliano.

Fuerza es, pues, elevar gradualmente la consideracion de la obra del pensamiento para reconocer el conjunto de sus de-

terminaciones, regidas por un principio superior á aparentes y falsas contradicciones, por la ley del progreso. Quien no vea en el pensamiento más que sus últimas manifestaciones, el que sea tan ciego que solo perciba la concrecion efectiva de las ideas, declinará en todos sus propósitos, negará carácter científico á la Historia de la Filosofía y terminará aseverando que es el filósofo el inventor de toda clase de dislates, y la Filosofía obra de desocupados ineficaz é inútil para todo. Por fortuna, la lógica ineludible de los hechos depone contra tales errores y muestra que la Filosofía, aunque es obra que parece moverse en regiones supra-terrenas, no pierde su carácter humano ni deja nunca en momentos dados de ofrecer evidente testimonio de su poderosa influencia hasta en las relaciones más vulgares. Al que estima como único resultado de la Filosofía ante-socrática la aparicion de los sofistas y entiende que quedaron y siguen envueltos en un olvido completo los gigantescos esfuerzos, llevados á cabo por la cultura helénica desde Tales hasta la aparicion de Sócrates, puede argüírsele, haciéndole notar los inmensos beneficios y el indudable progreso que supone la enseñanza socrática, cuya aparicion, si reconoce como causa ocasional la existencia de los sofistas, tiene un abolengo más complejo, pues recoge la obra ya cumplida y reconoce y declara con la conviccion propia del alma ingénua de Sócrates la necesidad de hacer partir en lo sucesivo toda indagacion del pensamiento del fondo íntimo de la conciencia. Fuera más que prolijo, casi interminable, exponer los inmensos beneficios aportados á la obra del pensamiento por la reforma socrática, bastando á nuestro fin hacer constar que las direcciones fundamentales nacidas de la enseñanza socrática, la platónica y la aristotélica, á la vez que llevan dentro de su seno todo lo más estimable de la Filosofía ante-socrática, marcan nuevos derroteros, inextinguibles é inmensos como todo lo pertinente al espíritu, al pensamiento humano en la laboriosa gestacion de la conciencia religiosa y son todavía como los ejes centrales de toda la civilizacion cristiano-europea. De

esta suerte se realiza el progreso del pensamiento y adquiere virtualidad interna y fecundidad inagotable la conciencia humana, que, al recoger cuidadosamente todos los resultados obtenidos anteriormente, tiene que aspirar á librarse de lo estadizo y de lo inmóvil, que son síntomas de muerte, para proseguir la indagacion y el movimiento, señales inequívocas de vida. Cuando se tienen presentes tales consideraciones, es vano el temor que pueda acoger al ánimo al observar la marcha del pensamiento anegada en los escarceos escolásticos y comprimida por el imperio absorbente del dogmatismo en la Edad Media. No faltará, en verdad, elemento nuevo que impulse el pensamiento á progresos ulteriores, ni éstos dejarán de alcanzarse porque muera casi ahogada en sangre la protesta de los Nominalistas; á ella seguirá la más fecunda que envuelve el movimiento cartesiano, del cual es digno continuador el judío Espinosa, atleta invencible que lucha con éxito lejano, pero seguro, por la libertad y el progreso del pensamiento. Por si no bastan evoluciones tan íntimas y que tan de cerca se refieren á las entrañas del pensamiento, aún aparecerá señalando todavía más grande y trascendental progreso el genio que dá carácter á toda la ciencia moderna, Kant, que recoge y resume con esfuerzo poderoso toda la Filosofía anterior y pone y examina cuestiones que llevan en gérmen las más complejas y múltiples consecuencias, que hoy aparecen en todas las direcciones novísimas del pensamiento. Síntesis de lo pasado tan profunda como la crítica de lo presente, hé aquí el carácter de la Filosofía kantiana, en la cual se resume toda la Filosofía antigua á la vez que se exponen los principios de todo el pensamiento moderno, que encuentran necesariamente, ya lo nieguen ya lo confiesen, sus fundamentos en la crítica kantiana, sin que hagan excepcion á tal aserto ni los más empedernidos empíricos ni los más exagerados idealistas. Aún extenderíamos más estas reflexiones, pero creemos que son suficientes para indicar al ménos pruebas irrefutables de la ley del progreso, que rige el desenvolvimiento de toda la his-

toria de la Filosofía. Así, creemos que se engañan los enemigos del progreso cuando irracionalmente conciben la vida, moviéndose siempre en círculos concéntricos, sin adelantar un paso en el camino de la perfeccion, repitiendo con nombres nuevos concepciones é ideas que ya son viejas, y reproduciendo errores y males inveterados. Es verdad que se repiten y renuevan las mismas cuestiones filosóficas en cortos períodos de tiempo; pero no lo es ménos que cada evolucion del pensamiento trae alguna mejora sobre la antigua, aumentando así constantemente el rico tesoro del saber humano mediante esfuerzos siempre progresivos.

IV

Por lo que supone, más que por lo que afirma, y por los grandes problemas que contiene en sí implícitos, aunque no resueltos, interesa muy especialmente conocer el estado presente de la Filosofía, que condensa en su fondo los más importantes resultados que ofrece la historia del pensamiento, y lleva en su seno como gérmenes fecundos para una completa renovacion de la ciencia y de la vida. Y es que, sin duda, obedece el momento presente de la cultura humana á la ley general que preside al desarrollo de la vida del pensamiento, cuyo estado actual recoge en síntesis, cada vez más flexibles y comprensivas, las más esenciales determinaciones de la inteligencia, á la par que inicia la indagacion científica por nuevos y más ámplios horizontes. Tal es la razon que nos mueve á hacer algunas consideraciones, siquiera sean sucintas y breves, sobre el *carácter general de la Filosofía contemporánea.*

No solicitan, en verdad, la atencion, ni parecen capaces de causar estado en el pensamiento contemporáneo, ninguna de las grandes construcciones de la Filosofía moderna. Absorbe al presente por completo *la atencion* de todos los pensadores una

direccion nueva, cuyo nombre no es fácil dar por la complejidad de su formacion, y cuyos elementos, hasta ahora dispersos, reducidos ántes á meras disputas lógicas ó metodológicas, van elaborándose y depurándose merced á una rigurosa sistematizacion.

Las consecuencias finales de toda la Enciclopedia, ó sea la discrecion del sentido comun batallando contra los rigorismos escolásticos; los razonamientos inductivos de las escuelas economistas, protestando contra las utópicas teorías del socialismo; el recrudecimiento crítico (iniciado por Kant y llevado á un último extremo por Vacherot, Renouvier y Pillon) contrario á lo dogmático y trascendental; el pensamiento positivo de A. Comte y sus discípulos, aspirando á limitar la esfera de lo inteligible á la fenomenología; la poderosa falange, que desprendida de los últimos límites de la izquierda hegeliana, eleva á principio primero de la realidad el *Devenir;* las copiosísimas y delicadas observaciones de los modernos discípulos de Hume, queriendo constituir la escuela psicológica inglesa, partiendo del hecho irreductible de la sensacion y de sus consiguientes relaciones de semejanza y diferencia; la renovacion, con tendencia cada vez más práctica, del kantismo, patrocinada por Fischer y otros en Alemania, y más que nada el imperio siempre creciente del conocimiento de lo concreto en las experiencias sensibles de las ciencias naturales, junto con cierto injustificado abandono de la reflexion filosófica, constituyen, como en verdadero aluvion, la moderna ciencia, orgullosa con sus nuevos triunfos y dotada de un espíritu de proselitismo, que la hace degenerar en lo que más ódia, en el dogmatismo, inherente á toda fórmula escolástica.

Con un génesis tan complejo y con elementos tan distintos, si bien convergentes todos ellos á cierta comunidad de sentido, muestra la ciencia contemporánea una variedad de matices en sus direcciones, que parecen síntomas de vitalidad en el pensamiento y que son pruebas concluyentes de la parcialidad de su criterio, *cambiable* segun los casos y circunstan-

cias en grave menoscabo de la lógica y áun de los intereses eternos de la verdad. Mr. Milsand llama este criterio de las modernas escuelas el *Proteo* del pensamiento. ¿Cómo se pueden compaginar el culto idolátrico de los científicos á la libertad del pensamiento, justamente ensalzada, con su pretension de borrar la libertad en el mundo moral y sustituirla por la fuerza ciega del determinismo?

No es pequeña la dificultad que se ofrece al pensamiento cuando se aspira á hallar caractéres comunes entre las distintas direcciones del espíritu, que se reparten por igual los favores de la opinion. A poco que se medite, sin embargo, se hallará que los términos comunes á todas ellas, los gérmenes constitutivos, primarios de la ciencia contemporánea, son precisamente dos principios fundamentales de la Filosofía, que tanto se esfuerza aquella en desdeñar.

La ley de la evolucion (tomada del *Devenir* de la Filosofía hegeliana) como principio general que rige todos los fenómenos de la vida y la *relatividad del conocimiento*, cuya afirmacion recuerda la genealogía kantiana de las modernas escuelas: hé ahí los ejes principales, alrededor de los que giran todas las teorías positivistas modernas. Como estas aceptan en el fondo la infundada division del problema científico, separando el ser del saber, parece referirse el primer término á la cuestion real y pertenecer el segundo á la formal ó lógica, correspondiéndose, no obstante, los momentos evolutivos del desarrollo de las cosas con el órden serial de las percepciones de la inteligencia.

Examinemos separadamente cada una de estas dos afirmaciones, que ofrecen la particularidad de ser puntos en que convienen los más distintos matices de todas las escuelas modernas.

A

Es la primera y más fundamental afirmacion de toda la ciencia contemporánea la que naturalmente se infiere del *di-*

namismo, atribuido á todas las fuerzas físicas, elevando así á principio comprobado en la experiencia la idea especulativa de Hegel del *Devenir*. Cuantos términos simples ó irreductibles encuentra la experiencia como *principios pensados*, son para las nuevas escuelas otros tantos puntos de arranque para este movimiento contínuo, siempre progresivo, que se considera como ley superior de la realidad y de la vida toda en lo conocido con el nombre de *evolucion*. Aquí pretenden los apóstoles de la nueva ciencia hallar la fórmula general que despeja todas las incógnitas. ¿Deseais saber cómo la célula, elemento irreductible para la observacion fisiológica, llega á constituirse y formarse, apareciendo el ser orgánico y vivo y á modo de grado superior el sujeto con fenómenos psíquicos? Teneis que sujetar la célula á una indefinida evolucion, á un contínuo movimiento y á un proceso sin fin de seleccion y diferenciacion en sus diversos elementos. Cuanto se dice de la célula vale para el átomo químico ó para la molécula y el éter y sus vibraciones.

Con semejante tendencia fácil es colegir el *spiritus intus* de las nuevas doctrinas, que sujetan su concepcion general de la vida á un processus, en su fondo absoluto, pues que es ley universal y omnicomprensiva, siquiera en sus manifestaciones y comprobaciones se revista siempre modestamente de razonamientos tomados de la experiencia. Pero que es concepcion absoluta, que es idea que abarca todo lo cognoscible, lo muestra Spencer en sus *Primeros principios*, Bagehot en sus *Leyes sociales* del desenvolvimiento de las naciones, Waitz en sus *Estudios sobre el lenguaje*, los darwinistas con sus teorías trasformistas, Clemence Royer, Heeckel y otros con sus opiniones sobre el determinismo, y por último el carácter general que resalta en los escritos de todos los modernos pensadores.

No sorprenderá tal unanimidad de opinion á los que entiendan que la mayor parte de los partidarios de las nuevas teorías vienen por igual imbuidos (quizá no exageramos al

decir preocupados) de una prevencion universalmente extendida, anti-filosófica y principalmente anti-metafísica, estimando como sueños imaginarios cuanto se piensa respecto á la esencia de las cosas y todo lo que se aparta, siquiera sea momentáneamente en el pensamiento del sujeto, de este inmenso escenario, de este insondable laboratorio del mundo de las experiencias, que ofrece el libro siempre abierto de la naturaleza en sus fenómenos. Tal prevencion, justificada en verdad ante las abstractas concepciones de la sustancia, pero nunca ante el racional pensamiento de la íntima compenetracion de lo concreto y determinado con lo determinable, lleva aparentemente á negar la cuestion de la sustancia ó esencia de las cosas, pero en el fondo traslada la dificultad del problema á esta (que para los nuevos pensadores es casi ley incontrovertible) condicion de toda vida y fenómeno, que se llama evolucion.

Examinada á fondo la intencion, que mueve á la generalidad de los pensadores, puede afirmarse, sin pecar de imprudentes, que el alcance de sus razonamientos llega nada ménos que á la injustificada pretension de resolver el problema ontológico merced á un *mecanismo*, en el cual se congregan en indefinida serie los pensamientos y áun los objetos pensados de igual manera que los átomos químicos para constituir cuerpos cada vez más complejos.

Cual avalancha irresistible, como obsesion que no puede ser vencida y á modo de persistente preocupacion, se apodera del pensamiento actual el *prurito de la serie*, cuyas excelencias unánimemente decantan las diversas formas del positivismo. Se observa la realidad en la simplicidad de su constitucion, se trata de comprender este quid indescifrable para la experiencia, que constituye el fondo primitivo de las cosas, ó se inquiere el elemento primario de todo objeto, pues el positivismo le encuentra, lo mismo en lo moral que en lo físico, ya en células, ya en protoplasmas, ya en nociones semejantes, que tienen predisposicion innata á la union en serie con ele-

mentos afines y á la separacion segun órden serial de los diferentes.

Si puede por el pronto seducir la regularidad, con la cual parece que se ingiere cierto ritmo en la concepcion general de lo real: sí, explotando razones aparentes, queda revestido el organismo científico de un principio regulador del mundo incoherente de las experiencias, conviene tener presente que semejante serie, forma externa allegada y producto á veces de ingeniosas interpretaciones de experiencias entre sí contradictorias, ni tiene base cierta en que se funde, ni descubre término fijo á qué dirigirse.

Ahora bien: los enemigos acérrimos del ontologismo, los que no se desdeñan de traer todos los fenómenos á una subordinacion completa, viendo en el órden serial de su aparicion y enlace una constante evolucion, ofrecen al pensamiento un nuevo aspecto del problema ontológico y metafísico. Ya lo ha reconocido así uno de los más fieles discípulos de las nuevas escuelas, Mr. Ribot, que, al observar cómo las obras de sus maestros van gradualmente elevando su punto de mira, las considera como indicios y anuncio de la nueva Filosofía, como ensayo de la Metafísica positivista.

No hemos de examinar aquí, ni áun enumerar, cuantas dificultades se han de ofrecer á la consideracion del problema fundamental del ser y del saber, implícito en las nuevas teorías bajo el aspecto del órden serial de los fenómenos, sujeto á la ley general de la evolucion, como el principio que explica la concepcion general de la ciencia y de la vida. Pero si se toma la cuestion en los mismos términos en que viene puesta y resuelta por los modernos naturalistas, ocurren desde luégo dos objeciones, muy dignas de tenerse en cuenta. Si la célula fisiológica ó el átomo físico son únicamente principios pensados, que no realidades virtuales, obligado es confesar que las cualidades que se conocen en la célula convertida en ser organizado y vivo, que los fenómenos que se observan en el átomo físico, son debidos al lapso de tiempo, que supone el

proceso de la evolucion. Y en tal caso, el problema de la realidad de las cosas parece quedar resuelto, atribuyendo á la mera forma de la evolucion poder suficiente para engendrar por sí la cualidad de las cosas y los caractéres ya semejantes, ya distintos de los fenómenos. Además, como la evolucion es más que ley real de los fenómenos, percepcion general de éstos por la inteligencia, vendremos á parar de consecuencia en consecuencia á resultados de todo punto inaceptables, pues implican un *idealismo subjetivo*, merced al cual concibe la inteligencia un molde general para todos los fenómenos y dá (en el sentido de engendrar) un principio, del cual salen todas las cualidades inherentes á las cosas. Pero si se pretendiera atribuir el orígen de la evolucion á los fenómenos mismos, declinaria el pensamiento en absurdos igualmente inconcebibles y tendríamos que negar hasta el pensamiento de lo absoluto aunque á condicion de disolverlo en un *processus*, semejante al ideado por Proudhon en sus antinomias.

Quizá aspiren algunos de los partidarios de las nuevas teorías á explicar la evolucion sin darla la trascendencia de que acabamos de hacer mencion; mas en tal caso será obligado pensar que las cualidades que conocemos en los distintos desarrollos de la célula y los caractéres que percibimos en los fenómenos, se hallan contenidos como en gérmen virtual ó en posible desarrollo (*in potentia*, que dirian los escolásticos) ya en la célula fisiológica, ya en el átomo, ya en el éter. De ser así, todavía Wundt, Fechner, Gerland y otros podrian esperar algun éxito en sus propósitos de aunar y concertar los descubrimientos del naturalismo con la Filosofia, pues ésta no se halla en disposicion de disputar por nombres, y con tal de que á las teorías naturalistas presida un órden y principio general, puede solicitar fundadamente una legítima intervencion en la solucion del problema general de la vida.

No se nos oculta la repugnancia que habrán de oponer las nuevas teorías á aceptar este extremo, á que la lógica conduce, que por algo están todas ellas penetradas de cierto vírus

positivista; mas áun así, tambien late en el fondo de todas estas escuelas una genealogía kantiana, á cuya sombra debieran aceptar aquella obligada conclusion, al ménos, como un *postulado de realidad*; postulado, que si es supuesto necesario y punto de arranque de la ley de la evolucion, condiciona favorablemente para concebir todo el contenido de la evolucion misma sin estos ciegos impulsos y desarrollos inconscientes del determinismo.

Aunque se reproduzca de nuevo respecto á tales postulados la objecion de Kant, considerándolos como noumenos incognoscibles, aunque se oponga á la realidad de los postulados el pensamiento de lo inconsciente de Hartmann, resta pensar fundadamente si estos postulados, en cuanto son realidades virtuales y cualidades susceptibles de desarrollo, son por completo *inmanentes* en la evolucion, más que trascendentales; y en tal sentido, si es posible que el sujeto vaya gradualmente formando conciencia de ellos, tomando, sin duda, como causa ocasional la experiencia, mas capacitándose á la vez para elevarse por momentos á la concepcion general de la realidad de la vida.

Premeditadamente oponemos todas estas reflexiones, que nos ocurren contra la teoría evolucionista, tomando la cuestion en los mismos términos en que está formulada y prefiriendo mostrar desde la consideracion de la doctrina las imperfecciones de semejante teoría á corregirla mediante el criterio de una fórmula concebida, pues entónces haríamos declinar el pensamiento del carácter que ha de revestir en el conocimiento de los objetos á que principalmente consagran su actividad los naturalistas.

Iguales objeciones, fundadas en análogos razonamientos, pueden hacerse á las consecuencias principales, que los naturalistas infieren de la teoría de la evolucion. A la sombra de ésta vá decayendo el pensamiento en su concepcion general de la realidad, sin que logren detener este movimiento de descenso los estimables esfuerzos que en contra hacen algunos

de los más ilustres representantes de la Psicología inglesa contemporánea, y entre ellos principalmente Spencer, cuya vasta inteligencia no ha dejado de entrever algunas de las objeciones que dejamos indicadas contra la teoría de la evolucion. A igual tendencia obedece seguramente Stuart Mill, que abandonó en los últimos años de su vida aquella aparente y sublime seguridad en sus opiniones, para permitirse presumir que el fondo latente de todas las teorías modernas conducia, por ley inherente á su constitucion, á un escepticismo inevitable.

Así se observa cuánto decae, por ejemplo, la última teoría moral de las nuevas escuelas, comparada con la ya relativamente antigua de la moral independiente, revestida al ménos de cierta pureza y bondad de intencion á la vez que de un sentimiento semi-heróico y sublime de la dignidad humana. Para los modernos naturalistas la vida moral se rige mediante una regularidad uniforme y se guía por una fuerza determinista, siempre inflexible, rígida en todo momento y nunca susceptible, en último término, ni de mérito ni de demérito. Así dice Darwin, que es el sentido moral en el hombre el grado más elevado de lo que es el instinto social en el animal, siendo la idea de la justicia explicable en su complejidad mediante la fuerza siempre activa de las trasformaciones graduales: la herencia, el habito, etc. Las consecuencias naturales del principio de la evolucion, ó sea el hábito y la herencia, á los que se concede gratuitamente poder bastante para explicar los términos más complejos de la vida, son pensamientos que no pueden tener su base en la experiencia, que requieren ser explicados en algun fundamento que exceda de la observacion, y, por último, que llevan indeclinablemente al espíritu á pensar en las objeciones, que ya dejamos indicadas relativamente á la evolucion. De otro lado, tanto la una como el otro suponen por lo ménos la *identidad* del sujeto que recoge la herencia y adquiere el hábito á la vez que un *principio* de enlace y continuidad de las cosas heredadas y de los actos habituales.

Bastan á nuestro fin estas sumarias indicaciones: entendemos que áun imperfectamente expuestas, son suficientes y capacitan para presumir el *vicio de orígen* que lleva consigo la teoría de la evolucion, cuyas consecuencias, una vez elevada á principio general, son por cierto tan infundadas como irracionales. Y si seduce la aparente claridad del principio de la evolucion con cierta fácil sencillez y una especie de aplicacion universal, bueno será pensar que todas estas condiciones pierden mucho de su valor cuando se las examina en su génesis primario. Con testimonio, que es irrecusable, puede comprobarse tal afirmacion, pues no faltan decididos partidarios de la teoría de la evolucion, que declaran que es ésta concebible como un hilo indefinido, que si muestra en su centro gran claridad, se halla completamente oscuro en sus extremos, á los cuales no llega sin duda la irradiacion de la luz central. Y en lo que es posible, autorizado está el espíritu humano para afirmar que no llegará ciertamente aquella luz, que se presume tan clara, á iluminar los puntos extremos, que quedan relegados al mundo de las tinieblas. No puede acontecer de otra suerte, ni es de esperar que el principio de la evolucion logre el alcance que pretenden concederle sus más decididos defensores; pues serán vanos los esfuerzos empleados para dar valor absoluto á una teoría, cuyo vicio originario consiste en ser un *principio inductivo*, que se mueve por necesidad, tanto lógica como real, dentro de supuestos, que préviamente se declaran incognoscibles sin prever cómo se cierran de esta suerte anticipadamente todas las soluciones racionales al problema planteado.

B

La segunda afirmacion, en que se apoyan todas las direcciones del pensamiento contemporáneo, consiste en declarar que el conocimiento es *relativo*.

La mayor parte de los naturalistas distinguen en el proble

ma del conocimiento tres momentos capitales: *la sensacion, la inteligencia* y *la conciencia.* Por muchos esfuerzos que se hagan no es fácil convencer á nadie de que las modernas teorías del conocimiento no proceden de un pensamiento ya preconcebido, en el cual se limita arbitrariamente la esfera de lo cognoscible y se falta á las más comunes exigencias de la lógica. Que no conocemos más que fenómenos afirmaba el positivismo, y para aceptar tal aserto confiesan los naturalistas en el problema del conocimiento como único término irreductible la sensacion. Que no es la ciencia más que el enlace del conocimiento de los fenómenos aseguraba el positivismo, y fiel á este sentido, aseveran los naturalistas que la ciencia, como extension de las percepciones por medio del raciocinio, se ocupa sólo de las causas *segundas* (nunca de las primeras) de la existencia de los fenómenos.

Fuera ocioso repetir aquí cuantos argumentos irrefutables se han hecho contra la primera afirmacion del positivismo. ¿Acaso el fenómeno, como lo determinado, no supone algo determinable, en cuya virtud el fenómeno se concreta? ¿Se pretenderá tal vez conocer el fenómeno por mera virtud y poder del fenómeno mismo, sin necesidad de enlazar, ordenar y clasificar los fenómenos mediante elementos que exceden de la experimentacion?

Admítase en buen hora el conocimiento de lo llamado *causas segundas*, que es de presumir son ya un elemento ideal, concebido por el sujeto en la contemplacion de algo que no es el fenómeno; pero nunca nos parecerá justificada esta limitacion que se quiere imponer á la inteligencia. ¿Por qué ha de detenerse el proceso lógico en el conocimiento de las causas segundas? ¿Se hace tal afirmacion y se excluyen de la ciencia las *causas primeras* por el prurito de ser consecuentes con la doctrina positivista, queriendo declararlas incognoscibles? Pues en tal caso, conviene recordar que hay sin duda algun principio para distinguir lo cognoscible de lo incognoscible, que existe alguna base para clasificar las causas de los fenóme-

nos en segundas y primeras; todo lo cual supone ciertamente algun conocimiento de las causas primeras, préviamente declaradas incognoscibles.

No son menores las contradicciones que se ocurren al espíritu cuando se piensa en la manera especial que tienen los naturalistas de explicar el génesis temporal del conocimiento, génesis que, por otra parte, presumimos que toman muchos como real, tocando así con los últimos límites de todas las doctrinas sensualistas. Afirmar que procede el conocimiento de la percepcion de sensaciones, interiormente clasificadas en diferentes ó semejantes, limitar toda la obra intelectual ya á la diferenciacion de sensaciones distintas, ya á la asociacion de las semejantes, aparte de que supone implícitamente la preexistencia de principios clasificadores de diferencia y semejanza, es evitar ó huir la dificultad del problema científico, más que procurar resolverlo. La sensacion es siempre afeccion y modificacion subjetiva, no es nunca por sí elemento intelectual, susceptible de engendrar la complicadísima operacion de las percepciones, siendo de otro lado inconcebible toda percepcion sensible sin la suposicion implícita ó explícita de objeto sentido, de algo que nos modifica.

Partir del hecho de la sensacion, aceptándole como el génesis obligado de todo conocimiento, equivale á cerrar todo camino á la inteligencia que no sea el procedimiento inductivo, como lo muestra cuanto dejamos indicado respecto al principio de la evolucion. Pero el procedimiento inductivo tiene que caminar siempre en medio de supuestos, ha de admitir préviamente y sin ulterior análisis por lo ménos cierta uniformidad serial, en la aprension subjetiva de los fenómenos. Se cumple quizá esta última condicion en los fenómenos naturales, gracias á su solidaridad con las leyes que los rigen y merced á una regularidad nunca interrumpida en relacion á los principios á que obedecen, pero (aparte de que aquellas leyes y estos principios deben preceder á la produccion de los fenómenos, cuya precedencia ó es supuesta ó desconocida

por la induccion) los obstáculos crecen en igual grado que aumentan las pretensiones del positivismo, cuando aspira, negando la Filosofía, á invadir su terreno y universalizar la induccion, aplicándola al conocimiento de los fenómenos del mundo moral. En esta esfera de lo cognoscible, la regularidad uniforme no se muestra en los fenómenos, su órden serial se trunca á lo mejor, y el enlace más aparentemente riguroso queda roto ante el hecho de la libertad moral. Ya distinguió perfectamente Goethe ésta distinta naturaleza del mundo material y moral, cuando afirmaba que es el hombre sér que tiene el singular privilegio de mostrarse en su vida y en sus hechos *inconsecuente*, y cuando declaraba, dominado por cierta desconfianza de sí mismo y disgusto del mundo, que es la consecuencia virtud reservada á los héroes de novela ó á los caractéres del drama, virtud contra la cual pecan setenta y siete veces al dia las humanas flaquezas.

Si los fenómenos de la vida moral, tanto en el individuo como en la sociedad, son en la mayor parte de las veces inconsecuentes, de tal modo que no revelan en su órden serial el principio á que obedecen, ¿cómo ha de ser posible constituir *inductivamente* las ciencias morales; cómo ha de ser asequible el propósito de Mausdley, que pretende conocer empírica é inductivamente la misteriosa gestacion del crímen y la locura en el fondo del alma humana, y cómo, por último, ha de justificarse la aspiracion de Bagehot, que desea aplicar la induccion al conocimiento de las leyes del desenvolvimiento social de las naciones y hasta echar las bases de una Filosofía de la Historia? ¿Pues no es sabido que el conocimiento meramente empírico é inductivo de la historia dá á ésta una constitucion imperfecta y hace que de ella se saquen los argumentos más contradictorios, apareciendo, segun se dice vulgarmente, como arsenal, que ofrece toda clase de armas?

Tan graves ó más son las objeciones que pueden hacerse al naturalismo, tan orgulloso de la certeza de sus procedimientos, cuando pasa de la induccion á la deduccion. El cambio de

procedimiento no está indicado de seguro en ningun momento del órden serial de los fenómenos, ni es concebible tampoco que pueda indicarse momento en el desarrollo y manifestacion de la inteligencia que marque el punto en el cual se ha de cambiar la direccion inductiva en deductiva. Es inexcusable, suponiendo igual legitimidad en ambos procedimientos, admitir un cierto *principio de unidad* en las múltiples manifestaciones de la inteligencia, y entónces no queda bien parada la consecuencia de las nuevas escuelas. ¿Es tal principio producto de la inteligencia del sujeto que piensa? Caemos desde luégo en un idealismo, contradictorio de todo el carácter realista que se atribuyen las teorías novísimas. ¿Reside quizá tal principio en el nexo y relacion comun, que une por igual todos los fenómenos? Declina necesariamente el espíritu en un obligado conocimiento de la *esencia de las cosas*, palabra que expresa el conjunto de todos los ódios que dan bandera comun á las nuevas escuelas contra la metafísica.

Y ante tales obstáculos, que se repiten incesantemente, que no se salvan con argucias ingeniosas y que nacen de la posicion tomada por los positivistas, se comprende desde luégo que su idea del conocimiento es una idea parcial; que su teoría (en aquellos en quienes llega á ser tal) de la inteligencia, formada sin atender más que á lo relativo, oscila, segun dice Spencer, entre dos rios ó corrientes: el *objetivo* (cuyo noumenos es declarado préviamente incognoscible) y el *subjetivo* (al cual se niega anticipadamente valor real). De esta suerte acontece que si de un lado lo objetivo no es cognoscible y lo subjetivo no es real, de otro queda siempre el nexo y punto de enlace de ambos, más que como verdadera incógnita como término, sobre el cual ni cuestion cabe en la posicion abstracta en que se halla colocado el problema de la inteligencia.

Parece, á la verdad, cuando se tienen presentes estas advertencias, justificado el natural deseo de los pensadores de oponer algun dique á estas pretensiones avasalladoras del moderno naturalismo, que aparenta traer resueltos la mayor parte

de los problemas, cuando en el crítico, en el del conocimiento se limita á establecer una division abstracta, sin dignarse siquiera tomar en cuenta las distintas posiciones del problema. Y en último término, y á vuelta de tanto menosprecio, ¿para qué? Para mostrar irreflexivamente separados en el conocimiento lo objetivo que no es cognoscible, de lo subjetivo, que no es real, y para dejar en medio de ambos elementos una exigencia, un supuesto, que viene á ser en el fondo lo *inconsciente* de Hartmann.

Prevía seguramente estas conclusiones implícitas en la teoría J. Stuart Mill al declarar, al término de su brillante carrera científica, que se hallaba dominado su espíritu de un escepticismo tanto más grave cuanto que viene á referirse casi siempre á los términos más importantes de la ciencia y á los elementos más complejos de la vida. Semejante vírus excéptico domina tambien á la mayor parte de los discípulos de las nuevas teorías, que se estimarian, sin excepcion ninguna, indignos del sério título de científicos si no oyeran siempre con una desconfianza invencible cuanto la inteligencia humana se permita afirmar, sin tomar como punto de partida la observacion de los fenómenos y las inferencias que se hacen desde esta observacion como un verdadero cálculo de probabilidades.

No son suficientes los mayores esfuerzos de que sea capaz el ingenio humano para salvar la dificultad de que nos venimos haciendo cargo. De ello es una prueba la insoluble dualidad que se establece necesariamente entre las ciencias inductivas y las constituidas mediante la deduccion. Parece favorecer á aquellas el continuado progreso que adquieren en sus datos y nuevas teorías; miéntras estas otras ofrecen como título de superior valía el rigor de su construccion y la exactitud de sus resultados. De este modo se observa la relativa enemiga que entre sí mantienen de un lado las ciencias matemáticas y algunas otras ciencias naturales, construidas deductivamente, contra las restantes ciencias inductivas, no concibiéndose nada

más antitético que el rigor lógico de las unas frente al cálculo de probabilidades de las otras, concepciones todas ellas parciales y antítesis sin duda pasajeras, pero por demás justificadas ante la abstracta consideracion aceptada por todas las nuevas escuelas del problema del conocimiento y de la ciencia, como exclusivamente relativo y originario sólo de las relaciones de diferenciacion y semejanza. Ante tales dificultades se comprende la nueva tendencia manifestada por algunos naturalistas, y principalmente por casi todos los discípulos del criticismo kantiano, que se atreven á ceder algo en sus exageradas pretensiones anti-filosóficas, y que buscan en la Filosofía un concepto más ámplio del conocimiento á cuya sombra sea posible determinar una síntesis relativa de las múltiples direcciones que ofrece la fecundidad del pensamiento moderno. De los más fieles representantes de esta tendencia es Wundt, el cual no llega todavía á reconocer la sustantividad de la Filosofía, pero llega á concebirla como un *alma-mater* de la ciencia.

Una vez admitida esta aplicacion general de la Filosofía, señaladamente de la lógica á la organizacion de las ciencias particulares, hay necesidad de olvidar ya como armas enmohecidas é inútiles aquellas sarcárticas diatribas de los científicos contra los filósofos, y es obligado dejar de tomar por dogma aquella distincion orgullosamente establecida entre el científico y el filósofo, reducida en último término á negar á las especulaciones de éste valor y trascendencia científicos. Y puestos ya en este camino, exige la lógica y requiere la racionalidad del pensamiento hacer cesar esta contradiccion inexplicable entre la induccion y la deduccion que no adquiere legitimidad con la pretension infundada de hacer exclusivamente relativo el conocimiento sin formar siquiera cuestion sobre el principio de su relacion.

Supuesto de un modo implícito y presente al pensamiento, por lo ménos como *postulado de realidad*, usando el lenguaje de Kant, se ofrece á la atencion el *principio*, bajo el cual es posible determinar la interna composicion de las direcciones

inductiva y deductiva, y con ellas el natural y obligado término de esta lucha infecunda entre fuerzas igualmente nativas del espíritu humano. Cuantas apariencias fenomenales pretenda recoger la diligente observacion de los naturalistas se muestran por igual dadas como pertinentes á un supuesto objeto, que desde su *unidad* hace tan legítimo el conocimiento, que infiere desde la percepcion particular lo total, como el que desde la percepcion de lo total deduce la necesaria existencia de lo particular. Es en tal sentido la induccion necesaria en igual grado que la deduccion, pues si la primera por sí sola ofrece siempre un conocimiento que, moviéndose entre supuestos incognoscibles nunca llega más que á probabilidades relativamente solicitadas por instancias ya favorables, ya contrarias, no logra de otro lado la deduccion más que conocimientos necesarios (juicios apodícticos), cuya más alta expresion es un *debido de sér y realidad*, segun decia Hegel. En el ínterin la verdadera realidad del conocimiento, es decir, la cualidad del conocimiento formado, segun es en sí el objeto, queda siempre como algo inasequible, flotando vaga é indecisamente los más preciados esfuerzos de la actividad del sujeto de término á término, siempre relativos y parciales, nunca comprensivos de todo lo que es y contiene la realidad del objeto.

A la vez, conviene reparar que el sujeto que conoce, haciendo inferencias é inducciones, es el mismo que verifica deducciones, y por tanto, es indispensable afirmar la unidad de la propiedad de conocer en el que conoce.

De esta doble exigencia, concebida en el principio que debe explicar la composicion del conocimiento y justificar su realidad, tiene que originarse necesariamente un concepto superior al que late en el fondo de todas las doctrinas positivistas, que por no tomar el problema de la verdad más que en los términos exclusivamente relativos que dejamos indicados, se ven todas ellas imbuidas de un gérmen de escepticismo, dominado sólo por aquellos que, áun á riesgo de ser infieles á sus

principios, invaden la esfera de la especulacion con tendencias dogmáticas y construcciones filosóficas.

En medio de esta imperfecta teoría del conocimiento, representan las nuevas escuelas un progreso relativo, que fuera injusto desconocer. La justa representacion que se atribuyen como reaccion contra el idealismo, y los copiosísimos datos que atesoran mediante la observacion, y de los cuales ha de resultar seguramente un concierto racional de la *concrecion efectiva*, en que la realidad se manifiesta en el fenómeno, con la *idea general*, que expresan los hechos, son condiciones atendibles para estimar las últimas manifestaciones del positivismo contemporáneo como otras tantas evoluciones del espíritu, destinadas sin duda, en el desarrollo ulterior del pensamiento, á un concierto superior al que sus más decididos partidarios imaginan. Pero debieran no olvidar los positivistas que concurren á esta obra racional, merced á leyes y principios muy opuestos á los propósitos que alientan en sus intransigencias de escuela. Al fin y al cabo, la teoría positivista no tiene constituida y formada una doctrina completa del conocimiento, segun lo declaran algunos de sus más leales discípulos; escuela formada de aluvion recoge á la verdad algunas de las resultantes principales de los más profundos análisis hechos del conocimiento hasta hoy, y ántes que dejarse avasallar por un escepticismo inútil, prefiere tomar y usar las facultades intelectuales, tal cual las ofrece en su aplicacion el recto sentido comun, merced á lo cual acapara, como en arsenal inmenso, la riqueza de datos que la observacion le proporciona. Impera soberanamente en el campo de la experiencia el Positivismo; pero dá tantas caidas como pasos, y comete tantos errores como concepciones idea, desde el momento en que aspira á constituir construcciones totales con la idea fragmentaria y relativa que tiene del conocimiento y de la ciencia. Que no basta la lógica natural, que el sentido comun, piedra de toque contra toda abstraccion exclusiva y escolástica, es insuficiente para formar conocimiento científi-

co, son resultados que deben tocar de cerca más que nadie los mismos partidarios del Positivismo. Y en tal caso, les está claramente marcada su mision, si aspiran á hacer fecundos sus esfuerzos: que abandonen exclusivismos escolásticos, y que sigan la senda en parte iniciada por Wundt y otros, inquiriendo un concierto racional entre la ciencia empírica y la filosófica.

V

A medida que más se medita el giro seguido por los pensadores, más se convence el crítico imparcial de que ningun esfuerzo se pierde en la obra compleja del pensamiento, que, como todas las humanas, ofrece sus productos, revelando que son, pues no pueden ménos, en parte resultado de precedentes anteriores, que laten en el fondo de lo actual y cuya germinacion fecundará las manifestaciones de lo porvenir.

Por tal razon, no nos hemos atrevido á señalar el carácter que ofrece al presente el problema filosófico, sin traer á juicio, como elementos indispensables para ello, cuantas condiciones y señales estimamos necesarias para poder discernir exactamente los precedentes aportados por la historia al estado actual del pensamiento.

Con tales precedentes creemos pueda formularse más autorizada y desapasionadamente el juicio que ofrece á una atenta consideracion el estado actual del problema filosófico. Heredero el siglo presente del anterior, prosigue lenta, pero laboriosamente sus tradiciones, y con ellas la obra en aquél iniciada, siquiera revele en la importancia, que atribuye á todas las cuestiones y en especial á la de la ciencia, un superior alcance, ageno á aquella terrible enemiga á todo lo existente y libre de aquella *preocupacion de despreocupados* que tanto halagaba á los hijos del siglo XVIII.

Cuán laboriosa es la gestacion del espíritu científico al pre-

sente, lo dice de un modo claro y preciso el maravilloso movimiento de todas las ciencias, que, al reconquistar su legítimo valor contra los excesos de las especulaciones idealistas, se *unifican* y gravitan, por ley superior al capricho de los individuos, hácia las cuestiones primeras, hácia el verdadero problema filosófico; que una nueva posicion de dicho problema es lo que, en último término, representan los triunfos del Positivismo.

Agenos á todo móvil de proselitismo, pues entendemos que el imperio de las Escuelas se derrumba, limitamos el fin de estas brevísimas reflexiones á *caracterizar* el estado actual del problema filosófico, el primero y el más importante de todos.

Es ley inherente al pensamiento científico la de proceder con órden y medida en la indagacion de todo problema, y sobre todo en el del conocimiento, ya resuelto de una manera tan negativa como estrecha por el moderno Positivismo, que, al declarar que debe emanciparse la inteligencia de todo principio, entregándose á la aplicacion espontánea de sus facultades, hace declinar el pensamiento en contradicciones flagrantes, cuyo vacío no puede llenarse ni áun con los grandes adelantos de las ciencias particulares. Necesitan éstas hoy más que ayer y necesitarán mañana más que hoy, *unificarse* y para ello invadir el terreno filosófico, como lo hacen en parte los más ilustres representantes del Positivismo: Wundt, Hæckel y otros.

Quien crea satisfecha la nativa aspiracion de la inteligencia humana con el conocimiento ó presuncion de las primeras y más capitales cuestiones; quien pretenda decapitar la indagacion científica, limitándola á las *causas segundas*, relegando las tenidas por *primeras* á una especie de *exaltacion sentimental*, propia sólo de caractéres pusilánimes, ni conoce la verdadera naturaleza del problema científico, ni tiene en cuenta las inexplicables contradicciones en que cae toda doctrina exclusiva, como puede notarse en el *parentesco* que revelan todas las conclusiones, por ejemplo, de Mr. Renan en su úl-

timo libro con las del Positivismo, siguiendo aquel antiguo proverbio de que los extremos se tocan.

Múltiples son las influencias que se contrapesan hoy en la formacion de la escuela positivista, soberana imperante, segun cree, en el mundo intelectual. Debe su génesis excesivamente complejo el Positivismo á influencias, cuyos resultados convergen en puntos importantes. La discrecion del sentido comun, que siguiendo su ley, protesta, en medio de sus contradicciones, contra todo rigorismo de Escuela y constituye lo que pudiéramos llamar *la filosofía de tejas abajo* (en cuya triste mansion nadie es infalible, segun la declaracion recientísima de autoridad nada sospechosa), la Enciclopedia con su descreimiento, la Economía con la importancia casi exclusiva que dá al conocimiento de los hechos, las últimas manifestaciones de la izquierda hegeliana, que vé toda la realidad en el *Devenir*, y, por último, cierta predisposicion ingénita á la pereza del espíritu, son elementos, si distintos en su aparicion y áun desarrollo, concordes todos para inficionar el ambiente intelectual (pues el social lo tiene ya tristemente dominado) de un *carácter positivo*, que parece complacerse en sobrestimar todo aquello que priva al hombre de lo más noble y elevado de su naturaleza.

Difícil es la mision encomendada por ley de la historia del pensamiento á los hijos del siglo XIX, que ni pueden ni deben combatir doctrina alguna con huecas declamaciones, ni con razonamientos de autoridad. A ellos corresponde, ante todo, reconocer y declarar el verdadero carácter del problema que surge en medio de elementos tan diversos; ellos deben aspirar, por lo ménos, á huir exclusivismos parciales y á encauzar el pensamiento por los derroteros que exigen de consuno la naturaleza de la verdad y las anticipaciones de la razon.

El carácter general de la Filosofía moderna es el de que esta Filosofía es y debe ser principalmente *crítica*, segun declaran hoy todos los pensadores, lo mismo los que esperan de ella la resolucion de todo enigma, que los que sólo la creen útil

para implantar por tiempo en el mundo el imperio de las tinieblas.

Y este *carácter crítico*, que no se reduce sólo á negaciones *ab irato* ó á eliminaciones prudentes, se debe más que nada al gran pensador de los tiempos modernos, al que los alemanes llaman con cierta veneracion que raya en idolatría, *der Vater Kant*, el padre Kant. En efecto: desde que toda indagacion del pensamiento humano procede por una ley necesaria de los principios asentados por Kant en su obra imperecedera *Crítica de la Razon pura;* desde que este gran pensador emancipó por completo el pensamiento de todo elemento extraño á su naturaleza, señalando con suma discrecion las condiciones de la verdad filosófica y consignando dónde reside la dificultad, cuya solucion exige la ciencia humana, ha alcanzado una importancia innegable el estudio del *pensamiento mismo* y el exámen de todas las condiciones requeridas para alcanzar la verdad.

Considerar la primera posicion del problema filosófico cual la formuló Kant, es ponerse en condiciones para hacerse cargo de cuantas dificultades son inherentes á la formacion de la ciencia; pero estimar la posicion de aquel problema, limitado á señalar tales dificultades, como la solucion definitiva de toda cuestion científica, equivale, en parte, á declarar, cual lo hace con visible contradiccion el Positivismo, que es inasequible para el hombre la ciencia, siquiera el *conocimiento positivo* haya de ser una inexplicable excepcion, dentro de aquel mundo de negaciones.

Si ofrece dificultades gravísimas el conocimiento de nuestra inteligencia; si muestra el pensamiento obstáculos, al parecer insuperables, para dar valor objetivo á nuestras representaciones, demos por insoluble la cuestion, afirma el Positivismo, y tomemos el pensamiento por mero instrumento para llegar á adquirir un número mayor ó menor de verdades particulares, en las cuales más importa atender á la *cantidad* que á la cualidad.

Con muy cortas y honrosas excepciones, tal es la posicion del Positivismo frente al verdadero problema filosófico, y como es ley indeclinable del pensamiento que surja del fondo de toda negacion el principio mismo de la afirmacion, y como el error es, cual pensaba el gran Gœthe, la plástica representacion de Mefistófeles, aquel principio, que, queriendo negarlo todo, todo lo afirma, se observa en el Positivismo un fenómeno, que es muy digno de tenerse en cuenta. Al hacer todo conocimiento subjetivo, al negar que los conocimientos tengan ningun principio real para su enlace, tienen que encomendar el engrane de sus verdades particulares á las ideas del sujeto, cayendo así el Positivismo, que se precia de ser protesta contra el idealismo, en una *exaltacion idealista;* en lo que pudiéramos llamar *idealismo al revés*, pues se formula especialmente para cada caso segun las necesidades del momento.

Pero es vano el esfuerzo, que hace el Positivismo para huir el problema filosófico, porque, á pesar de que todo positivista, cuanto más ortodoxo, más obligado se cree á darle por muerto, renace aquel problema constantemente del fondo mismo de esta region serena de las verdades particulares. Pruebas de ello las dá Spencer con su principio de lo *indiscernible*, las ofrece Hartmann con su idea de lo *inconsciente*, y, por último, se descubren en todos los partidarios de la evolucion, que tratan cada dia más de simplificar el elemento primario, á que se refiere todo momento evolutivo.

Es seguramente ley indeclinable de la inteligencia humana, que puede separarse indefinidamente de su órbita, volver á su centro para renovar por grados y cada vez con sentido más superior los problemas primeros y fundamentales de que toda verdad depende. Bien cumplida confirmacion ofrecen de lo que acabamos de decir las ciencias particulares, los progresos que en ellas se cumplen y las marcadas tendencias que imprimen á sus nuevas direcciones hácia la simplificacion y órden de todas sus verdades bajo un principio. Así hay que reconocer que, á medida que el espíritu humano adelanta en el conoci-

miento de la pluralidad indefinida de las cosas, de las cuales adquiere una masa incoherente de noticias, le ocurre la exigencia, gradualmente sentida en todo el curso de la Filosofía, de *pensar el pensamiento mismo*, y de considerarle, no ya como un instrumento, sinó como un fin sustantivo que puede y debe ser á su vez objeto de la ciencia.

Subsiste, pues, el carácter crítico del problema filosófico, que no está resuelto, sinó eludido por el Positivismo. Mostrar el valor objetivo de nuestro conocimiento es aún cuestion para todo pensador sério; progresos parciales, que ayudarán en su dia á la completa solucion del problema, existen seguramente en todas las escuelas, y entre ellas en el Positivismo, que con su observacion atenta del mundo fenomenal aporta á la cultura comun un conocimiento más ámplio de la realidad; pero el problema en sí queda en pié, siquiera se descubran ya en todas las soluciones parciales que ha recibido suficientes señales para presumir que es de todo punto imposible llevar á cumplido término el propósito de formar concepto científico de la realidad, comenzando por dividir y negar aspectos fundamentales de ella.

Al fondo mismo del problema, fondo que late y se manifiesta por igual en las especulaciones supraterrenas del idealismo, que en las excursiones prudentes y pedestres de los positivistas, al fondo del pensamiento es al que hay que recurrir de nuevo y constantemente para reconocer cómo está implícita en todo conocimiento la ineludible exigencia de *la unidad*, que su relacion supone; unidad que no pierde su valor, porque para unos sea lo indiscernible, para otros lo inconsciente, y para otros principio de diferenciacion.

Contra idealistas y positivistas, pues, debe por igual afirmar hoy el pensador que la Filosofía actual tiene un *carácter crítico*, en cuanto su problema fundamental es problema puesto y no resuelto. Contra aquellas extremas Escuelas puede y debe tambien afirmar y declarar el que se halle desapasionado, que en la consideracion y exámen del principio de unidad, su-

puesto en toda relacion de conocimiento, ha de indagarse la legitimidad de nuestras verdades. Tales exigencias, que no pretendemos darlas más valor, son seguramente resultados generales, desprendimientos necesarios de toda doctrina filosófica. Convertir tales exigencias en verdades evidentes, llevar la intencion científica á fundar la relacion del conocer en la unidad de la realidad misma, es mision encomendada individualmente á cada cual en su educacion, es el fin á que conspiran los contínuos progresos del pensamiento, y es, en último término, la única y superior condìcion para que primero la ciencia y después la vida salgan de esta crísis laboriosa, cuya fecundidad en resultados para la verdad y para el bien no puede apénas presentir el espíritu finito del hombre.

CONSIDERACIONES SOBRE EL ARTE Y LA POESÍA

I. Complejidad del arte.—II. De la poesía más propia de los tiempos presentes.—III. Superioridad de la Lírica moderna comparada con la antigua.—IV. De la trascendencia del arte.—V. Relacion del arte con la ciencia.—VI. Condiciones de la poesía moderna.—VII. Del fondo poético: la belleza.—VIII. De los ideales artísticos.—IX. El arte productor y el arte crítico.—X. Relaciones del arte con la religion.—XI. Lo legendario en el arte.—XII. El espíritu colectivo en el arte.

I

Cumple el hombre su vida y sobrelleva la carga de su destino precedido de un pasado que le guía, en un presente que no le satisface, y presintiendo un porvenir que no conoce; y miéntras la conciencia humana siga alentando con nobles aspiraciones é insaciables deseos en busca de un ideal, cada vez más ámplio y progresivo, siempre más elevado y sublime, continuará siendo el *arte* un fin imprescindible, una necesidad indeclinable y una forma imperecedera de la existencia humana.

Lo que se ama y desea; el símbolo de aquello á que aspiramos; la tendencia innata á algo que se presiente y no se vé; lo sublime en el sentimiento; lo verdadero de la inteligencia; lo bueno y lo mejor en el carácter moral; el *más* indefinido: he aquí lo que constituye la rítmica y bella expresion del arte, y muy especialmente del arte por excelencia, de la poesía, que define Campoamor en fórmula concisa y en expresion plástica, diciendo que la poesía consiste en *pensar alto*, *sentir hondo y hablar claro*.

Procede la facultad poética en el hombre del maravilloso concurso de todas sus fuerzas y potencias, sin que baste para que fructifique su fecundo gérmen la claridad del pensamiento, ni sea suficiente la sublimidad de nuestras emociones, ni logre su término natural lo íntegro del carácter moral; porque todas estas circunstancias, que son condiciones inherentes á la produccion artística, duermen el eterno sueño del olvido en el fondo del alma humana, y quedan como elementos híbridos, cuando no llegan á ser vivificados por el semi-divino contacto de la inspiracion genial. ¡Ah! es que el arte, comercio sublime de lo real con lo ideal, identificacion suprema de los medios sensibles, de que el artista se vale, con la concepcion suprasensible que su inspiracion le sugiere, es obra que se produce en toda la infinita complexion de nuestras fuerzas condensadas en un momento dado en síntesis poderosas. El arte, como fin de la vida en cuanto forma, que expresa fases eternas y aspectos indescifrables de la existencia, se elabora y concibe, germina y fructifica, aparece y brilla en el fondo insondable del alma humana, en el centro refulgente de la conciencia.

Poco importa, pues esta no pequeña ventaja ofrece el estudio del arte, el sentido escolástico que se atribuya á la cualidad de la conciencia. Circunscrita á ser depuracion intelectual de las sensaciones, que son entre sí diferentes ú homogéneas, segun pretenden los más empedernidos partidarios del moderno positivismo, ó elevada á cualidad superior, por ser la primera del hombre, como quieren otros, siempre resulta que de la interioridad de nuestra naturaleza, del hombre interior, que decia San Agustin, dimanan, si no los primeros elementos, la combinacion admirable y el concierto adecuado entre lo real y lo ideal, á que debe su existencia la obra artística.

Piensa ó concibe, experimenta ó siente el hombre la realidad de las cosas, se asimila su apariencia externa, y al expresar sus más vivas emociones, hace que estos estados pasen por el tamiz de su *fantasía* ó *imaginacion*, donde, por coinciden-

cia nunca bastante examinada, se *corporalizan* las más altas concepciones y las más elevadas ideas de su alma y se *espiritualizan* las más ínfimas y materiales percepciones de los sentidos. En la fantasía, mundo intermediario entre el espíritu y el cuerpo, entre lo interior y lo exterior, adquiere vida y existencia la obra artística; pero ¿de qué suerte? ¿merced á qué misterioso procedimiento, se pregunta la impertinente curiosidad del crítico? ¡Fútil pregunta! Jamás hallaron contestacion á ella los retóricos que fueron; hasta el presente no la han resuelto los modernos estéticos; posible es que los futuros críticos obtengan igualmente resultados ineficaces, pues olvidan que el arte es obra de la inspiracion del genio, tan completa é íntegra, tan individual y singularísima en medio de su universalidad, que nace como hecha de una pieza, de igual modo que salió Minerva de la cabeza de Júpiter. El arte excede los límites de la crítica más sutil y escapa á las observaciones más perspícuas; porque existe, dice Víctor Hugo, en el espíritu humano una cima, que es el ideal, á la cual baja Dios *(Deum passus est)* y asciende el genio *(sacerdos magnus)*. Tal es el misterio que preside á toda obra de arte, que

A los ecos de su nombre,
que aromas de gloria lleva,
el hombre hasta Dios se eleva
y Dios desciende hasta el hombre (1).

Sería fácil hallar en todos los verdaderos genios signos bien claros de la misteriosa gestacion á que son debidas sus más inspiradas creaciones; signos semejantes al *demonio* de Sócrates, á la *ninfa Egeria* de Numa, á la *paloma* de Mahoma y al *Lust zu fabuliren* de Gœthe, y de que no se hallaban libres ni áun las almas por demás despreocupadas de Byron y Heine. Semejantes signos no resuelven, ni tal es nuestra pretension, el misterio que guía el ritmo de la palabra ó dirige el pincel de Murillo ó el buril del escultor; ántes bien entendemos que

(1) Bernardo Lopez García.—El Arte.—Poesías.

el mérito singularísimo del verdadero genio está en ese *quid divinum* que preside á la confeccion de sus obras y que es eminentemente superior á todas las reglas de los críticos, parecidos en su obra demoledora y negativa á los *políticos de bastidores*, que hacemos siempre una ruda y *consecuente* oposicion á todos los poderes organizados, en la firme conviccion de que jamás nos faltará materia para aplicar contínuamente el escalpelo de nuestra acerada crítica. Dómines impenitentes, que nunca damos paz á la mano ni á la palmeta, disgregamos los elementos de toda obra artística, aplicamos á su exámen el caudal sin fin de nuestra experta observacion, tachamos estos recursos de gastados, tildamos aquellos medios de antiestéticos, presumimos que tales incidentes son impropios, que semejante desenlace es ilegítimo, que estotro efecto no es lícito; y por cima de todas estas profundas disquisitorias, verdaderos tiquis-miquis que diria el Sr. Valera, la conciencia humana encûentra destellos de genio, aplaude situaciones en que descubre grandes bellezas, y se extasía ante las llamaradas del talento, porque la obras artística es suprema condensacion del ideal más que prosáica disgregacion de elementos juxtapuestos. Esta misteriosa gestacion nace—y en el arte nâcer equivale á llegar al apogeo—en el mundo de la fantasía, donde descienden del cielo de las ideas las inspiraciones geniales y suben para depurarse las representaciones plásticas del medio sensible usado por el artista. El consorcio de ambos elementos se cumple en la fantasía: ¿de qué modo? inconscientemente quizá, con reflexion tal vez, pero hallando y encontrando, siempre que la obra es verdaderamente artística y excede la línea vulgar de las medianías, el adecuado concierto de lo real con lo ideal, para cuya empresa no ha descubierto ni es de presumir que en lo sucesivo encuentre reglas la mision invasora que se atribuye en nuestros tiempos la crítica.

Como la poesía procede del fondo de la conciencia humana, como el arte canta aquello que goza de una eterna primavera, es decir, las luchas y aspiraciones del hombre en busca del

ideal, revelan poesía y arte en los tiempos presentes cierto carácter de indeterminacion, señales confusas de tentativas sin resultado y marasmos indiscernibles, que son otros tantos desprendimientos naturales del estado actual de la conciencia humana, la cual, lealmente consultada, muestra cuán fuera de su asiento y huérfana de principios se halla en todas las producciones, que han dado en llamarse la *literatura enfermiza del siglo*.

Verdadera representacion del *Fausto* de la leyenda, que paga su tributo de admiracion á las tradiciones, que desaparecen; que se hastía y cansa de un presente cuya indeterminada ebullicion no se explica; que intenta en vano recomposiciones parciales y concordias fugitivas entre lo que fué y lo que existe: que entrevee, gracias á las llamaradas del genio más que á las especulaciones reflexivas del pensador, algo de lo que encubre el tupido velo del porvenir, aparece hoy la conciencia de los hijos del siglo XIX entregada á suplicio semejante al de Tántalo y á empresa gigantesca, para la cual faltan fuerzas á cada momento, segun enseñan las decepciones de los hombres, lo contradictorio de las ideas y la poca consistencia de los caractéres.

Ante semejante vértigo, es tambien vertiginosa la carrera proseguida por el genio, hoy amante decidido de la tradicion y buscando como artista y como poeta el ideal en lo que fué, mañana enemigo del pasado y maldiciente de lo actual en un pesimismo, que desespera y acerba los dolores del alma, como se observa en Byron, Leopardi y nuestro Campoamor, y por último, convertida en sibila misteriosa, cuya vista penetrante se dirige contra la densidad del porvenir, indaga la clave del enigma y se convierte en *vate* y profeta, para el cual la salvacion del arte y de la vida se halla en el Oriente y nó en el Poniente. Enmedio de tan opuestas fases sigue el poeta siendo tal, y recorre el genio todos estos distintos puntos de la indefinida órbita de la conciencia humana, sin que pueda tildársele de inconsecuente porque busque la belleza en toda la comple-

xion que la vida presenta. Ejemplo elocuentísimo de ello ofrece V. Hugo, legitimista y entusiasta de la tradicion en su infancia, orleanista más tarde, decidido partidario del genio de la guerra después, con su culto á Napoleon el Grande, para convertirse, por último, en poeta del porvenir, en vate que pretende cantar y adivinar á la vez. ¿Cómo sancionar tan encontradas metamórfosis? Teniendo en cuenta que el arte procede del seno de la conciencia humana, y no olvidando, segun dice el mismo V. Hugo, que la conciencia del poeta, más que la consecuencia estadiza é inmóvil de un individuo, es la conciencia del siglo en que aquel aparece y vive.

Cuando el poeta aspira á reflejar en ecos sublimes la simpática resonancia de la sociedad en que existe, la poesía no perece, los dioses no se van y los ideales no mueren, siquiera el fondo poético se trasforme, los recursos artísticos sufran innovaciones y los ideales progresen en el grado en que aparece más imposible circunscribirlos á fórmulas inflexibles. Miéntras el hombre sea hombre, tendrá que expresar sus insaciables aspiraciones á lo bueno y á lo bello, vivirá en su eterno hastío de un presente que no le satisface, y esperará *algo mejor*, que quizá no sabe colocarlo en esta ó en la otra region de su alma y del horizonte de la vida é ignora tal vez el medio para lograrlo; pero todo ello constituirá para la inspiracion del genio un fondo indeterminado, cuyos límites no se alcanzan, cuya direccion se presiente, cuya amplitud deprime; pero cuya persistencia dá fundamentos incontrovertibles á la *eternidad del arte*, que alienta y vive en el corazon humano para dar relieve contínuo á la aspiracion al *más* y *más* que canta Campoamor en sus doloras y que presintió la opinion comun en la leyenda de Ahsverus.

Merced á este principio, el arte, que es algo más que vanos desahogos y pueriles entretenimientos del poeta; el arte, que procede de las entrañas mismas de la vida individual y social y que, por cima de los paréntesis transitorios que sufre, supone algo superior á las insulsas geremiadas de una prematura

nostalgia de la vida, á que somos muy dados los hijos del siglo XIX, porque nos domina, segun decia nuestro Larra, la *preocupacion de la despreocupacion*, ó gustamos aparentar la hipocresía del vicio; el arte, que es eterno, es á la vez flexible en sus manifestaciones, se adapta al movimiento del oleaje social y no puede persistir cantando como el pájaro solitario en la selva y extraño á cuanto le rodea, pues por algo es forma y expresion de la vida y para algo esparce el poeta su pensamiento y difunde el genio su inspiracion, anhelando el *sursum corda* el concierto entre los hombres que toman su pan espiritual del cielo divino de las ideas, depuradas y trasformadas cuanto se quiera al incrustarse en la práctica; pero obreras incansables y fecundas, ya que son, como dice Gœthe, las madres de la vida.

II

Es, pues, el arte á la vez que eterno, susceptible de adaptarse á las condiciones dentro de las cuales el organismo social se desenvuelve; por cuya razon, teniendo en cuenta el estado actual de la conciencia humana, puede afirmarse que el género de poesía más propio de los tiempos presentes es la *Lírica*. Necesita la epopeya para su creacion ideales ya hechos, civilizaciones formadas y culturas que hayan recorrido ó estén á punto de recorrer los diversos extremos de su ciclo: ante elementos tan objetivos y de tanto relieve exterior; frente á sucesos tan grandes y heróicos, la personalidad del poeta queda supeditada á la contemplacion que requieren; llama el artista á la unanimidad de un entusiasmo, que todos sienten y que constituye el hálito comun, la atmósfera homogénea, en que los hombres viven y alientan; pero hoy, que la opinion devora sus ídolos con igual rapidez que los eleva; al presente, que los pedestales del héroe suelen caer convertidos en escombros para servir de gradas en la escala que conduce al patíbulo de la

pública difamacion; en estos tiempos que el organismo social es un atomismo informe, dominado por cierta obsesion de un individualismo indeterminado, ni es posible evocar los tiempos que fueron, porque perturba su juicio el fuego inextinguible de las propias pasiones, ni fuera prudente tomar asunto para las creaciones poéticas de los hechos que se cumplen á nuestra vista, por ser los intereses que á ellos contribuyen encontrados y tan opuestos como los polos del diámetro terrestre.

A la hora presente, segun ha dicho el poeta, todo es segun el color del cristal con que se mira y *todo espectáculo está dentro del espectador;* de suerte que es preciso sobreponer á todo la personalidad, retratar sus más vivas impresiones, excitar el interés por la propia emocion, evocar las ideas para embellecer la realidad, tan infiltrada de prosáico positivismo. La *Lírica* como poesía en la cual predomina la personalidad humana, como obra que aspira á idealizar lo real y á embellecer todo objeto, es el género poético más adecuado á nuestros tiempos, pues en él la creacion ó sea la combinacion libre segun ideas, bebe sus inspiraciones en fuentes imperecederas, en los elementos fijos, que constituyen la sávia de la humana naturaleza, en las antítesis más vivas y persistentes de las grandezas y flaquezas del corazon del hombre.

Necesita más que nunca hoy el espíritu humano afirmar su propia realidad, como puerto de refugio desde el cual se puede proceder á la reconstruccion de las ruinas que nos ha legado un siglo de fria crítica y de análisis indiferente; es preciso poner en juego todas nuestras potencias para revelar la universalidad de nuestra naturaleza en medio de las singularísimas condiciones de cada individuo, y para empresa tan colosal, cuyo éxito requiere fuerzas tan privilegiadas, ni sobra la reflexion del pensador ni están demás las intuiciones geniales del artista, pues si por el pronto aquellas y estas pueden parecer entre sí divergentes, conciertan á la postre para asentar en bases inconmovibles la realidad humana, el *microcosmos*, sin cuyo precedente el nihilismo se impondria en la vida

fuera un sueño irrealizable adquirir conciencia de la realilad universal del *macrocosmos*. A esta obra fecundísima por lemás, y cuyos frutos podrá apreciar mejor que nosotros la »osteridad, contribuye poderosamente la tendencia de la Lí·ica moderna. Poesía que penetra por todas las sinuosidades lel alma humana, que sondea los profundos abismos del co:azon, que despierta sus más viriles energías y evoca ideales, jue son carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos; se acerca por grados á la vida é infiltra en ella sus benéficas y :ecundas enseñanzas. En vez de leer como ántes composicioaes de ritmo inalterable y de majestuosa uniformidad, dedicalas á una ninfa, á un arroyo ó á lo agreste y primitivo de la vida pastoril, oimos resonar las cuerdas de la lira moderna, retratando en variedad de metros, pero siempre con una intencion superior, la libertad con Quintana, la patria con Espronceda y los pliegues más delicados del corazon humano con Campoamor. De esta suerte, sin que decaigan las condiciones plásticas de que se vale el artista, ni pierda en intension la belleza, descubren nuestros líricos, por ser más reflexivos, elementos artísticos en la vida toda, en la libertad, en el progreso, en la patria, en el amor, ideales que no morirán nunca, segun asegura Lamartine, y que son otros tantos reflejos de la belleza absoluta y divina, cuya manifestacion escultural dimana del fondo eternamente bello y sublime de la creacion y de la vida.

III

En este sublime concierto de la profunda intencion, que anima á la conciencia humana, con el *spiritus intus* del mundo exterior, hallamos nosotros la superioridad innegable de la Lírica moderna sobre la antigua, y que se sintetiza en lo que lecia Gœthe, en inquirir el asunto artístico en el fondo de la ›onciencia personal y en las entrañas de la vida para que el

arte llegue á ser, segun él decia, *Dichtung und Warheit*, poesía y realidad á la vez. Para concebir la verdadera grandeza de la poesía lírica, ha dicho una profunda escritora (1), es necesario considerar el mundo todo como símbolo de las emociones del alma; y en tal caso se convierten, merced á la contemplacion reflexiva y á la fuerza plástica de la imaginacion, los elementos más extraños, la realidad más vulgar en materia poética, cuando la inspiracion del artista imprime en ella el sello de la emocion personal.

Inanimados y al parecer muertos los más bellos espectáculos del mundo exterior para la vista míope del que no es artista, pronto aparecen para el genio rodeados de cierto poder misterioso, de una belleza real y viva, que educe de su fondo el talento, merced al sentido poético de la naturaleza espiritualizada y animada por el fuego divino delas ideas. Esta apreciacion superior de la naturaleza, cuyos poderes secretos evoca constantemente con el Fausto de la leyenda la conciencia humana; esta universalidad de lo bello, que exige pensar alto, sentir hondo y expresar concisamente; esta estima legítima de la madre misteriosa de la vida en el mundo, cuya plasticidad seduce y cuya complexion excede á todo análisis, la tiene más que ninguno de nuestros poetas el celebrado autor de las doloras y la posee más que nadie el gran poeta Gœthe, que huyó de las pesadas brumas de su querida Germania para gozar sibaríticamente en la Italia la sumersion material, moral y artística del naturalismo gentil y pagano. La bellísima composicion deGœthe titulada el *Pescador*, cuyos elementos objetivos se limitan á la contemplacion del mar y del flujo y reflujo de su oleaje, retrata con idealismo plástico y con realidad artística el poder misterioso de los fenómenos de la naturaleza, poder cuya mágia llega á hacer concebir al artista que la identificacion de lo real con lo ideal que persigue el genio equivale al concierto de lo natural con lo moral. ¡Quién se

(1) Mme. Stael. De l' Allemagne.

ıtreverá á negar que, áun en direccion inversa, tal vez se propuso lo mismo su mejor amigo Schiller en la célebre composicion denominada *La Campana!*

Simplificado de tal suerte el procedimiento poético, emancipado el genio de las tendencias, híbridas por lo que tienen de escolásticas, de la moderna Estética, referentes á predominios injustificados del realismo ó del idealismo en el arte, persigue hoy por movimiento, á veces espontáneo y en ocasiones reflexivo, la inspiracion genial, la alianza secreta de nuestro sér con las maravillas del universo, despoblado de ninfas y sílfides y fecundado por las ideas ó antorchas del pensamiento y luminares de la belleza. Si el poeta logra concertar la unidad del mundo físico con la unidad del mundo moral, si alcanza un destello de la belleza absoluta, si brilla en su frente el rayo del genio, podrá recoger y al recoger condensar en su fantasía, en este mundo en que se corporalizan las ideas y se idealizan las sensaciones, el lazo que ha de identificar lo real con lo ideal y ha de ofrecer como producto de su misteriosa gestacion algo que eleva el pensamiento, que sublima nuestras emociones y fortalece nuestro carácter; algo, en suma, que contribuye á la perfeccion de nuestra personalidad.

IV

Asentada de tal modo la superior trascendencia del arte y por consiguiente de la poesía más adecuada á nuestros tiempos, de la Lírica, no pretendemos sin más desconocer las verdaderas condiciones de la poesía ni proclamar la injustificada *teoría del arte docente.* Quien tiene presente que el arte es la suprema condensacion del ideal; quien concibe la poesía como combinacion libre de elementos estéticos segun ideas; quien nunca olvida que la obra artística brota del fondo de la conciencia humana en destello genial, semejante á la flor más preciada del *summum* de todas nuestras facultades, no puede aspirar á que se subordine el fuego de la inspiracion á las discreciones

reflexivas de un análisis científico, ni puede menospreciar el valor insustituible del *arte por el arte*, cuya principal exigencia consiste en producir la belleza; pero, aparte de que lo realmente bello es resplandor de lo verdadero, segun la frase de Platon, aspiramos á consignar la simplicísima condicion del factor principal de ciencia, arte y vida del hombre, cuya complexion de facultades no se disgrega aquí ni allí, sinó que más bien conserva la integridad de su naturaleza; integridad que, á pesar de hallarse rodeada de una variedad múltiple é indefinida, está á la vez imbuida de la unidad simplicísima que imprime al arte, á la ciencia, á la religion y á toda la vida, la conciencia humana. Habida consideracion de tal principio, cuya base innegable se funda en la *racionalidad humana*, no se nos alcanza el principio que justifica la opinion de algunos, que, militando en escuelas distintas y partiendo de los más extremos puntos, quieren descubrir toda la sublimidad del arte en cierto atildamiento de las formas y en un misterioso primor de combinaciones, ante las cuales el fondo formable, el asunto artístico es materia predeterminada, indiferente y áun sin disposicion natural para la obra artística, cuya perfeccion es sólo debida al ingenio del artista. ¿Acaso el arte carece de fondo y elemento expresable en él? Fuera en semejante caso la vida, arsenal inagotable que ofrece incesantemente, en globo y en detalle, asuntos artísticos, un Nihilismo inconcebible; pero si existe fondo en el arte, si en toda obra artística, áun en la más inocente en apariencia, hay algo expresable y que corresponde en su límite á la emocion producida en el genio, ¿carece tal fondo de exigencias de tal suerte que lo mismo, por ejemplo, puede ser asunto de un cuadro que materia para entonar la trompa épica ó recurrir á las más bajas y vulgares formas del arte?

Precisamente en el arte, donde entra por mucho el ritmo y el concierto, es intolerable la más mínima desigualdad, lo más insignificante en lo anormal, que exceda de la regularidad del cuadro y de la composicion, y cuya exigencia para concertar

l fondo con la forma, es tanto debida al atildamiento de primores de la expresion como á la rítmica gradacion con que se desenvuelva lo expresado. Lo que gráficamente denominan los franceses *deplacé* es intolerable en el arte, y para averiguar qué pueda ser deplacé y desentonar en una composicion artística, hay que atender en igual grado al fondo, que se concibe é imagina, y á la forma que le dá relieve y expresa.

Sin caer, pues, en las exageradas tendencias del arte docente que acusa cierta decrepitud en la inspiracion genial, como lo prueba el que los más grandes poetas (V. Hugo, Gœthe y otros) se declaran partidarios de él á la vejez y cuando se ha agotado lo mejor de sus talentos, sin llegar al extremo de negar la sustantividad de la belleza, deseamos que no se olvide que en el arte existe tambien fondo, que existe cierta gradacion en su desarrollo y en cuya exigencia encontramos nosotros la intencion artística de todo aquel que lleva en el fondo de su alma algo parecido al genio. Se acerca la concepcion del fondo al seno de la conciencia humana y se pone en contacto con las entrañas de la vida social, pues mejor cumple el arte con su mision y ménos peligro corre de dejarse escapar las tendencias sociales, cuya emocion busca y cuyo efecto y aplauso desea.

Juzgada de esta suerte la Lírica moderna, se encuentran en ella condiciones que la prestan un valor inestimable, pues el alcance de todas sus composiciones, la intencion de sus asuntos y la trascendencia de sus cantos exceden á todo lo anterior; sin que sea, en tal caso, legítima la acusacion de *literatura enfermiza*, pues cuanto pinta y describe el lírico son las ideas que laten en el fondo de su conciencia y áun de la sociedad misma.

Afirmar que en el arte existe algo más que el atildamiento de las formas y los primores de la expresion; declarar que las condiciones que avaloran la Lírica moderna, consisten en que no ha perdido en nuestro país con Quintana, Espronceda, Nuñez de Arce, Campoamor y otros, nada de la brillantez de la

forma y ha ganado en cambio profundidad en la intencion, fuerza de alcance en su punto de mira y una mayor complexion, porque se acerca más á la vida: desear que el Olimpo pagano, bello en su creacion, muerto para la inspiracion actual, lo busque el lírico moderno en el fondo de su personalidad, en el infinito del alma humana y en las entrañas de la vida social, no es afirmar que el arte debe ser docente, ni declarar que la verdad eclipse la belleza, ni desear que «el poeta de sacerdote de Apolo se convierta en pedagogo ó sacristan,» ni que «en vez de lira tome el artista las palmetas y las disciplinas, cuyo lujo de colorido para combatir al arte docente no puede impedir que la poesía moderna, á la vez que se libra de las inocentes pretensiones de enseñar y demostrar verdades, sienta urgentemente la necesidad de penetrar el fondo poético de una trascendencia superior á la que algunos han atribuido al arte.

«La poesía para ser grande y apreciada, ha dicho uno de nuestros más grandes poetas (1) debe pensar y sentir, reflejar las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que vive: no cantar como el pájaro de la selva, extraño á cuanto le rodea y siempre lo mismo...; la época presente reclama de sus poetas algo más que versos sonoros, imágenes deslumbradoras, recuerdos históricos y sentimientos de pura convencion.»

Cuando la Lírica moderna, y con ella todo el arte, obedece á semejantes tendencias, cuya significacion es innegable, la mision del poeta se eleva, el fin del arte se sublima; y sin mengua de las exigencias estéticas, puede y debe esparcir y dilatar el genio su inspiracion para recoger el eco unánime de la conciencia social en pró de lo bello y de lo verdadero en todas las esferas, aspirando á condensar en sus creaciones la infinita complexion en que la vida se desenvuelve, y á confirmar el concierto del arte con los demás fines para revelar la

(1) Nuñez de Arce.—*Gritos del combate.*—Prólogo.

racionalidad del hombre y cincelar, á modo y manera escultural, que es lo sublime de la forma, la noble tendencia del poeta latino en el *Homo sum*, que supone lo sublime del fondo. La dificultad insuperable del arte, para aquel en quien no brilla el destello del genio, consiste en encontrar el misterioso consorcio de lo sublime del fondo con lo sublime de la forma, dificultad, que se convierte para el verdadero genio en lo que se llama la feliz ocurrencia y la oportuna facilidad.

Identificar el arte con la enseñanza implicaria un absurdo y una violacion completa de la naturaleza humana; pero por cima de toda enseñanza, á veces adelantándose á ella merced á las intuiciones del genio, en ocasiones siguiendo sus pasos y áun volviendo la vista atrás para cantar la majestad del pasado, puede y debe educar y dirigir el arte al individuo y á las generaciones; es asequible que la poesía responda á necesidades universalmente sentidas y sin que viole para nada las leyes de la belleza ni usurpe su prosáica y nobilísima mision al maestro, eduzca del fondo de la conciencia humana gérmenes de ideales, que ó fecundan ó han de fecundar en lo sucesivo la vida humana. Ha tenido, por ejemplo, el moderno pueblo aleman entre sus genios á Gœthe, decidido entusiasta de la belleza clásica, amante insaciable de la luz y de las formas, el que ha pintado *el mal*, personificado en Mefistófeles con todo el primor y elegancia de su fantasía; pero nunca se permitió Gœthe dudar de la virtud y eficacia del arte en la vida; jamás concibió que fuera indiferente el fondo artístico cuyas exigencias procuraba conocer y llenar cuidadosamente, hasta el extremo de invitar, en la época más floreciente de su vida, á su amigo y émulo Schiller á destruir, mediante el arte, el provincialismo literario, asentando como lazo comun entre los germanos el de la lengua para fundar la *ciudad ideal* y con ella la unidad germánica en lo artístico y en lo moral; cuyas condiciones han trascendido después é influido en nuestros dias para el establecimiento de la unidad del Imperio aleman.

Cuando en el fondo de toda creacion artística laten semejan-

tes ideas y son llevadas á feliz término, gracias á los esfuerzos del genio, el arte, sin confundirse con la ciencia ni degenerar en las soporíferas composiciones didácticas, puede legítimamente ser llamado fin y forma que, como los demás, y segun su carácter propio, fecunda la vida humana.

V

En ningun asunto es tolerable lo exclusivo de las doctrinas, pues el rigor lógico de las especulaciones tiene que contar con el conjunto, por necesidad flexible, de condiciones y circunstancias, merced á las cuales se incrustan las teorías en la práctica y logran grabar su nombre en el libro de la existencia.

En arte, cuyo parentesco con la vida y con lo más complejo de la realidad no hay necesidad de encarecer, gustan muchos —la legion infinita de los retóricos—contradecir aquella primera afirmacion, pues entienden que las formas artísticas se hallan ya agotadas y representan moldes, cual fundidos en bronce, inalterables, á que ha de sujetarse en lo sucesivo toda inspiracion artística por genial que sea.

Los géneros poéticos, con sus divisiones y subdivisiones, y áun con cierto barniz de tecnicismo filosófico, mediante el uso y abuso de lo *objetivo* y de lo *subjetivo*, constituye el *Noli me tangere*, el arca santa de los retóricos. No se les puede argüir con formas artísticas, que no tienen precedente histórico, ó con géneros poéticos que toman nuevas fases ó desarrollos más ámplios; áun los altísimos intereses del innegable progreso del arte quedan supeditados y áun vencidos cuando los defienden artistas de mediana inspiracion, por este inflexible, tradicional, escolástico é intolerante formalismo de los retóricos.

Cómo se divorcia de este sentido el arte de verdadera inspiracion, lo declara la marcha que sigue la poesía moderna y muy especialmente la filípica, más justa que virulenta, que ha dado á luz últimamente el eminente poeta Campoamor contra

los retóricos formalistas. La respetabilidad y competencia del Sr. Campoamor, su condicion de académico y áun el tributo que paga á lo tradicional, dan más autoridad á todas sus justísimas quejas contra lo que gráficamente denomina la *familia de los roedores* (1).

Por tal motivo, no nos preocupa que se halle ó nó conforme con el dictámen de los tratadistas la idea que tenemos de la poesía moderna, cuyos adelantos innegables en nuestros dias y en nuestro pueblo marcan derroteros que no están ni pueden estar indicados en el arte poética de Horacio. Verdad es que la Epica, en el sentido estrecho de las clasificaciones de las escuelas, duerme sueño sólo interrumpido por ensayos más ó ménos estimables; cierto es á la vez que el teatro, que vive del recuerdo de su gloriosa tradicion, encuentra dificultades, al parecer insuperables, para igualar sus antiguas y más altas manifestaciones; pero más allá de estos géneros, educiendo el fondo artístico de lo que tiene de imperecedera la inspiracion artística, tomando asunto de estos repliegues, cada vez más analizados y cada vez más hondos del corazon humano, aparece, se desarrolla y crece la *Poesía moderna*, que no nos atrevemos á calificar ni como subjetiva, ni como objetiva, ni pretendemos tildarla de realista, ni de idealista, pero que no titubeamos en declarar que es poesía real, viva, que pone en juego y en accion todas las fibras de la sensibilidad humana y que mueve armónicamente los complicados y delicados goznes en que tiene su asiento toda nuestra personalidad.

Más allá de la sílfide, por cima del *Divus* de Horacio, excediendo por su intencion la fantástica region en que habitan los hijos de los Dioses, es decir, en los profundos limbos del espíritu, en el punto donde se unen y mezclan la penetrante luz del análisis científico y la penumbra de las concepciones del pensamiento humano; allá en el fondo del alma racional, cuya contemplacion admira y seduce más que lo inmenso del

(1) Prólogo á la última edicion de los *Pequeños Poemas*.

mar y lo infinito de los cielos, segun Víctor Hugo, ha descubierto la poesía moderna un rico é inagotable venero de inspiracion, ante cuyas manifestaciones no puede ser indiferente ningun alma bien sentida.

Así es que parece que la poesía vá siguiendo en estos últimos tiempos los bordes y límites que la reflexion científica le indica; pero no entendemos por esto que subordine su intencion primordial, la de producir emocion estética, al frio análisis y á la exactitud exagerada de las demostraciones científicas, sinó que cuenta ó débe contar el arte con el poderoso auxilio de la ciencia, y no tolera ya el gusto artístico poetas melenudos que hagan gala de su incultura, siquiera la retoquen con filigranas de oropel, nacidas de calenturienta inspiracion.

¿Supondrá esta nueva evolucion del arte, exagerada por la moderna escuela realista ó del naturalismo, que la poesía tiene que ser, como decia Lamartine, la razon cantada? ¿Habremos de cohonestar las híbridas y torpes manifestaciones de la literatura al estilo de Julio Verne? ¿Bajaremos el diapason de la trompa épica y la convertiremos en baja y soez bocina que dé á los vientos de la publicidad lo más grosero de la vida, segun pretende E. Zola en su lucha actual contra el Idealismo? ¿Aceptaremos, por aquello de que los extremos se tocan, los deliquios febriles y delirios de mal gusto que se ha permitido algunas veces el poderoso genio de V. Hugo, aspirando á despertar siempre la mayor emocion estética con ediciones repetidísimas de su Cuasimodo en *l'Homme qui rit*, y por último, en su enamoramiento por el pulpo y por el alcantarillado de París?

Nos parecen tales extremos de todo punto inaceptables; no sabemos si los verdaderos poetas huyen á sabiendas de semejantes aberraciones; pero sí observamos que la poesía, que caracteriza el siglo actual, la de los Leoparti, Schiller, Gœthe y otros, no es la razon cantada, ni la indigesta mezcla de nociones, que no son científicas, con invenciones absurdas,

sinó que obedece á la unidad complejísima, á la síntesis poderosa que determina la cultura humana.

VI

Pretender que el arte sea una ampliacion de la escuela ó de la cátedra, nos parece un absurdo; pero no deja de serlo á la vez aspirar á que el poeta cante, cual si fuera planta exótica, sin buscar, ante todo y sobre todo, eco y resonancia en el medio social que le circunda y sin el cual se asfixia y ahoga su obra por falta de aire respirable. Así es que la condicion primera, la más fundamental que nos atrevemos á señalar á la poesía moderna, es la de que debe ser *intuitiva*, y entendemos por tal la inspiracion que sabe determinar y producir, causando lo primero la emocion estética, el punto de conjuncion ó cruce de la observacion del empírico con las especulaciones del pensador, elementos ambos que, como factores ó causas concomitantes, avaloran la cualidad artística de la obra. A esta especie de matrimonio místico entre lo consciente y lo inconsciente, que dicen algunos, y en el cual palpitan y existen por modo eminente, que diria el Sr. Valera, todos los elementos que dan interés, accion y lucha á esta fria y profunda labor de la vida actual, á todos estos complejísimos factores referimos nosotros el poder intuitivo de que ha de dar pruebas el verdadero artista.

Real y á la vez simbólica, en ocasiones velada y enigmática, franca y desnuda cual la antigua estatuaria en otros casos, huyendo siempre la monotonía y aspirando á ser, más que la superficie tersa de un cristal, conjunto armonioso de prisma que refleja la infinita complexion de toda la realidad, con perfecto derecho en determinadas circunstancias á romper el ritmo y la continuidad de la vida para revelar contrastes y á veces paradojas, que es una de las fuentes de inspiracion más ricas para el moderno pesimismo, sin perder, en una palabra, la base de sustentacion en lo terrenal; pero mirando á la vez

hácia arriba, á lo realmente humano y á lo ideal, nos parece que la poesía intuitiva debe ser á la vez *universal* y *personalísima.*

Con el eco y resonancia que lleva tras sí lo humano y lo ideal se une el relieve personal, la virtualidad del artista, por cuyo motivo no tiene importancia alguna en el arte la acusacion del plagio, pues en la creacion artística es lo primero el sello personal que la imprime el autor, como lo prueba cumplidamente toda la dramática de Shakespeare y la obra magistral de Gœthe, el *Fausto.*

Así entendida la poesía, es cuestion ociosa la de poner siquiera en tela de juicio si la cultura y el saber pueden servir de losa de plomo al vuelo de la inspiracion artística. De ningun modo es esto presumible, ni son argumentos para tal opinion favorables los que se aducen de que muchos poetas han perdido su inspiracion cerrándose en pensamientos preconcebidos y en simbolismos maniáticos con el arte docente. Cuando así se supedita y rebaja el arte, cuando la emocion estética es segundo y no primordial fin, entónces se desnaturaliza el arte y se olvida que la fuente de su inspiracion, si está en lo complejo y sintético de la vida, no reside en los moldes estrechos de la antigua retórica, ni en los inflexibles linderos de las escuelas científicas. Aparte tal consideracion, ¡cómo justificar que la verdad sabida puede revelar antinomias con la belleza! Y cuenta que, léjos de ser así, toda verdad está preñada de misterios, porque ella es, en efecto, orígen de otras verdades que se entreven, y que miéntras gradualmente se van percibiendo dan ocasion para nuevas concepciones artísticas, que toman como punto de arranque el límite, donde llega la percepcion científica y como campo para moverse la penumbra que queda en este más allá indefinido, de que es representacion la tradicional leyenda del *Judío errantè.*

Varía, por tanto, el simbolismo; pero la inspiracion del artista no se agota, ni los Dioses se van, como se dice al observar que el arte rebasa los límites estrechos del antiguo clasicismo,

porque el poeta no pueda cantar los ídolos paganos, ni invocar genios maravillosos, ni traer á cuento el *Deus ex machina* de una fé que muere, cuando no fecunda la práctica de la vida; ántes bien entendemos que hay Dioses, segun dice Lamartine, que nunca mueren en el fondo del alma humana (la virtud, la libertad, el progreso, etc.), y que subsisten imperecederos ante la accion del tiempo, siempre que repercutan en el espíritu del hombre y hieran fibras de su corazon, tomando por tema el *Homo sum* del poeta latino. Así es que lo real, en el ámplio sentido de la palabra, lo que es vivo, humano, de todos tiempos, persiste, siquiera todo el simbolismo de que viene acompañado perezca. A nadie, ni áun al erudito más refinado causa emocion estética la lectura de la Iliada por el simbolismo general en que ha expresado su concepcion el poeta á no evocar recuerdos de su cultura; pero á todos seduce el episodio de la despedida de Héctor y Andrómaca. Por muy positivos, racionalistas y áun volterianos que sean los *esprits-forts* de estos tiempos, por muy amenguada que se halle la fé, pocos, quizá ningun espíritu permanecerá indiferente ante la representacion de la sublime pecadora, de la Magdalena cristiana.

VII

Lo humano, en cierto modo divinizado por el arte, lo que en el alma del hombre persiste por cima de todo cambio, condicion ó circunstancia; tal nos parece que debe ser el fondo, el verdadero material perdurable de la inspiracion artística, y cuanto más se acerque á ello la poesía moderna más entrará en vías de progreso, á pesar de la opinion de algunos que creen el arte en una lamentable decadencia como si la vida pudiera arbitrariamente dividirse y fueran susceptibles de tan absurda separacion las armoniosas manifestaciones de sus distintas esferas, que fuera concebible, por ejemplo, proclamar ley constante de la existencia el progreso y la evolucion á lo

mejor en lo material y en lo social y político, y el retroceso en lo artístico ó en lo científico.

Presumimos que de esta suerte queda establecido que el criterio de lo bello no es tan relativo y pasajero como quiere el Experimentalismo que priva hoy en arte y en todo, y que si no tiene un carácter de absoluta fijeza, contradictorio de la humana condicion, tampoco carece de reglas fijas para decidir que hay ó puede haber concepciones artísticas cuyo fondo de belleza persistirá por cima de todo cambio y trasformacion.

Decidir taxativamente qué bellezas son perdurables y cuáles nó, será siempre obra difícil en la Estética; pero á tal fin habrán de contribuir necesariamente los grandes progresos que hace hoy la ciencia de lo bello. En ella se reconoce ya hoy unánimemente tal exigencia (1).

Cuantos datos, y son muchos, aportan las novísimas experiencias del Positivismo para precisar las condiciones fisiológicas de la emocion estética y que constituyen lo que pudiéramos llamar con Lotze (2) la ***morfología de lo bello***, se hallan influidos por un predominio excesivo de la técnica en las artes; quizá absorbe completamente el sentido de tales indagaciones la apreciacion cuantitativa del movimiento y consiguientes vibraciones, que son el precedente inexcusable de toda emocion estética, ya que es axioma incontrovertible que para el hombre no existe más belleza que la contemplada. Pero al lado de dicha consideracion, sin disputar por preferencias que son siempre exclusivas, es necesario tener en cuenta la apreciacion cualitativa de lo bello, lo específico de la emocion estética en cuyo punto tiene su orígen el gusto, á la

(1) «Cosas que encontramos bellas hoy no lo serán mañana y habrian sido »ridículas hace mil años, miéntras que la belleza de otras obras persiste á tra»vés de los siglos y es reconocida por todas las generaciones. Hay, pues, »entre las condiciones de lo bello unas que son variables y pasajeras y otras »que tienen un carácter fijo é inmutable que persiste á través de los cambios de »las humanas civilizaciones. No ha sido claramente definido hasta hoy este ca»rácter, ni considerado discretamente los elementos variables y pasajeros que »contribuyen á la realizacion de la belleza.»—Ph. Gauckler: *Le Beau et son histoire.*

(2) *Geschichte der Asthetik in Deutschland.*

vez productor y crítico. Para llenar esta condicion no se puede prescindir de las vilipendiadas especulaciones de la Estética idealista, por cuyo motivo Max-Schlaser pretende unir y concertar la dialectica de la idea de lo bello con el procedimiento inductivo del empirismo moderno, sentido compositivo que aceptan hoy muchos pensadores (1) y que estimamos de gran trascendencia, pues explica en parte el carácter de *intuitiva* que hemos atribuido á la poesía moderna.

Aducir pruebas de que el progreso de la ciencia de lo bello vá por tales caminos, equivaldria á hacer un resúmen de cuantos trabajos salen á luz actualmente, preparando una construccion general de esta ciencia que, no satisfecha con las ideas preconcebidas ó semi-míticas de sus indagaciones sobre el concepto de lo bello, aspira á cualificar la belleza con característica más precisa que la que supone el análisis inacabable de lo objetivo y de lo subjetivo.

No es pequeña dificultad la que dimana de la índole del asunto para obtener resultados fijos en el análisis científico; pues segun dice un escritor al hablar de la belleza, el análisis se convierte en himno y el lenguaje deja de ser natural para convertirse en tropológico y retórico. De aquí definiciones cada vez más figuradas y simbólicas de lo que es la belleza, diciendo unos con Pitágoras: «la belleza es la armonía;» ó con Platon: «es la unidad de la idea de las ideas;» otros con Leibnitz: «lo bello es una virtud reducida á la unidad;» ó con Hegel: «la belleza es la representacion sensible de la idea;» ó con Krause: «es semejanza de lo finito con lo infinito;» ó con Gœthe: «representacion rítmica y realizacion de lo ideal.»

No nos guía un vano prurito de enmienda, ni la ridícula pretension de poner, segun se dice vulgarmente, el punto á

(1) «Las condiciones de la nueva Estética son: 1.ª una base experimental »más ámplia, fundada en el estudio de la naturaleza humana y en el de las »obras que realizan lo bello. 2.ª La union prudente y circunspecta de la especulacion con la experiencia que la fecunda. 3.ª El conocimiento de los trabajos ya hechos en esta ciencia, ó sea su historia.»—Ch. Benard: *L' Esthétique allemande contemporaine.—Revue Philosophique.*

la *i* á autoridades científicas como las que quedan citadas, y á otras tan respetables que pudiéramos enumerar; pero suponemos que, sin aplicar á estas definiciones un tecnicismo reglamentario, es fácil descubrir en todas ellas la confusion de cualidades que á la contemplacion de lo bello se refieren, con requisitos que á su produccion técnica corresponden, aparte el no pequeño inconveniente de que lo bello, cuya cualidad más saliente, áun para el inculto, es que emociona, hace palpitar nuestro corazon y toda nuestra personalidad (1), queda relegado á un mundo ideal; pero ideal como superior y áun inasequible para la generalidad, por lo cual se ha considerado al artista como de condicion superior. Las ideas y lo ideal de Platon, las madres de la vida de Gœthe, lo abstracto, en una palabra, ó cuando más una identificacion indefinida de lo ideal con lo real parece ser la mansion á que se eleva la realidad de lo bello. Se deduce de esta abstraccion un concepto de lo bello, donde predomina lo estático y nó lo dinámico, y por tanto un tipo absoluto (en el sentido de ser fijo y estable) de toda manifestacion de la belleza, único fundamento lógico en que ha tomado asiento el clasicismo del arte, y único punto tambien vulnerable que no supo atacar la anárquica teoría de los románticos.

Ante el progreso general del pensamiento y la aplicacion de la ley de la evolucion á la ciencia y á la vida, ha quedado la ciencia de lo bello estancada en la idea hegeliana y ha rebasado sus estrechos límites el Empirismo estético de los Voituron, Helmoltz y otros que, no pudiendo aplicar á la idea tradicional de lo bello, concebida como absoluta y fija, la ley de la evolucion, han terminado por negar la existencia de dichas ideas, proclamándola como mero efecto relativo de determinadas adaptaciones, sin prever que el Empirismo, así entendido, envuelve una peticion de principio.

---

(1) En lo cual se funda el dicho general de que, todos sentimos y áun instintivamente sabemos lo que es lo bello, siquiera no podamos discernirlo y áun expresarlo gráficamente.

Aun hecho caso omiso de la cuestion ontológica, no se pue- negar que la belleza absoluta debe ser por el hombre per- bida gradual y relativamente, siguiendo el desenvolvimiento evolucion de que es susceptible todo en el fondo de la con- iencia humana, donde jamás se descubre la perfecta confor- nidad de la potencia con el acto, característica de la inteli- gencia divina, segun Santo Tomás. De otro modo ¿cómo explicar el progreso y trasformacion de los ideales? ¿Cómo habíamos de concebir el vino nuevo en los odres viejos de que habla el simbolismo del Evangelio? Y por último, ¿cómo atribuir al artista el poder de crear? (1)

VIII

Crea el artista, porque combina sus ideas ó el material en que se inspira, segun el grado y la medida en que lo concibe, á cuyo sentido refieren los poetas de mera forma (los fuegos fátuos del Parnaso, como los llama Schiller) el indiferentismo del fondo, sombra que cubre para los incautos el espíritu escéptico de estos rimadores, cuyas contradicciones no se deben ni siquiera hacer objeto de refutacion. No es posible de ningun modo que el fondo artístico sea indiferente, cuando ha de ser tomado de lo que late con más intensidad en nuestro corazon, de aquello que más nos interesa en la vida, por cuya razon decimos por el poeta que canta ideales ya pasados, más parece la estatua de sal de la Biblia que el cantor de las más nobles aspiraciones de la conciencia nacional. Así es que, como regla

(1) La creacion del artista se refiere en sus manifestaciones, desde luégo, á la imaginacion ó fantasía. Unánimes en este punto el análisis fisiológico y el psíquico, consideran que la imaginacion, que en parte depende de la memoria, porque obra siempre sobre representaciones tomadas de ella, es, sin embargo, algo más que la memoria; así es que la imaginacion no es sólo *reproductora*, sinó que es además *productora*, *dá nueva forma* á las cosas antiguas, es decir, que siendo reproductora en cuanto al material, es productora en relacion á la forma. De lo dicho, se infiere que la creacion para el artista es la combinacion libre segun ideas, que el artista no produce, porque reuna materiales, pues en tal caso el científico sería más artista que el poeta, sino porque los combina y desenvuelve orgánicamente.

general, nos atrevemos desde luégo á asentar que la poesía, ó mejor el arte debe ser *progresivo*, si bien no negamos que haya inspiracion poética y creacion artística en la representacion de las glorias de lo pasado y áun en la evocacion de los ideales que fueron; pero á condicion de revelar que en dichos ideales aún existe virtualidad para educir de su fondo y de su contemplacion estética condiciones de educacion y mejora para los hombres.

Estimamos, por consiguiente, la aplicacion á la crítica de un sentido político determinado como cercana al apasionamiento y á la injusticia, pues aunque convenimos con V. Hugo en que el poeta debe mirar al Oriente y nó al Poniente, tambien entendemos, siguiendo la metáfora, que en la luz, como en toda fuerza natural y moral, nada se hace por saltos, todo se educe del proceso orgánico, en que la realidad y la vida se manifiestan.

Quiere esto decir que el arte con ser una manifestacion de la vida, cuya tendencia primordial consiste en producir la emocion estética representando segun ritmo y medida el fondo concebido con los caractéres indicados, algo, en una palabra, universal y personalísimo, que el arte no se reduce á la mera forma, como han pretendido con una exageracion injustificada algunos críticos (1), sinó que el fondo que se moldea ó representa, *trasciende* y á veces supera al simbolismo de la forma. Y no pudiera ser de otro modo, pues acontece con el arte en su relacion á la vida lo que se observa en la misma division del trabajo ó diferenciacion de funciones del organismo corporal de que hablan los modernos naturalistas. Notemos, en efecto, el escrúpulo exagerado con que los experimentalistas distinguen en el organismo, á medida que se asciende en la escala de los séres, las funciones, los aparatos y áun sistemas en que se realizan los fenómenos de la vida, y despues de tan delicado análisis llegan como último resultado de sus

(1) En nuestro país los Sres. Canalejas y Revilla.

ıdagaciones á lo que llaman correspondencia ó corelacion e fuerzas. Otro tanto es valedero para el mundo moral y otro anto acontece con el arte, que se manifiesta y desarrolla en ın paralelismo completo con las demás formas ó fines de la rida. Y á no ser así ¿cómo podríamos atribuir al arte tenden-:ia educadora, siquiera no se subordine á ella? De tiempos antiguos es creencia general la de que el arte, hermano de la religion, ha contribuido poderosamente á la educacion y mejora del hombre: si hoy el arte sigue la tendencia emancipadora que caracteriza toda la vida moderna; si hoy el arte se *seculariza*, aún revela tendencias innegables á hermanarse, ya que nó con la religion, porque todas las positivas estrechan su simbolismo, con la ciencia para ejercer en el mundo lo que pudiéramos llamar con frase feliz del Sr. Moreno Nieto, la *cura de almas*.

Que no sublimamos el arte, sinó que nos limitamos á reconocer su importancia y trascendencia, lo muestra la observacion que todos hacemos de que miéntras problemas, cuestiones, intereses, aspiraciones y áun deseos nos dividen y separan, llegando al atomismo, nos une y eleva y concierta en sentimientos comunes el arte, como si fuera susceptible de poder él sólo entonar el *sursum corda* para estos descontentadizos hijos del siglo XIX.

A esta trascendencia de su fondo, que nó al mero formalismo simbólico de sus manifestaciones, debe el arte la superior categoría que le reconocen unánimente los espíritus más demoledores y escépticos, como si fuera la única divinidad capaz de subsistir en medio de tanta ruina. Como divinidad considera el arte Strauss (1), como el culto más aceptable, el culto de lo ideal lo estima Renan (2), y como lo que ha de restituir ó crear de nuevo, ya por llamarada genial, ya por nuevas inspiraciones, los nuevos ideales cultivan el arte los poetas de más altos

(1) *L'ancienne et la nouvelle foi.*
(2) *Diálogos filosóficos.*

vuelos: Gœthe y Schiller soñando con su *Ciudad ideal;* Lamartine con sus *Dioses inmortales;* V. Hugo con sus intuiciones visionarias; Campoamor con su sobrescitacion del sentimentalismo conceptuoso, y Nuñez de Arce con la viril energía, cercana á la desesperacion, que manifiesta en sus *Gritos del combate.*

A estas manifestaciones se refiere seguramente la vida superior del arte: inferiores á ellas, con un valor semejante al que tiene en general el recuerdo, que sólo es estimable en lo que tiene de aplicable á la enseñanza para lo porvenir, son las manifestaciones artísticas, que deben su existencia á un culto exagerado á ideales antiguos ó á imitaciones de forma. Arte éste último de verdadera filigrana, que convierte la infinita complexion de la sensibilidad humana en un encaje de muchos huecos y vacíos, como la filigrana de la Arquitectura semeja el encaje de la piedra, produce sin duda emocion estética, hace surgir en el alma la impresion de lo agradable, quizá más que de lo bello, y deja bien pronto que la sensibilidad recobre su equilibrio apénas perturbado, cuando nó que se encierre en una indiferencia completa.

Cuando se niega trascendencia al arte ó se proclama que es indiferente el fondo artístico, se desconoce la complexion, de que educe sus manifestaciones el poeta. No hay para qué declarar que una poesía, por ejemplo, *á un arroyo*, ó *á ella*, sin asunto, pero bien confeccionada, vale artísticamente más que un poema filosófico-simbólico, bosquejado en renglones desiguales; pero la comparacion no es aceptable, pues envuelve un sofisma, ya que no pretendemos identificar el arte con la ciencia ni negar que el fin primordial de toda obra artística ha de encaminarse á hacer surgir gradual y rítmicamente la emocion estética.

Para mostrar despiadada y prosáicamente todos los repliegues de lo que es real, extremo, á que quiere llevar el arte el moderno Naturalismo con la fuerza del colorido, basta el análisis científico, ó si se quiere la copia servil de la fotografía ó

la fidelidad del testigo que experimenta y observa; pero para descubrir, en bella imitacion de lo natural, la gradacion y el ritmo que la forma expresa, cuanto más complejo y rodeado de ténues penumbras se halla el fondo ó el asunto, se necesita algo más que la fria observacion del científico; es preciso saber combinar elementos dispersos y determinar ó producir con componentes complejísimos un resultado simple, que es en lo que consiste la difícil facilidad con que el artista imprime sello personal á su obra.

IX

La síntesis del elemento inteligible ó ideal con el sensible sólo tiene lugar en el interior del artista, en su fantasía, en el *tiempo* y *espacio* interiores (1), por lo cual ha podido decirse que primeramente *todo espectáculo está dentro del espectador.* En efecto, toda obra artística, ya sea creada, ya se convierta en objeto de contemplacion, se crea ó se contempla primero en el interior del poeta ó del crítico. Aun admitidas tales premisas, entendemos que la belleza es ante todo real y objetiva, si se tiene en cuenta la distincion que debe establecerse entre la causa y la ocasion y que ésta hace surgir la emocion estética (lo que pudiéramos llamar aspecto ó apreciacion subjetiva de lo bello) y aquella, la causa, es decir, lo real del objeto, que nos afecta ó impresiona, determina y produce la natura-

(1) Sin olvidar las condiciones fisiológicas que preceden y acompañan á la emocion estética, ántes bien, teniéndolas en cuenta, afirmamos que *la vista y el oido* son los *dos únicos sentidos estéticos*, como sentidos el primero del espacio y el segundo del tiempo, y cuya combinacion se efectúa en el mundo de la fantasía. Aun cuando mediante el tacto percibimos algunas cualidades del espacio, no determinan tales percepciones emocion estética á no ir acompañadas de las visuales, lo cual nos parece objecion atendible contra algunos naturalistas que entienden que todos nuestros sentidos son evolucion diferencial del tacto. Si será posible algun dia mayor perfeccion de nuestro organismo sensible, y por tanto, nuevas combinaciones de impresiones y nuevos artes (opinion sustentada con insistencia por Helmoltz, Delboeuf y otros), nos parecen suposiciones hasta el presente más visionarias que toda la Metafísica tradicional, acusada de aquel vicio por el Positivismo.

leza específica de la emocion segun el grado de cultura de la ideas estéticas, esto es, segun la conciencia efectiva que tene mos de la belleza típica, eterna é inmutable en sí misma, como afirma más ó ménos autorizadamente el metafísico, pero variable en su percepcion y representacion de parte del artista y del crítico en conformidad con el grado de su cultura. Sólo en tal sentido, se puede afirmar que es fundamen tal y eterna la necesidad de lo ideal en el arte y á la vez que se trasforman y progresan los ideales artísticos.

En esta superior conjuncion de todos los elementos que concurren á la aparicion de una obra, lo difícil del arte pro ductor se refiere *á saber combinar* dichos elementos, miéntra que lo difícil del crítico consiste en *saber ver* la combinacio producida por el verdadero artista. De aquí es consecuenci inmediata que el primero, el artista, el que crea, ejercita prin cipalmente sus facultades *sintéticas* é *intuitivas* y el crític pone en accion sus aptitudes para el *análisis* y la *discreci* de los elementos complejísimos, que ha concertado en unid simple y armónica el verdadero artista. Y como la obra d arte tiene tambien fondo, segun hemos dicho, puede el crítico al deslindar los elementos reunidos en la obra, descubrir e ella, lo mismo en su conjunto que en sus detalles, belleza áun trascendencia, que puede no haber presumido el autor consideracion que explica, segun nuestro juicio, la importa cia legítima que en el arte tiene lo *inconsciente*, importanci que no llega al alcance que la dá Hartmann, ni á la ampliacio que la atribuyen otros, explicando el genio y lo genial com algo enfermo ó que toca en los linderos de la locura.

Implican las consideraciones anteriores que la trascendenci del arte no contradice la teoría del arte por el arte, ni supo que la obra artística valga, á estilo de la demostracion ma mática, por el mayor ó menor número de consecuencias q de ellas se deduzcan; ni cómo es posible entender así el art cuando ya hemos declarado que una de las libertades del po ta (ignoramos si está ó nó reconocida por Horacio en su *Pi*

oribus atque poetis) consiste en que puede revelar hastío del órden y continuidad de la vida, echar mano de la paradoja, recurrir á la nostalgia y cansancio de la existencia y áun al pesimismo como fuente de inspiracion artística. Suprimamos por esfuerzo de abstraccion la paradoja de las doloras bellísimas *Todo es uno y lo mismo* y *Amar al vuelo*; no es posible *planearlas*, segun dice el autor. Prescindamos de lo paradójico y contradictorio de las poesías de Heine, Leopardi y áun de nuestro Becquer; no lograremos descubrir rasgo alguno de belleza. ¡Ah! Luego la paradoja y el pesimismo son reales, contribuyen á la educacion del hombre y se diviniza, mediante la mágia de la inspiracion, el error y el mal, dirá algun ortodoxo del arte, tan temibles en su esfera como los alguaciles de la conciencia.

Cuán ilegítima es semejante consecuencia se descubre á primera vista, pues el arte no es la verdad demostrada; pero si la paradoja y el pesimismo son fases bajo las cuales aparece el prisma de la realidad á la conciencia humana, no sabemos por qué hayan de irse á pique los fundamentos sociales; por qué éstas y todas las fases de la conciencia humana lleguen á ser ficciones poéticas, cuya vida se agigante con el relieve personal que el genio les infunde.

Por chavacana y rastrera que sea la idea que tengamos de la condicion moral del hombre, por fuerte que sea el empeño de identificar la moralidad con la ignorancia, cosas que son, sin embargo, distintas, no podemos ni debemos considerarnos autorizados para declarar cerradas las fuentes dichas á la inspiracion artística. Y así como ántes hemos dicho que el arte no es la verdad demostrada, afirmamos ahora que no es tampoco la plática moral ni el precepto de la conciencia; pero sin audacias escandalosas ni timideces hipócritas, áun tocados el mal y el error por la mágia de la inspiracion artística, ya descubriremos su oropel y qué servicio tan positivo, siquiera sea de modo indirecto, prestan, dando más relieve y persistencia por el contraste á la verdad y al bien.

Pues qué, ¿no pasarian, por ejemplo, desapercibidos fulgores esplendorosos de la magnificencia del carácter del *Fausto* si no estuviesen sombreados por las pequeñeces de Mefistófeles? ¿Acaso no surje precepto de continencia de aquella orgía de la dolora *Más, más?* Aquí sí que tiene perfecta aplicacion aquello de que todo espectáculo está dentro del espectador.

Se observa, pues, que la trascendencia que al Arte atribuimos no subordina la inspiracion á lo verdadero y á lo bueno, sinó que brota y fluye la trascendencia y aplicacion de la obra artística del fondo mismo en que está inspirada, de esta unidad complejísima del océano moral, de la conciencia misma. En una palabra, la trascendencia y aplicacion no se deduce de la obra, *se educe* de la complejidad y trabazon de su acento con el proceso orgánico de lo real y vivo; es, por tanto, una trascendencia interior, intrínseca en la obra, *inmanente* diríamos sin acordarnos de la Academia.

No parece injustificado, si atendemos á todo lo que queda dicho, que los dos caractéres más salientes de la obra artística, esto es, de lo bello, son que su fondo ha de ser tomado de algo real y vivo, que haga vibrar las fibras de nuestra sensibidad (1), y además, que lo bello revele en la complexion de su fondo y en lo orgánico de su contextura y composicion una finalidad interior é inmanente en la obra (2). Merced al primer carácter, la esfera de lo bello es amplísima, y tanto más vale y es duradera la emocion estética que produce, cuanto más honda es la cuerda que hace vibrar en el fondo de nuestro corazon. Gracias al supuesto carácter, la belleza que surje y se

---

(1) «Lo bello implica algo referente á la vida, á la individualidad del objeto »que se representa, individualidad por la cual la idea especifica desciende de la »alta esfera de las ideas puras; aparece, por decirlo así, en la tierra, adquiere »una especie de personalidad que le es propia, sale del círculo de los conoci»mientos útiles y de las concepciones inanimadas para llegar á ser una realidad »viva.»—GIOBERTI: *Essai sur le beau.* (Traduccion francesa.)

(2) «Lo bello es un principio libre, independiente de toda relacion, que tiene »en sí mismo su propio fin y su ley, y que aparece en un objeto determinado »bajo una forma sensible...En lo bello el fin y los medios son idénticos; pero el »fin se realiza por sí mismo por un desenvolvimiento natural, libre y armóni»co.»— AD. FRANCK: *Dictionnaire des Sciences philosophiques.*

manifiesta ante todo emocionando la sensibilidad, pone tambien en accion, aunque subordinadamente, la inteligencia y la voluntad, es decir, toda nuestra personalidad, que se significa cualitativamente por ser una *energía ó entelequia teleológica*, usando los términos aristotélicos. En cuanto el hombre es en su manifestacion superior fuerza consciente encaminada á un fin, es artista que combina libremente la multiplicidad de elementos de lo real segun ideas, es artista que crea.

No presumimos haber resuelto así la dificultad de la definicion del arte y de la belleza; pero creemos que los dos caractéres indicados son los únicos que se pueden señalar como objetivos y reales para toda emocion estética; caractéres que distinguen, con independencia de lo que tiene siempre el gusto de subjetivo, lo artístico de las demás esferas de la vida, en cuanto el arte tiene dentro de sí su fin, sin que por esto sea lo bello perjudicial, anticientífico ó inmoral (1), sinó que las condiciones de la verdad y del bien resultan después en la obra artística realizadas merced á la perfecta ecuacion de los medios con el fin. A esta condicion se refiere la afirmacion general de que lo que es realmente artístico y bello debe su existencia á la difícil facilidad que caracteriza al genio y se revela por tanto como hecho y producido de una vez, como obra de una sola pieza; pues es la expresion rítmica de un conjunto complejo en una unidad simplicísima.

Como materiales de contextura artística se pueden considerar fuentes de inspiracion todas las cosas, *omni re scibili*, único sentido en que es cierta aquella creencia de que el fondo artístico es indiferente; porque lo primero para el artista es el *savoir faire* que dicen los franceses, el colorido, la fuerza de pincel,

---

(1) «Lo bello es independiente de nosotros, encuentra su complemento en »su propia naturaleza, dice Gioberti;» de forma que lo bello produce en nosotros un placer desinteresado que es después útil y provechoso é indivisamente real y bueno por la armoniosa constitucion de nuestra naturaleza y por lo orgánico del fondo bello, que áun en contrastes y luchas deja entrever principio de composicion y concierto.

el estilo de los retóricos, el sello personalismo y genial del artista, que pudiéramos decir en general.

Con esta amplísima expansion que puede dar el artista á sus inspiraciones, pues la contextura de su creacion depende ante todo del *color del cristal por donde se mira*, siempre será preferible elegir asunto entre aquellos que más hondas raíces tienen en el fondo de la conciencia humana; esto es, en lo legendario y tradicional. Como los artistas recurren constantemente á estos asuntos, se encuentran elaborando los mismos materiales, y de aquí las referencias, copias y *plagios* tan debatidos en la Estética.

Juzgar la copia y el plagio en arte, lo mismo que en ciencia, como gravísima falta de moralidad científica, nos parece que es confundir arte y ciencia, la concepcion sintética é intuitiva del artista con la fria y laboriosa discrecion analítica del sabio. A éste, cuya personalidad desaparece ante lo objetivo y real de su indagacion, se le despoja del fruto de su trabajo, del pedazo de gloria que en la oscura historia de la ciencia se ha de repartir, no sólo entre los genios y grandes luminares, sinó tambien entre tantas y tantas medianías que son obreros laboriosos. Al artista, cuya personalidad se identifica con su creacion, nada se le quita, de nada queda despojado porque otro artista ensaye sus facultades con el mismo asunto. Si el que copia ó plagia no logra revelar mejores condiciones artísticas en su obra, lleva, sea ó nó plagiario, como vulgarmente se dice, en su pecado la penitencia; pero si el que copia dá nueva manifestacion, más bello relieve al asunto, inspiracion más genial, sello personalísimo á su obra, hace algo más que robar; logra, sol refulgente, eclipsar la luz crepuscular de donde tomó orígen su creacion. Por tal motivo se ha dicho siempre, desde Shakespeare, que el robo ó plagio en literatura no es tal, porque si se roba mal es una imitacion, ó servil ó incolora, que recuerda constantemente el modelo, y si roba bien, de tal suerte que hace olvidar lo robado, que mata aquello que le sirvió de molde, es que ha con-

vertido legítimamente en asunto propio material desenvuelto ya por otro.

X

«El que posee ciencia y arte, dice Gœthe, tiene religion. Al »que carece de las dos primeras, le deseo, porque la necesita, la »religion.» No pretendemos dilucidar hasta qué extremo pueden ciencia y arte suplir en el fondo del alma humana la tibieza ó pérdida completa de la fé religiosa. Tema es éste examinado con gran prudencia y mesura por unos (1), con acritud y enemiga por otros (2) y con diversidad de criterios por muchos (3), inclinándose en general casi todo el Criticismo de que se vé influida la cultura moderna, á considerar la religion como medio de educacion de los pueblos en su infancia. Reconoce tal opinion, con el gran poeta aleman, virtualidad suficiente en la ciencia y en el arte para suplantar el alto ministerio que ha ejercido la religion en toda la trama de la historia.

Si la Religion dá sólo á individuos y pueblos el ideal para producir su vida, influencia social bajo la que ha sido estimada únicamente la trascendencia de la fé por algunos pensadores, parece indudable que la religion debe ser lo que indica el Criticismo moderno, y se justifica la consecuencia final de la extrema izquierda hegeliana, cuando asegura que el Cristianismo es la última evolucion de la conciencia religiosa, que no renacerá ya con nuevos ideales, pues éstos han de venir al drama de la historia por esfuerzo de la Ciencia y por ministeterio del arte; pero si la religion es algo más que el ideal, si la religion se renueva y trasforma como los ideales, porque es, ante todo, «el sentimiento de nuestra sumision absoluta á la

(1) Vacherot. *La Religion.*
(2) Proudhon. *De la Justice dans la Revolution et dans l'Eglise.*
(3) Strauss. *L'ancienne et la nouvelle foi.* Laurent. *La Religion del porvenir.*

»ley que revela nuestra conciencia y áun el de nuestra union »íntima con el autor de esta ley objetiva» (1), podemos proclamar lo perdurable y eterno de la religion en la vida y desechar la conclusion negativa del moderno Criticismo, á que se acoge en parte el aforismo del poeta aleman y bajo el cual se refugian los restos del volterianismo, pidiendo religion, como piden Guardia civil, para la canalla, y descreimiento para los cultos.

Tenemos por indudable que la Religion es eterna y que sólo una consideracion superficial de la vida hace á algunos elevar á ley la antinomia que las circunstancias históricas establecen entre la fé religiosa de un lado y la ciencia y el arte de otro; pero el descreimiento, el criterio escéptico, que es en último término una fé negativa, es un estado igual al de aquellos que al ver tomar al arte nuevas fases, aceptando moldes más ámplios para su manifestacion, exclamaban: los dioses se van, el arte perece, y ni ha perecido el arte, ni lo divino ha dejado de ser el hálito primordial que informa las más sublimes inspiraciones artísticas. Religion, arte, ciencia, todo en la vida implica accion y movimiento, trasformacion y cambio en el tiempo, evolucion, segun ahora se dice, y esta evolucion más prueba la interna virtualidad de estas energías del espíritu social, cuando se trasforman y desarrollan, que muerte ó desaparicion en un quietismo inexplicable.

Ahora bien: esta ley del progreso ó de la evolucion se aplica á un fondo, si en su orígen primitivo simple, complejísimo en su desarrollo, de suerte que no se conciben ni progreso ni evolucion en el trascurso del tiempo, que no supongan desequilibrios parciales en la marcha general de los sucesos como antecedentes indispensables de síntesis y conciertos superiores; fenómeno es éste que se comprueba á cada paso en la historia, cuando se observa que por tiempo se oponen y áun parcialmente se niegan, por ejemplo, el progreso material y el

(1) JUNDT. *Histoire du Pantheisme populaire.*

moral, lo cual no impide que más tarde el progreso material, el bienestar, sea condicion favorable para una mejora y rectificacion completa del sentido moral. Y es porque la Historia no se debe examinar sólo en un punto ó hecho concreto, donde se corte su complejísimo tejido, sinó que debe ser concebida en la unidad del tiempo como la forma ó molde en que la vida se manifiesta, por lo que muchas que parecen antinomías insolubles, fatalidades de las circunstancias y caprichos del dios éxito ó de la loca fortuna (asideros deleznables de todos los doctrinarismos) son otras tantas condiciones y pasos obligados en el decurso de los sucesos, cuya suprema explosion recoge siempre el genio, lo que se llama el hombre providencial, que es, en último término, el hombre que sabe esperar y recoger en síntesis hilos, en apariencia heterogéneos. Bajo tal supuesto ha podido decir Bacon y repetir con él otros muchos, que el genio consiste en tener espera, en estar dotado de la sublimidad de la paciencia, en vivir, que decia Espinosa con un sentido ya más ontológico, *sub specie æternitatis.*

Fenómeno semejante al que dejamos indicado ofrece al presente la antinomia y áun más la enemiga existente entre la religion de un lado y la ciencia y el arte de otro, estado que los alemanes designan con la palabra sintética de *Kulturkampf* (lucha en pró de la civilizacion).

Dimana principalmente esta lucha de que la fé religiosa que supone necesariamente ley, á la cual nos subordinamos, se halla al presente en abierta contradiccion con la naturaleza, que de esta misma ley revela la conciencia científica. Más aún: dentro del terreno mismo del pensamiento científico se repite dicha contradiccion entre estos dos términos sintéticos, á saber, la concepcion mecánica del mundo y de sus leyes á que conduce la observacion positiva, la experiencia, y la concepcion teleológica á que lleva el pensamiento especulativo. Entre estos dos que pudiéramos llamar polos extremos del mundo inteligible y moral persiste en la hora presente el orígen y áun trascendencia de toda crísis religiosa. Quizá el ardor de la lu-

cha disloca el órden propio de los términos, sin que hasta ahora pueda hacerse más que encaminar pensamiento é intencion á *conquistar la maternidad de la razon, una vez perdida la virginidad de la fé*, segun metáfora felicísima del más profundo y más íntegro de los pensadores contemporáneos (1).

Entretanto, dolámonos primero de la intransigencia con que se plantea siempre este problema en nuestro país, y fiemos después á la accion del tiempo y á la ley de la historia la reintegracion completa de la vida y con ella la legítima ponderacion y obligado equilibrio que debe existir entre estas energías del espíritu colectivo.

Cuando consideramos transitorio, que nó definitivo, el divorcio actual entre la ciencia y la religion, damos por supuesto que acontece otro tanto con el arte. Se secularizan, en efecto, ciencia y arte, en cuanto se emancipan de moldes y piés forzados, dentro de los cuales la virtualidad de la reflexion científica y el alcance de la inspiracion genial habrian de asfixiarse, segun lo ha demostrado cumplidamente la historia en la antigüedad clásica y en el renacimiento del Paganismo. Pero aparte esta divergencia, que la dá de sí el espíritu del siglo, el arte vive y progresa hoy como siempre de un hálito profundamente religioso y moral; áun las creaciones enfermizas del Pesimismo revelan un *spiritus intus* de enemiga á religiones que han hecho su historia; pero á la vez ofrecen en su fondo constitutivo un ideal, todo lo indeterminado que se quiera, pero ideal al cabo, en el cual apunta precisamente como signo patológico la desesperacion por no poder concertar dicho ideal con la vida, menospreciada por tal razon.

Prueba de lo que decimos es la tendencia evidente en todo el arte moderno de encarnar, áun en los antiguos moldes las nuevas ideas que constituyen el desprendimiento natural, más que de la ciencia, de toda la cultura, fuente de inspiracion á que recurren los más grandes artistas, señalando un como dejo

(1) SALMERON. *Discurso sobre la cuestion de la Internacional.*

y lejano recuerdo de aquella antigua fraternidad de la religion con el arte. ¿Qué significa, por ejemplo, todo el simbolismo del *Paraíso perdido* del gran Milton? ¿Qué supone aquella su inspiradísima afirmacion de que todo hombre lleva en su conciencia su gloria y su infierno, sinó un nuevo y como rejuvenecido sentido de la redencion? ¿Qué valor tiene una de las más bellas creaciones de Gœthe, el *Eterno femenino* (1), que sustituye lo *maravilloso* de la antigua epopeya? Indica claramente que el ideal inasequible para la Edad Media de divinizar á la vez la virginidad y la maternidad, es la sublime aspiracion del arte moderno, cuando concierta lo real con lo ideal y aproxima en misterioso maridaje la carne, embellecida por el amor, al espíritu, fecundado por la naturaleza.

Estos y otros ejemplos prueban cómo se infiltra, por influencia del genio, el hombre nuevo dentro del hombre viejo, que decia el Evangelio, la nueva idea en la resurreccion de los antiguos símbolos, y principalmente demuestran que hay corrientes é influencias poderosísimas, de virtualidad innegable, del arte á la religion y viceversa, corrientes misteriosas como que se efectúan en los limbos profundísimos del espíritu colectivo y cuya direccion general puede indicarse de igual modo que se señala la direccion de las corrientes en los profundos senos del mar, inmensidad semejante á la del espíritu humano; pero sin que sea por esto posible, pues lo envuelve en penumbra impenetrable lo porvenir, marcar el punto de contacto, la verdadera fecundacion de estas altísimas potencias de la vida.

De este modo explicamos y justificamos nosotros el dicho de Gœthe, entendiendo que un *ideal estético* puede guiar á un ideal religioso, pues el arte bate siempre en la brecha la ignorancia, la supersticion, todas las sombras para conquistar la *Ciudad ideal*, para cantar el *sursum corda* de esta nueva tierra de promision, que aspira á realizar el máximun de

(1) *Das Ewig-Weibliche.*

la belleza, merced al concierto y armonía que en sí lleva implícita.

Y no se libra de esta ley ni áun la última evolucion del arte contemporáneo, pues lo que ha dado en llamarse por Campoamor y otros la *grandeza de lo pequeño*, la *naturalidad de lo sublime*, etc., y áun por algunos con frase ya más gráfica y de sentido más escolástico *realismo naturalista*, es una tendencia del arte, donde si el *primum movens* consiste en la copia y la descripcion, el punto de mira en los artistas geniales (Campoamor, Leopardi y aún más exagerado Zola) vá encaminado, á inquirir estos puntos ténues, estas tintas simpáticas, en cuyas sombras fugitivas se halla el deseado concierto, como ahora se dice, de lo consciente con lo inconsciente. Parece superfluo citar ejemplos de esto, pues las poesías de Campoamor, los poemitas de Heine, el *humorismo* de los artistas y áun la fuerza nervuda de colorido y descripcion de Zola deponen á favor de lo que apuntamos.

Así, al lado de la paradoja, del dolor y de la desesperacion, hállase en estas composiciones artísticas un rasgo de energía y virtualidad potentísima, una alta aspiracion á algo, que por lo que tiene de vago é indeterminado encanta y seduce y constituye como el bálsamo de consuelo, que restaña heridas aún abiertas. Eterna es la aspiracion á lo ideal, y en ese punto el artista se encuentra, cual verdadero vate, con el sacerdote; es, como dice V. Hugo, *sacerdos magnus*. No es pequeña ventaja para el artista, ya lo reconoció Horacio en su *Pictoribus atque poetis*, poderse librar de la losa de plomo del dogma, cuya inflexibilidad estática abre diariamente á nuevas influencias, infiltrando así de un modo constante nuevos ideales al lado de los antiguos. ¿Qué otra cosa decia nuestro Espronceda, cuando en su lenguaje gráfico anuncia cantar lo primero que le salte á la mollera?

Y tal consideracion nos lleva como por la mano á examinar la relacion del arte y de las inspiraciones artísticas con las formas que reviste, tomadas de lo legendario y tradicional.

XI

Representan las formas tradicionales legendarias el campo neutral, donde gusta, por reflexion ó por ley inconsciente, medir el genio sus propias fuerzas, pues que lo legendario y lo tradicional, formado de asuntos ya tratados por otros, es incentivo poderoso para que el genio ensaye en ello de nuevo sus aptitudes artísticas, es como ropaje ya usado, que adapta el artista á su propia constitucion. En ello revela mejor que en nada el arte su sentido verdaderamente progresivo, puesto que en tales moldes, por estar ya usados, es más meritorio para el genio descubrir nueva flexibilidad, otros aspectos en que incrustar su inspiracion, donde vaciar, segun la frase simbólica del Evangelio, el vino nuevo en odres viejos. A tal sentido se refiere precisamente la superior mision del artista, la de crear belleza, renovando, dando como nueva vida á lo ya usado y áun vivido. De forma que la vara mágica de la inspiracion artística toca con el fuego y destello del genio lo ya usado, por aquello de la sentencia salomónica *Nihil novum sub sole*, y lo hace aparecer como dotado de nueva y más potente vida. Lo que pone, pues, por sí el artista en estas especies de renacimientos de los antiguos símbolos es la combinacion bajo nuevas fases de elementos ya conocidos, único sentido recto, bajo el cual puede llamarse al artista *poeta*, es decir, creador, ya que el fin del arte no es crear de la nada, lo cual no puede hacerlo el hombre, «sinó representar con materiales tomados de la naturaleza las ideas de la razon» (1). Así es que en la creacion del artista en general, «todo se reduce á la separacion de los elementos conocidos de las percepciones y á la combinacion de estos elementos abstractos bajo nuevas relaciones» (2).

---

(1) AD FRANCK. *Dictionaire des Sciences philosophiques. Article Art.*
(2) HARTMANN. *Philosophie de l'Inconscient.*

Lo que es legendario y tradicional es siempre preferido por el verdadero artista; porque aparte su forma y simbolismo universalmente conocido, expresa aspiraciones unánimes, ideales históricos, estados de la conciencia pública, que puestos á contribucion por el genio, dan por resultado obras de general aceptacion y que hieren la sensibilidad de todos. La popularidad del *Cid*, del *Romancero* y del *Tenorio* entre nosotros y la de leyendas semejantes en las literaturas extranjeras, y sobre todo la universalidad de tipos legendarios como Prometeo, Ahsverus, Don Juan, Fausto y otros que tienen eco y resonancia en la literatura de todos los pueblos cultos y que son, segun la crítica moderna (1) de un abolengo dilatadísimo, manifiestan que lo legendario ofrece campo inagotable para la inspiracion del artista y que su forma tradicional no es nunca molde fundido en bronce, sinó flexible y adaptable á nuevas y más progresivas ideas, simulando algo de lo que se atribuye al Fénix, cualidad suficiente para renacer del calor y rescoldo que dejan sus propias cenizas.

Cuando se haga la historia de las trasformaciones y progresos del arte comparado con la de los mitos, creencias, leyendas y tradiciones (algo semejante á lo intentado por Guigniol en su *Simbólica* y por Strauss en su *Dogmática*) se comprobará experimentalmente de qué modo son paralelas estas fases del alma individual y de la vida social y se descubrirá la ley que rige estos movimientos íntimos de lo que pudiéramos llamar el gran mercado intelectual y moral donde se efectúan transacciones y se cumplen cambios entre los elementos distintos de la cultura para elevar gradualmente por sincretismos más extensos el nivel intelectual, artístico y religioso de todos los hombres.

Si el ideal para los hombres está constituido, segun dice T. Braga (2), por la síntesis de ideas, sentimientos y aspiracio-

---

(1) V. Maury. *Croyances et Légendes de l'antiquité.*
(2) Th. Braga. *Estudos da Edade Media.*

nes que agitan el fondo social, estas síntesis se acrecientan á medida que los progresos humanos entreven ó descubren nuevos horizontes y requieren, de parte de las formas artísticas que los simbolizan, mayor elasticidad, más flexibilidad. Iníciase entónces en lo legendario y tradicional una doble corriente, que se manifiesta en el arte mejor que en ninguna otra esfera de la vida, doble corriente que se establece entre la significacion tradicional del símbolo ya expresado y los nuevos elementos que se trata de simbolizar en ello, de suerte que toda leyenda es una representacion artística, una idea personificada, á la cual se agregan en el trascurso del tiempo nuevos elementos. ¿Es lo legendario obra ya cerrada, como concluida definitivamente? Entónces se dice que es una tradicion muerta que ni en su fondo ni en su forma es capaz de hacer vibrar las fibras de la sensibilidad humana, á diferencia de las tradiciones que son vivas, que aún producen emocion y que por tanto son susceptibles de poder encarnar y áun expresar bellamente estas sublimes agitaciones de cuya síntesis sale, como de la semilla el grano, el ideal que perseguimos.

La representacion ó realidad artística de una leyenda ó tradicion, que no debe confundirse con la realidad histórica, es tanto más estimable cuanto mejor condensa dentro de sí mayor número de caractéres típicos del fondo artístico. ¿Por qué decimos, por ejemplo, que la epopeya de nuestra reconquista de la nacionalidad está representada artísticamente en el Romancero? ¿Por qué se dice que es popular, nacional, hueso y carne del pueblo aleman la leyenda del Fausto? Porque independientemente de la existencia real ó fingida del Cid y del Fausto, son estas dos creaciones fiel reflejo de los caractéres típicos y más salientes del genio nacional de cada pueblo.

Ante tales creaciones, cuya trascendencia ignora á veces hasta el mismo poeta que las dá vida, puede afirmarse con Herder, cuando adoctrinaba á Gœthe, que la verdadera inspiracion artística se encuentra en el espíritu colectivo, en la poesía popular, en el ámplio sentido de la palabra. Verdad es

que el esfuerzo individual del genio dá la forma perdurable á la realidad bella; pero no olvidemos que el genio no crea de la nada; segun hemos dicho, engendra los hijos de su fantasía, vistiéndolos con los elementos y realidades que el espíritu colectivo le ofrece (1). No se comprenderia de otro modo que las Naciones se enorgullezcan legítimamente de poseer genios; se enorgullecen de ellos porque colaboran de algun modo á su aparicion y áun á su desarrollo.

El alcance excesivo y á veces erróneo que ha pretendido dar Hartmann á esta ley psicológica de la colaboracion para la vida del individuo del espíritu colectivo dentro del todo social, explica la aplicacion que ha hecho de su Teoría de *lo Inconsciente* al arte.

XII

Sin conceder tan alta trascendencia á lo Inconsciente, reconocemos la necesidad de tener en cuenta el espíritu colectivo y su colaboracion para la vida y manifestaciones del arte, que por tal razon se repite que el poeta revela el genio patrio, que es poeta nacional y que el artista es hombre de su tiempo y por las influencias de su tiempo movido. No contradice, sinó que confirma esta misma ley, el gran poeta Gœthe, cuando aspira á ser *poeta de la literatura universal*. Inmarcesible título de gloria es para este genio singular revelar tal carácter en sus más valiosas creaciones; pero corona el éxito sus esfuerzos, porque su espíritu sincrético, su alma gigante no se satisface con asimilarse el espíritu social de la cultura naciente de su patria, sinó que elevado á más altas cimas eleva la penetrante mirada de su genio y toma y pone á contribucion para sus obras el tesoro inmenso de su saber, el espíritu co-

---

(1) «La unidad de la concepcion en conjunto, que preside al orígen de la »obra, no impide, ántes bien exige, sobre todo en obras de importancia, que »inspiraciones parciales vengan á sostenerla.» —Hartmann. *Philosophie de l'Inconscient*. T. I, pág. 310.

:tivo de todo el mundo culto, que se asimila merced á una .da y constante labor.

Ahora bien: el canal de comunicacion, la artéria, que en . todo social sirve para señalar la conjuncion del espíritu co- :ctivo con el individual en la inspiracion artística, es lo le- ;endario como el legado tradicional, sagrado depósito y he- 'encia que las generaciones precedentes van determinando)ara que lleguen á constituir la atmósfera moral, dentro de la :ual se mueve el genio. Él condensa mejor que los demás, él :ombina más libre y más rítmicamente que el comun de los hombres esta múltiple legion de gérmenes y elementos que constituyen la trama de las creaciones artísticas: en este punto dificilísimo es en el que el artista, al evocar el espíritu colectivo, al tomar la voz del todo social, cuando habla, nó en nombre de su individualidad, sinó en representacion de algo que es universal, crea, es decir, educe del seno de lo social algo típico, característico, que es bello; porque lleva consigo su finalidad propia ó se halla dotado de una finalidad inmanente.

A esta comunicacion y superior síntesis, acumulada y manifestada después en el alma del artista, entre su individualidad y el todo social, se ha referido siempre el acto de la inspiracion. *(Deum passus est. Deum pati).* En el vuelve á aparecer el carácter sagrado del artista, lo que Platon llamaba el *delirio sagrado de los inspirados*, y Ciceron *furor poeticus*, y en él se manifiesta toda la importancia que, por cima de los embates de una crítica pedestre, tiene lo legendario y dentro de ello áun lo mítico y lo maravilloso.

No hacemos aquí cuestion crítica sobre el valor real de los mitos, declaramos la persistencia obligada de todos estos elementos como factores necesarios para la vida del arte. Muévese éste por su naturaleza propia, segun se desprende de :uanto dejamos dicho, en una region rodeada de penumbras, llá, donde se dibujan los linderos de lo positivamente sabido donde aparece por lo mismo la exigencia de lo maravilloso.

Son los elementos, que se designan con los nombres de mítico, mágico, maravilloso, etc., algo más que sueños de desocupados ó preocupaciones de ignorantes. De no juzgar *grosso modo* estas manifestaciones constantes del espíritu humano, hay que observar que cambian, que se desechan unas, que se aceptan otras, porque á la vez el principio informador de lo mítico persiste. Enhorabuena que sea nuestra debilidad hacer gala de escépticos; pero contemos con que el escepticismo, al ménos como estado definitivo, tiene sus más profundas raíces en la sombría region de las supersticiones, que favorecen más que contradicen la tendencia á lo maravilloso. En París, segun dice E. Caro (1), en la ciudad más escéptica, donde más se hace gala de la despreocupacion, se encuentran diariamente, al lado de los laboratorios de ciencias positivas, misteriosos gabinetes en los cuales se practican experimentos de física recreativa, interpretados por espíritus superficiales ó ignorantes con envolturas indigestas de creencias supersticiosas.

Entendemos que estas manifestaciones (y cuenta que no hablamos para nada de la indigna mercancía que de ellas hagan miserables explotadores) no son debidas únicamente á la *betisse* humana, pues no es tan grande el poder, ni tan universal la trascendencia de la bestia, que al lado del ángel descubre Pascal en el alma humana. Ménos participamos aún de la opinion de ciertos *esprits-forts* que estiman la tendencia general del hombre á lo maravilloso como un estado enfermo del alma digno de constituir un capítulo de la Psicología mórbida. Miéntras la inteligencia humana, que no vive sólo de la reflexion científica, pues todos los hombres no pueden ser filósofos ó científicos, y áun estos no pueden ni deben dejar de ser hombres; miéntras la inteligencia humana, repetimos, no alcance (y no lo alcanzará nunca en la vida) una perfecta ecuacion de su potencia de conocer con su cultura efectiva; mién-

(1) E. Caro: *La Philosophie de Goethe.*

tras que la inteligencia humana tenga al lado de sus conocimientos una incógnita, algo desconocido, habrá de obedecer constantemente á esta tendencia de lo maravilloso, ya que es insaciable su deseo de conocerlo, saberlo y explicarlo todo y á la vez, á cada nuevo adelanto, encuentra un más allá aún por conocer y explicar. Por muy positivo y crítico que pretendamos sea nuestro criterio, por mucho que pesemos y midamos la realidad conocida, si suponemos que en lo ya conocido tenemos aprehendida toda la realidad, pareceremos niños, víctimas de la ilusion de que son capaces de coger su propia sombra, que, á medida que más se acerca, más se aleja. Alejar, pues, lo desconocido, esto es, acercarlo más cada vez, aunque parezca paradójico, aproximar la incognita, reconociendo sus más profundas raíces en el fondo de la conciencia humana es cuanto corresponde hacer, siguiendo la ley del progreso científico. Que por esto se afirma principalmente que el problema ontológico ó metafísico no inside solo, segun la concepcion platónica, allá en regiones supraterrenas, en hipostasis ó quintos cielos, sinó que late en el fondo y entrañas de toda la realidad.

El arte debe considerar todo este legado tradicional que se llama astrología, mágia, leyenda, hechicería, como símbolos adaptables constantemente al nuevo sentido, que la inspiracion genial les dé al moldear en ellos los nuevos ideales. Constituyen, en efecto, tales símbolos penumbras que acusan los límites ampliables en grado indefinido del pensamiento humano, y representan lo que dice acertadamente Víctor Hugo (1) que la pregunta se repite y se repite constantemente, siquiera sea en distintas formas, pues tanto en el fetichismo grosero de la infancia de los pueblos, como en el sencillo velador que se mueve por pretendida fuerza espiritista, lo que late siempre es el arcano final, que nos acompaña como la sombra al cuerpo desde la cuna al sepulcro.

(1) V. HUGO. *William Shakespeare*, pág. 52.

Subsiste el problema y subsisten las formas que reviste; pero así como el problema se trasforma y áun se amplía, admitiendo nuevos elementos y enriqueciéndose con nuevos términos, así deben tambien trasformarse los moldes que lo simbolizan. De aquí procede lo que hemos llamado ántes *representacion artística* de la leyenda ó de la tradicion que sufre evoluciones al compás de lo en ella simbolizado. ¿Cómo hemos de concebir hoy, por ejemplo, el tipo legendario del Tenorio del mismo modo que lo ha sido ya? Habrán de modificarle las condiciones del tiempo y del medio social.

Al admitir, pues, todo el simbolismo como adaptable á la inspiracion del artista, lo admitimos como elemento que es progresivo en el grado que progresa lo en él simbolizado.

Tanto mejor usará un poeta de una leyenda ó tradicion, cuanto mejor la adapte á su nuevo sentido y más haga olvidar el antiguo, que por esto se ha dicho, hablando del plagio, que en arte es plagiario el que roba forma ó fondo; pero que no lo es el que roba y á la vez mata, es decir, que toma lo tradicional y lo moldea de modo tan original y propio que hace olvidar lo antiguo. Nadie se atreverá á decir que el gran dramaturgo inglés Shakespeare es plagiario, porque todos los argumentos de su dramática están tomados de leyendas y tradiciones ya conocidísimas de su tiempo. Nadie dirá tampoco que Gœthe es plagiario, porque su obra favorita, su mayor concepcion, fué calcada en los moldes que le ofrecia la *Leyenda del Fausto*. Y es porque Shakespeare ha logrado que todo el mundo olvide tales tradiciones y tenga siempre presentes sus dramas, y porque Gœthe ha conseguido que el doctor Juan Fausto, de que todo el mundo habla, sea el representado en su poema y no el de la leyenda. Aun así, el inquirir la afinidad y parentesco que tienen las obras del genio con las leyendas de la conciencia general dará siempre orígen á un estudio importantísimo: el de poder precisar la colaboracion del individuo y del carácter popular al adelanto y progreso de estas grandes energías del espíritu colectivo que se llaman religion, ciencia y arte.

EL CARÁCTER

Señalar la cualidad con que producen los hombres su vida, cualidad que es originalísima y propia de los individuos, áun dado lo homogéneo de su condicion, es mostrar en lo que consiste el carácter.

Salvo las diferencias de educacion y cultura que corresponden á lo que hoy se llaman distintas etapas de la evolucion, todos los hombres cumplen el mismo fin y se valen para ello de los mismos medios; pero cada uno obra y vive de una manera especial y *característica*. Al lado de una semejanza y homogeneidad innegable aparecen en la existencia humana infinitas diferencias de unos á otros individuos, sin que sea el primero repeticion del segundo, sinó mostrando cada cual con la simplicidad de su condicion la más rica variedad, lo mismo en lo grande que en lo pequeño. Constituyen el carácter elementos simplicísimos é idénticos para todos, y debe sin embargo su orígen á una combinacion singularísima de estos mismos elementos; ocurre, por tanto, con el carácter lo que acontece con la fisonomía. Si observamos las fisonomías de los hombres, si examinamos cómo se hallan todas compuestas de partes más que semejantes, casi iguales, si las comparamos entre sí, notamos que todas se diferencian y distinguen, y que si algunas son algo parecidas (rasgos ó aire de familia que se dice), jamás llegan á una perfecta identidad; pues aunque los mismos elementos constituyen la fisonomía de todos los hombres, cada cual manifiesta en la suya una combinacion variable en grado indefinido.

Lo que es la fisonomía en el cuerpo es el carácter en e

alma (1). A la singularísima disposicion de los rasgos de nuestra fisonomía corresponde la peculiaridad con que producimos nuestra vida interior. Es tan rítmica á veces tal correspondencia, que se inclina espontáneamente el pensamiento á inferir las cualidades del hombre interior por su aspecto exterior, señaladamente por el que revela en la faz.

Al observar con frecuencia comprobadas estas inducciones, se les ha concedido exagerada trascendencia y alcance, pretendiendo fundar una ciencia de la fisonomía en su corelacion y paralelismo con el carácter (la Fisiognómica). Por exactos que aspiren á ser los principios en que se apoye la Fisiognómica, es menester no olvidar que el hombre puede rehacer sobre sí y dominar la expresion exterior para que no revele su condicion interna; pues de otro modo no podria explicarse cómo van el héroe y el mártir gozosos á ofrecer su vida en holocausto de una idea, y cómo el que imagina una trama traidora, el *hipócrita*, el que semeja el llanto que la tradicion atribuye al cocodrilo, marcha á su fin, ocultando, más cuidadosamente que el avaro sus tesoros, lo infame de sus intenciones con la falaz apariencia de su rostro. Ambos extremos son inexplicables é impiden que la Fisiognómica pueda establecer principios de universal aplicacion.

Hecho caso omiso de tales extremos, y teniendo á la vez en cuenta los límites que recíprocamente se imponen lo físico y lo moral, sin que puedan influirse más que siguiendo el proceso complejo del movimiento psico-físico, es innegable que existe una mútua corelacion entre el aspecto de nuestra faz y la virtualidad interior de nuestro carácter; así se declara y reconoce cuando se dice con frecuencia que es la *cara el espejo del alma*, y que hay hombres que tienen cara de santos, de honrados ó de lo contrario, buscando siempre corresponden-

(1) «El carácter de un individuo es su fisonomía moral, es el aspecto activo bajo el cual aparece su organismo cerebral con más importancia y consistencia; .....es el carácter la expresion escrita en los actos del individuo, de sus cualidades funcionales.»—V. Dr. E. Bourdet. *Des Maladies du caractere*.

cia entre la fisonomía, que es la expresion total del cuerpo, y el carácter, que es la síntesis suprema del alma.

Más difícil aún, y al presente casi imposible, es justificar la causa de semejante paralelismo, pues á la par que se percibe el eco exacto que tienen nuestras predisposiciones interiores en los rasgos de nuestra fisonomía, se desconoce el principio que pueda explicar dicho fenómeno. Que el hombre es uno y que lo físico y lo moral son aspectos cuya distincion procede del punto de mira que se toma para observarlo, dicen los psicólogos contemporáneos partidarios del *Monismo*, que es, hasta hoy y á pesar de la múltiple série de experiencias de que se acompaña, un presentimiento racional más que una verdad comprobada científicamente. Que existe en la complexion de la naturaleza humana realidad trascendente y ontológica suficiente para explicar tal conveniencia afirman otros, apoyados en un órden y serie de ideas puestas en tela de juicio por la laboriosa crísis que atraviesa el pensamiento contemporáneo que crece cada dia en sus exigencias y que acepta sólo aquellas afirmaciones que, verificadas empíricamente, conciertan á la vez con la realidad especulativa. Más modestas, y por lo que se refiere á su alcance psicológico más exactas, son las tendencias de aquellos psicólogos, que dejando intacto el problema ontológico, pues ha de pasar tambien por el tamiz de la crítica, declaran y áun prueban que la accion y reaccion contínuas de lo físico y lo moral se funden en la manifestacion humana, gracias al proceso complejo del movimiento psico-físico y á la produccion de las sensaciones. En virtud del primero se condensa toda la realidad anímica en la representacion plástica de la fantasía, donde adquiere viveza y cualidad suficiente para comunicar con los nervios motores que conducen la accion psíquica al órgano adecuado para su expresion mediante la energía *específica* que atribuyen los fisiólogos á los nervios. Por obra de la sensacion, auxiliada con el concurso de todas las fuerzas naturales, llega lo físico á los centros nerviosos con intensidad bastante

para producir representacion del fenómeno en la fantasía, y con ella la percepcion necesaria en lo espiritual.

No debe extrañar que existan dificultades gravísimas para la completa explicacion del problema, pues ni esta ni ninguna cuestion se libra de la profunda crítica que á todo aplica la conciencia contemporánea; ni es fácil recoger ordenadamente la serie de términos múltiples que son necesarios para conocer el inmenso laboratorio del organismo corporal, en cuyo seno se producen muchas de las condiciones de nuestra existencia interior; ni es, por último, asequible de primera intencion, como pudiera presumir nuestra tradicional pereza intelectual, discernir en un análisis riguroso los elementos que entran en la combinacion simplicísima y á la vez vária de nuestro carácter.

Se siente, en efecto, mejor que se conoce este *quid* indefinible que dá orígen al carácter, pues por algo reviste cuanto á él se refiere cierta cualidad intuitiva y sintética. Es el carácter rasgo individual, imperceptible á la primera observacion, imborrable por todo el decurso de la vida y genuinamente propio de cada hombre, como que constituye lo que pudiéramos llamar la *fisonomía del alma*, *el rostro moral*. En el carácter fructifican todos los elementos que contribuyen á la existencia humana; en el carácter se revelan todas las condiciones que influyen en el individuo; en el carácter tiene su participacion la herencia, la tiene principalísima la educacion, no carecen de ella la iniciativa propia, el impulso individual, las influencias del medio social, todo aquello, en una palabra, que se combina para constituir este admirable organismo del microcosmos: ¿qué extraño ha de ser, por tanto, que ofrezca dificultades discernir el contenido del carácter, áun formándole y ejercitándole nosotros mismos?

Preguntemos á los hombres superiores qué cualidad intrínseca tienen en su alma para *dominar y fascinar* á los demás y preguntémos tambien á la generalidad de las gentes por qu se dejan guiar y áun dominar por los que estiman superiores

ni unos ni otros pueden contestar; aquéllos y éstos sienten mejor que perciben la poderosa síntesis de donde brota el carácter. Poseidos los primeros de cierta *difícil facilidad*, reunen en sus deseos é indicaciones, en sus empresas y en sus anhelos la flor de sus fuerzas anímicas y dan á todas sus obras una cualidad indescifrable que avalora en sumo grado todos sus actos; tal es la mision que lleva á cabo el individuo, el sello personal de *grandeza*, como dice nuestro poeta, que imprime á sus obras para constituir el carácter superior. Existe seguramente en los caractéres superiores un ejercicio acertado de la reflexion y del cálculo, merced á lo cual sintetizan en sus propósitos los de los demás y desde el estrecho círculo de su individualidad abrazan relaciones *universales*. *Lo universal* personificado y caracterizado: hé aquí la incógnita, el secreto del poder mágico que domina á los hombres y que dá orígen á los grandes caractéres; sin la existencia de éstos no se conciben las luchas gigantescas que libran las ideas para tomar carta de naturaleza en el libro de la vida; sin los caractéres que se adaptan á los superiores, no se explica la existencia de las muchedumbres disciplinadas, cooperando para incrustar en la práctica un ideal comun.

El carácter superior, el que dirige y lleva en su mano la antorcha de la idea, que ilumina y conmueve el corazon de los demás, personifica en su límite algo superior á su individualidad, una gran mision que le eleva por el pronto á la categoría de hombre *necesario*, de *predestinado*. Pero á pesar de todo, que lo mediten y entiendan los caractéres superiores, pues lo vá sabiendo con evidencia la opinion general, no existen tales hombres necesarios en el sentido de ser *los únicos*, ya que las ideas, cuya personificacion y desinteresado culto les eleva, son algo más que piedras miliarias: no son *estáticas*, son *dinámicas*. Marchan, en efecto, las ideas y por un procedimiento inexplicable abandonan aquellos caractéres que le son infieles ó dejan de ser su representacion. Cuando esto acontece y los caractéres superiores creen vinculado en ellos el destino atri-

buyendo sus triunfos á cualidades personales, la marcha silenciosa de las ideas perpétuas obreras de la civilizacion se desvia, y comienza á dibujarse al lado del Capitolio la roca Tarpeya y surje al lado de la silla cural el puñal de Bruto. Como las ideas son superiores á los hombres, como éstos valen por la fidelidad con que las representan y personifican, pierden toda su importancia y merecen caer del pedestal á que han sido elevados, cuando la inconsecuencia hace desaparecer la virilidad del carácter; acontecimientos que se infieren unos de otros con más precision que una conclusion de sus premisas.

La existencia de esta *lógica inmanente* en los sucesos explica cómo y cuán precipitadamente caen *muchos ídolos de barro*, cómo y con qué celo debe conservarse el carácter, porque es lo que mejor revela la dignidad personal, y cómo y qué matemáticamente el juicio de la posteridad dá á cada uno su merecido.

El que niega su carácter, el que es *apóstata*, niega su propia personalidad; si aspira á ejercer influencia ó autoridad, quiere fundar su poder en títulos exclusivamente personales, carece de noble ambicion, logra fundar, si acaso, un imperio efímero, para cuya conservacion egoista necesita recurrir al despotismo y desconocer y negar la dignidad humana, y por último, se convierte en un elemento perturbador, pues consigue sacar de su cáuce la vida pública y con ella todo el mecanismo de las fuerzas sociales, que toman entónces como órgano de manifestacion la pluralidad de los partidos, fracciones y fraccioncillas gráficamente denominadas *fulanistas*.

Graves, gravísimas son las inconsecuencias del carácter, porque son siempre debidas al sacrificio de toda la personalidad, al egoismo de una aspiracion individual. Y como en el carácter se combinan maravillosamente todos los elementos de nuestra existencia, como en el carácter se efectúa el consorcio de lo individual con lo universal, depurándose lo primero con la virtualidad de lo segundo, causa un desórden inapreciable

en los primeros momentos, cuanto contribuye á hacer desaparecer el carácter.

Hagamos notar, en confirmacion de nuestro aserto, la laboriosa gestacion que trae el carácter y la singularísima manera como se produce la admirable combinacion de todos sus elementos. A él concurren por igual todas las fuerzas de nuestra personalidad, en él se sintetizan todas las influencias legítimas de nuestra vida, y hácia él converjen los resultados más fecundos que recogemos de nuestra experiencia y educacion, como quiera que la primera manifestacion del carácter acusa que el hombre comienza á tomar posesion de su personalidad y á prepararse para librar el combate de la vida en pró de lo noble y de lo justo. Se inicia el carácter con lo más propio é ingénito en nuestra individualidad (predisposiciones y vocacion interior), se desenvuelve con la direccion especial que imprimimos á todas nuestras facultades (tono y manera de ser), se manifiesta en el sello singularísimo y personal con que damos plasticidad y relieve á nuestra existencia, y por último, se conserva legítimamente con la fidelidad y exactitud que prestamos á las ideas-madres á que debe su orígen (la consecuencia en nuestra conducta).

Así es que el arsenal donde tomamos materiales para formar nuestro carácter, la educacion en que amamantamos nuestras almas puede y debe ser la misma para todos los hombres; pero cada cual se asimila de la educacion y hace predominar en su vida aquellas condiciones que mejor se adaptan á la vocacion, manera de ser, gustos instintivos y demás circunstancias que *caracterizan* su personalidad. Merced al carácter, el hombre que es igual á todos los demás produce la vida de un modo singularísimo, que convierte á cada uno, más que en número indefinido del rebaño ó de la especie, en individualidad del organismo social; supone, pues, el carácter, el tránsito de la indefinicion de lo uno á la determinacion específica, relacion semejante á la establecida por los gramáticos entre los artículos determinado é indeterminado. Gracias al carácter, el

hombre es hombre, segun lo entiende el más recto sentido comun.

Lo desemejante en medio de la semejanza sirve de base al carácter; porque la condicion humana, á pesar de sus límites, parece prisma de infinitas caras, que no pueden ser reflejadas todas á la vez por un sólo individuo. Y ante tal consideracion se disipa la aparente paradoja que dá márgen al carácter, se explica la recíproca coexistencia de caractéres opuestos sin que desaparezca la homogeneidad de la humana condicion y se justifica el necesario complemento que encuentran los hombres en el trato social á que sirve de vínculo la amistad.

Procede la amistad de la íntima union (simpatía) que despierta la oposicion de los caractéres, que se aviva y acrecienta siempre al amparo de lo homogéneo y semejante, que persiste en la naturaleza humana. Suponiendo que fuera el hombre como individuo mecánica é indefinida repeticion de los demás, admitiendo que sólo domináre en lo humano la identidad de su naturaleza, sin lo vário de los contrastes característicos, lo monótono del trato social ahogaria el sentimiento de la amistad que se hace más íntima al persistir, en medio de tales contrastes la identidad de las aspiraciones humanas.

Parece que la amistad, que dá relieve á la oposicion entre los hombres, debe ser gérmen de discordia entre ellos; y así sucede cuando por desgracia el carácter no es flexible para pulir las asperezas ó puntas con que cada individualidad quiere absorber los elementos reales y objetivos en que la amistad se apoya. Pero si no se olvidan tales elementos y se procura que adquieran cierta relativa superioridad sobre las pretensiones egoistas del individuo, la amistad debe ser signo de concordia y union entre los hombres, tanto más viva, cuanta más consistencia tengan los caractéres que la establecen. Así subsiste, que no de otro modo, la verdadera solidaridad humana, la que, basándose en la identidad de fin y naturaleza entre los individuos, ofrece ocasion favorable para que semejante identidad se manifieste en la múltiple é indefinida série

de modos con que característicamente se la asimila cada cual.

Con el carácter acepta y desenvuelve el individuo su mision de un modo propio, se declara miembro individual de la sociedad humana, y revela en su límite el *homo sum* del poeta latino. Dados los elementos generales para la existencia y la vida, se los apropia cada hombre de un modo peculiar y único, sellando personalmente tal apropiacion con el carácter. Jamás estimamos á los hombres por los dones que llamamos naturales; siempre entendemos que la apreciacion del mérito ó demérito se ha de referir á las condiciones de carácter, á lo que cada cual pone individualmente para colaborar al cumplimiento de su destino. A esta síntesis superior de toda la personalidad, sello imborrable de nuestra propia iniciativa, es á la que atribuimos mérito ó demérito, y á esta condicion referimos el carácter, cualidad con que cada hombre por sí cumple su mision individual y colabora á la vez al destino social. De esta suerte se explica cómo ante el juicio de la historia los grandes hombres son los grandes caractéres.

Resulta, pues, que forma el hombre el carácter, dando cualidad especial y prestando singularísima manera de ser á su conducta y á su vida. Con la educacion enriquece el hombre el caudal de sus conocimientos y aumenta la intension de sus afectos; con el trato social recoge y se asimila todas las influencias circundantes que vienen á ser el complemento de su existencia, y con todos estos elementos juntos educe del fondo originalísimo de su sér la *iniciativa propia*, la *característica*; de suerte que cada individuo, al limitar y definir su propia existencia, *crea* y forma dentro de sí su carácter personal. Es debida seguramente la creacion de este *yo práctico* (1) á las condiciones indicadas; pero la causa determinante es la iniciativa propia y la originalidad imborrable de la naturaleza humana.

(1) Apoyándose en la referencia inmediata del carácter á la práctica, pues en ella es donde la originalidad y la iniciativa del individuo adquieren una existencia singularísima y propia, define Hartmann el carácter diciendo que es el *yo práctico*.

Lo personal y lo característico es, por tanto, obra de cada individuo, pertenece de lleno á este movimiento inicial con que cada hombre trata de cumplir su mision, obra que rectifica el individuo en el grado y forma en que progresa su educacion. Los llamados *vicios de carácter* son ilegítimas direcciones que damos á nuestra conducta, y que adquieren persistencia en nuestra vida por incuria y abandono de nuestra parte; pues nos es posible en todo momento reformar tales vicios y corregir los impulsos iniciales que han servido de punto de arranque á caractéres mal formados.

Como el carácter es fiel reflejo de nuestra personalidad, contribuyen á su formacion todos los elementos que ya hemos indicado, señaladamente las ideas, que nos guian y dirigen, y los afectos, que nos animan y alientan; pero el carácter se manifiesta, más que en nada, en la práctica de la vida, y su completo desarrollo se debe principalmente á la *relacion dinámica* que le presta la facultad, que podemos llamar orígen del carácter, la voluntad. Es la voluntad la fuerza que convierte á la práctica nuestros impulsos y deseos, dando forma y molde general á todas nuestras acciones (1).

Ahora bien: la voluntad *forma y crea el carácter* segun los precedentes que le ofrecen las ideas y los sentimientos cuya modificacion es necesaria cuando se trata de cambiar las aspiraciones de la voluntad. Y en tal sentido, son justificadas las pretensiones de la moderna escuela determinista, que se equivoca, sin embargo, cuando se obstina en apreciar sólo en los hechos y en nuestra conducta los precedentes cronológicos como únicas causas de nuestra vida voluntaria. ¿Acaso no vivimos tanto de esperanzas de lo porvenir como de recuerdos de lo pasado? ¿No es posible al hombre, en cuanto se mueve en su conciencia sobre las determinaciones del tiempo, pesar y contrapesar la trascendencia de sus actos y estados anterio-

(1) Por tales razones ha podido decir Gœthe «que el talento se forma silenciosamente, merced al estudio, y el carácter en medio del torrente de mundo.»

res, á la vez que la importancia real ó imaginaria, pues para el caso interesa poco, que atribuye á lo que prevee como posible?

No hallamos, por consecuencia, dificultad ninguna en estimar con los deterministas el engrane de unas con otras acciones; pero, por cima de esta série, mecánica para los nuevos enemigos de la libertad, existe en el hombre el poder para rehacer sobre sus actos anteriores y enlazar la série de los sucesos á precedentes que pone de nuevo. Es seguramente imposible en un momento dado convertir repentinamente la voluntad cambiando su direccion en sentido opuesto del que señalan nuestras ideas y afectos, al que nos llevan nuestros hábitos é inclinaciones, y si se quiere nuestra misma predisposicion fisiológica; por lo cual dice el proverbio que *el que malas mañas há, tarde las olvidará*. Pero áun hecha tal concesion, pues así lo exige la ley de la continuidad en la vida, entendemos que queda ancho campo á la libertad humana como poder para reformar todos los precedentes cronológicos de las acciones, comenzando primero por nuestras ideas (*et veritas liberavit vos*, que decia el Apóstol) prosiguiendo después con nuestros afectos y terminando con la rectificacion y enmienda de la voluntad. De esta suerte, el hombre es libre, es decir, libre segun la ley y la racionalidad de la vida, que nó de un modo abstracto y mecánico cual imaginan los deterministas la libertad para refutarla.

Si la libertad es una condicion y no una causa como algunos han pensado exagerando su trascendencia, especialmente en la vida pública, donde esperaban de ella hasta lluvias de miel y de hojuelas de oro; si la libertad, como tal condicion, necesita ser conocida, pues sólo el que la conoce sabe hacer uso de ella y no perderla con sus extravíos, ¿por qué hemos de negar que tiene y exige precedentes, causas determinantes, elementos, en una palabra, que aseguran su práctica regular y ordenada?

Cuando un pueblo no sabe hacer uso de su libertad, se afirma

que le faltan costumbres públicas, que desconoce sus deberes políticos, que es víctima de una obsesion centralizadora y gubernamental, obstáculos que es preciso hacer desaparecer para que vayan gradualmente los ciudadanos adquiriendo conciencia de sus deberes y con ella habilidad para practicarlos libremente. De igual modo podemos afirmar que el individuo camina en pos de una estéril abstraccion, cuando se propone repentinamente y como de una vez ser libre, pues necesita comenzar por reconocer su estado de servidumbre, por adquirir conciencia de su deber, para hacer que arraigue y fructifique su propósito, ya que no basta una intencion momentánea, ni es suficiente el arranque caprichoso de un entusiasmo siempre infecundo, cuando no se elabora reflexivamente el fin que anhelamos proseguir.

Que fijen su atencion en semejantes consideraciones los partidarios del determinismo, enemigos de la libertad individual y entusiastas exagerados con evidente contradiccion de la libertad política. Es la voluntad humana libre; pero para ser libre, no basta la intencion abstracta, siquiera sea buena, que de buenas intenciones, segun la sabiduría vulgar, está empedrado el infierno: para ser libre se necesita que las ideas, que han contribuido á tenernos en servidumbre, sean desechadas, que los sentimientos é inclinaciones, que nos han impulsado al mal, se trasformen, y entónces, la voluntad, que no es fuerza aislada de la racionalidad humana, la voluntad, que recibe sus motivos y forma sus intenciones, segun conoce y siente el fin propuesto, quedará reformada y rectificada tambien.

No se puede olvidar lo complejo del problema de la libertad humana. Para formar y crear el carácter de un modo libre se necesitan más condiciones que las que prestan los esfuerzos abstractos de la voluntad, impotente por sí sola para sostener la integridad de nuestra existencia personal, pues se mueve, abandonada á sí misma, impulsada por hábitos adquiridos al acaso, cuando nó por caprichos irreflexivos.

Se constituye el carácter mediante la direccion, que impri-

men á nuestra vida las ideas y la cultura, mediante el impulso que la prestan nuestros sentimientos y afectos, y por último, en virtud de la intencion que nos guía y el motivo que nos acompaña en nuestras obras; dados tales precedentes es fecundo el esfuerzo de la voluntad. Sin él, quedarian todos estos elementos como *fuerzas híbridas*. Así resulta, segun nuestro humilde entender, que cometen los deterministas una verdadera trasposicion de términos, cuando tratan de negar la libertad humana, pues dirigen todos sus esfuerzos á probar lo que es evidente que la voluntad abstracta, inmotivada, no tiene más salida que la de declinar en una série mecánica é indefinida de actos, que no son libres; pero la voluntad, que obra por motivos propios, que se guía segun intencion reflexivamente formada, es y no puede ménos de ser libre.

Reconociendo que es la libertad condicion, cuyos precedentes ha de poner y aceptar propiamente la conciencia, sin que puedan ser sustituidos por esfuerzos abstractos de la voluntad, no negamos su importancia; queremos hacer notar que es la voluntad el elemento más sintético y comprensivo de nuestra vida, pues en él aparecen condensados los más preciados frutos de nuestra actividad personal. *Obras son amores que nó buenas razones*, dice el sentido comun, queriendo significar así que el *summum* de la humana condicion consiste en obrar rectamente.

Reformar y modificar nuestro carácter, corregir sus vicios, dar relieve y contraste á nuestra existencia, todo ello guiados por la virtud fecundante de las ideas morales y produciendo la realidad, de que todos participamos por igual, es la mision más noble del hombre en la vida, como que le hace *libre*; es la obra más meritoria, como que le eleva á la dignidad de *sér moral*.

Considerada de tal suerte la voluntad, y dada su innegable importancia para la formacion del carácter, no nos maravilla que llegara Gœthe á exagerar su valor, queriendo sustituir el *In principio erat verbum*, con este otro aforismo: *en el princi-*

pió existia la accion; no nos extraña que afirme después Schopenhauer que la voluntad es el principio de todo objeto y fenómeno.

Ofrece la afirmacion de estos pensadores, áun siendo excesiva é injustificada, una provechosa y fecunda enseñanza. Es indudable que no autorizan ni la experiencia ni la especulacion á reducir toda la realidad al acto volitivo; pero es tambien incuestionable que la voluntad, madre del carácter, reflejo de nuestra personalidad, expresion concreta y plástica del hombre interior, es el eco fiel de nuestras ideas y sentimientos, es la resultante de toda nuestra educacion y cultura, y por último, la imágen viva de la *entelequia* de Aristóteles.

Con toda su complejidad, sintetizando en la práctica cuanto de real y personal constituye nuestra existencia, llega la voluntad á asumir en sus obras todo nuestro sér. Así es que saber mucho—en el recto sentido de la palabra,—tener gran cultura, poseer una sensibilidad exquisita, ha de equivaler con el tiempo á tener un carácter dirigido por intenciones y motivos puros, ha de querer decir que la verdadera educacion es la que nos lleva y guía hácia una buena conducta, en la cual cada hombre revela su individualidad á la par que colabora al cumplimiento de su destino social.

Desconociendo la complexion de la existencia humana, apreciando ideas y sentimientos en su aspecto meramente abstracto, sin la legítima y bienhechora influencia que deben ejercer en la voluntad, podrá el hombre menospreciar lo híbrido del saber erudito y lo abstruso de la especulacion teórica ó hastiarse del goce supérfluo de la *sensiblerie* y de las irreflexivas exageraciones de la pasion; que por tales caminos se llega á establecer un divorcio completo entre la ciencia y la vida y á ser individuos y pueblos víctimas de un escepticismo práctico, mucho más grave en sus consecuencias que el teórico. Para emancipar la conciencia humana de semejantes servidumbres, no existen ni son posibles otros medios que los que dejamos indicados brevemente. Tal es al ménos la conviccion

á que nos lleva nuestro humilde y leal criterio. Reconstruir por completo en toda su complexion la idea de la ciencia y de la vida, y muy especialmente la de su paralelismo y correspondencia, es la obra que individual y socialmente han de cumplir todos los hombres bien sentidos. De tal suerte, jamás dejaremos de respetar las ideas y los sentimientos, que llevan, con su lógica indeclinable, al buen obrar, á la creacion por iniciativa personal del *yo práctico* y á la adquisicion del carácter. Merced á dichas condiciones, no pierde el hombre su individualidad, pero logra, por influencia de la educacion, *librarse* de los apetitos egoistas y condensar, como verdadero *microcosmos*, dentro de su límite, las aspiraciones del *macrocosmos*, formando así la honrada conviccion de que la *oracion mejor y más grata á los ojos de Dios consiste en las buenas obras.*

EL NATURALISMO CONTEMPORÁNEO

LO ORGÁNICO Y LO INORGÁNICO

Se manifiesta en nuestros dias, á presencia nuestra, una tendencia en las ciencias naturales, cuyos resultados últimos no es aún posible apreciar, pero sí sus consecuencias inmediatas, fecundísimas para el progreso de la ciencia y de la Filosofía y señaladamente para su deseado concierto.

Hijo el *Naturalismo contemporáneo* (en cuya denominacion comprendemos las diversas tendencias del experimentalismo naturalista, social y moral) del ya relativamente antiguo Positivismo (tan vertiginosa y rápida es la marcha del pensamiento) no hace gala de menospreciar la Filosofía y la especulacion; celoso de los fueros de la experiencia, *ultima ratio* ó inapelable tribunal de todas sus controversias, no desdeña, sin embargo, el terreno especulativo; antes bien, gusta hacer dentro de él excursiones, en apariencia modestas, en el fondo de suma trascendencia y alcance. Se debe semejante hecho á ley superior á la voluntad humana, pues aunque los experimentalistas se precien de su método y muestren á cada paso un prurito de filosofar de tejas abajo, relegando los más altos y superiores principios á la esfera de la poesía, al puro imaginar, es lo cierto que ha allegado el análisis experimental un cúmulo tan inmenso de datos á la cultura general, que precisa indispensablemente el pensamiento, formar ó ensayar la formacion de *síntesis relativas* de mayor ó menor alcance, pero síntesis al fin, bajo las cuales se ordene la masa indefinida de conocimientos que la experiencia tiene ya recolectados.

Dentro ya de esta tendencia general á que obedece todo el experimentalismo por ley ingénita en el pensamiento, tan necesitado de análisis como de síntesis, fuera fácil mostrar la inconsecuencia de aquellos antiguos denuestos contra la Filosofía especulativa y áun la indeclinable contradiccion en que se cae al pretender negar la Metafísica, formando á la vez ó una *Metafísica positivista* ó una *Metafísica negativa* (1), que viene á constituir, segun alguna vez hemos indicado, un *idealismo al revés*. Estimamos tal tendencia utilísima para el progreso general del pensamiento, y entendemos que urge abandonar el *Nominalismo* funesto á que la division de las escuelas especulativas habia traido el espíritu científico con el intrincado laberinto de su inflexible tecnicismo para poder desembarazadamente y con el pensamiento libre de toda conclusion preconcebida discutir ideas, que es lo fecundo, y no disputar sobre palabras que es ingenioso, pero inútil para la ciencia é híbrido para la vida.

A esta posicion del todo independiente en que queremos colocarnos, contribuye el rápido descrédito de todas las escuelas puramente especulativas. La virtualidad reflexiva del individuo forma, constituye y depura el pensamiento poniendo seguramente á contribucion el sincretismo general de cultura especulativa y experimental que recoge de lo pasado y de lo actual, pero deja á la vez el espíritu libre de toda fórmula cerrada y abierto á toda influencia legítima que el progreso ulterior de los tiempos traiga consigo merced al esfuerzo de los genios y de las medianías, de los grandes y de los pequeños, pues unos y otros colaboran, cada cual en su grado á la progresiva y cada vez más ámplia conciencia que vamos adquiriendo de la realidad y de su indefinida complexion. Acusa tal carácter del pensamiento más que un individualismo atómico, sin ley ni freno, una virtualidad implícita en el fondo de toda reflexion personal que ha de converger en sus resultantes fina-

(1) V. Ribot. *La Psychologie anglaise.*

es con la de los demás, aparte condiciones especialísimas de educacion y carácter; así lo declara el vulgar aforismo tantas veces comprobado de que los extremos se tocan.

Y ¿cómo nó? Si lo cognoscible es igual para todos y los medios para percibirlo son tambien los mismos, salvo condiciones que no es del caso apreciar, es desde luégo obligado que hayan de concertar y converger los resultados de la actividad científica, áun iniciada y proseguida ésta por distintos caminos.

Cuando llega la razon á agotar los términos de un problema y la experiencia recoge sobre el mismo asunto cuantos datos le ofrecen la observacion propia y la agena, es indudable que la reflexion personal del que experimenta y razona á la vez ha de señalar punto de conjuncion y enlace á aquellos opuestos caminos, imponiéndose entónces como progreso para la ciencia conquistado, el desprendimiento que obtiene el espíritu colectivo de la suma de los esfuerzos del espíritu individual, ¡tan laboriosa es la gestacion de la conciencia y tan compleja es la ley del progreso en el pensamiento!

Sin recurrir á eclecticismos ya gastados ni á componendas sin autoridad alguna, aspiramos á descubrir en la tendencia general del moderno Naturalismo la pretension justificada de aunar y concertar la especulacion con la experiencia, fundando así la unidad del saber y de la realidad, que ha de ser el valladar invencible para toda pretension escéptica. Así lo entiende y declara Hartmann (1) cuando compara la marcha de la ciencia (influida aún hoy casi exclusivamente por el método inductivo) y de la Filosofía (viciada todavía por el predominio de lo deductivo) á la de dos mineros, que trabajan en galerías subterráneas de direccion opuesta, que oyen los golpes que dan y esperan encontrarse, aunque ignoren el punto y momento de dicho encuentro.

Quizá está aún lejano el punto de conjuncion; pero no auto-

(1) HARTMANN. *Philosophie de l'Inconscient.*

riza semejante duda á desconfiar del esfuerzo invertido ni del resultado que se espera; y en tal sentido más se sirve á los progresos del pensamiento, señalando presentimientos que animen á esta inmensa labor, que indicando esfuerzos sin resultado ó ensayos que se malograron, á cuyo amparo crece la pereza intelectual y con ella el escepticismo, que es el suicidio moral del hombre.

Dificulta este ansiado concierto de la ciencia con la Filosofía el sentido aún estrecho que inspira al Naturalismo: no se descubre ya en sus más ilustres representantes aquella exagerada aficion á quedar en lo pedestre y vulgar, que caracteriza la primera aparicion y rápidos progresos de la escuela positivista; pero todavía se nota que llegan á la especulacion imbuidos de un espíritu tan desconfiado y tan cercano al escepticismo que, al tomar abolengo intelectual en Kant, aceptan lo que en el ilustre pensador fué *posicion* de lo que ha dado en llamarse el problema crítico ó del conocimiento como *solucion negativa* de dicho problema. Por una dichosa contradiccion, ya que el Naturalismo no halla solucion satisfactoria de parte de lo especulativo á problema tan capital, desdeña las soluciones extremas, y, ora lo estime insoluble, ora lo resuelva especulativamente de un modo negativo, toma en la práctica una posicion, que es fecundísima, pues acepta, aunque no se atreva á justificarla, la realidad de nuestros conocimientos.

En dicha posicion intermedia considera el Naturalismo las soluciones extremas del problema crítico—Sensualismo é Idealismo—como los güelfos y gibelinos del pensamiento, como dos antiguos caballeros, dice gráficamente un naturalista italiano (1), que se baten por el color de su escudo sin haberle visto el uno ni el otro: huye, por tanto, el experimentalismo de nuestros dias de dicho problema, y áun mostrando sus preferencias á la solucion negativa, trabaja después en la ciencia, dando por obtenida la solucion afirmativa. Felici-

(1) M. Siciliani. *Prolegómenos á la Psico-genia moderna.*

témonos de tal contradiccion y aceptemos la valiosa cooperacion de sus esfuerzos en pró de la ciencia y á favor de aspiraciones sintéticas, que han de dar resultados utilísimos.

Con señalar el dominio que el hombre adquiere mediante la ciencia sobre todas y cada una de las fuerzas materiales, con dar pruebas de que el ejercicio espontáneo de la inteligencia, aleccionada por los grandes medios de experimentacion, no queda jamás sin éxito, se considera autorizado el Naturalismo para que escrúpulos de especulaciones lógicas y metafísicas no le detengan en su camino triunfal en un punto que estima en el fondo insoluble. Cree, pues, el Naturalismo que no se puede demostrar que nuestros conocimientos son reales, pero evita agotar todas sus fuerzas en el exámen de dicha cuestion y procede á aumentar el caudal de la experiencia, suponiendo que el entendimiento obtiene sus percepciones con valor real y objetivo.

Detenerse en tal contradiccion, empeñarse en rechazar, apoyados en este vicio de todo el Naturalismo, cuanto haga y obtenga para el progreso del saber, será quedar fiel al espíritu escolástico de esta ó de la otra manera de pensar; pero siempre tendrá tal conducta algun parecido con la del general que quisiera á todo trance explicar, durante el fragor de la batalla, á sus soldados las leyes físico-matemáticas de la balística ántes de consentirles aplicar la mecha al cañon. Si el experimentador fia á lo espontáneo y natural del pensamiento, terreno neutral, allí debe ir el pensador que no esté preocupado y que fie, como debe fiar, en que las fuerzas nativas de la inteligencia no pueden contradecir las leyes científicas del conocimiento, si están exactamente formuladas. Y en tal caso se comprueba la afirmacion de un pensador tan imparcial como Stuart Mill, que dice (1): «Estoy persuadido de que en los »tiempos modernos han contribuido al progreso de los méto-

(1) STUART MILL. *Logique.*—2 tomos.

»dos lógicos las ciencias inductivas mucho más que las es»peculaciones filosóficas.»

Apreciemos, por tanto, en lo que valen estas aspiraciones á formar síntesis relativas de todas las experiencias, pues llevan consigo fecunda preparacion para un trabajo general y reconstructivo, que facilitará edificar en firme una concepcion de la realidad y de la vida, tendencia final de toda ciencia y de toda Filosofía. A este experimentalismo, severo en sus razonamientos y respetable por su prudencia y reservas, que no tiene nada que ver con el materialismo *enragé* de los *enfants terribles* de la escuela positivista, pues así lo declaran sus más ilustres representantes y nadie tiene de otro lado derecho á obligar á los demás á afirmar más que lo que explícitamente declaran, á no convertirse en inquisidor de inteligencias é intenciones; á este experimentalismo es al que pretendemos preguntar sobre lo *orgánico* y lo *inorgánico*, ya que el problema, al ménos en el nuevo aspecto en que se presenta hoy, es del moderno naturalismo, por él ha sido iniciado y por él enriquecido con copiosos datos.

Discernir, por tanto, lo que haya de legítimo y verdadero segun el criterio indicado en las teorías del moderno trasformismo, ganoso desde su aparicion en la historia novísima del pensamiento de identificar lo orgánico con lo inorgánico; tal vá á ser el objeto de nuestro estudio, que emprendemos, más con el deseo de enriquecer el pensamiento propio recogiendo toda influencia de la cultura general, que con la pretension atrevida de dar solucion á tan grave y trascendental problema.

Los modernos naturalistas, decididos partidarios, salvo raras excepciones, del trasformismo, llevan en el fondo de todas sus concepciones sintéticas premeditada intencion de identificar lo orgánico con lo inorgánico; y á este fin entienden que la vida es, bajo el punto de vista químico, una simple combustion, y en su aspecto físico una trasformacion de fuerzas. Sin exceder los límites restringidos de la experiencia, sin

tocar á los linderos de realidades tan efectivas como las aparentemente tangibles que se manifiestan en las fuerzas materiales, aún podemos asignar á la vida alguna cualidad más compleja que la anteriormente declarada, cualidad por sí suficiente para comprobar de modo experimental que hay, que existe distincion entre lo orgánico y lo inorgánico.

Podemos y debemos admitir, ya que la comprobacion experimental lo declara y las concepciones especulativas no lo rechazan como absurdo, que las leyes físico-químicas son condiciones generales y causa inmediata de los fenómenos observables de la vida; pero no debemos olvidar que el mismo Hæckel, apóstol del trasformismo, reconoce como resultado de todas sus laboriosas observaciones que los primeros esbozos, áun los más indeterminados de materia organizada, los ejemplos de mayor indeterminacion en que aún la materia es amorfa, dotados de una *movilidad excesiva*, son debidos siempre á *combinaciones cuaternarias*, se componen de la union de los estados sólido, fluido y gaseoso en contínuo comercio, y determinan y señalan en el punto aún indeciso de la organizacion un *centro atractivo*, asimilador de fuerzas, que revelan desde luégo una solidaridad distinta de la característica entre los inorgánicos, solidaridad de contacto y de obligada é inflexible referencia al todo en que se contienen.

Si la vida es asimilacion y apropiacion de las leyes físico-químicas (segun dice *Hæckel*) para producir y determinar elementos histológicos, útiles orgánicos ó mejor estructura orgánica que manifiesta en órden jerárquico, en série, los fenómenos de los séres vivos, podemos tambien añadir, como resultado de la experiencia, que la *vida es creacion* (1) de todos estos elementos. Prescindiendo del dificilísimo y debatido problema de la *generacion espontánea*, y ateniéndonos sólo á la experiencia, no hallamos dificultad ninguna en declarar que la vida es creacion en trasmision.

(1) C. BERNARD.

La experiencia, lealmente consultada, aduce pruebas numerosas de que la causa de la vida, tal como se manifiesta fenomenalmente, reside en el poder de organizacion que *crea* la máquina viva y repara sus incesantes pérdidas.

No queremos perturbar con ningun concepto *á priori* la interpretacion de las experimentaciones naturales; admitamos, por lo tanto, que la materia es el conjunto de las fuerzas ó el lugar donde las fuerzas se manifiestan (1), que la materia no engendra los fenómenos, que es el *substratum* ó conjunto de condiciones para revelar los fenómenos de la vida, y tendremos que reconocer, con C. Bernard, que el huevo (tomado en el sentido de la unidad irreductible á que llega el análisis, hallando como término de la descomposicion experimental la *célula* ó celdilla, el protoplasma ú otro elemento aún más simple) preside la creacion del organismo, lleva á cabo su renovacion y llega á ser la condicion primordial de todos los fenómenos ulteriores de la vida.

De semejante concepcion experimental, *a posteriori*, no es lícito inducir á una idea de la vida en série de adiciones de los elementos circundantes, ántes bien es lógico pensar que el proceso evolutivo de la diferenciacion depende tanto de la suma de elementos físico-químicos, como de la dilatacion y expansion de la fuerza germinal, creadora de todo principio orgánico (2). Existe, pues, en la vida, algo más que el mero mecanismo; preside á todo su desarrollo algo (si desconocido por la experiencia, percibido en ella por sus fenómenos y resultados) que asimila la naturaleza, segun decia Gœthe, á un gran artista.

---

(1) DASTRE. *Le Probleme phisiologique de la vie.—Revue Philosophique.* T. 6.°

(2) «Si no ha de condenarse al naturalista al ímprobo trabajo de cortar »cien veces la cabeza de esta hidra, que renace otras tantas, ha de emprender »otro camino, el de concebir los séres como verdaderos organismos que no »se forman á pedazos como las máquinas, sinó por interior distincion que vá »surgiendo en el seno de su unidad primitiva.» LINARES. *La vida de los astros*, conferencia de la Institucion libre de Enseñanza.

A la asimilacion y apropiacion de las fuerzas del medio ambiente con la movilidad excesiva señalada por Hæckel y con la adaptacion indicada por Spencer para definir la vida (1), podemos añadir otro dato, por la experiencia comprobado, para señalar una nota característica entre lo orgánico, susceptible de *irritabilidad* y *sensibilidad*, y lo inorgánico que carece de dicha cualidad. Así lo ha demostrado cumplidamente C. Bernard (2) al considerar, con Haller, el corazon, centro de la vida, como el órgano *primum vivens*, segun se observa en la vida intrá-uterina, y *ultimum moriens*, como lo demuestran los experimentos hechos en el corazon del hombre decapitado. Todo lo que vive, siente y puede ser anestesiado, dice C. Bernard (3), apareciendo por lo mismo la sensibilidad como la propiedad más característica y esencial de la vida. Escusado parece advertir que tomamos en este caso, con el fin de comprender la múltiple escala de los séres vivos, la sensibilidad en su acepcion más ámplia, y comprendemos en ella todo el proceso que desenvuelve la evolucion desde la tupida sombra de la irritabilidad y la penumbra de la sensibilidad inconsciente, hasta la plena luz y discrecion de la sensibilidad consciente.

Con este punto de vista importa declarar con Huxley que el protoplasma es la base físico-química de la vida; pero interesa añadir que en el protaplasma y en los más rudimentarios bozos de la organizacion de la materia amorfa, en estas regiones tenebrosas donde han penetrado la diligencia y el análisis de estos nuevos buzos del pensamiento, que se llaman Hæckel, Pasteur, Bertelhot y otros, se nota en los séres orgánicos, por imperfectos que sean, una movilidad excesiva por ser compuestos inestables y centros atractivos de apropiacion de fuerzas; movilidad que revela ya en la célula, ya en el pro-

(1) SPENCER. *Principes de Biologie.*

(2) *Phisiologie du coeur.*

(3) *La sensibilidad en el reino animal y vegetal.*

toplasma, áun si se quiere, en el blástodermo, una *unidad irreductible* á experimentacion físico-química (1).

Que tal unidad es irreductible, que no puede descomponerse ni reconstituirse con los elementos físico-químicos, lo prueba lo ineficaz de los ensayos de síntesis química, lo declara la identidad de resultados de todas las ciencias naturales, que llegan cada cual, bajo su punto de vista, á este término irreductible, y lo confirma la percepcion ántes declarada de que la vida es creacion regida y presidida, más que por un automatismo mecánico, por fuerza directora en contínua evolucion. Así lo declara autoridad nada sospechosa, Mr. Taine (2), al recoger el resultado final del análisis de la célula en todos sus aspectos. «Se puede comparar, dice, la célula, á un almacen »pequeño de pólvora que á cada excitacion del nervio aferente »se inflama, estalla y trasmite multiplicado al nervio eferente el »impulso recibido del primero; tal es el quebrantamiento ner»vioso bajo el punto de vista mecánico. Bajo el punto de vista »físico es una combustion de la sustancia nerviosa que al arder »desprende calor. Considerado químicamente es una descom»posicion de la sustancia nerviosa que pierde su grasa fos»fórica y su neurina; fisiológicamente es el juego de un »órgano que, como todos los demás se altera por su propio »juego y necesita para funcionar de nuevo una reparacion »sanguínea.»

Tambien reconoce C. Bernard esta misma unidad irreductible que pretende localizar en lo que llama el *medio interior*

---

(1) «Célula es el estado inicial de los organismos superiores... centro de actividad natural, que subsiste merced á un cambio de sus factores esenciales, materia, forma y fuerza, pudiendo además reproducirse casi siempre en individuos análogos y desarrollar con frecuencia nuevas formaciones subordinadas celulares, que le sirven de órganos para la mayor plenitud y riqueza de sus funciones vitales.»

LINARES. *La Vida de los astros.*—Conferencia de la Institucion libre de Enseñanza.

(2) H. TAINE. *Geographie et Mecanique cerebrales.—Revue Philosophique*, núm. 10.

rgánico (1), obedeciendo á la misma necesidad que le impo-
en los resultados experimentales. Así estima su conclusion undamental sobre dicho punto Mr. P. Bert (2). «El sér vivo, »dice, es un lugar donde se producen, en condiciones variadí»simas, actos físico-químicos que constituyen categoría propia »por su complejidad y por las condiciones en que se ejecutan. »Estos actos se realizan en las profundidades de los órganos »mediante los corpúsculos pequeñísimos á que puede reducir »el anatómico con el microscópic los cuerpos orgánicos. Ta»les corpúsculos ó elementos anatómicos tienen autonomía, »vida propia, y de la vida colectiva de estos elementos viven »los órganos y los tejidos; pero la vida total del sér es la fuen»te de sus vidas individuales. Es, pues, necesario que un »intermediario se encargue de relacionarlos, que es el *medio* »*interior orgánico*, dentro del cual viven dichos elementos »como los animales acuáticos en el agua.»

Aun genérica y algo indeterminada la localizacion hecha por C. Bernard del elemento de la vida irreductible á experimentacion físico-química, pues se limita á declarar condicion imprescindible de su existencia la sangre y su temperatura adecuada para que no cese la oxidacion; áun con tal circunspeccion, no es admitida dicha idea por algunos naturalistas notables, que no se atreven, sin embargo, á declararse contra semejante principio unitario. Así, por ejemplo, dice Mr. G. H. Lewes (3): «no se ha demostrado la existencia de ninguna »unidad anatómica, ni es posible demostrar que exista centro »semejante; *la unidad está en todo el organismo*, y por tanto »no es el cerebro, sinó el hombre, el que siente y cree.» Monsieur Dastre, ya citado, se limita á declarar que la unidad del sér vivo no es absoluta, sinó relativa; porque la vida del conjunto depende de la vida de cada uno de estos elementos, lo

(1) Llama C. Bernard *medio ó centro interior orgánico* á la sangre y á todos los líquidos blastemáticos que de ella derivan.
(2) P. Bert. *Les Travaux de C. Bernard.—Revue Scientifique.*
(3) G. H. Lewes. *Espiritualismo y materialismo.*

cual puede ser verdad y no quitar, sin embargo, valor algun á cuanto dejamos expuesto.

Si insistimos en este punto es porque creemos que, al meditar sobre esta consecuencia final de la experimentacion, á concebir la vida como una unidad complejísima, no se debe dar el alcance que se pretende, ni la interpretacion á que se aspira, á los experimentos de vivisecciones, experimentos que prueban mucho la complejidad de la vida y la posibilidad de evocar y solicitar la manifestacion de algunos de sus fenómenos de un modo aislado, siempre que tengamos en cuenta el aforismo de que mandamos la naturaleza obedeciendo sus leyes (1); pero que no prueban el automatismo ciego y mecánico con que se explican tales fenómenos, si se tiene en cuenta que no falta, sinó que continúa, ya implícita, ya explícita, la presencia en el sér vivo de este privilegio complejísimo en sus condiciones y simplicísimo en sus elementos constitutivos.

Aparece la unidad irreductible á toda experimentacion que caracteriza al sér vivo como el eterno postulado del razonamiento á toda experiencia, tal vez como la base y orígen de la individualidad anatómica, constitutiva del sér que rige y preside, por movimiento intrínseco, por evolucion inmanente, todo el desarrollo ulterior, complejísimo, pero á la vez típico de la vida. Y en tal sentido nos repugna identificar dicho principio unitario con la teoría del *organicismo* calurosamente defendido por un pensador tan notable como el señor Moreno Nieto, y patrocinada y áun expuesta bajo nuevos puntos de vista por Mr. Bernard con la concepcion de las fuerzas por él designadas *órgano-tróficas*. Creemos que no autoriza el experimento, ni justifica su interpretacion que se atribuya al organismo, que es, después de todo, una resultan-

(1) «No podemos dirigir los fenómenos de la naturaleza, sinó sometiéndonos á las leyes que los rigen... Mandamos la naturaleza conduciéndola... »Cuando el expetimentador resfria un líquido para que se cristalice, no obra »sobre la cristalizacion, que es propiedad inherente á la materia, determina la »condicion en que aquella tiene lugar.»—C. BERNARD.

te formal de este principio de involucion, virtualidad bastante para determinar cópula obligada entre los elementos complejísimos que se tejen y enlazan en la constitucion y desarrollo de la vida.

Afirmada la existencia, para nosotros incontrovertible de tal principio unitario, carácter fundamental de la vida, educida su justificacion del fondo de la experiencia *á posteriori*, importa señalar este concierto del resultado final del esperimentalismo con todas las concepciones intrínsecas que forman el secular legado del espíritu filosófico y del procedimiento *á priori*. No concebimos tal principio como exclusiva exigencia lógica ó postulado abstracto derivado de una arquitectónica idealista: entendemos más bien que es el principio de toda realidad fenomenal que se produce y manifiesta segun órden y medida *(mens agitat molem)*, órden y medida aún no integrados y diferenciados en su concepcion genérica, por ser aún abstractas todas las clasificaciones naturales de los séres vivos. Y en este punto cumple á la lealtad de nuestra circunspeccion científica declarar lo ineficaz de todos los ensayos así experimentales como especulativos, pues ni se comprueba la existencia de la *idea absoluta* de Hegel, ni la de lo *inconsciente* de Hartmann, ni la del *mecanismo monista* de Hæckel.

Valiosos los argumentos críticos (que por algo se ha dicho que es más fácil criticar que afirmar) son bien pobres y deleznables los afirmativos, y no abrigamos, por tanto, la loca pretension de indicar *grosso modo* ó por intuicion genial, de que carecemos, y cuya virtualidad para este punto concreto habria de ponerse en tela de juicio, término final, solucion completa al problema de los problemas. Baste á nuestra modestísima pretension declarar su exigencia como argumento incontestable de toda tendencia excéptica, reconociendo á la vez la compleja gestacion del progreso del pensamiento, y fiando á tiempos ulteriores la percepcion gradualmente más discreta de su contenido, merced á los adelantos hermanados de la especulacion con la experiencia.

Para concluir con este asunto, á riesgo de repetirnos, hemos de aducir consideraciones que no pueden olvidarse sobre el estado general del pensamiento, factor que no deberia olvidar el Naturalismo contemporáneo, cuando, fiado sólo á las fuerzas nativas y espontáneas de la inteligencia, corta arbitrariamente las cuestiones presumiendo resolverlas, y es fiel á las leyes de la lógica á reserva de mutilarlas con soluciones atrevidísimas, revestidas de una circunspeccion más aparente que real.

Invadida al presente toda la cultura de un criticismo, cuyo valor definitivo no se puede aún apreciar, resulta lógica y áun realmente probado que el conocimiento se forma mediante la gradual y sucesiva construccion del concepto, amplificado y rectificado por igual, gracias á las intuiciones especulativas y á las experiencias fenomenales. En tal supuesto no toleran los tiempos que alcanzámos, enemigos de lo dogmático, ni consiente la complejísima evolucion del pensamiento una concepcion total, sintética de la realidad, cuyos infinitos aspectos más precisan discrecion suma y delicado análisis que gigantescas y geniales construcciones cuyo ciclo actual parece haber cerrado definitivamente el prodigioso ensayo de Hegel. A pesar de que tal estado del pensamiento humano, crítico y en demasía desconfiado, acusa en el fondo un progreso indudable, hay que reconocer lo difícil, quizá imposible por hoy, que es, áun dotada la inteligencia de vuelo genial, abarcar de una sola ojeada los múltiples prismas en que la realidad se ofrece.

Teniendo en cuenta tales precedentes, ni desechemos sin más toda especulacion, ni pidamos con una urgencia repulsiva á la ley de la reflexion, á las concepciones ontológicas lo que no pueden darnos; si la Metafísica tiene que verse por hoy recluida al silencio, hasta que se amplíe y complete el nuevo concepto de la realidad, fiemos en que del rápido descrédito de las especulaciones ideales y del controvertido alcance del esperimentalismo ha de surgir en su dia superior conjuncion

de lo real con lo ideal, apta para integrar este principio unitario, que aparece eternamente como la condicion *sine qua non* de la vida y de sus manifestaciones múltiples.

En el ínterin colaboremos todos, cada cual en la medida de sus fuerzas, á precisar resultados que convergen á mostrar con imperio creciente, por exigencia ideal y por necesidad ingénita en la experiencia y en sus legítimas interpretaciones, la existencia real de la vida y de lo orgánico con caractéres propios, que no proceden de la mera adicion de elementos inorgánicos ó de su misteriosa trasformacion, cuando parecen más bien contribuir los últimos datos de la experiencia á considerar con Fechner y Gerland la realidad toda organizada y viva y lo inorgánico como resíduo de lo orgánico, asimilable en ulterior evolucion. Esta concepcion se halla magistralmente expuesta por el Sr. Linares en su conferencia ya citada sobre la *vida de los astros* (1).

Caracterizado el sér vivo, segun declaracion unánime de todos los Naturalistas, por la *nutricion* y la *generacion*, que forman sus *fenómenos constitutivos*, se puede considerar reunidos estos dos órdenes de fenómenos y hacer de ellos un acto único, pues, segun dice C. Bernard, la nutricion es una generacion continuada.

Contribuyen al fenómeno de la nutricion todas las condiciones del medio ambiente, condiciones físico-químicas del exterior que son modificables y asimilables por el organismo (2). No aparecen en tal fenómeno, segun demuestra el análisis químico, ni fuerzas ni elementos distintos de los de la materia inorgánica, y sólo se revela una complejidad y rapidez de

---

(1) «Fuerza será reconocer que son los minerales y demás cuerpos inorgánicos productos, resíduos de la tierra y demás astros y de los restantes organismos, de ningun modo séres verdaderos, unidades naturales; que las fuerzas generales de la naturaleza son puras manifestaciones de la vida.»—LINARES.—*La vida de los astros*.

(2) En este sentido ha sido hecha la siguiente incontrovertible afirmacion: «El conocimiento de nosotros mismos no puede progresar sinó con el conocimiento del mundo que nos rodea.»—DELBŒUF.—*La Psychologie comme science naturelle.*

combinaciones químicas en las funciones nutritivas, superior á la observada en la naturaleza inorgánica. Bajo tal aspecto hay que integrar é identificar unos fenómenos con otros y confesar que las leyes físico-químicas de las combinaciones de elementos inorgánicos son iguales á las de los orgánicos, argumento poderosísimo para desechar de una vez la antigua teoría del *Vitalismo*, cuyo empeño para hallar fuerza específica que explique los fenómenos vitales, es infundado, ya que hoy comprueba la experiencia la unidad de las leyes físico-químicas que obran en lo orgánico y en lo inorgánico.

La última y más expresiva fórmula de la concepcion abstracta que sirve de base al Vitalismo, es la expuesta por Bichat al decir que la vida es el conjunto de funciones, que resisten á la muerte, lo cual supone la existencia de propiedades vitales, reparadoras y conservadoras, en oposicion á las propiedades físicas, que destruyen el organismo. La falsedad de semejante abstraccion está completamente demostrada por los progresos de la Embriología que ha probado cumplidamente que toda la evolucion germinal y orgánica del huevo es debida á la movilidad y diferenciacion del gérmen, unidas con los elementos asimilables (luz, calor, electricidad, etc.) que le ofrece el medio ambiente en las fuerzas físico-químicas. Así es indudable, por ejemplo, que si untamos exteriormente un huevo de gallina, barnizándolo con un betun espeso, para cortar toda comunicacion con el medio ambiente, la falta de calor, que del exterior ha de asimilarse el huevo, hace que quede infecundo, que no germine ni se desarrolle. Por otra parte, no es posible aseverar, colocados en tal dualismo entre las fuerzas vitales y las físico-químicas, que el carácter más saliente de los séres vivos es la nutricion, que consiste precisamente en la asimilacion de elementos elaborados por fuerzas físico-químicas.

Aun declarada la unidad de la fuerza y aceptada la conservacion de la energía y haciendo caso omiso del problema aún no resuelto de si la síntesis química es capaz ó nó de reunir,

por experimentos y medios humanos, condiciones físico-químicas suficientes para determinar la aparicion del jugo gástrico, todavía nos parece infundada la pretension del Trasformismo, aspirando á identificar la *nutricion* del organismo con el crecimiento de lo inorgánico por mera justaposicion de átomos ó por combinaciones y trasformaciones de unas fuerzas físicas en otras.

Salta desde luégo á la vista que el organismo que se nutre, desde el más rudimentario é indeterminado movimiento del núcleo de su célula, aparece y continúa siendo una síntesis superior á todas las condiciones físico-químicas que se asimila; síntesis distinta, dígase lo que se quiera, de la combinacion estática de las cristalizaciones por la vía húmeda, y sobre todo, síntesis cuyo desarrollo no reside sólo en la mayor ó menor complicacion de la forma geométrica que toma lo inorgánico. Además, se olvida que en lo inorgánico falta la involucion germinal, de tal suerte que los que identifican lo orgánico con lo inorgánico «no reparan, segun dice un ilustrado naturalista (1), que en minerales y rocas hay sólo destrucciones y formaciones, jamás evolucion; un mineral se deshace y aparece otro, deja de haber pirita y hay óxido de hierro; acaba una concrecion y empieza otra, y en la evolucion subsiste siempre la unidad primera, hay persistencia del individuo á través de sus cambios.»

Aparece, pues, rigiendo la funcion del torbellino vital, del círculo material entre lo orgánico y lo inorgánico en su doble manifestacion de asimilacion y desasimilacion aquel principio unitario que evoluciona á través de los múltiples cambios que la vida ofrece. Al nutrirse el sér vivo del medio que le circunda engendra ó trasforma elementos nuevos, lo cual confirma que la vida es creacion, y los engendra segun un ciclo que, implícita ó explícitamente, está determinado por la fuerza germinal.

---

(1) LINARES. *La vida de los astros.*

Igual ó parecida idea á la que indicamos es la expuesta por Lefèvre (1) que muestra después su marcada preferencia á la doctrina trasformista, olvidando el sentido implícito en sus palabras: «es la vida un movimiento de endósmosis y exós»mosis á través de las paredes de una célula ó más bien es el »estado de tejidos particulares, en que entran ciertos elemen»tos simples susceptibles de absorber determinadas sustancias »cuyo resíduo expulsan; la *nutricion como carácter general »de la vida* se halla en gérmen en esta propiedad.»

Ninguna experiencia que no sea arbitrariamente interpretada, autoriza para prescindir de este elemento de asimilacion y desasimilacion que es irreductible al experimento y de cuyo seno brota, sin embargo, como ineludible exigencia. En los mismos ensayos de síntesis química, más atrevidos por la intencion que los mueve, que fecundos por los resultados que se obtienen, se percibe experimentalmente la presencia y áun la accion positiva del medio ambiente, cuyo concurso es indispensable para lo produccion de dichas síntesis. Al reunir tales ó cuales elementos físico-químicos, provocando la concurrencia de condiciones ó causas concomitantes de un fenómeno, ni puede, ni debe olvidar el experimentador la accion del medio ambiente, principio mediador para la cópula y organizacion de todos aquellos elementos, verdadero proceso orgánico, en el cual quizá haya de encontrarse en su dia el alfa y omega de este capitalísimo problema. Hubiera incurrido en multitud de errores Mr. Pasteur si no hubiera hecho con esta escrupulosa diligencia sus célebres experimentos sobre el polvo recogido en los muebles de una sala deshabitada, donde pretende haber hallado multitud de gérmenes vivos. Mayor claridad y precision dan á esta exigencia que aquí señalamos, los notables estudios de Tyndall sobre las *Fermentaciones* y las *Enfermedades*, y los experimentos de Huxley para marcar la *zona fronteriza entre el reino animal y el ve-*

(1) André Lefevre. *La Philosophie.*

getal. Los resultados indeterminados todavía que recogen estos dos célebres experimentadores acerca de la existencia de *bacterios* ú organismos, más que rudimentarios rodeados de densas penumbras y que se agitan en condiciones aún inobservables en el medio ambiente, prueban que siempre que la experiencia agota todos sus medios para recoger cuantos datos puede respecto á la vida, encuentra más allá del término irreductible vida y organizacion en el medio ambiente.

Examinando la doble manifestacion de la asimilacion y desasimilacion del fenómeno fundamental de la vida, de la nutricion, siguen luégo los naturalistas, á manera de tránsito imperceptible, considerando los séres vivos en sus fenómenos *dinámicos ó de movimiento.*

Introduce en el exámen de estos fenómenos grande confusion el silencio observado por todos los Naturalistas respecto á la índole del movimiento; silencio que no autoriza á argumentarles con una idea de lo que sea el movimiento, porque habrán de rechazarla como hija de lo *a priori;* pero que facilita en cambio á su modo de razonar determinar tránsitos, nó siempre lógicos, del movimiento provocado y solicitado por el exterior al genuinamente interior en el organismo. Si llegan á la identificacion de ambos, estudiando sólo el primero y considerando el interior únicamente en sus manifestaciones exteriores y como resultado con exactitud matemática del excitante exterior, podrá fácilmente, áun el ménos experto, penetrar en lo deleznable de tal procedimiento.

Hacen los naturalistas caso omiso de si lo natural se explica en todas sus concreciones mediante materia, fuerza ó forma, ó hay que añadir el movimiento como combinacion de lo sucesivo del tiempo con lo contínuo del espacio; se limitan á aseverar el dinamismo general de las fuerzas y la innegable trasformacion de unas en otras, y con tales precedentes, aplicados á lo orgánico, se colige á primera vista las conclusiones de toda concepcion sintética, basada en el Naturalismo. Flota por cima de todas estas premisas lo idéntico, lo

homogéneo, lo igual y lo indistinto, y la complicacion múltiple de los séres vivos es más que una diferenciacion real, un cambio constante de estado ó postura, ¡quién sabe si extremando la desconfianza de la crítica se podria llegar á decir que son fases ó aspectos distintos sólo por el punto de mira del observador!

A no respetar escrupulosamente la posicion, crítica y negativa, en que se coloca el Naturalismo contemporáneo frente á las enseñanzas de la Lógica, fuera esta ocasion, más que propicia, inevitable para demostrar que el Trasformismo, que tanto alardea de conocimientos positivos y de ser fiel á la experiencia, es en fin de cuentas un *idealismo al revés*, un subjetivismo idealista, que concibe á modo mecánico todo el mundo natural y que llena é integra sus abstractas concepciones con la interpretacion nada legítima de los datos experimentales. Mas, fuerza es seguir el razonamiento tal como se ofrece por el Naturalismo y ver de educir de su fondo las inconsecuencias y absurdos que de tales faltas se desprenden.

Aun aceptada en fisiología la teoría de la física moderna sobre el dinamismo general de las fuerzas, y aplicada tal teoría al organismo, segun la técnica de Huxley (1), que divide las fuerzas en fuerzas de tension (almacenadas en el organismo) vivas (las que el organismo manifiesta en el movimiento) y de desprendimiento (las que provocan el cambio de las de tension en vivas), no se puede olvidar que el organismo es un centro de asimilacion de fuerzas con carácter propio.

El tránsito de lo físico y mecánico del movimiento á lo fisiológico y á lo vivo del mismo, la trasformacion que supone el tecnicismo de Huxley, el cambio, en una palabra, de la fuerza de tension en fuerza viva se efectúa dentro del organismo, el cual no es simplemente pasivo receptáculo de los excitantes exteriores, sinó una unidad típica, que, merced á circunstancias complejísimas, no sólo trasforma por medida

(1) HUXLEY. *Leçons de Physiologie elementaire.*

matemática un equivalente mecánico en otro, sinó que se constituye en centro modificador de estas fuerzas, cuyo impulso dirige y cuya intension determina, dentro de ciertos límites. ¿Cómo ha de ser posible identificar y áun confundir en los fenómenos dinámicos el excitante exterior y el movimiento del organismo á modo de dos estaciones telegráficas que mecánicamente se trasmiten lo mismo que han recibido?

Ninguna asimilacion se produce en el organismo con mera pasividad; respecto á la nutricion, declaran elocuentemente los experimentos de C. Bernard y de algunos médicos norteamericanos la actividad interior poderosísima de algunas membranas del estómago, gradualmente enrojecidas por la potencia activa y asimiladora que desenvuelven, segun se observa en las vivisecciones y en casos raros de hombres que han vivido dejando al descubierto, por heridas, las membranas del estómago.

Lo mismo acontece con los fenómenos dinámicos, donde, aparte el mecanismo que se observa en el excitante exterior, es condicion indispensable para que el movimiento mecánico se convierta en movimiento vivo, una reaccion del organismo y una produccion más ó ménos intensa de la actividad de dicho organismo. La pupila de un hombre profundamente dormido, que permanece inerte á la accion de la luz por fuerte é intensa que sea, prueba que si el organismo no es co-activo con el excitante exterior, la fuerza que éste manda vuelve sin afectar ni impresionar para nada al sér orgánico; vuelve como si fuera mandada á la superficie tersa de un cristal endurecido. Sea el que quiera el grado rudimentario ó superior del organismo que se observe en la múltiple escala de los séres vivos, sea ó nó fácilmente perceptible por medios ordinarios ó haya necesidad de recurrir al microscópio, siempre es cierto que el organismo reobra sobre el excitante, resiste la fuerza de su impresion, á veces deja de contestarla y áun ahoga dentro de su complicado seno la más mínima manifestacion de ella. ¿Acaso no son ejemplos harto elocuentes de lo que decimos la sereni-

dad del hombre ante el peligro, la majestad épica del mártir que sonrie cuando sus entrañas se trituran, el llanto del cocodrilo que aparenta el falsario para llevar á cabo su traicion, y más que nada el triste privilegio que tiene el hombre de ser hipócrita?

No son explicables estos y otros fenómenos de igual categoría y áun algunos que con carácter más rudimentario se ofrecen en los animales, por ejemplo, el acecho de la presa en los cazadores y en los carnívoros, si se menosprecia ó desatiende la fuerza interior, propia del organismo. A este mismo fin, dice un célebre fisiólogo (1), «penetra el mundo exterior en »nosotros merced á las expansiones nerviosas terminales; pero »para ello es indispensable una facultad receptiva en el elemen»to nervioso afectado, el cual entra en participacion directa »con el acto que en él se cumple. Es necesario, pues, que *sea »activo* para convertir la excitacion física en filosiológica. »Todo el mundo sabe que no basta una excitacion física en el »aparato sensorial para producir la impresion, sinó que es ne»cesaria una *participacion activa* de la célula sensorial con el »movimiento vibratorio que le es comunicado.»

Por tales razones, y otras muchas que pudieran aducirse, entendemos que el movimiento producido por los séres no corresponde rítmicamente con la impresion en que vá envuelta la fuerza de desprendimiento; que el organismo no recibe el movimiento externo y físico, limitándose á restituirle bajo una ú otra forma, sinó que la trasformacion de unas en otras manifestaciones se efectúa mediante la cooperacion de dos factores igualmente necesarios: el excitante exterior y la accion interna propia, *espontánea* del organismo. Son tan insustituibles estos factores, que cuando la experiencia ha podido por el progreso de sus medios y lo ingenioso de sus recursos separarlos, se ha reconocido de un modo positivo la necesidad de la concurrencia de ambos.

---

(1) LHUYS. *Funciones del cerebro.*

Así lo demuestra cumplidamente el siguiente experimento. «Mediante el análisis de los sentidos, dice Bernstein (1), se re»conoce que la sensacion es trasformada en percepcion por *la »actividad de nuestra alma*, pues la sensacion, es decir, la exci»tacion del órgano de los sentidos y la trasmision de esta ex»citacion al cerebro, no supone que esta sensacion esté ya li»gada á una percepcion de los objetos. Se ha observado en »palomas, á las cuales se les habia extraido los lóbulos cere»brales y que vivieron largo tiempo después, que aún poseian »la sensacion visual, porque la luz introducida en su ojo pro»ducia en él una contraccion de la pupila, fenómeno que no »puede ejercitarse sinó por medio del centro óptico del cere»bro. Pero no existe en estos animales la comprension de lo »que ven, es decir, que no perciben; obran como animales »ciegos y tropiezan con todos los obstáculos. Estamos autori»zados para admitir que lo mismo acontece en el hombre; que »la percepcion del mundo exterior es, en último término, »una funcion de la actividad psíquica que reside en nuestro »cerebro, y que los sentidos entregan únicamente á nuestra »alma los materiales que ésta trasforma en percepcion.»

Al hablar de la *fuerza espontánea* de lo orgánico, concítanse las iras de todos los naturalistas partidarios del trasformismo, y no basta citarles hechos conocidísimos en todas las manifestaciones de los séres vivos; nada suponen para ellos las indicaciones ya apuntadas, ni los fenómenos de la plétora general del organismo, de la hipertrofia de un órgano dentro de aquel ó de su anemia, fenómenos que revelan que en lo orgánico existe algo irreductible á apreciacion cuantitativa de elementos materiales y que demuestran que el efecto que manda el arco nervioso no corresponde nunca matemáticamente con la causa ocasional recibida, pues se observa, como dice Gratiolet, que un motivo tan nimio, por ejemplo, como el cosquilleo, puede producir un efecto tan grande como la muerte.

---

(1) BERNSTEIN. *Les Sens*. Livre I. Cap. IX.

Aunan sus esfuerzos todos los naturalistas contra la *espontaneidad* (1) y pretenden identificarla con la indeterminacion ó ausencia de motivo: así es que presentan el siguiente dilema, decidiéndose por su primer extremo: ó existe una predeterminacion cuantitativa de todos los fenómenos (en cuyo caso es inexplicable la espontaneidad) ó una indeterminacion y arbitrariedad indefinida en todos los actos (sentido que dan á la espontaneidad) con lo cual se hace imposible la ciencia experimental. Algunos ménos exagerados (2) quieren identificar la fuerza espontánea con la exterior en su orígen, identificacion que nada contraría la diversidad de manifestacion entre las predeterminadas de lo inorgánico y las solicitadas dentro del organismo por excitantes exteriores, pues áun solicitadas y motivadas las fuerzas que se manifiestan en los séres vivos tienen un ciclo, dentro del cual se nutren por sí mismas, una vez que el organismo es centro modificador y asimilador, á modo específico, de los excitantes exteriores, y además *co-activo* con todas las causas concomitantes y nó meramente receptivo de ellas. En tal sentido, la espontaneidad no contradice el determinismo físico-químico de la fenomenología exterior, determinismo puesto muy en boga por G. Bernard y por él, que es testigo de mayor excepcion, reconocido como *condicion necesaria de la espontaneidad la libertad* (3).

El movimiento interior no es indeterminado, sinó determinado por causas internas propias, que es lo constitutivo de la

(1) La espontaneidad no es idéntica con la arbitrariedad ó la indeterminacion. Obrar espontáneamente no es hacerlo sin motivo, es obrar hallando en sí mismo la causa de su accion.

(2) «La espontaneidad, ó significa la creacion total de la fuerza y la libertad absoluta, el acto puro de la metafísica, ó indica la accion determinada en el seno del organismo por impulsos interiores, cuyo orígen primero es siempre una parte de la fuerza cósmica.»—ESPINAS. *Revue Philosophique.*

(3) «Me limitaré á decir que el determinismo que el fisiólogo reconoce en los fenómenos de la vida es una *condicion necesaria de la libertad.* No comprenderia, en efecto, el sabio que un fenómeno, sea el que quiera, puede manifestarse libremente no estando regido por ninguna ley dicho fenómeno ó quedando indeterminado.»—C. BERNARD.—*Problema de la fisiologia general.*

espontaneidad; está además caracterizado por el hecho singularísimo, que no se observa en las fuerzas generales, de la *fatiga ó cansancio*, ley del trabajo fisiológico. Se producen, en efecto, las fuerzas de los séres vivos segun este límite (el de la apropiacion de parte del organismo) que explica además el ciclo de la vida dentro de su comienzo y término perceptible (nacimiento y muerte) y áun dentro de ellos la importancia de la *edad* ó tiempo trascurrido. A medida que continúa el desarrollo ó involucion del ciclo general de la vida, adquieren más solidez y consistencia los caractéres propios de cada individuo vivo y se acentúan más la *accion* y *progreso* como cualidades propias de los séres, pues el organismo que preside tal desarrollo es un centro de *asimilacion específica* de fuerzas. En vano será buscar tales caractéres en los objetos inorgánicos que no viven, sinó que existen indiferentemente, manifestando las fuerzas generales de la materia con un ritmo inalterable y con una uniformidad de precision matemática.

Muchas, y segun su juicio muy valederas, son las objeciones que el Empirismo formula contra la espontaneidad de lo orgánico, citando experimentos de vivisecciones y de movimientos *reflejos*.

Por el pronto bueno es advertir que muchos movimientos reflejos son violentamente provocados mediante el experimento de la viviseccion, sin tener en cuenta la virtualidad del recurso de que se echa mano (vía húmeda, corriente eléctrica, irritacion de la epidermis, desviacion de articulaciones); y sin atender, sobre todo, á que los reflejos revisten como carácter general el de obedecer al instinto de conservacion. La existencia de este carácter es, por ejemplo, incuestionable en los vulgarísimos y conocidos movimientos reflejos del estornudo ante la excitacion de la membrana pituitaria y de la tos provocada por alimentos ó bebidas que se interceptan.

Igual tendencia descubren en los movimientos reflejos naturalistas tan célebres como Prockaska, Longet y el mismo Vulpian, conformes todos ellos en declarar que son algo más

que un simple mecanismo, pues suponen un fin de conservacion que obliga á considerarlos como *movimientos defensivos*. No vale contra el carácter que damos á los movimientos reflejos la objecion de que algunas veces se convierten en condicion perjudicial y áun en causa de muerte para los séres orgánicos, pues como el acto reflejo no es deliberado, se presenta con un carácter fatal que puede volverse contra la conservacion del individuo; hay, en efecto, funciones directamente establecidas para nuestra conservacion que vienen á ser causas activas de destruccion en ciertos casos (por ejemplo, el envenenamiento por absorcion) (1).

Este mismo carácter de movimientos defensivos, atribuidos á los reflejos, se puede observar en las sensaciones dolorosas que provocan movimientos instintivos y coordenados, análogos á los defensivos y caracterizados por los gritos, contraccion de los músculos faciales y por la flexion general del cuerpo. Llega en este sentido Mr. Ch. Richet, en su notable estudio sobre el dolor (2), á considerar las sensaciones dolorosas simultáneas con las acciones reflejas y áun actos reflejos revestidos de voluntad. Infiere de todos estos caractéres que es el dolor *el centinela de la vida*, la avanzada que defiende inconscientemente la conservacion del organismo en su más preciada y delicada contextura por movimientos de contraccion y de huida que proceden originariamente de la fuerza propia del organismo. Más claramente se revela esta cualidad del dolor cuando se examinan sus relaciones con la manifestacion exterior, pues la sensacion dolorosa exige más urgentemente que la del placer ser expresada, de donde procede el consuelo que nos proporciona la compasion que en los demás producen nuestros dolores y desgracias, miéntras que el placer parece ser más egoista y no es jamás un principio tan enérgico para la manifestacion como el dolor. Fundado en estas y otras

(1) E. Chauffard. *La vie. Etudes et problemes de Biologie generale.*
(2) Charles Richet. *La Douleur. Etude de Psychologie phisiologique.*

consideraciones muy discretamente expuestas, explica Mr. Soury (1) el predominio del Pesimismo en la Poesía y su literatura numerosísima, comparada con la relativamente pobre del género anacreóntico.

En todo movimiento orgánico hay que tener, por consiguiente, en cuenta los dos factores de que ya hemos hablado: el excitante exterior y la actividad propia del organismo. ¿Es acaso calculable el efecto, movimiento ó fuerza viva que producirá una misma impresion en dos ó más individuos? ¿No revelará cada cual su índole propia algo característico, segun es más ó ménos impresionable? ¿Por qué ha de desatender el Trasformismo estos datos y negar la espontaneidad de los séres? La niega para llegar al *Determinismo moral*, doctrina que, á no ser porque el pensamiento no es susceptible de pecado, podria señalársela como más anárquica y de consecuencias más funestas que las mismas de la Internacional, tan explotadas y puestas en la picota por el instinto conservador.

Cuando se afirma con Herzen (2) que «la idea del libre albedrío en el microcosmos humano corresponde á la de la casualidad en el macrocosmos,» cuando se pretende probar con Quetelet «que el criminal es el instrumento que ejecuta los »crímenes preparados por la sociedad,» se trae á la ciencia aquel alarde de salvaje independencia de nuestro Espronceda, cuando dijo: «¿Quién al hombre del hombre hizo juez?» y se derrumba con todo el mundo moral y toda la vida de la responsabilidad el más firme de los fundamentos sociales, pues se niega á la sociedad el derecho á castigar. No gustamos de argumentar con el *bú* espeluznante de las consecuencias, y si señalamos las que tienen su abolengo en el Determinismo, es porque recordamos que no ha tenido escrúpulo ninguno un Pontífice de nuestro Doctrinarismo conservador para rebatir argumentos en pró de la libertad, apoyándose, segun decia,

(1) J. Soury. *La Poesie et le Pessimisme.*

(2) A. Herzen. *Physiologie de la volonté.*

en teorías que niegan con ciertos visos de exactitud la libertad humana. Ignoramos si áun armado de todas las armas que ofrece la sofística dialéctica de un Protágoras se podrá probar que, fundándose en una doctrina, á la cual vá aneja la anarquía social se robustecen y conservan los fundamentos sociales.

La fuerza propia del organismo, espontánea, no equivale á la arbitrariedad, no es lo mismo que la indeterminacion, sinó que es capaz para colaborar con el excitante exterior y determinar en union con él lo complejo de los actos orgánicos. Explica esta naturaleza de la fuerza espontánea el que sea susceptible, segun grado y medida, de *habituarse* á condiciones y excitantes del exterior, cualidad que no se encuentra en lo inorgánico.

Grandes son los efectos del hábito, llega á veces á modificar y áun á suplantar aparentemente la naturaleza, por lo cual se ha dicho que el *hábito es una segunda naturaleza;* pero la experiencia demuestra, contra la exageracion que á tales efectos ha querido dar el Trasformismo, que en determinadas condiciones jamás contrae hábitos el sér vivo. Reside el hábito en la continuidad de los actos, de suerte que es necesario que se forme gradualmente, es decir, simulando un ángulo muy agudo que se vá abriendo insensiblemente, en lugar de ser impuesto de un sólo golpe; pero además es preciso que no contraríe directamente la naturaleza del sér vivo, porque entónces producirá su muerte (1), límite que confirma que el sér vivo es un centro de apropiacion ó especializacion de fuerzas, más allá del cual no puede llegar esta influencia del hábito, ni ninguna otra; porque toda fuerza orgánica, en cuanto es-

(1) «Un mamífero nace provisto de pulmones, necesita respirar en el aire, no »podrá vivir en el agua, la naturaleza no cede, se destruye; pero en su centro »puede acomodarse á un aire más denso ó más raro, es decir, que si estos »cambios conforman con su naturaleza, el sér vivo los aceptará, su accion se »fortificará y adquirirá fácilmente el hábito. Si estos cambios repugnan abso»lutamente á las condiciones necesarias de su vida, el hábito es imposible.» A. Lemoine. *L'Habitude et l'Instinct.*

pontánea, es capaz de efectos variadísimos, pero está á la vez determinada esta variedad por la *especialidad* de los actos que puede producir, pues el sér vivo tiene cierta constitucion primitiva, cierta naturaleza que le es propia.

La fuerza orgánica obedece á la influencia del hábito dentro de los límites indicados; desconocerlos es patrocinar el vano empeño del trasformismo que si exagera los efectos del hábito, con la herencia, es porque pretende explicar todas las múltiples diferencias del organismo por la evolucion y por la influencia constante del tiempo, forma abstracta de la sensibilidad, que llena el empirismo con leyes, cuyo descubrimiento es debido á Darwin y cuya aplicacion, completamente justificada, ha de sufrir todavía muy importantes rectificaciones. ¿Acaso tiene el tiempo virtualidad suficiente para sustituir una realidad por otra? La evolucion en tiempo indefinido es forma abstracta, cuyos supuestos se ignoran y que semeja, Spencer lo declara, un hilo de decurso y extension indefinidos, rodeado por sus dos extremos (comienzo y fin, arbitrariamente colocados como antitéticos) de una espesísima sombra.

De otro lado no se puede olvidar que en la doctrina de la evolucion, como dice Liard, (1) «hay que suponer ó que lo »que aparece al término de la evolucion estaba ya contenido, »al ménos virtualmente, en su orígen, en cuyo caso existe »amplificacion geométrica del embrion al sér completamente »desarrollado; ó que aparece algo nuevo en cada estado de la »evolucion, adicion verdadera á lo que preexistia, y en tal caso »no hay trasformacion de una forma á otra.»

A indefinicion tan vacía de realidad como la que supone el tiempo sumado indiferentemente á un contenido, que se ignora cuál es, debe oponerse la diferenciacion adecuada de los efectos legítimos del hábito dentro del ciclo de tiempo, propio de cada sér vivo, pues la correlacion en él entre vida y

(1) L. Liard. *La Science positive et la Métaphisique.*

muerte señalan los límites obligados de la apropiacion y especializacion de fuerzas.

El efecto más importante del hábito, dice un célebre psicólogo (1), «es establecer entre las diferentes partes del tiempo, »que simplemente se suceden para los objetos incapaces de »hábito (2), una relacion sin la cual la vida es imposible. El »pasado no existe, el porvenir aún no es, sólo es real el pre»sente; pero ¿qué es el presente? Como dicen á la vez Platon, »Aristóteles y Leibnitz, es un punto sin dimension, es *el límite siempre móvil* que separa lo que ha sido de lo que será; de »suerte que el presente mismo es incomprensible y la existen»cia escapa incesantemente para los séres que duran. Fijar »este perpétuo *venir á ser*, constituir un presente positivo »con éstos elementos negativos, hacer que dure este presente, »convertir este punto matemático en una línea ó en un sólido, »resolver la dificultad de detener el tiempo que nada detiene, »tal es la obra del hábito.»

De este modo, es decir, bajo influencia tan poderosa como es la del hábito, que diferencia el tiempo en sus períodos, que lo integra en el ciclo general del tiempo mismo y que sucesivamente los dá el relieve propio, de este modo son, existen y viven los séres orgánicos á diferencia de los objetos inorgánicos que existen indefinidamente.

¿A qué se debe el olvido inexplicable de parte del Naturalismo de esta diferencia tan importante entre el tiempo propio de los séres vivos y el indefinido, bajo el cual existen inalterablemente los objetos inorgánicos? A la falta de lógica, ya señalada, á que el trasformismo, tan exacto en el proceso de

(1) A. Lemoine. *L'Habitude et l'Instinet.*

(2) Para los objetos inorgánicos no existe posibilidad de diferenciacion en el tiempo, no tienen *edad*, nada añade á su presente su pasado como tampoco su porvenir. Por tal razon, se puede afirmar de ellos que *existen indefinidamente*, pero no que viven.—Y en esto inside el principal error sobre este punto del Trasformismo al identificar la completa indeterminacion, vacía de contenido, del tiempo de los objetos inorgánicos con el tiempo cerrado en ciclo propio y diferenciado en períodos que se integran recíprocamente para constituir la vida compleja de los séres orgánicos.

integracion, viola la interpretacion de las experiencias y aún falta á las leyes de la razon por no seguir el proceso de la diferenciacion, que ha de ser complementario del de integracion, cuya totalidad es vacía, abstracta, sin la compleja multiplicidad de los elementos ya diferenciados.

Cuando se llega con la observacion y la experiencia hasta los últimos límites del análisis, se halla que la *evolucion* y la *série* son formas abstractas de pensamiento, son moldes ideales, subjetivos, cuya realidad se pierde y diluye en el fondo mismo, en la verdadera característica del problema; todo ello, volvemos á repetirlo, por el prejuicio de considerar el organismo como un todo de suma, cuyos sumandos se adicionan mecánicamente, cuando hemos observado en todo el decurso de este razonamiento que el organismo comienza su movimiento de involucion y evolucion al diferenciar desde su unidad indistinta lo complejísimo de los elementos que constituyen más tarde la multiplicidad de sus manifestaciones.

Admitido, que aún no está probado, pues es cuestionable bajo muchos aspectos, como puede verse en el brillante resúmen que del estado del problema hace el Sr. Arrillaga, tan modesto como laborioso, en una conferencia sobre la *Geografía física del Mar* (1), admitido, decimos, que hay estados de la materia bastante indeterminados para decidir de plano si

---

(1) «Reina en las últimas capas del mar una calma completa bajo una pe»sadumbre incomparable; todo parece alcanzar allí los caractéres de lo infinite»simal, diferencial é integralmente considerado. Mas por lo mismo suponen »muchos que allí se encierra el gran secreto; allí imagina Wallich's que la ma»teria inorgánica pasa por un desconocido proceso á ser orgánica; allí Haeckel »supone que la materia adquiere las primeras formas orgánicas por una espe»cie de generacion espontánea, por una como sutilizacion de la materia ó de »dilucion homeopática que permite á la fuerza universal ejercer con libertad »sus variados influjos; allí cree Huxley que existe el protoplasma que en série »ascendente se ha de elevar, mediante proeesos indefinidos, desde la celdilla »primordial hasta el más perfecto de los séres...

».....Lo que digo es que el problema está planteado, pero con su incógnita »envuelta en ese misterio que rodea á los primeros procesos de la vida, y »quiero añadir que no obran con sano criterio científico los que á raíz de un des»cubrimiento nuevo creen con ligereza que han alcanzado la verdad.»

F. DE P. ARRILLAGA. *Geografía física del Mar.* Conferencia leida ante la Sociedad Geográfica de Madrid.

existe en ellos ó no organizacion, ó si revelan el tránsito de lo orgánico á lo inorgánico; nada gana en precision y claridad el problema, porque sólo se llega á una identificacion entre ambos estados de la materia, y desde tal identificacion lo mismo puede afirmarse que lo inorgánico es orígen de lo orgánido, segun pretende el Trasformismo, que observar que lo inorgánico son resíduos de lo orgánico, susceptibles de nueva asimilacion en el torbellino vital ó círculo material que determinan la condicion físico-química del medio que envuelve á lo orgánico y á lo inorgánico.

A nuestro juicio, lo esencial en el problema es que hasta ahora la experiencia, interpretada sin idea preconcebida, confirma que lo orgánico, desde su estado rudimentario, manifiesta excesiva movilidad, compuestos inestables, irritabilidad contráctil, unidad germinal, que procede involutiva y evolutivamente, á la diferenciacion de su realidad típica, y con todo ello un centro de apropiacion de fuerzas, merced al cual, no sólo recibe el excitante exterior y á él contesta de modo mecánico, sinó que reobra sobre tal excitante, se lo asimila, determina su unidad simplicísima en complejidad de manifestaciones en un trabajo gradualmente progresivo, que tiene por ley la fatiga y la reparacion que se lleva á cabo con la nutricion.

A semejante proceso en su fondo unitario y simple, en sus manifestaciones múltiple y complejo y en su desarrollo gradual convergente de modo constante á su centro primitivo, referimos lo orgánico y la organizacion, completamente distintos del mecanismo con que se interpretan sus manifestaciones exteriores, en las cuales se busca inquisitorialmente las adiciones ó sumas en homogeneidad de contenido, y se prescinde de lo que es genuino y diferencial en medio de la rítmica, y jamás interrumpida continuidad del mundo natural (1).

(1) La individualidad fisiológica ó funcional corresponde á aquel género de formas unitarias ó centralizadas, que son capaces de mantenerse vivas con independencia y sustantividad completa por un tiempo cualquiera; divisibles,

Tales resultados originarios todos de la más escrupulosa interpretacion de los datos experimentales son suficientes para rechazar, segun hemos indicado ántes, el organicismo y las fuerzas órgano-tróficas de que habla C. Bernard, pues la organizacion es, más que principio, resultante final, forma que reviste la materia viva. Y de éste que nó de otro modo se explica el estado aún incompleto de la Morfología, cuyo progreso requiere precedentes, que aún no están desenvueltos, si bien convendrá tener siempre presente que los *fenómenos morfológicos* son determinados, que nó determinantes, por una série de causas y condiciones que la observacion y experiencia naturales irán sucesiva y discretamente señalando. Con tal condicion contribuirá el progreso parcial de cada una de las ciencias de la naturaleza á educir del enriquecido mundo experimental un concepto más orgánico, ménos mecánico, más complejo y ménos indistinto y confuso de las síntesis hoy en formacion y cuyas superiores aspiraciones habrán de coincidir en dia no lejano con las especulaciones racionales para determinar la construccion de la Filosofía de la Naturaleza, los principios fundamentales de la Cosmología.

Aunque hoy la Morfología es ciencia que dá todavía pocos resultados, pues estudia las formas de los séres sin hacerse cuestion de la corelacion de materia y forma, es autorizada la afirmacion que se hace, fundada en los escasos datos que ofrece dicha ciencia, de que las formas de los séres orgánicos son más complejas á la vez que más unitarias que las de los objetos inorgánicos. Ya en los bacterios, hallados por Huxley en esta zona indecisa entre lo vegetal y animal, observa el célebre naturalista, en medio de sus movimientos indeterminados, su tendencia constante á tomar forma esférica y combinacio-

---

si es que llegan á reproducirse, sin que por esta separacion de partes se afecte ni destruya la unidad del todo; agitadas por el movimiento conservador nutritivo, que es la base primera y general del dinamismo fisiológico ulterior y que debemos representarnos siempre por tanto como mudables, oscilantes, en contínuo flujo.» LINARES. *La Morfología de Haeckel; antecedentes y crítica.*—V. *Boletin de la Institucion libre de Enseñanza.*

nes múltiples de esta misma; y en las sutilísimas expansiones del contenido en demasía movible de los protistas señala Hæckel formas variadas, pero todas ellas complejísimas, comparadas con las estáticas y relativamente regulares de lo inorgánico.

Si tales observaciones se recogen de los primeros é indeterminados esbozos de lo inorgánico, de estos ensayos de organizacion que parece efectuar la Naturaleza en su más profundo seno y en una elaboracion rodeada de penumbras, son más salientes y de mayor efectividad los caractéres que se observan en las formas de lo orgánico en grados superiores. En tales grados se observa en efecto la tendencia del sér organizado, procedente de un gérmen, á adquirir una forma típica, á perfeccionar una especie de plan arquitectural, cuya realizacion prosigue contra toda clase de obstáculos, cicatrizando sus heridas y reparando sus mutilaciones. Esta tendencia á la unidad morfológica es conocida en la Fisiología y Patología con el nombre de *fenómeno de reconstitucion ó reintegracion* y sirve de base para demostrar la coexistencia de las fuerzas del medio ambiente con las propias del organismo, de cuya síntesis procede la vida. En tal convergencia, radicalmente opuesta al dualismo de los vitalistas, se apoya el vulgar aforismo de que cura la naturaleza y de que el médico no hace más que determinar, obedeciendo las leyes naturales y favoreciendo su desarrollo, condiciones y recursos terapéuticos que ayuden al fenómeno de la reintegracion.

Este trabajo del organismo, reparando sus mutilaciones, muestra su unidad é individualidad y constituye un nuevo aspecto del carácter fundamental que hemos atribuido al sér vivo. Tambien se ha querido sorprender este trabajo de reparacion en los cristales; así Mr. Pasteur ha pretendido con cristales rotos, sumergidos en agua con disoluciones de determinadas sustancias químicas, probar el fenómeno de la reintegracion de la forma. Desconocemos el resultado final de dichos experimentos; pero nos atrevemos á asegurar que si tal ten-

dencia queda demostrada empíricamente en los cristales, revelará siempre lo *estático* de la simplicidad de sus formas geométricas, y nunca acusará una tendencia *dinámica*, á no identificar ilegítimamente el proceso del experimentador y la fuerza que aporta al experimento con lo estático é indiferente de lo inorgánico. No basta, en efecto, lo morfológico para aducir prueba concluyente á no ser examinado en su corelacion con la materia que en ello se informa. Así se reconoce que es preciso hacer minucioso exámen de la influencia que ejercen en los fenómenos morfológicos de lo orgánico cuántas consideraciones dejamos expuestas respecto á los fenómenos dinámicos.

Pecan por su base cuantas inducciones hace el Trasformismo, fundado en la Morfología; porque vuelve á revelar su afan incesante de identificar y sumar los elementos áun más contrarios, ante el más mínimo efecto de corelacion que ofrecen, y porque vuelve á abandonar el proceso de diferenciacion, complementario del de integracion, ambos por igual necesarios y subordinados á la unidad de la vida, explicable segun exige el sentido comun por un doble análisis cuantitativo y cualitativo. Seguir el primero, como lo hace el Trasformismo, relegando el segundo á detalles de poca ó ninguna trascendencia, es exponerse á llegar á una indiferente homogeneidad de todos los elementos constitutivos de la realidad, cuyas complejas manifestaciones y diversidad de aspectos quedan inexplicables ó se justifican por un mecanismo abstracto, por una influencia indefinida en tiempo y espacio de circunstancias exteriores; atender únicamente al segundo, al proceso de diferenciacion es negar la evidencia con que se observa que la naturaleza no camina á saltos y obtener como conclusion la necesidad de creaciones *ex nihilo* á cada momento que aparece forma en el organismo que no encaja dentro del cuadro de abstractas clasificaciones, tenidas por incontrovertibles. Cual sea la exigencia que deban cumplir las síntesis á que se ven obligadas al presente todas las ciencias naturales para cons-

truir la Filosofía de la naturaleza, lo declaran el experimento y la especulacion con una evidencia innegable, pues la educe el pensamiento *a priori* y *a posteriori*, lo mismo de la consideracion del problema que del exámen de todos los ensayos de síntesis que se han formulado, aspirando á darle solucion.

Lo cuantitativo y lo cualitativo, lo integral y lo diferencial, segun dice Spencer, no se anulan, ménos se suman ni sustituyen lo uno por lo otro, se complementan subordinadamente en este eterno postulado del principio de unidad, bajo el cual en apariencia aquellos aspectos de la realidad disienten y se separan el uno del otro para converger finalmente á colaborar á la formacion, y construccion del concepto de lo orgánico y del organismo, única manera de concebir la realidad tal como ella es.

Si el trasformismo se halla influido por esta obsesion incesante de identificar lo inorgánico con lo orgánico, tiene que revelar tambien (y así lo hace, pues sólo tibios y prudentes partidarios de las doctrinas trasformistas defienden en tal punto su pensamiento, pecando gravemente contra las más vulgares exigencias de la Lógica) igual pretension respecto á lo físico y á lo psíquico. Si con esta doctrina, denominada *Monismo* ó *Unitarismo,* se aspira á demostrar la existencia de un principio ó la exigencia de tal postulado que rectifique la antigua concepcion dualista de alma y cuerpo, no titubeamos en dar nuestro asentimiento cumplido á dicha aspiracion por razones que son ya hoy universalmente conocidas de todos. La constante tendencia de la Psicología á tomar en sus más estimables y valiosas indagaciones carácter antropológico, la comprobacion experimental (hasta donde el análisis ha podido penetrar en la delicadísima y ténue urdimbre, que teje la complicada existencia humana) de que á cada estado anímico corresponde una alteracion ó modificacion fisiológica, el constante comercio de lo físico y de lo psíquico, que acusa en los estudios de Psico-física, la legitimidad de recíprocas inducciones

de una á otra esfera de la realidad (1), los datos aún poco ordenados, pero de indudable valor de la Fisiología cerebral (2) que prueban el paralelismo entre la evolucion de la inteligencia y el desarrollo del cerebro, y por último lo infecundo de los estudios psicológicos, seguidos con el sentido estrecho del espiritualismo francés ó inspirados en el dogmatismo, á veces ridículo, del Materialismo son otras tantas razones, que nos limitamos á indicar en testimonio de que el progreso del pensamiento vá con la aspiracion del Monismo á rectificar sentidos escolásticos, que, á pesar de su arraigo en la cultura, son impotentes para la solucion de los más graves problemas. Ni podemos, ni debemos dejar de recordar lo dicho al principio de este trabajo; así como el problema lógico se estanca y paraliza indefinidamente ante la abstracta posicion, que en él toman sensualistas é idealistas, arrastra el problema psicológico una existencia ficticia al dividir el pensamiento entre espiritualistas y materialistas.

Si ántes hemos reconocido como condicion para el progreso del pensamiento lógico la necesidad de aunar la especulacion con la experiencia, desechando toda division arbitraria de Sensualismo é Idealismo, opiniones antitéticas, de las cuales cada una tiene la razon, que es la sinrazon de la otra y viceversa; nos muestra tal consideracion el sentido, en que hemos de apreciar este problema, proclamando desde luégo la necesidad de concertar en los estudios psicológicos las experiencias fenomenales con las intuiciones internas, desechando por lo tanto aquí como allí la division de Espiritualismo y Materialismo. Después de todo, en el problema lógico ó del conocimiento y en el psicológico late como exigencia-madre, como condicion única y determinante de todo progreso la necesidad

(1) V. para los estudios de psico-física: FECHNER, WEBER y DUHRING. Para las rectificaciones de algunas inducciones atrevidas é ilegítimas de la Psico-física se puede consultar: DELBOEUF, *La Psicología como ciencia natural. La Teoría general de la sensibilidad* y sus estudios sobre la ley psico-física de Fechner y Weber.

(2) LHUYS y FERRIER.

del *principio unitario*, bajo el cual sea posible después, en integracion y diferenciacion subordinadas ó en doble análisis cuantitativo y cualitativo, concebir lo orgánico del conocimiento y de la realidad, pues en última apelacion viene á resultar siempre un sólo y único problema con diferentes aspectos, en cuya consideracion se apoyaba Schopenhauer para declarar, harto ya de la paradoja del tecnicismo escolástico, que todo lo físico es metafísico y recíprocamente.

A tal necesidad, imperiosamente exigida por ley intrínseca en el pensamiento, obedecen las tendencias más fructíferas del espíritu científico y á la vez filosófico, tendencias que se caracterizan en todos los ramos del humano saber y que penetran hasta en aquello que ha parecido más inaccesible á la experiencia, en la misteriosa gestacion de las obras artísticas (1) con el nombre *Realidealismus*.

Indica ya el nombre que designa esta aspiracion comun de las más opuestas doctrinas, el punto de conjuncion al cual revierten como por lastre interno todas las especulaciones y todas las experiencias, una tendencia general, extensísima, ámplia, cuyos resultados finales no estimamos como la *universal panacea*; que semejante mina no es posible hallarla en la ruda y lenta labor del pensamiento reflexivo; pero sí los consideramos como la declaracion implícita y explícita de que las concepciones basadas en dicho *idealismo realista* se emancipan gradualmente de todo sentido estrecho, perciben lo múltiple y lo complejo de la vida á la vez que lo unitario y simple de su constitucion, y aportan, cual silenciosos obreros, materiales preciosos; los unos desde el campo de la idea, los otros desde el mundo de la experiencia, para concebir la realidad y la vida orgánica y sistemáticamente.

Aunque á esta tendencia colaboran las doctrinas trasformistas, no es este ciertamente el sentido que dan al Monismo,

---

(1) V. CHARLES BENARD. *L' Esthetique contemporaine* y además los estudios importantísimos sobre la historia de las escuelas de Estética de MAX SCLASSER y de LOTZE.

en el cual cuidan diligentemente de revelar el mismo concepto falso que tienen de la unidad como lo indeterminado y lo indefinido, y el mismo espíritu escéptico del problema lógico, pues llegan á decir que alma y cuerpo no son realidades, sinó lentes ú objetivos desde los cuales vemos la realidad bajo distintos aspectos. De tales conclusiones á la revelada por nuestro gran poeta, acérrimo partidario del Escepticismo cómodo, cuando dice que *toda cosa es del color del cristal con que se mira*; de aquellos resultados á este apotegma sólo media la diferencia de la expresion, pues el fondo significado es el mismo.

Así es que el Trasformismo allega datos con su tendencia á la unificacion, para resolver el problema; pero la unidad que obtiene es una unidad abstracta, es lo indiferente, lo que carece de toda distincion, como que prescinde del proceso de diferenciacion y del análisis cualitativo.

Queda, pues, la unidad así obtenida, en una vaguedad sin límites, y queda además el Trasformismo incapacitado con su modo de proceder, para *plenificar*—si es lícita la palabra—ni ideal ni realmente, el contenido de los séres, hasta el punto de que puede preguntarse á su tendencia final con Lotze (1), *si debemos espiritualizar la materia*, *ó materializar el espíritu.*

El capital vicio de orígen que lleva al Trasformismo á un resultado que es en el fondo una indeterminacion completa del pensamiento, susceptible de llegar por deducciones rigorosas á las conclusiones más antitéticas, dimana de que no se preocupa, segun ya hemos indicado, más que de sumar cuantitativamente relaciones homogéneas ó aspectos análogos de todos los objetos observados; extrema hasta tal punto esta tendencia el moderno empirismo, que menosprecia el proceso de la diferenciacion, y sólo estima de la obligada discrecion cualitativa de lo peculiar de cada objeto, aquello que es explicable mediante la co-participacion de condiciones exteriores,

(1) LOTZE. *Psychologie phisiologique.*

homogéneas, como si lo homogéneo no apareciera en supuesto de lo distinto y cualitativo y viceversa. Aun cuando interpretemos la mision del pensamiento, reducida, segun pretenden algunos naturalistas por demás imbuidos del sentido material de la palabra, á la *ponderacion*, peso ó comparacion de unos fenómenos con otros y de sus mútuas relaciones; áun cuando circunscribamos el fin de la inteligencia á esta ordenacion en série de nuestras percepciones empíricas, última palabra de lo que ha dado en llamarse la *Psicología de la asociacion*, muy en boga en Inglaterra; áun cuando tomáramos base para proceder de sentidos tan estrechos, aún así nos consideraríamos bastante firmes, amparados bajo las más vulgares exigencias del sentido comun, para objetar á todos estos procedimientos, acusándolos de parcialísimos, de puntos de vista subjetivos, que no penetran, á pesar de su apellido de *positivos* y *reales*, más que en algunos aspectos de lo que es la realidad.

Surje desde luégo ante el pensamiento la idea de que lo cuantitativo es en algun modo cualitativo, ó que lo integral es á la vez diferencial, aunque no sea más que para establecer la jerarquía de sus relaciones, segun ha mostrado Lange (1), y por consiguiente, debe acompañar al proceso de la integracion el de la diferenciacion, lo mismo en lo natural que en lo espiritual, pudiendo en tal sentido afirmar, que si la *Lógica es la Matemática del espíritu*, son á su vez las *Matemáticas la Lógica de la naturaleza*, sin cuya compenetracion, áun en oposicion relativa, no es lícito afirmar que se *entienden* ó penetran las cosas.

Mas, aparte estas consideraciones educidas de las más usuales leyes de la Lógica, se nota tambien que el *nexo* ó punto de conjuncion de los fenómenos entre sí ó de sus recíprocas relaciones queda en una vaguedad aún más indeterminada é

(1) LANGE. *Histoire du Materialisme.*

indiferente. Y es obligado, aunque no sea más que como exigencia, asentar que la cuestion primera y fundamental, no sólo en el sentido trascendente de la antigua Metafísica, sinó intrínseco é inmanente en la índole de lo real observado y experimentado, inside y reside en dicho nexo como verdadero principio-mediador de fenómenos y relaciones, ya que parece ser idea preconcebida la de circunscribir lo cognoscible á los fenómenos y sus relaciones.

Ahora bien; si poniendo á contribucion la frase de Schopenhauer, hallamos que en el fondo y contextura de lo físico late y vive lo metafísico, el problema se simplifica y se unifica; sus diversos aspectos son otros tantos afluentes que habrán de servir en su dia para precisar y aclarar el fondo de verdad que en él exista, pues el problema ontológico que en su relacion lógica se refiere á la demostracion de la realidad de nuestros conocimientos, en su aspecto psicológico á la afirmacion de la unidad de nuestro sér, en su consideracion estética al nexo de lo real con lo ideal y en la esfera moral al principio ordenador de nuestros actos, no es problema de la competencia exclusiva de la Metafísica, sinó que cae bajo la jurisdiccion del espíritu científico, puede y debe ser examinado, si bien con su carácter propio y dentro de sus límites, por cada ciencia particular.

Tal exigencia, reclamada al igual por el espíritu científico (tan necesitado de síntesis parciales como preparacion para una reconstruccion general) y por el recto sentido filosófico de todos los tiempos, por la *perennis philosophia* de que habla Leibnitz (á la cual conviene hoy más que nunca la comprobacion experimental y el contraste del análisis para depurarse de idealistas abstracciones), tal exigencia está clara y evidentemente demostrada en el estado actual de las hipótesis del Trasformismo. ¿De qué modo podremos rectificarlas, se preguntará quizá el lector deseoso (si es que ha tenido fuerza de resistencia para seguirnos leyendo) de llegar á algo práctico? ¿Qué solucion nos propone, dirá alguno que tenga más venta-

jas que la trasformista, criterio éste de la utilidad, bajo el cual la ha defendido últimamente Spencer?

Ante semejante pregunta cumple á nuestra circunspeccion científica indicar, más que una contestacion categórica como si tuviéramos la clave del enigma, las exigencias que dejamos apuntadas en este trabajo como condiciones que deben ser cumplidas en la interpretacion de las experiencias y en el alcance que se quiera dar á la especulacion.

No hacemos lema de nuestro pensamiento el *Ignorabimus* de Du Boys-Bymond, que es una metafísica más dogmática que la tradicional; declaramos insuficientes las soluciones presentadas; señalamos algunas (no nos atrevemos á decir que todas) de las faltas de que adolecen y á esto limitamos nuestra tarea, aparte las afirmaciones que de tal crítica se desprendan.

Si nos arguyen porque nos detenemos en el terreno de la crítica, que es el más fácil y evitamos el de la afirmacion, que es el más difícil, contestaremos declarando que nuestra cultura experimental y naturalista es allegadiza; que venimos al problema desde el campo de la Filosofía, y ya hemos dicho ántes que la especulacion por sí sola es impotente para resolver dicho problema. ¿Por qué?

Séanos lícito justificar nuestro sentido y contestar la anterior pregunta, faltando á la modestia para citar lo que hemos dicho en otra parte (1) al determinar la mision y alcance que puede concederse á la razon especulativa cuando se trata de aceptar ó desechar hipótesis, que son la base para formar las ciencias naturales y la Filosofía de la Naturaleza.

«Mas la cuestion aquí interesante, decíamos (2), es la de »saber hasta dónde llega la relacion subordinada de la expe»riencia á la razon, y si ésta, desde la contemplacion directa »de los objetos, puede formar *a priori* los conocimientos ne-

(1) *Elementos de Lógica.*

(2) L. C. Nota de la pág. 226.

»cesarios para explicar la experiencia y convertir las hipótesis »en principios ciertos. Entendemos que esto es posible en el »conocimiento del espíritu (1), donde existe una relacion in»mediata entre el que conoce y lo conocido; pero faltando esta »relacion en el mundo natural y necesitando recurrir en la »formacion de las ciencias naturales á las hipótesis; *creemos* »que en tal caso la razon tiene un *alcance simplemente nega*»*tivo* (2) respecto á las hipótesis concebidas, y que sólo puede »afirmar que estas ó las otras, por ser contrarias á la esencia »del mundo natural (3), son inadmisibles; pero sin que llegue »nunca el poder de la razon á suplir las hipótesis desechadas »con otras más aceptables, teniendo que limitarse á recomen»dar mejor y más exacta observancia de lo empírico, cuyos da»tos, como necesarios para la formacion de nuevas hipótesis, »son insustituibles por la idealidad del espíritu.»

---

(1) En las ciencias, hasta hoy conocidas con el nombre de *morales* y *políticas*, denominacion en parte ya rectificada por el sentido *unitario* en que se inspira en estos últimos tiempos la cultura científica y filosófica.

(2) La posicion crítica que hemos venido tomando en todo este trabajo por no poderse hacer afirmaciones categóricas desde lo racional puro y por no atrevernos á formularlas desde el terreno experimental, ya que nuestro saber en él es algo más que fragmentario é imperfecto.

(3) Tenemos en el espíritu, ha dicho un gran pensador y confirmado después un naturalista, el sentimiento ó vaga intuicion de las leyes, que rigen los fenómenos naturales; pero nos falta el conocimiento de la conformidad de estas ideas con las leyes reales de lo natural, y sobre todo, carecemos de la percepcion de las formas múltiples de la fenomenología, para lo cual es insustituible la experiencia, cuyo contenido no puede ser suplido por procedimientos *a priori*, baluarte inexpugnable desde el cual se defiende el Postiivismo contra las aspiraciones invasoras del Idealismo.

¿EXISTE FILOSOFÍA POPULAR? (1)

Sabeis, señores, que no basta para la complejidad de la vida la educacion específica, la del oficio ó profesion que cada cual ejerce; sabeis que es insuficiente la educacion teórica ó general por sí sola, y podeis notar que si la primera degenera en pobre rutina decae la segunda en abstracciones impracticables: la primera llega al extremo de que habla Adam Smith, haciendo posible que un hombre víctima de la escesiva division del trabajo, consagrado sólo á fabricar cabezas de alfiler venga á ver su cerebro convertido en cabeza de alfiler; la segunda declina en especulaciones teóricas que no fructifican en la práctica. Notad, pues, cuán justificadamente afirma la Pedagogía que la educacion debe ser *integral* ó completa, es decir, á la vez y juntamente *teórica* ó *general* y *técnica* ó *específica*, y observad, por último, qué motivos me han guiado para discurrir delante de vosotros sobre un asunto que concierne á esta conexion y enlace de la teoría con la práctica.

Así me atrevo á solicitar vuestra atencion sobre el siguiente tema: *¿Existe Filosofía popular?*

A vosotros, consagrados al trabajo diario y á la faena del momento, os importa saber si lo que generalmente se llama *Filosofía*, es decir, lo general, lo abstracto, lo teórico, vale algo y vale sobre todo para la práctica y para el buen vivir;

---

(1) Notas taquigráficas del discurso pronunciado sobre dicho tema por el autor de este libro en el *Círculo de la Union Mercantil* el 10 de Diciembre de 1880.

que en este último caso habreis de concederme que no perdemos el tiempo si examinamos tal cuestion.

Todos sabeis el sentido y valor que usualmente se dá á lo teórico para la vida; ninguno de vosotros dejará de recordar aquella gráfica anécdota del *rudo castellano*, que invitado á presenciar disquisiciones agudísimas de los doctores de la Universidad de Salamanca, oyó con paciencia evangélica á aquellas sublimes lumbreras del saber, verdaderos almacenes de citas, textos y autoridades, y salió cual si le hubieran hablado de la luna, diciendo: me maravilla, sobre todo, cuánta agudeza revelan los hombres para inventar cosas en que entretenerse sin trabajar. Que este sentido es general, no tengo yo que probároslo, cada cual está tocado de este razonar de bajo vuelo, y accede gustoso al dicho del *rudo*. ¿Cómo y por qué ha venido á este descrédito y escepticismo la influencia de la teoría en la práctica? ¿Se puede, ante este sentido general, afirmar que existe ó debe existir Filosofía popular; es decir, sedimento ó desprendimiento de la teoría que venga á fecundar la práctica, sirviendo á ésta de norma y pauta?

Desde luégo tened en cuenta que la historia no confirma este juicio escéptico; reparad en que la antigua Grecia, símbolo de la juventud y cual ella imbuida de una *esperanza misteriosa*, jamás dudó de la union de la teoría con la práctica, en lo que llamaba *sabiduría*. En la época de mayor escepticismo, en la de los sofistas, Sócrates, *uno de los santos de la humanidad*, hacía gala de profesar lo que él llamaba la *mayéutica*, arte de partear la inteligencia, enseñando en plazas y calles el ingénuo y profundo sentido moral de la verdad. Posteriormente, en Grecia, se reconoció siempre como ley fundamental de la educacion la *mousique*, armonía ó gimnasia, principio virtual á que referian los griegos la union de la teoría con la práctica.

¿Qué fundamento tiene este supuesto? ¿Existe en el ejercicio nativo de todas nuestras potencias algo implícito, que no explícito, que supone la luz que la teoría debe prestar á la

práctica? ¿No hay una manera de razonar, discurrir y meditar, que es nativa en nosotros, que se ejercita espontáneamente y que con el ejercicio se enriquece y que debe con la teoría perfeccionarse, ya se llame sentido comun, razon práctica, filosofía popular ó sabiduría vulgar?

La observacion de lo que acontece al niño, que es el hombre en pequeño, en los esbozos de las primeras manifestaciones de su vida; las generalizaciones y raciocinios que emplea con una exactitud matemática y la ingenuidad con que ejercita todas sus potencias, son pruebas fehacientes de ésta que pudiéramos llamar *materia prima* de la sabiduría vulgar, y merced á ella, jamás falta en los labios del niño la verdad tal cual la comprende, y de otro lado, nunca carecen sus actos de un sentido moral, en ellos iniciado por aquella virtualidad; que por esto se dice que en la boca del niño está la verdad y por esto afirmaba tambien Cristo en el Evangelio que le agradaba más que nada la reunion con los niños y los pobres.

Los raciocinios y generalizaciones del niño se producen en *línea recta*, si vale la frase, con desconocimiento completo de la complejidad de las cosas, y, por consiguiente, sin tener en cuenta excepciones y detalles que su cándida ingenuidad no percibe; así es que el niño dice siempre: *yo cabo*, *yo sabo*, y no quepo y sé. El niño generaliza *grosso modo* como generalizaba aquél (observado por Taine) que, oyendo llamar el buen Dios á una imágen que llevaba su madre al cuello, decia después, viendo un tio suyo, muy amigo de condecoraciones, con su pecho convertido en tienda de baratijas y oropel, decia: «Ese, ese es el buen Dios del tio.»

Estos hechos, otros que pudiera con éstos citaros tomados de valiosas observaciones sobre Psicología infantil, os prueban que falta al niño la percepcion de las complejas sinuosidades de lo real (que por esto se habla de la inocencia del niño y de que en él no cabe engaño), pero que no carece de una anticipacion ó prevision rudimentaria de los principios que deben ser reguladores del ejercicio de nuestras potencias.

¿Qué hemos de añadir á este ejercicio nativo para no seguir siendo niños y poder producir reflexivamente toda nuestra vida?

Debemos añadir el estudio teórico, á la vez que experimental de esta misma espontaneidad, á fin de convertirla en ejercicio reflexivo de todas nuestras potencias, pues sólo á esta condicion lograremos emanciparnos de la candidez infantil y unir, segun se exigia en Grecia, la teoría con la práctica, sin que ésta degenere en híbrida rutina.

Y á esta exigencia, implícita en las manifestaciones más rudimentarias de la vida del niño, y á esta necesidad de la teoría, que se acentúa y adquiere relieve en el decurso de nuestra existencia y que de latente se convierte en expresa, es á la que yo refiero la innegable existencia de la *filosofía popular*, de una ciencia ó teoría que pudiéramos llamar del espíritu colectivo.

¿Qué es esta filosofía popular ó sabiduría vulgar? El sedimento que vá dejando la ciencia teórica en el espíritu colectivo, infiltrando en él, mediante el *sentido comun* ó razon práctica, sus fecundas enseñanzas. Que estos sedimentos se desprenden de un modo incesante, que esta influencia bienhechora jamás se interrumpe, os lo demuestran, más que nada, las trasformaciones progresivas que vá sufriendo la razon práctica, las miras cada vez más elevadas que vá adquiriendo el sentido comun y las penumbras que vá disipando en este mismo sentido comun la luz refulgente de la verdad.

¿Creeis que no es dinámico ni progresivo el sentido comun? ¿Suponeis que la razon práctica, encadenada á la rutina, es estadiza, inmóvil, y la misma en todos los tiempos?

¡Ah! no es el mismo, nó, el sentido comun en todos tiempos; no es ni permanece siempre estática la razon práctica; que por esto, señores, no sois capaces de llamar *negros* y réprobos, como á principios del siglo, á aquellos nuestros ilustres antecesores, que iniciaron la obra gloriosa de nuestra regeneracion política y social; que por igual motivo no acusái

de judíos ó apestados á los que no cumplen ciertas prácticas religiosas; ni teneis, por último, más que un espíritu de ámplia tolerancia, que se respira en la atmósfera social y que le impone el espíritu colectivo contra la miopía de todos los fanáticos.

¿Quién hâ traido á la vida este nuevo sentido y este espíritu de ámplia tolerancia? La accion perdurable, continúa, incesante de estas silenciosas obreras de la civilizacion las *ideas*; de las cuales, decia Gœthe, que son las verdaderas madres de la vida, pues en ellas brotan los gérmenes de toda perfeccion y progreso.

Y como las ideas no son estáticas, sinó dinámicas; como son piedras miliarias, luminares, que halla el hombre como guías para proseguir el camino de su existencia; las ideas nacen, progresan, viven, en una palabra; y esta vida es la que fecunda, cual lluvia bienhechora, el sentido comun y la razon práctica.

Que viven las ideas, lo comprendereis con seguir el decurso de cualquiera de ellas á través de la Historia. La idea, por ejemplo, de la *fraternidad humana*, es concebida en aquellas sombrías y á la vez esplendentes regiones de la India, circunscrita en sus aplicaciones á los individuos de una misma casta; que sólo ellos son los hermanos, y los restantes hombres, más que prójimos, enemigos. Mayor extension adquiere en la antigüedad clásica la idea de la fraternidad, libre ya del exclusivismo de las castas; pero aún se cercena y mengua su aplicacion, restringiéndola al derecho de ciudadanía, pues lo mismo en Grecia que en Roma sólo son hermanos los hombres de una misma ciudad y de un mismo derecho, que frente á los demás sigue siendo tema y base de toda solidaridad humana la impía sentencia del poeta: *adversus hostem œternam auctoritas esto*. Contra el extranjero, considerado como bárbaro y enemigo, no hay más ley que la de la fuerza. Y si se adquiere espíritu más expansivo, por la mayor dilatacion de los moldes de la organizacion social en el sincretismo del imperio romano

con la Constitucion de Caracalla, aún persiste á través del tiempo exclusivismo inexplicable, ya que la unidad humana se circunscribe á la unidad de derecho. A la unidad de creencia y comunidad de fé extiende el Cristianismo con su influencia moral la fraternidad humana, y todavía (que tan lenta y laboriosa es la gestacion del progreso humano) se ópone como valladar insuperable la diversidad de la creencia, lo réprobo del infiel. Cede este particularismo ante la fermentacion de nuevas ideas de tolerancia, y se llega á proclamar el principio de la fraternidad universal. Igual proceso y desarrollo siguen todas las ideas en su aplicacion á la vida, y de semejante manera se infiltran en la razon práctica, luchando y luchando siempre con éxito contra todo particularismo exclusivista y rutinario.

Pero si no hemos de hacernos ilusiones y declarar la verdad, por amarga que sea, conviene, señores, que declaremos que, á pesar de estos progresos cumplidos y áun de los que á nuestra vista se llevan á cabo, subsiste el divorcio entre la teoría y la práctica, y la sabiduría vulgar sigue llamando *utópica* y rayano con la locura, cuanto nuevo vé aparecer en la teoría.

Causas, si complejas en su accion, simples para poder ser señaladas contribuyen á ahondar distancias y separaciones lamentables entre la teoría y la práctica. Es la primera de ellas el influjo pernicioso del afan inmoderado de dogmatizar, alentado por nuestra *ignava ratio*, haciendo afirmaciones gratuitas y constituyendo especie de metafísicas incuestionables, que son comodines para no pensar, recursos momentáneos para salir del paso, y medios para cortar el nudo gordiano, que no para resolver las dificultades que ofrezca la complejidad de la vida. A esta pereza intelectual se añade la preocupacion rea en la Edad Media, hoy reinante aún en ciertos espíritus, d constituir toda teoría y ciencia como *ancillæ theologiæ*, qu busca é inquiere cuidadosamente, más que el fondo y la en traña de la realidad, obtener soluciones préviamente determi nadas. Las consecuencias de dicho divorcio se han acentuad

sobremanera con la Escolástica, que tiende á revestir de formas lógicas la realidad creida.

Entónces, señores, acontece lo que no puede ménos de acontecer, que la ciencia y la teoría, no sólo divorciadas, sinó constituidas como antípodas respecto á la práctica, se han elevado á los quintos cielos de Platon, á las especulaciones abstractas de Plotino, cuando nó á los discreteos ingeniosos de una argucia infructífera. En tanto, lo que dice relacion á la vida se ha menospreciado, y nuestra conducta se ha moldeado sólo por la rutina. Y como ésta lleva dentro de sí cierta lógica inflexible, ha podido la práctica corregir los escesos de abstraccion especulativa, segun lo muestra la conocida anécdota contra el abuso del silogismo.

Preguntaba un hombre inculto á su hijo, al cual costeaba con gran trabajo su carrera, sobre las materias que estudiaba y los adelantos que obtenia, y le contestaba el hijo que estudiaba el silogismo, arte tan peregrino, que con él se demostraba la realidad de lo que no la tiene. Debió causar al buen padre no pequeña curiosidad lo dicho por su hijo, y queriendo poner á prueba tal maravilla, excitaba al hijo, en ocasion que almorzaban, á que demostrase que en el plato que tenian delante, donde habia dos huevos, no habia dos, sinó tres. Fácil empresa me encomendais, hubo de argüir con gran serenidad el estudiante, pues me habrás de conceder que si hay dos huevos, tambien hay uno, y como dos y uno son tres, entiendo que he demostrado que existen tres. Hubo de convencerse el padre de semejante argumentacion, aunque su maravilla no llegó al extremo de no poder replicar al estudiante, que estando conforme en todo, sólo deseaba que uno de los huevos del plato se le comiera la madre del estudiante, pues el otro se le reservaba para sí, y á dicho estudiante le donaba el del silogismo.

Con estas correcciones impuestas por la práctica á la teoría, hubo de degenerar la sabiduría vulgar y, aleccionada sólo por la experiencia, llegó á ser necesariamente *escéptica* y *contra-*

dictoria; y por esto se oye afirmar á cada paso y en momentos casi coetáneos, que no hay bien mayor que la salud y la vida, y que no hay carga más pesada que la existencia. Y como el criterio es parcial, ha de ser escéptico y contradictorio, y se ha de proclamar como principio que cada cual habla de la feria segun le vá en ella, y áun se ha de afirmar como verdad de hecho con nuestro poeta, que en este mundo traidor la verdad ó la mentira están en el color del cristal á través del cual se contemplan las cosas. No dudareis ahora de que este escepticismo subjetivo y esta contradiccion perenne se deben á que la práctica, huérfana de la luz fecundante de la teoría, se ha adherido á la enseñanza parcial y engañosa de la experiencia individual, y con ella ha llegado á prestar culto á la divinidad tornadiza y caprichosa de la fortuna y del éxito.

¡Cuán graves y tristes son las consecuencias de dicho divorcio! ¡Cómo queda entónces atrofiado el espíritu colectivo, la opinion pública, y cuán fácil es que Gobiernos autoritarios vicien la atmósfera social y enerven con sus arbitrariedades el rítmico y ordenado movimiento de la vida! Entónces aparecen y reinan los sofistas; la inconsecuencia es deificada, los *cuasi* y las distinciones pululan por todos lados; las dobles y triples naturalezas salvan ó saltan todos los escollos, y los tenidos por hábiles presentan ante la opinion como cándidos, cuando nó como locos, á los que siguen creyendo que la vida debe regirse y producirse segun principios.

¿Dareis por buena y definitiva esta excision entre la teoría y la práctica? ¿Creereis que la ciencia y la teoría son inventos para no trabajar, como decia el rudo de Salamanca, ó silogismos como los del cuento?

Nó, no lo podeis creer, sin que repareis en las maravillas que la ciencia consigue en el progreso material; tendreis que tener en cuenta que sois hijos de vuestro tiempo, hijos de la época de las revoluciones, y no podeis ignorar que la pólvora del revolucionario se inflama con las especulaciones del pensador, y que la utopia de hoy es la realidad de mañana.

Que dude el escéptico, que dude el esprit fort de la virtualidad de la teoría; pero no dudeis vosotros al ver que las especulaciones idealistas de Platon y las profundas disquisiciones de Aristóteles, condensadas en el gran hecho del cristianismo, dan sentido moral á toda una edad de la Historia; no dudeis de la eficacia de la teoría, reparando en que abstracciones tan ineficaces en apariencia como las que dieron márgen al descontento de un fraile ambicioso producen el hecho grandioso de la Reforma, cuyas consecuencias principales son la consagracion de la libertad interior, de la libertad más preciada del hombre, de la libertad de conciencia. Ni cómo habeis de dudar de la influencia de lo teórico, cuando habeis visto la teoría hecha carne *(et verbum caro factum est)* en el suceso más grande de los tiempos presentes, en la Revolucion francesa, nuestra augusta madre, segun la llama Víctor Hugo, y traer á la vida la libertad política. Si observais que en la Historia la teoría se ha infiltrado en la práctica, no desconfieis de lo teórico en los tiempos presentes y fiad en que la poderosa fermentacion de todas las energías sociales, que hoy presenciamos, ha de darnos con tiempo y sazon oportuna más justa y estable organizacion social.

¿Qué se necesita para restablecer cada vez más la concordia por tiempo rota entre la teoría y la práctica? Pudiera contestaros con el aforismo orgulloso de los yankees: *querer*. Pero esto no basta para nuestra idiosincrasia; despiertan entre nosotros las energías sociales tarde y mal; vienen siempre á la vida con vientos de tempestad; tienen por consejeros casi exclusivos el entusiasmo de momento y la pasion exagerada, y desaparecen estas energías con el desencanto y la desilusion, frustradas las esperanzas y desengañado el ánimo y poco ménos que enervada la accion.

A ello contribuye en alto grado el medio social, y sobre todo el ostracismo que padece la opinion pública. Al ver, como todos hemos visto, en corto trascurso de tiempo nacer y morir monarquías y repúblicas, durar las instituciones lo que dura

nube de verano, cambiar y mudar hombres, ideas y caractéres; la accion social decae, la iniciativa del individuo es gota de agua en la inmensidad del Océano, el escepticismo apunta, la desesperacion en los más puros aparece, el pesimismo invade el hálito social y el vírus del egoismo es nube de plomo que agobia toda virilidad.

Para salir de este marasmo, para obtener necesaria y robusta restauracion de fuerzas, lo mismo en el espíritu individual que en el colectivo, se necesita más que una calma aparente ó un órden semejante al de Varsovia, se necesita tener en cuenta que al fin y al cabo la teoría es ó debe ser un comercio de ideas. Cuantas condiciones se exigen para el comercio, debeis pedir para el comercio de las ideas, para el obrero de la inteligencia; que ambos se completan entre sí, pues ya ha dicho el Evangelio que no vive el hombre sólo de pan.

Cuando dais ó dá la opinion pública muestras de una indiferencia punible ante hechos, que aparentemente no os afectan, desconoceis vuestros propios intereses y la solidaridad necesaria entre los morales y materiales. Así, por ejemplo, cuando se han volcado á vuestra presencia y paciencia cátedras de ilustres maestros, cuando el sacerdocio del Magisterio cae bajo la férula de ministros arbitrarios, y vosotros los que vivís de la sávia social habeis permanecido espectadores indiferentes, habeis perdido más de lo que á primera vista parece, y habeis dejado huérfano de amparo y proteccion un derecho sacratísimo y un interés de capital importancia. Dais á entender que á la opinion pública con su indiferencia punible no le cuesta gran trabajo cohonestarse con la idea de que se entronice la ignorancia oficial. Merced á ella adquirís todos la triste enseñanza de que el título oficial es aquí un papel mojado, y que, cuando se le dais á vuestros hijos, á costa de grandes sacrificios y gastos, teneis que acompañarle con una recomendacion eficacísima para un padrino influyente.

Como no ha de ser estable y permanente situacion que no tiene nada de halagüeña, y tenemos ó debemos tener vivísimo

interés en salir de ella, pedid y pidamos todos para la teoría y para la ciencia, lo mismo que exigís para el comercio: *vida y libertad*. Dadla vida y libertad y vereis cómo la ciencia deja de ser abstracta y envuelta en nebulosidades, vereis cómo toma el pulso á la opinion y despierta á ésta de su marasmo, y vereis cómo se convierte en su acicate y aguijon para hacerla salir de la rutina. Y entónces el sedimento que deje la teoría en el espíritu colectivo, infiltrando por todos los intersticios de su complejidad la luz directora de la inteligencia especulativa; la influencia que ejerza como pauta y norma de vida en la sabiduría vulgar, será más fecunda que la inundacion del Nilo, dará el pan espiritual y ayudará á la constitucion de la filosofía popular, purgando á la razon práctica de su escepticismo indefinido é inconsistente, verdadero castillo de naipes ante la elocuencia avasalladora de resultados prácticos y tangibles, iguales, si no superiores, en consecuencias provechosas á los ejemplos citados y á otros muchos que nos ofrece la experiencia de las edades en el libro de la Historia; que por algo, señores, afirmamos que vive el espíritu colectivo con la enseñanza condensada que le ofrecen los siglos que fueron y con la prevision posible de los tiempos que vendrán. De no ser así, habriamos de negar la racionalidad perfectible y progresiva del individuo y de la especie y declarar á aquél y á ésta condenados á horrible é impío suplicio, el de llenar eternamente el tonel de las danaides, que se vacía siempre, por los siglos de los siglos, esto es, el castigo inconcebible de moverse hombres y sociedades en el vacío.

Ahora bien; ¿qué condiciones deberá tener esta reconstitucion gradual y sucesiva de la Filosofía popular? ¿Qué requisitos se necesitan para que la razon práctica vaya constantemente acentuando su proximidad á la teórica, siendo por ésta fecundada con nuevos y más complejos gérmenes, al modo que la lluvia fecunda la tierra y la libra de su aparente esterilidad?

A fin de que la ciencia no degenere de nuevo en el sentido estrecho que le imprimieran las castas ó en el aspecto esoté-

rico de su enseñanza, ó por último, en las apariencias misteriosas de lo supersticioso, epidermis de oropel con que se reviste, ya la ignorancia, ya la pereza intelectual, habremos de evitar cuidadosamente señalar órdenes con valor jerárquico de superior á inferior en el reino divino de la verdad, que es la region de la completa igualdad y de lo diáfano de la luz del pensamiento. No admite, pues, excepciones la verdad, llamada ya por el cristianismo la *buena nueva* para todas las gentes, ni tolera el pensamiento, que debe ser luz y discrecion en sí mismo y en sus aplicaciones á la vida, nebulosidades ó envolturas que disimulen ú oculten su prixtina virtualidad.

Pero todo esto no impide que la filosofía popular, sin penetrar en lo técnico y en lo específico, que tambien existe dentro del organismo de la ciencia, sin hacerse cargo de lo que pudiéramos llamar los *tiquis-miquis* de los sabios, en los cuales juega á veces papel muy principal el discreteo del ingenio, cuando nó el amor propio mal disimulado; esto no impide, repito, que la ciencia pueda gradualmente ir depositando en el espíritu colectivo gérmenes progresivos, es decir, haciendo que lleguen á la sabiduría vulgar las verdades ya comprobadas y depuradas ante el crisol de la crítica cual frutos por el tiempo sazonados y que sólo necesitan incrustarse en la complejidad de la vida y en la multiplicidad de aspectos de la práctica para prestar á ambas ritmo, regularidad y concierto.

Y á este fin, entiendo que la filosofía popular, si se ha de librar de la contradiccion y escepticismo que la envuelven y que ahogan sus manifestaciones y graduales adelantamientos, debe sin duda servirse de la experiencia, pero no como criterio único, en cuyo caso degenera en parcial y exclusiva, sinó que necesita atender á la complejidad de todo el saber y de todo el vivir, y en tal sentido ha de aspirar la filosofía popular, lo mismo en su exposicion que en sus aplicaciones, á ser más que *sintética*, *sinóptica*, es decir, expuesta por cuadros y aplicada, comprendiendo sus verdades, etapas ó períodos completos de la vida. Que sólo de esta suerte la experiencia es com

pleta y sólo de este modo el *desengaño* y el *desencanto* pueden ser vencidos y no estimados como fria losa, que mata toda energía. ¿Por qué creeis que los consejos de la experiencia, que las máximas de la sabiduría vulgar se olvidan y no se toman por norma de la vida, de tal suerte que se dice que nadie escarmienta en cabeza agena? No es ciertamente porque no tengan dichas máximas virtualidad y eficacia para servir de norma á nuestra conducta; es porque las damos y recibimos extemporáneamente; es porque no atendemos para formularlas á su aplicacion taxativa dentro de la complejidad del tiempo; es finalmente porque llegan á nosotros fuera de tiempo y sazon, segun lo expresa gráficamente nuestro poeta Campoamor, cuando dice en su Dolora, *Cosas de la edad*:

—No entiendo tu amor, Lucía.
—Ni yo vuestros desengaños.
—Y es porque la suerte impía
Puso entre tu alma y la mia
El yerto mar de los años.

A evitar que el yerto mar de los años agoste los frutos de la enseñanza debemos encaminar, pues, la sabiduría vulgar, que no puede nunca encerrarse en los límites estrechos de la experiencia propia, sinó que debe elevar su punto de mira y llegar á constituir sus enseñanzas en la forma sinóptica.

Además, necesita ser la filosofía popular, la cultura del espíritu colectivo, más que instructiva, rayana en erudiciones híbridas, *educadora*, si se ha de emancipar del escepticismo práctico, que se traduce en la rutina de la vida y en la muerte temporal de la inteligencia. Supone esta exigencia que las verdades de la sabiduría vulgar hablen á la luz de la inteligencia é impriman entusiasmo al corazon en el mismo grado por lo ménos que han de mover la energía de la voluntad. Que todas estas complejísimas circunstancias se requieren para que la luz divina de la verdad venga á fecundar la práctica de la vida, haciendo cesar el divorcio funestísimo entre la teoría y la práctica; divorcio que si roba á la primera virtud y poder

convirtiéndola en estéril especulacion, hace degenerar la práctica en rutina mecánica, semejante á la fuerza inconsciente de la animalidad.

A este fin, notadlo bien, señores, importa é interesa, pero con interés capitalísimo, tan grande como el que puedan tener los intereses materiales; á este fin importa que la influencia poderosa y constante que se ejerce entre la teoría y la práctica, no tenga punto de reposo. Y como esta relacion toca á los más profundos senos del espíritu colectivo, á los limbos más misteriosos del espíritu humano, ya que éste es comparado al fondo del mar, lo que necesita es el oleaje de la vida y de la libertad, que por eso el agua estancada trae miasmas de corrupcion y de muerte, y el agua en oleaje tiene en su seno gérmenes perdurables de vida y progreso, á cuya ulterior y siempre más perfecta manifestacion debemos referir las más nobles aspiraciones del espíritu social é individual, en su sed insaciable de lo bueno y lo perfecto, gritando con el héroe de la leyenda: *más*, *más*, *Excelsior*, *Excelsior*.

II

SAYOS DE CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

ENSAYOS

SOBRE EL MOVIMIENTO INTELECTUAL EN ALEMANIA

POR DON JOSÉ DEL PEROJO

Primera série: Kant, Heine, Schopenhauer.—El naturalismo: Gerland, Fechner, Darwin y Haeckel.—La Filosofía en nuestro tiempo: Wundt.—Historiadores, teoría política: Blunstchli, Stalht y Romer.—Madrid: Imprenta de M. y Navarro, 1875. Un vol. en 8.° de XVI-334 pág.

Con este modesto título y una introduccion *(al Lector)* aún más modesta, ha publicado el Sr. Perojo un libro, cuyas condiciones no son fáciles de apreciar en una primera lectura. Aparte cierta incoherencia de estilo, disculpable en quien, como el Sr. Perojo, ha dedicado larguísimas veladas al estudio de las lenguas extranjeras, y pasando por alto un tanto de inexperiencia que se descubre en el modo de tratar ciertos asuntos, no puede encontrarse, es más, creemos que no encontrará el crítico mas descontentadizo otra cosa que motivos de elogio en el libro de que tratamos. Exponer en lineamientos generales y con toda la complejidad que el caso requiere, los más vitales problemas, que se agitan en la cultura, siempre fecunda de la moderna Alemania: he aquí el objeto que se ha propuesto el autor de los *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania.*

Como libro de exposicion más que de pensamiento propio, satisface necesidades urgentemente sentidas en la vida agitada de nuestros tiempos, falta de tranquilidad y sosiego para conocer fundamentalmente todos los múltiples matices del fecundo pensamiento moderno. Y sube de punto la importancia del libro cuando se considera que no es un trabajo limitado y sí una série fructuosa de ellos que se inspira en el noble deseo de procurar infundir en el ánimo de los lectores cierta cultura general respecto á los problemas más interesantes de la ciencia y de la vida, y que viene á ser una exposicion clara del estado que alcanza hoy la complejidad del pensamiento humano en el pueblo más culto de Europa.

Obra bien difícil es pretender caracterizar la cultura moderna, cuya fecundidad es inagotable; pero raya en los límites de lo imposible tal empresa, cuando se aspira á cumplirla respecto á un pueblo tan culto como el aleman, donde aparecen pensadores, científicos y poetas con una facilidad tan asombrosa que hace creer que Alemania ha empuñado de una vez para siempre el cetro intelectual entre todos los pueblos. Para vencer tales dificultades y condensar en lo posible el maravilloso espectáculo que ofrece el pueblo aleman, ha reunido el Sr. Perojo en siete capítulos distintos otros tantos estudios á cual más interesantes sobre la Filosofía, la Poesía, la Ciencia, la Historia y la Política, y en todos ellos, aprovechando la oportuna ocasion de exponer algun libro aleman, revela aquella circunspeccion y aquella concisa y reflexiva madurez en el trabajo que caracteriza á los pueblos germanos y que constituye siempre la tortura de nuestra movilidad y viveza meridional. Inútil es decir que el Sr. Perojo ha cursado en las universidades alemanas; de ello es claro testimonio el libro que acaba de publicar, y que manifiesta el fruto alcanzado en cambio de tanto obstáculo como habrá tenido que vencer para dominar las dificultades de la lengua.

I.

Kant y los filósofos contemporáneos es el título del primero de los capítulos del libro que examinamos. El objeto de este capítulo es dar á conocer las direcciones principales del pensamiento novísimo, desentrañar en ellas sus caractéres individuales, nacidos á veces de accidentes que no afectan á la esencia del problema filosófico, y describir por cima de todas estas apariencias contradictorias un cierto tono general, dominante en todos los pensadores. Merced á esta noble empresa se observan y estudian los sistemas filosóficos y se halla en todos ellos una virtualidad interna que les hace converger á un punto central, del cual sólo se separan para volver á él con más fuerza y con mayor lógica. Ya que otra cosa no, la intencion abona por completo al autor, que sólo estudiando de esta suerte el pensamiento filosófico se adquiere conciencia clara de la ley que le rige y del principio á que obedece. En el caso contrario, cuando se pretende estimar cada sistema filosófico aislada y separadamente, es inútil querer justificar su aparicion, es vano todo esfuerzo para mostrar su valor y trascendencia en la vida del pensamiento. Se apodera entónces del ánimo el escepticismo y se incapacita el espíritu para descubrir en las ideas, que encuentra expuestas, aquel órden y sistema que requiere todo trabajo racional. Aparecen por tanto los sistemas filosóficos como rasgos geniales, meros productos del entendimiento subjetivo, que carecen de eficacia para educar el pensamiento y dirigir la vida. Y es consecuencia obligada de todo esto caer en el *exclusivismo* dogmático, que tan elocuentemente refuta el autor de los *Ensayos* sobre el movimiento intelectual de Alemania.

El resultado más frecuente y funesto del exclusivismo científico consiste en desconocer la naturaleza de la verdad, en violentar los medios y condiciones que tiene el espíritu humano para reconocerla, y en aportar á la obra de la Ciencia elemen-

tos tan extraños á su propia índole como perturbadores de la inviolable libertad que requiere, y de la santa paz que necesita, si su cultivo ha de ser llevado á feliz término. Imbuido de esta idea salvadora y convencido de la fecundidad inagotable del pensamiento humano, dice acertadamente el Sr. Perojo que, cuando cae la libertad y sólo la autoridad rige tiránicamente el movimiento filosófico, deja éste de ser tal. Segun este nuevo sentido y este superior concepto, la mision principal de la historia de la filosofía está en conciliar las ideas en sí mismas, en buscar el principio de la variedad de sus manifestaciones, uniendo, al modo que la naturaleza en el proceso de sus fuerzas, la mayor multiplicidad á la mayor unidad. Si no se considera en cada sistema filosófico uno de tantos esfuerzos llevados á cabo por el espíritu humano para adquirir conciencia reflexiva de sí mismo y de toda la realidad, llega el criterio del pensador á errores de consecuencias funestas, eligiendo arbitrariamente uno entre vários de los hechos individuales del pensamiento para estimarle como el definitivo y absoluto y concluir desde él por negar lo mismo los precedentes que los que sucesivamente puedan aparecer.

Prueba el Sr. Perojo, con una erudicion digna de todo encomio, que todos los pensadores modernos, los últimos que han aparecido, los que aparecen y áun los que se están educando, parten en todas sus indagaciones de aquella crítica tan profunda como severa que Kant hizo de la ciencia y de la vida en el exámen de la Razon pura y de la práctica. Pero cuantas pruebas aduce para demostrar la tésis de que existe unidad en medio de esta multiplicidad indefinida de direcciones en el pensamiento moderno, son pruebas que se circunscriben á ser meramente genealógicas. Génesis kantiano existe en Schopenhauer, y todo el pesimismo en Herbart y en todos los partidarios de la fenomenología del conocimiento, en los científicos, tomada la palabra en el sentido francés, y por último en todos y cada uno de los matices del positivismo. Y ante la enumeracion de tantas y tantas escuelas, queda el lector sin hallar en

el artículo que examinamos más que vagas indicaciones, limitadas á veces á asertos de los mismos pensadores, que bien merecieran, segun nuestro humilde juicio, alguna mayor comprobacion, sacada del fondo mismo de sus doctrinas. ¿No le parece digno al Sr. Perojo de llamar la atencion del lector, más aún, no le ha llamado la atencion la singularidad del hecho que cita? ¿No halla que es acreedor á alguna detenida consideracion el fenómeno que tanto se esfuerza en poner de relieve, de que todo el pensamiento novísimo esté inficionado de la doctrina kantiana? Al llegar á tal extremo no comprendemos que no haya solicitado la atencion del expositor este ó parecido órden de cuestiones. A algo más que á una exposicion escueta obliga el haber comenzado, como lo ha hecho el Sr. Perojo en su libro, estimando la obra del pensamiento como una obra racional. ¿Acaso es arbitrario ó debido á caprichos de la moda el hecho de que todo el pensamiento novísimo sea como la quinta esencia del kantismo? Creemos que debe haber alguna razon que justifique este hecho, y ni podemos ni queremos dudar que la ignore el autor. Esperamos que en la segunda série de sus Ensayos medite algo sobre este tema.

¿Impera el kantismo con absoluto imperio; por qué los términos en que ha colocado el análisis del conocimiento y el exámen de todos sus complejos factores deja puesta una cuestion que aún no ha sido satisfactoriamente resuelta por el pensamiento contemporáneo? ¿Es quizá el kantismo un problema, más bien puesto que resuelto, desde el cual puede llegarse en la esfera especulativa á los extremos más contradictorios en apariencia, y del cual puede tomarse en la esfera de la práctica el conocimiento como un mero instrumento para reunir los innumerables datos que atesora la experiencia, señaladamente en las ciencias naturales?

II

El segundo artículo del libro del Sr. Perojo lleva por título *Cartas inéditas de Enrique Heine;* se compone de siete cartas del ingenioso poeta, publicadas últimamente por el profesor Hüffer y de un Comentario, añadido por el autor de estos Ensayos á dichas cartas; comentario que constituye un precioso estudio psicológico del carácter indefinido y de la índole algo nebulosa del alma de Heine. Respecto á las cartas, repetimos con el Sr. Perojo que es todo comentario incoloro ante la viveza genial que revela el autor. Cuantos las lean, encontrarán en ellas, por opuestas que sean sus inclinaciones y educacion, rasgos admirables de ingenio unidos á cierta belleza plástica, que encanta más á medida que se la vé resaltar en los detalles mínimos á que aplica Heine su talento. En cuanto al estudio psicológico que acompaña á dichas cartas, algo habremos de decir, aunque no sea más que para hacer algunas indicaciones al lector, ofreciendo á la vez al Sr. Perojo una nueva prueba del vivo interés con que hemos leido su libro, que esto y no mas es lo que nos proponemos.

No se nos oculta el obstáculo gravísimo que habrá encontrado el Sr. Perojo para encerrar en un estudio tan conciso lo complejo del carácter de Heine; quizás semejante obra requeria nada ménos que la prodigiosa erudicion del Sr. Perojo junta con el poder analizador y discreto que se descubre en todo su libro. Aun así habrá tenido que trabajar y meditar el ilustre comentador de Heine, reparando que los factores que el Sr. Perojo desentraña del fondo caótico en apariencia del carácter del poeta aleman, están esparcidos en la multitud de sus obras, de género distinto entre sí, en las indecisiones y contrariedades de su vida y más especialmente en el fondo de su alma, gráficamente comparada por el mismo Heine á la inmensidad del Océano, donde arrecifes y tempestades ocultan las perlas del fondo. Y por si aún parecen pequeñas las dificultades,

unamos á las indicadas las que provienen de las distintas influencias, que han venido á reunirse para producir como efecto de tal consorcio la índole genial del alma de Heine y con él sus obras, que son pedazos de su misma alma.—Es Heine judío por su orígen, nace aleman, recibe educacion francesa, muestra á veces ímpetus religiosos, derivados de su orígen judío tanto como de la vaguedad de su sentimentalismo germano, contradice y niega en algunas ocasiones estas aspiraciones del alma, y dá á entender que no desconoce por completo ni el descoco y desenvoltura de la Enciclopedia ni los recursos ingeniosos del volterianismo; y por último, muestra siempre, lo mismo cuando rie que cuando llora, que es, ántes que nada, un gran poeta lírico, dotado de una superior idealidad, que le hace concebir y producir todas sus obras como otros tantos episodios de su vida accidentada y dramática. Y este tono siempre general en sus obras, tan propio del verdadero lírico, es sin duda alguna en parte favorable para conocer á Heine; pues, segun dice acertadamente el Sr. Perojo, aunque el poeta aleman manifiesta su talento en creaciones y producciones muy distintas por su contenido, atestigua tambien que todas sus obras son aspectos y expresiones de momentos psicológicos que retratan los diferentes estados de negacion y contradiccion que sentia en lo más acerbo de sus dolores.

Hé aquí el resúmen que hace el Sr. Perojo de su análisis psicológico para averiguar la naturaleza y carácter de Heine. «Los factores que debemos considerar para estimar el carácter de Heine son, en resúmen, los siguientes: por una parte el pueblo en que nace, su orígen hebreo, la situacion histórica de su patria y de su raza, sus amores desgraciados, sus ódios políticos, su emigracion, sus enfermedades, etc., etc.; por otro lado una excitabilidad extrema, una vastísima genialidad poética, un eterno anhelo de nuevas circunstancias y la persuasion de que éstas no han de satisfacerse nunca... Piénsese en la influencia y valor que tienen estos factores, y espero que todos me seguirán al decir: *Nó, no es Heine el hombre de las contra-*

dicciones, es el hombre de las contrariedades.» Presumimos que ha de satisfacer este resúmen á cuantos mediten sobre la envoltura misteriosa que rodea á Heine y que ha sido la causa ocasional de tantos y tan contrapuestos juicios como ha merecido á los críticos el poeta aleman. Pero, si volvemos de nuevo al trabajo del Sr. Perojo, si consagramos atencion más delicada al móvil que haya impulsado al autor de los Ensayos para discernir todos estos factores, nos ocurre pensar que este fenómeno (usando la tecnología del agrado del Sr. Perojo) no aparece aislado en la historia contemporánea. Nos acordamos en seguida de Leopardi, traemos á la memoria Biron y nuestros desgraciados Larra y Espronceda, y nos sentimos llevados á descubrir luchas terribles y cruentas tempestades, libradas por la personalidad gigantesca de Gœthe, siquiera este último las haya ocultado algo más al contemplar en vida su endiosamiento y apoteósis bajo una apariencia serena y una indiferencia olímpica. Ya en este camino, entendemos que no es únicamente Heine el hombre de las contrariedades; pensamos, no por vagas idealidades, que tanto disgustan al criticismo del Sr. Perojo, sinó apoyados en hechos *reales*, que existe en la historia contemporánea de la poesía un fenómeno digno de atencion y que parece inconcebible se haya escapado á la perspicuidad del Sr. Perojo, cuando reviste caractéres tan generales. ¿No le parece, en efecto, al Sr. Perojo que todo el genio poético de estos tiempos, si se vé libre de las muertas inspiraciones de ideales ya pasados, ofrece un testimonio elocuente de aquella *contrariedad*, que quiere hacer exclusiva de Heine? En tal caso, echamos de ménos en el libro que examinamos alguna indicacion sobre este fenómeno y las condiciones á que deba su orígen. ¿Será quizá que la poesía, semejante á las pitonisas griegas, ha de mirar de un lado la *impura realidad* del presente (como se dice ahora), y cantar tambien los ideales que se presienten, velados entre las brumas de la vida y las indecisiones de estos tiempos? ¿Habrá tal vez que declarar con Gœthe que es el fin primordial del arte moderno can-

tar *poesía* y *verdad*, ó sea lo impuro del presente y lo ideal del porvenir? Cuestiones son todas estas que nos parecen por extremo interesantes, y como requieren para seguir tratándolas toda aquella erudicion que posee el Sr. Perojo, nos atrevemos á indicárselas por si las estima dignas de ocupar algun espacio en la segunda série de sus Ensayos sobre el movimiento intelectual de Alemania.

III

El capítulo tercero del libro del Sr. Perojo se titula *Arturo Schopenhauer*. Cree el autor de los Ensayos que las doctrinas de Schopenhauer (procedentes sin duda de Kant y prueba evidente de lo que dejamos dicho respecto á la facilidad que existe para llegar en la esfera especulativa á los extremos más contradictorios, si se toma por punto de partida algunos de los principios kantianos) representa entre las direcciones novísimas del neo-kantismo cierta aparente *novedad*. Aunque no disentimos en absoluto de esta opinion, nos permitimos creer que esta novedad no contradice la ley general que preside á la formacion y desarrollo de la obra del pensamiento, ni viene á ser en último término más que la deduccion de una de las consecuencias implícitas en la filosofía del profesor de Kœnisberg. Para probarlo, basta notar el orígen de las dos afirmaciones fundamentales de Schopenhauer: *el mundo como representacion y voluntad*. La primera afirmacion equivale para Schopenhauer á decir que todo el conocimiento humano es *fenomenología*, lo cual es el resultado de la crítica de la *Razon pura;* mientras que el segundo principio significa para Schopenhauer que toda la realidad, velada por las apariencias para el hombre en la esfera de la ciencia, existe y se revela en la voluntad, afirmacion que concuerda con la conclusion de Kant en la *Razon práctica* y en su distincion de la pura. Así es que entendemos que Schopenhauer no es sólo kantiano de la Razon práctica, como afirma el Sr. Perojo, sinó kantiano tam-

bien de la razon pura. Lo que acontece (y esto es precisamente lo que para nosotros constituye la novedad de la doctrina de Schopenhauer) es que mientras el filósofo pesimista se limita á aceptar la conclusion fundamental de la Razon pura, que es para él como un principio dogmático, y que le lleva al extremo de afirmar que si existe metafísica, es experimental (de representaciones), se consagra especialmente á examinar la doctrina kantiana, desenvuelta en la Razon práctica. Y en este aspecto, le asiste cumplido derecho al Sr. Perojo para decir que Schopenhauer es un discípulo lógico y severo de Kant, pero tambien un *discípulo parcial*, puesto que acepta el resultado de la crítica de la Razon pura, olvidando en ella multitud de elementos, y se dedica exclusivamente á dar carácter absoluto y valor metafísico á la Razon práctica. Pero lo dicho no supone de ningun modo que Schopenhauer no sea tambien kantiano de la Razon pura, puesto que si omite los análisis profundos y delicados que en ella se contienen, admite el resultado principal de estos mismos análisis. Lo que no nos explicamos es que el expositor de Schopenhauer ponga por las nubes á este pensador, cuando le compara con lo que llama la escuela idealista (la de Fichte, Schelling, etc.). No nos admira esta predileccion, porque en varios pasajes de su obra se muestra el Sr. Perojo algo más que aficionado al criticismo de los últimos pensadores, especialmente en su tendencia demoledora de todo idealismo; y ya hemos leido alguna vez en el libro que examinamos que los grandes genios filosóficos de Fichte, Hegel, Krause, etc., son *andadores intelectuales*, propios de caractéres infantiles. Falta un poco más que venial y contradiccion bien flagrante nos parece tal afirmacion, comparada con aquellas elucubraciones, en que el Sr. Perojo refuta el exclusivismo científico. Mas dejando á un lado esta advertencia, nos parece que no son comparables, al ménos en el aspecto en que en la obra están tomadas, las direcciones de Hegel, Krause, etc., con la de Schopenhauer. Proceden, á no dudar, Fichte, Schelling, Hegel y Krause en todas sus especulaciones, toman-

do como base el kantismo, que por algo dice y repite el señor Perojo con todos los pensadores que es el kantismo el punto inicial y la base de donde arranca toda la cultura moderna; pero no son ninguno de ellos discípulos de Kant, ántes bien, si toman el problema formulado por Kant, desean resolverlo, miéntras que Schopenhauer lo dá ya por resuelto aceptando las conclusiones fundamentales de las dos críticas. ¿Dónde encontrar, por tanto, punto de vista que haga posible la comparacion?

En cuanto á la exposicion de las doctrinas de Schopenhauer, cumple fielmente el trabajo del Sr. Perojo su propósito. No conocemos, los que tenemos la no pequeña desgracia de tener que recurrir á traducciones, exposicion más ordenada ni más fiel de la doctrina de Schopenhauer. De seguro que los datos expuestos por el Sr. Perojo respecto á la filosofía pesimista proceden de fuentes directas, de la lectura de las obras del mismo Schopenhauer, pues los estudios parciales que se encuentran en las Revistas y en algunas versiones hasta de segunda mano, no pueden proporcionar un conocimiento tan perfecto de los principios del pesimismo como el que puede hallar el lector en el artículo cuya crítica estamos haciendo. Lo hemos leido con suma atencion y su lectura ha hecho germinar en nuestro pensamiento un problema que no deja de parecernos interesante, y que sin duda es un provechoso efecto de las enseñanzas del libro del Sr. Perojo. Puesto que los *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania* es una obra especialmente dedicada á inquirir la genealogía de las doctrinas y á descubrir la gestacion misteriosa de las múltiples direcciones que sigue el pensamiento, creemos que hubiera sido pertinente al caso decidir si el *pesimismo* de Schopenhauer (y más tarde el sistema de lo *inconsciente* de Hartmann) es alguna consecuencia implícita en el kantismo, deducida de él con profundo rigor lógico, ó es por el contrario, un ingerto extraño tomado por Schopenhauer del Budhismo, con el cual muestra grandes semejanzas en sus consecuencias fina-

les. Si es verdad lo primero, si aquella *inmanencia absoluta* de que habla Schopenhauer conduce al olvido de todo lo trascendental y encadena exclusivamente la atencio n al mundo que se halla huérfano de principios ó categorías que le impulsen por nuevos derroteros, agostando en flor todas las esperanzas del corazon como puerilidades impropias del pensador y proclamando como principio absoluto la discordia completa entre la vida (que es el mal) y la ciencia (oculta en las apariencias), si todo esto es cierto, puede afirmarse con entera seguridad que la doctrina de Schopenhauer es un *momento lógico* de la evolucion del pensamiento kantiano, un *hecho necesario* para completar el desarrollo de la filosofía crítica, y un sistema que sólo tiene de nuevo lo que se refiere á las circunstancias de su aparicion y á las dotes superiores del talento que les ha dado vida y nombre. Si el pesimismo no es nada de esto, sinó que son principios kantianos combinados ingeniosamente con enseñanzas budhistas, resultará que la filosofía de Schopenhauer es una *originalidad* indeterminada, sin precedentes ni consiguientes, un poema en prosa, que hubiera podido terminar más ingeniosamente que Schopenhauer, Heine, y que hubiera podido ser retocado mejor que por Hartmann por cualquier otro poeta. Que tales cuestiones están justificadas ante la lectura del libro del Sr. Perojo, es cuanto por ahora nos proponemos decir respecto al particular. Queremos abrigar la esperanza de que tales problemas le han de parecer al Sr. Perojo merecedores de algun exámen en la segunda parte de su obra.

IV

La Antropología y el Naturalismo contemporáneo es el título del cuarto estudio del libro que examinamos.

No pretende el autor agotar en este estudio todas las interesantes cuestiones que surgen en el conocimiento del hombre ante la riqueza de datos que la observacion atesora. Problemas hasta hoy nuevos, principios presentidos é hipótesis atre-

vidas son los elementos que campean en este horizonte, explorado á la par por el gran saber de los empíricos y la ingerencia de los principios filosóficos en las ciencias naturales. Tambien en este trabajo hace gala el Sr. Perojo de huir de los exclusivismos científicos, llegando á asentar la siguiente ley que tiene sus ribetes de ecléctica, á saber: «que más verdad hay en lo que el hombre afirma que en lo que niega, y por consecuencia, lo verdadero en todas las distintas formas que hasta el presente ha tomado la Antropología son los puntos afirmados, y que lo falso y erróneo son los negados, efecto de la parcialidad de los criterios.» No queremos anticipar el juicio relativo á la fidelidad que guarde el Sr. Perojo á dicha ley; ya se notará que su criticismo exágerado de un lado y su antifilosofismo de otro no le consienten más que seguir el camino de los naturalistas, que consiste en hacer filosofía trascendental desde las primeras afirmaciones, aunque usando y abusando, como inalienable derecho, de la opinion, para todos los naturalistas elevada á la categoría de dogma, de que la ciencia es el conocimiento de la *realidad* de las cosas (decir esencia, sería hablar niñerías) y la filosofía entretenimientos teológicos, que si tuvieron su razon de ser en la infancia de los pueblos, sirven hoy de pasto intelectual sólo á las gentes mal avenidas con el sentido comun. Lo cierto de nuestra primera afirmacion se descubre con indicar que las primeras ideas que expone el autor de los Ensayos, son las de Gerland, que considera la Antropología como ciencia de la *especie humana* en general. Sin duda el término especie humana, que será un conocimiento *real*, aunque nó de la esencia del hombre, se adquiere por algun medio distinto de los sentidos y de la experiencia; y si se forma, rectifica y amplía tal concepto segun los datos empíricos, alguien, distinto de la experiencia, lo rectifica y amplía, dándole á la vez un valor que dudamos pueda descubrirse en las meras observaciones de los naturalistas. Al lado de esta advertencia pudiéramos multiplicar las indicaciones que confirman nuestro primer juicio. El Naturalismo

contemporáneo acepta y recoge, con provechoso fruto, sin duda, el rico saber de la experiencia, teme abandonarle y caer en teorías ergotistas; pero, áun esforzándose en ser fiel á tal máxima de conducta, acepta todas las experiencias como causa ocasional para invadir el campo de la filosofía, sin dejar por esto de renegar de ella.

«Mi trabajo, dice Gerland, completamente establecido en el campo de la teoría de la evolucion, está rigurosamente penetrado de un naturalismo atómico-mecánico.» Que la teoría de la evolucion y los maravillosos descubrimientos de las ciencias naturales, relativos á la consideracion de la naturaleza como determinada y manifestada en sus fenómenos por leyes inmanentes en ella, son afirmaciones conformes con todo lo que ha venido pensando respecto al mismo asunto la Filosofía, es tan obvio y sencillo que nadie lo pondrá en duda. Ahora bien: en lo que muestra una superioridad indiscutible respecto á teorías anteriores, todo el naturalismo contemporáneo (de cuyo movimiento se halla enterado el Sr. Perojo tan bien como del resto de la cultura alemana) es en la concepcion general de la ciencia, que, aunque viciada del más exagerado kantismo, lleva el pensamiento á librarse de abstracciones y de idealismos para seguir como única ley la de formar el conocimiento sin atender más que al resultado que ofrezca el objeto, convirtiéndose el indagador en un verdadero espectador del mundo natural, que no pretende violentar sus leyes, sinó reconocer y justificar por completo. Indudablemente forman teorías, idean hipótesis y áun conciben leyes; pero unas y otras quedan siempre subordinadas á los resultados generales de la experiencia, que es sin duda el único medio para conocer en última apelacion la naturaleza y lo natural.

Para quien desconoce (¿á qué negarlo?) la mayor parte de los profundos y delicadísimos datos que han reunido los naturalistas como otros tantos factores para conocer el mundo, ha de ser difícil hacerse cargo ni áun siquiera de las tendencias generales de esta manifestacion potente y viril del pensamiento,

menospreciada anticipadamente por algunos que, preocupados con resultados y consecuencias finales, se empeñan en no ver en todas ellas más que otras tantas manifestaciones del Materialismo. Y sin embargo, salvo ligeras excepciones, la concepcion *monista* del mundo, la idea de que en él existen fuerzas y procesos inherentes á su vida, y sobre todo la implícita en todos estos científicos de que será vano todo esfuerzo para conocer el *Principio* del Mundo y de la vida, miéntras mundo y vida no sean propiamente conocidos, son otros tantos principios, latentes en medio de las atrevidas hipótesis de los naturalistas, que tienen por punto objetivo algo más que el conocimiento de la materia. De conseguir la prueba de todos estos principios resultará necesariamente un cambio completo en la idea general de la ciencia y de la vida. Ya comprenden algunos, aunque parcialmente, de los naturalistas, el alcance de sus indagaciones y se esfuerzan, por lo mismo, en ir elevando gradualmente su punto de mira, aunque sin olvidar la circunspeccion científica, que les obliga á hacer descender sus más altas especulaciones para que cumplan la ley del contraste, á que las sujetan ante los resultados de la experiencia.

De cuanto dejamos dicho dan cumplida prueba los importantísimos puntos que considera el Sr. Perojo, con Gerland y Fechner, como precedentes indispensables para hablar autorizadamente del debatido problema sobre el orígen del hombre. Son estos puntos la relacion de lo orgánico con lo inorgánico, la evolucion en sus diferentes modos de ser, las causas que pueden impulsarla en su movimiento, la semejanza entre los organismos superiores y la produccion y aparicion, por último, del hecho de más difícil explicacion: la conciencia.

Por prolija y difícil (más difícil que para nadie para el que escribe estas líneas por su ignorancia) abandonamos la empresa de exponer detalladamente el desarrollo de cada una de estas cuestiones, que puede ver el lector tratadas con suma claridad en el libro del Sr. Perojo, permitiéndonos para concluir llamar la atencion del que leyere sobre la tendencia de

los nuevos naturalistas, bien distinta por cierto de la que con colores subidos y caractéres salientes suelen darnos como la última palabra de la ciencia algunos críticos, cuya imparcialidad aparece por lo mismo un poco cuestionable. Hay quien elige conclusiones de efecto para criticar el Naturalismo con intenciones, aunque veladas, fáciles de descubrir; por varios motivos (el principal porque somos ingénuos y nos complacemos en declarar nuestra falta de criterio en muchos de sus problemas) hemos seguido nosotros distinto rumbo, indicando al lector la tendencia general que descubrimos en estos estudios, y dejándole libre su criterio para estimar las conclusiones que de ellos pueden inferirse. Con advertir al lector que estas conclusiones no llevan consigo la muerte de nada digno y noble de lo que constituye el más sagrado depósito de la ciencia humana, segun quieren hacer ver algunos, sinó que en todas ellas preside una prudencia, merecedora de todo encomio, segun puede observarse leyendo lo trascrito de Huxley por el Sr. Perojo (pág. 141 y siguientes), y con admirar y elogiar aquí de nuevo la laboriosidad de este señor, podemos dar por terminado cuanto nos proponíamos decir de estas cuestiones, sobre las cuales nos hace caminar nuestra ignorancia como sobre espinas.

V

En el capítulo quinto—*Objeto de la Filosofía en nuestros tiempos*—muestra ya el Sr. Perojo más á las claras su marcada preferencia á las direcciones últimamente nacidas al calor del renacimiento de la doctrina de Kant. Aunque pretende limitar su trabajo á exponer un discurso de Wundt, relativo al título de este capítulo, es víctima el Sr. Perojo de un fenómeno psicológico, superior á su voluntad y quizá contrario á las primeras intenciones que abrigó en su ánimo al concebir los móviles de su obra. A medida que más se acerca á la exposicion de aquella doctrina, que merece de su parte una completa adhesion, cae más de lleno su espíritu en el exclusivismo científico, librando rudo combate con los sistemas filosóficos en el

momento mismo en que implícitamente se declara acérrimo partidario de uno y le acepta como el *summum* de la especulacion filosófica. Que mueren los sistemas filosóficos dice el Sr. Perojo, para afirmar tambien que revive en medio de sus cenizas todo el criticismo de los nuevos discípulos de Kant como la última palabra de la especulacion, olvidando de esta suerte el aserto formulado en su primer capítulo, relativo á la necesidad de considerar los sistemas filosóficos como momentos graduales de una evolucion siempre progresiva en el pensamiento reflexivo. Que el primer filósofo, que señala un verdadero objeto á la Filosofía, añade después el Sr. Perojo, es Kant, porque la constituyó con sus Críticas como ciencia de la ciencia, y no recuerda que esta crítica aparece ya en los antiguos tiempos, aunque no con tanta trascendencia, en la enseñanza socrática, y hace caso omiso de aquellas múltiples definiciones, esparcidas en los diálogos platónicos de la dialéctica como ciencia de las ciencias.

Muy léjos de nuestro propósito nos llevaria la crítica minuciosa de las ideas del Sr. Perojo, crítica tanto más hacedera cuanto que puede argumentarse con las mismas afirmaciones del autor, en algunos casos olvidadas y en otros contradichas: no haremos mencion más que de aquellas preliminares aclaraciones que el Sr. Perojo pone en el primer capítulo de su obra. ¿Acaso es un sistema filosófico un hecho accidental que carece de precedentes y que sólo tiene el carácter individual del genio que le concibe? Difícil nos parece entónces poder constituir científicamente la Historia de la Filosofía. ¿Es el génesis del pensamiento una obra que participa por igual del carácter individual y social? Sí, segun se desprende de las primeras afirmaciones del Sr. Perojo. Y en tal caso, no vale querer borrar precipitadamente ni los precedentes de un hecho filosófico, ni tampoco suprimir las consecuencias que puedan inferirse en lo ulterior de este mismo hecho. Estaria en lo cierto el Sr. Perojo diciendo con Vacherot que toda la filosofía anterior á Kant tiene un valor *meramente* histórico; porque

toda manifestacion del pensamiento reflexivo tendrá que tomar de hoy más como punto de partida los principios fundamentales de Kant; pero es un error insostenible pretender determinar *a priori* el camino y áun el tono que han de seguir las consecuencias y direcciones ulteriores del pensamiento reflexivo, negando anticipadamente la posibilidad de exploraciones más comprensivas y desconociendo tambien la rica variedad de manifestaciones de que es susceptible la inteligencia humana. De errores semejantes, nacidos todos de criterios bien estrechos, ofrece elocuentes ejemplos la Historia de la Filofía. Bien sabe el Sr. Perojo cuán inficionada está la filosofía cristiana en sus primeros tiempos del platonismo; no ignora tampoco el imperio absorbente que adquiere más tarde en la Escolástica Aristóteles, que tuvo discípulos que aspiraron á canonizarlo. Consecuencia natural de estos predominios temporales, que fueron conquistando sucesivamente la esfera del saber entre platónicos y aristotélicos, tuvo que ser el abismo abierto entre estos dos pensadores por sus discípulos é intérpretes. Pero el pensamiento sigue, áun en medio de caminos y procedimientos al parecer desviados, su obra de unificacion y sistematizacion, y no es maravilla ya ver historiadores de la filosofía, críticos y áun filósofos que fundadamente aspiran á concertar el pensamiento platónico con el aristotélico. ¡Quién sabe si ocurrirá en lo sucesivo fenómeno semejante con este abandono que hacen todos los científicos de las especulaciones filosóficas! Quizá no está lejano el dia en que puedan señalarse anuncios y esfuerzos, dignos de estima, encaminados á buscar el concierto entre la filosofía y la ciencia, y á combatir aquello que tanto le seduce al Sr. Perojo y que es signo claro de exclusivismos inmotivados y de criterios parciales; es decir, del vértigo que lleva las inteligencias al cultivo de las ciencias particulares, relegando al olvido la especulacion pura.

Algo de lo que indicamos debieran enseñarle al Sr. Perojo sus propias observaciones. Ya reconocen, dice, algunos físicos la necesidad de principios lógicos para su enseñanza; ya vuel

ven sus ojos los modernos fisiólogos á la Psicología experimental; ya desean, en una palabra, *aplicar* la filosofía á las ciencias particulares, y nos parece enigma indescifrable aceptar *filosofía aplicada* y negar carácter científico á la filosofía pura; que esta y no otra es, en último término, la consecuencia final del criticismo exagerado de las nuevas escuelas, patrocinadas por el Sr. Perojo y exceptuadas, con gran inconsecuencia, de la ruina general que vaticina á toda la filosofía. Sin duda obedece á alguna ley esta necesidad, que señala el Sr. Perojo, en las ciencias naturales, de dar carácter filosófico á sus conocimientos. Nos parece muy digno de llamar la atencion del autor de los Ensayos sobre estas graduales desviaciones y aproximaciones de la ciencia y la filosofía. Crecen y progresan las ciencias, aumentan indefinidamente el caudal de sus datos y allegan siempre nuevos conocimientos; pero se establece como *principio dogmático* la distincion y separacion entre ciencia y filosofía, entre científico y filósofo y nace con toda la arrogancia y fé del neófito el Positivismo. Sigue el progreso de las ciencias, es más y más estimable el material acopiado, y comienza á olvidarse aquel principio dogmático; se templan entónces los bríos antifilosóficos de los positivistas, se declara posible y áun necesaria la reconstitucion filosófica de las ciencias, y se aspira á formar una filosofía aplicada. Grave riesgo corren las tendencias antifilosóficas de los nuevos discípulos de Kant, si sigue el pensamiento esta evolucion, que del momento á que ellos mismos le han traido pasa á otro, en que se inquiera conexion más íntima entre la ciencia y la filosofía. Dudamos mucho que sea entónces defendible que el único objeto de la filosofía es dar condiciones sistemáticas á las ciencias particulares.

VI.

La *Historiografía en Alemania*, que forma el capítulo sexto de la obra que examinamos, constituye un estudio bellísimo, en el que abundan la erudicion y el buen juicio, tanto por lo

ménos como las consideraciones generales, que aclaran tal erudicion, y los principios, que establecen clasificaciones ordenadas de las escuelas históricas. Preceden en este estudio, á la exposicion de las escuelas históricas, algunas nociones importantísimas de la vida del pueblo aleman, reseñas concisas de la formacion de la conciencia nacional, y por último, una justificacion completa del desarrollo gradual del movimiento histórico. Difundida por igual la conciencia del pueblo aleman, libre de aquel carácter provincial é individualista, que fuera herencia obligada de su organizacion feudal, comienzan los historiadores á extender cada vez más el objeto y fin de sus trabajos y á inquirir, siempre con el acierto propio de sus investigaciones, todos los elementos y factores que se pesan y contrapesan en la vida social. Por tal motivo, ha creido acertadamente el Sr. Perojo que era útil terminar este trabajo, indicando á la vez que las principales escuelas históricas y los ensayos de Historia nacional y universal, todos aquellos estudios que han de contribuir en dia no lejano á formar la Historia general de la cultura humana. Para reunir todos estos esfuerzos y compilar todos los estudios históricos existe una sociedad histórica en Baviera, cuyos servicios serán, segun dice exactamente el Sr. Perojo, de grandísima utilidad para conocer el desenvolvimiento del espíritu humano. No se necesita ciertamente entrar en muchos detalles para comprender que figura Alemania, en éste como en todos los ramos del humano saber, entre los pueblos más cultos y adelantados. Es carácter general, casi sin excepcion, de todos sus historiadores una gran imparcialidad, una erudicion asombrosa, una extension siempre creciente en sus miras, y una especie de tendencia principalmente *teleológica*, que es anuncio fecundo é indicio favorable de que busca tambien la Historia, como todas las ciencias particulares, el concierto indispensable con la Filosofía para aspirar á constituirse como verdadera ciencia.

Termina su interesante libro el Sr. Perojo con la exposicion del trabajo de Blunstchli, «Espíritu y carácter de los partidos

políticos,» y que titula *Teoría de los partidos políticos*. Respecto á este último trabajo, es sin duda modesta la mision que desempeña el Sr. Perojo; pero no es por ello ménos meritoria; antes bien ha sabido elegir con un arte delicadísimo aquellos puntos en que principalmente debia insistir, y ha procurado poner de relieve verdades elementalísimas, que suelen, quizá por la misma razon, ser lamentablemente olvidadas. Qué deben ser los partidos políticos, cuál es la razon que justifica su necesidad, en qué se distingue el verdadero partido político de las fracciones, cómo son aquéllas fuerzas que completan el organismo del Estado y éstos elementos discordes y ambiciosos de los gráficamente llamados *fulanistas*, cuántas y cuáles deben ser las bases para clasificar los partidos políticos, en qué consiste la característica diferencial de cada uno de ellos, en qué grado y segun qué límite deben influir cada uno de los elementos que representan un partido en la marcha del Estado: hé aquí los puntos más principales que se tratan en este trabajo.

No puede ser, como se observa por el rápido bosquejo que acabamos de hacer, más interesante y variada la lectura que ofrece el libro, cuya crítica venimos haciendo. Los problemas más fundamentales de la ciencia, los que mejor revelan el estado crítico y de trasformacion general en que se hallan el pensamiento del hombre y la vida social, todo aquello que pudiéramos llamar altos intereses, merece preferente atencion en los estudios compilados en la obra *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania*.

DOÑA PERFECTA

NOVELA ORIGINAL DE PEREZ GALDÓS

Es la novela el género literario más adecuado al espíritu y tendencias de los tiempos presentes. El carácter sincrético de poema en prosa; la doble naturaleza de su composicion, que lo mismo revela las impresiones y juicios personales del artista que las circunstancias reales y objetivas que acompañan al desarrollo de la accion; la amplísima esfera en que se mueve el novelista al poder hablar de todo, dando así pasto á la voracidad insaciable del paladar omnímodo de los hijos del siglo XIX, y, por último, el constante espíritu crítico que puede campear en la novela, son otras tantas condiciones á cual más favorables para que adquiera tal género literario una boga superior á todos los demás, dadas las especialísimas (y no muy fáciles de enumerar) aptitudes que muestra el gusto literario en nuestros dias.

Oscila la dramática todavía, moviéndose entre círculos y moldes indefinidos, sin que aparezca el genio que ha de marcar el verdadero derrotero de aquella. Vive la lírica vida bien enteca, reducida á cantar jeremiadas insulsas, á pintar vaporosos sentimentalismos, que no encuentran más que un eco parcial en ciertos espíritus enfermos; existen seguramente poetas cuyas composiciones líricas constituyen una honrosa excepcion, pues á más de hallarse revestidas de todas las galas de la diccion poética, de toda la plasticidad descriptiva del artista y de *la difícil facilidad* que resulta al componer lo grande con lo pequeño, retratan maravillosamente todas las indecisiones y

contradictorios deseos de los actuales tiempos, tan avasallados por exigencias, que por excepcion se cumplen, de lo cual resulta que el drama entero de la vida se ha concentrado casi por completo en el fondo del corazon humano. A él acude, camo campo que jamás queda del todo espigado, nuestro inimitable Campoamor, que en sus *Doloras*, en sus *Pequeños poemas* y en todas sus bellísimas creaciones, aspira con una nobleza, nunca bastante alabada, á despertar la conciencia estética con la mágia de sus formas y con la incipiente y seductora *malicia* de sus intenciones. Pero al lado de esfuerzos tan generosos, que obtienen todo el éxito que se merece el genio de Campoamor, ¡cuántos ensayos desgraciados se hacen, cuántas inteligencias siguen el mismo camino que el Heine español, y cuántos desengaños cosechan!

No se explica semejante indiferencia de parte del público, más que por cierta indefinicion del gusto literario, que se decide casi unánimemente hoy por la novela, sincretismo ficticio de esta incoherencia absorbente que nos rodea por todas partes. Puede la novela, por sus especialísimas condiciones, llegar á constituirse en obra de trascendencia social, política y áun religiosa, y formar el *Cánon* para toda la vida, siquiera no sea posible al novelista encauzar de una manera cumplida la indefinida complexion de esta existencia agitadísima, en la cual somos todos indistintamente actores, ya queriendo dominar los sucesos y su vertiginosa rapidez, ya declarándonos poseidos por la nostalgia de la vida.

Aunque no abundan, existen en nuestro país talentos que consagran la flor de sus facultades á la novela, y que, libres de ciertas imitaciones que tanto han estragado el gusto literario, comienzan gloriosamente á luchar por los fueros de la bella literatura. Con estos novelistas tiene todo buen patriota deudas sagradas, que patriotismo hay en reconocer y declarar las glorias de nuestro pueblo contra cierto afan inmoderado de traducir, imitar y glorificar lo bueno y lo malo de las literaturas extranjeras. Excusado parece advertir que tales escritores

han de esperar á que se cumpla lo que gráficamente llama un célebre crítico *la ley del optimismo de la distancia*, para que lleguen á obtener sus esfuerzos y sus producciones toda la deferente consideracion que se merecen. De no ser así faltaríamos á la incontrovertible máxima de todo español neto, reducida á tener por malo y despreciable todo lo presente, y por más malo y más despreciable que nada, todo lo que al presente vive y obra en España. Parece que el español está resuelto á demostrar fisiológica y moralmente que es un verdadero *semita*, tan disgustado del presente como prendado del pasado.

Sin dar corte francés á sus obras, ni imitar el género terrorífico, dando cierto sabor local á sus composiciones y revistiéndolas de todas las galas de la diccion, contribuyen poderosamente al renacimiento de la novela talentos tan poderosos como Valera, Alarcon y Galdós. El Sr. Valera, con su *Pepita Gimenez*, una de las primeras novelas psicológicas, ha revelado dotes de novelista, iguales, si no superiores, á las del ingenioso autor del *Sombrero de tres picos*. Con pretensiones más modestas, sigue dando á luz sus bellísimos *Episodios Nacionales* Perez Galdós, autor de la preciosa novela titulada *Doña Perfecta*.

Perez Galdós, con una vista penetrante, con un estilo vivo y animado, y con una observacion tan discreta como prudente, ha dado ya repetidas pruebas de su verdadera aptitud de novelista. Su última produccion, *Doña Perfecta*, es una novela que tiene condiciones de todo punto estimables. Imita en parte Perez Galdós en la mayor parte de sus producciones el estilo, y áun manera de componer, del célebre Dickens; pero logra con suma facilidad dar á sus obras un subido tinte original. Donde se revelan las dotes superiores de Perez Galdós es en todo lo que se refiere á la descripcion detallada de los incidentes secundarios que acompañan á la accion principal de sus novelas; en todas ellas, y muy principalmente en *Doña Perfecta*, parece que multitud de circunstancias que debieran pasar desapercibidas, toman vida y adquieren poderoso influjo

en el desarrollo de la accion, animadas por la penetrante crítica descriptiva del novelista.

Con tal facultad, ejercida á veces con prudencia, exagerada en algunas ocasiones hasta límites excesivos, obtiene Perez Galdós material inagotable para dibujar sus cuadros tan á lo vivo, que no tiene que envidiar nada á los modernos partidarios del realismo. Crece el interés de la accion con la lectura de *Doña Perfecta*, aumentan los incidentes secundarios y progresa lenta, pero muy rítmicamente, la accion, surgiendo á cada instante nuevos y bellísimos contrastes que se hallan plásticamente descritos, y de cuya importancia se apercibe el lector, y cuya belleza descubre el crítico á medida que aquél y éste reparan el consorcio estético que se establece entre lo máximo y lo mínimo, cuya existencia pone hasta en duda el observador superficial, y cuya insustituible realidad detiene por tiempo el cumplimiento de las más grandes acciones.

Pero donde revela su estilo verdaderamente *escultural* Perez Galdós, es en la descripcion de los caractéres, en el bosquejo de sus tipos y en la pintura de sus personajes, convertidos todos en *Doña Perfecta* en centros, á que converge constantemente toda la complexion de la obra. Doña Perfecta, que es protagonista en la novela, está retratada de mano maestra, siquiera al final de la obra, por lo precipitado de su desenlace, deje al lector en cierta indecision respecto á los móviles principales de sus actos. Igual, y áun superior relieve, tienen los rasgos con que el novelista vá delineando, casi desde el primer momento, el carácter de otro de los personajes de la novela, del que maneja todos los hilos de todas las intrigas que dan interés á la obra, del célebre penitenciario de la catedral de Orbajosa, personaje que se acuerda más que de las máximas del Evangelio y más que de que es eclesiástico, de que es tio de un sobrino, cuyo título de abogado, con todas sus notas de sobresaliente, anhela el aprovechado tio adornarle con la dorada orla de un matrimonio de conveniencia.

Como muestra de lo que pudiéramos llamar pintura al des-

nudo, se halla muy completa en el retrato de Jacintito, el bendito sobrino, el estudiante formalista que al mismo tiempo que condena *ab æterno* á Hartmann, Darwin y otros, absuelve en su laxa conciencia las contínuas distracciones á que se entrega lo sublime de su especulacion, requebrando á Rosarito, la hija de doña Perfecta: mejor aún, echando redes á la dote nada despreciable de la prometida de Pepe Rey. Es éste sobrino de doña Perfecta, y aunque parece ser un jóven educado á la moderna y con toda la prudencia que exigen las mil triquiñuelas y pequeñeces de la vida de aldea, tiene á la vez tanta y tan grande inexperiencia respecto al género de vida de esta ciudad episcopal de Orbajosa, que causa no poca maravilla ver al célebre ingeniero prometido de Rosarito ser inocentemente víctima de las intrigas del penitenciario.

La vida de los pueblos, las intrigas de esta existencia, que se precia de ser real y tiene más de ficticia que la de las grandes poblaciones, la bola de nieve de la murmuracion, que rueda y rueda hasta dar en el abismo con la víctima, y, por último, las armas ya enmohecidas, pero de puntería aún segura, que emplea el antiguo régimen contra la majestad de la civilizacion moderna, constituyen un cuadro, y mejor una série de cuadros, cuya exactitud en la delineacion y en el remate ha de leer y conocer por sí todo el que se proponga formarse una idea completa de las valiosas condiciones de novelista de Perez Galdós. La ingeniosísima manera de que se valen el fanatismo y la ignorancia para instigar (hurtando el cuerpo y huyendo toda responsabilidad) á que se levante en la inolvidable Orbajosa una partida carlista, llega en la novela á ser descripcion vivísima y muy bella de una triste realidad, cuyas dolorosas consecuencias afectan por demás al estado de nuestro país.

No dejaremos de molestar al lector sin dolernos de que el autor de *Doña Perfecta* haya precipitado de un modo incomprensible el desenlace de su obra. Pierde seguramente parte de su mérito la obra de Perez Galdós cuando se observa toda

aquella prodigiosa confeccion encaminada á ofrecer gran interés en una lucha cuyo término es la desaparicion repentina de uno de los contendientes. Algo debe concederse al interés de la accion, y nunca debe fiarse todo el éxito de la obra al talento y la habilidad del autor. Le sobran aquél y ésta á Perez Galdós; pero habrá de reconocer (al ménos así lo entendemos en nuestro humilde juicio) que no bastan caractéres bien estereotipados, ni descripciones magistralmente hechas, para imprimir interés y dar condiciones estéticas á la obra literaria; preciso es que en ella no falten tampoco la accion y la vida y el completo desarrollo de esta accion y de esta vida; que sólo de esta suerte obrando y viviendo, hasta el fin y hasta sus últimas consecuencias, puede lograr el artista, segun prescribia constantemente Gœthe, *la identificacion de lo real con lo ideal*, que es la primera y superior condicion de toda obra bella.

EL MATERIALISMO CONTEMPORÁNEO

por Paul Janet, traducido con una introduccion, por M. Arés, catedrático de la Universidad de Salamanca. Un vol. en 8.° de 254 págs.

De la segunda edicion francesa ha traducido la obra de Mr. Janet nuestro ilustrado amigo y catedrático de la Universidad de Salamanca D. M. Arés. A la elegante y fiel version á nuestra lengua del *Materialismo contemporáneo* de Mr. Janet, ha añadido el traductor una discreta *Introduccion*, inspirada en los más sanos principios de la lógica y encaminada á demostrar el sentido parcial, y por parcial estrecho, en que indeclinablemente cae el Materialismo, como toda doctrina, cuando abriga la injustificada pretension de ser la posicion definitiva del pensamiento, la escuela única de verdad y el alfa y omega para la solucion de todo problema.

Ofrece el *Materialismo contemporáneo* una lectura por demás agradable, pues la viveza de su estilo, el colorido de sus razonamientos y el relieve que dá á la polémica Mr. Janet, no impiden que, merced á una flexibilidad escesiva del talento de su autor, revele el libro de que tratamos los últimos resultados obtenidos por el prodigioso desarrollo de las experiencias naturales, y las pretensiones cada vez más invasoras que abrigan los modernos enemigos de la Filosofía para reconstruir el concepto de la ciencia y de la vida, en apariencia con el auxilio prosáico de la retorta y del microscópio y en realidad con un conjunto de ideas preconcebidas, que constituyen el Positivismo actual en una exaltacion que le lleva á su pesar á ser, como alguna vez hemos dicho, un *idealismo al revés*.

Aunque el génesis de todo pensamiento, que aparece en la

historia y en ella causa estado y señala jalones en el camino que sigue el espíritu humano para adquirir conciencia de sí mismo y de lo que le rodea, es por demás complejo; aunque el pensamiento es espontáneo en su aparicion y libre en su desarrollo, no deja de obedecer en sus principales manifestaciones al predominio de elementos determinados, cuyos gérmenes se inician con anterioridad y cuyas consecuencias fructifican en la sucesion de los tiempos. Así, los éxitos numerosos obtenidos por el materialismo, ó mejor, por las diversas aspiraciones que hoy se señalan en el pensamiento bajo el nombre comun de Escuela positivista, son debidos, segun Mr. Janet, á la *tendencia á la unidad*, que persiguen diligentemente todos los sabios, recogiendo con gloria para ellos y utilidad nada despreciable para la ciencia, el cúmulo inmenso de datos que la observacion natural ofrece.

Haciendo caso omiso de los muchos precedentes que pudieran descubrirse en la historia del pensamiento, damos nosotros con Mr. Janet á tal tendencia un alcance quizá mayor que el que la atribuye nuestro respetable amigo el Sr. Arés. Tal vez el principal elemento, aportado á la obra del Positivismo por la extrema izquierda hegeliana, ha sido la imposicion del principio de *unidad*, llevado por los antiguos partidarios de la idea absoluta á sus últimos extremos, y aceptado por los naturalistas nominalmente como *principio orgánico*, y en realidad como un *sumando* que admite indefinidamente adiciones y adiciones, que no rompen nunca la *série* y el *ritmo* de que queda prendado el experimentador en sus observaciones.

Se imponen luégo tales caractéres á la concepcion prévia de la realidad, y queda olvidado, cuando no contradicho, el organismo y complexion de la vida. De suerte que semejante regularidad y tan inflexible procedimiento en el decurso de las operaciones naturales, obliga á concebir un *unitarismo* infecundo, sin contrariedad ni distincion alguna, de que son manifestaciones al presente la *concepcion monista* y la idea

implícita en todos los positivistas de concebir la realidad y áun la vida como indefinida agregacion de sumandos ó fenómenos que constituyen séries de coincidencias y correlaciones, cuya forma ó molde general está en la evolucion.

Con tales precedentes, como la inteligencia humana piensa y concibe necesariamente segun su naturaleza propia, cuando los positivistas tienen que olvidar, por ley superior á su capricho, su enemiga contra la filosofía, y se ven obligados á filosofar, reconstruyendo conceptos, para los cuales sirven los fenómenos de peldaños en la escala intelectual ó de contrapruebas en el raciocinio deductivo, *idean* una realidad *uniforme*, *inflexible*, pues se les escapa la múltiple variedad y distincion de lo real, ante la apariencia jamás interrumpida de su uniforme produccion fenomenal.

Supuestas tales premisas—la polémica elocuente desenvuelta por Mr. Janet lo declara de un modo implícito—las concepciones del Positivismo tienen que girar siempre dentro de dos extremos, que constituyen la realidad observable; han de degenerar, ó en un *antropomorfismo evolucionista*, á que son necesariamente llevados los psicólogos y los pensadores procedentes de la izquierda hegeliana, ó en un *panteismo naturalista*, que seduce á los que principalmente se consagran á la observacion de los fenómenos exteriores.

Circunscrito á tales límites, en cuyo campo se vé cada vez más comprimido el moderno Positivismo, merced á su obsesion experimentalista, ó corta el nudo de la dificultad de todo problema con soluciones injustificadas, como acontece con los *enfants terribles*, Buchner, Moleschott y otros, ó se reviste de cierta aparente prudencia que le lleva con una escesiva modestia á pretender lo imposible, á solicitar que las cuestiones fundamentales de la vida y los principios primeros de la realidad pierdan la importancia é interés que siempre les ha dispensado y seguirá dispensando el espíritu humano.

Muchos, muy elocuentes y de distinta índole son los argumentos aducidos por Mr. Janet para refutar el Materialismo

De ellos los más estimables, y los que podrá aprovechar todo lector medianamente culto, son los que el escritor francés toma del sentido comun, los que recoge de la lógica y de la Filosofía en general, y que llevan el pensamiento á consecuencias de suyo inaceptables, aunque legítimamente deducidas de las atrevidas interpretaciones que á su sabor dan los naturalistas.

Ménos legítimas y de más corto alcance son las refutaciones empleadas por Mr. Janet cuando examina el contenido y los resultados del último experimentalismo naturalista. Al trasladarse al campo de sus adversarios expone Mr. Janet con gran fidelidad los grandes resultados obtenidos por las ciencias naturales, sin aminorar en nada la trascendencia lógica de los raciocinios que toman por base la experiencia; pero cuando se ocupa de combatir las interpretaciones de los positivistas, se descubre á través del brillo de su estilo una concepcion semimecánica de la naturaleza, y una reproduccion, tan fiel á su acendrado patriotismo como contrario á los fueros de la verdad, de la falsa idea que tenía Descartes del mundo exterior.

A pesar de hablar tan alto los novísimos descubrimientos de las ciencias naturales, y en medio de tantas y tan repetidas pruebas como dá el escritor francés de conocer tales descubrimientos, poco ó nada añade á la idea de la naturaleza, concebida por Descartes, que limitaba lo natural á lo extenso. Sin desconocer Mr. Janet los inestimables resultados de las ciencias naturales, no consigue consignar francamente en su libro ni aceptar en su pensamiento principios como los del dinamismo general de las fuerzas, la interna energía natural y la constante animacion y trasformacion de actividades y principios que han de ser—así confiadamente lo esperamos—tan útiles y fecundos para una próxima reconstruccion de la Filosofía de la Naturaleza.

Flaquea evidentemente en tales puntos la obra de Mr. Janet, el cual, al discutir con *parti pris*, no queremos ni podemos decir que ignora, pero sí que olvida los elementos utilizables

y los datos justificados que ofrece para el conocimiento verdadero de la naturaleza el moderno positivismo; elementos y datos que constituirán un título eterno de gloria para dicha escuela, y que serán la justificacion cumplida, ante la historia de la Filosofía, de la aparicion, desarrollo y progresivo crecimiento de esta evolucion del pensamiento humano, que encierra en sí gérmenes cuya fructificacion anuncian en los momentos actuales pensadores como Wundt, Naville, Zimmerman, Lazarus y otros, cuyos nombres es inútil citar y cuya tendencia borra ya las antiguas asperezas de escuela y se dispone á concebir en más ámplia, y por lo comprensiva racional complexion, pensamiento y vida, realidad y ciencia.

ELEMENTOS DE PSICOLOGÍA

por D. Antonio Lopez Muñoz, Catedrático de dicha asignatura en el Instituto de Granada.—Un vol. 200 págs.—Granada. Imprenta de Paulino V. y Sobatel.

Ha adquirido en nuestros dias el problema psicológico tanta importancia, que aspira á dar soluciones á las más graves dificultades que asedian al pensamiento contemporáneo.

Siguiendo la modesta tradicion de la escuela escocesa, circunscrita á la observacion de los estados anímicos, ha venido, por ley ineludible, aumentando el alcance de sus conocimientos la moderna Psicología inglesa, conocida ya hoy en nuestro país, gracias al Compendio de Mr. Ribot (1). Enriquecida al presente la observacion psicológica con los datos tomados de la experiencia fisiológica y de las demás ciencias naturales, imbuida hoy la Psicología de un sentido antropológico, cuya vasta extension llega hasta el punto de que aparezcan ensayos respetables de Psicologia comparada, parece que el estudio psicológico priva en estos momentos entre los sabios, porque late en el fondo de la doctrina anímica toda una série de principios, que quizá sirvan en su dia para construir la ciencia cosmológica (2), cuya base ha de ser la conciencia personal del hombre, reflexivamente adquirida mediante la union de la especulacion con la experiencia, union supuesta en los razonamientos de las más encontradas escuelas y á que efectivamente

(1) TH RIBOT. *La Psychologie anglaise contemporaine.*

(2) Con carácter cosmológico y áun metafísico, dado el sentido relativamente estrecho de la experiencia, exponen sus conocimientos psicológicos: TAINE, *De l'Intelligence*, DELBOEUF, *De la Psychologie comme science naturelle*, LOTZE, *Psychologie phisiologique*, y otros muchos que fuera prolijo enumerar.

aspiran ya pensadores de tanta fama como Wundt, Hártmann y otros.

Siendo innegable la supremacía con que atrae hoy la atencion de los sàbios el problema psicológico, entendemos que no desagradará á nuestros lectores conocer algunos de los ensayos que respecto á tal cuestion aparecen en nuestra patria. De ellos, el último que ha llegado á nuestras manos, y que hemos leido con verdadero interés, es el que tiene por título el que encabeza estas líneas. *Los Elementos de Psicología*, de que es autor el ilustrado catedrático Sr. Lopez Muñóz, es un libro que, aunque elemental y destinado á la segunda enseñanza, contiene lectura por demás provechosa. Inspirado dicho libro en el generalmente conocido de Mr. Tiberghien en lo que se refiere al plan y contenido general, se halla enriquecido con muchas y muy discretas observaciones, debidas á la laboriosidad é indudable competencia del Sr. Lopez Muñoz. Por fortuna, el modesto catedrático de Granada posee un estilo literario y sencillo que facilita mucho la inteligencia de su obra, siquiera se encuentren en el desarrollo de ésta, que ha tenido que ceder á su índole de libro elemental, algunas afirmaciones gratuitas y no pocos principios dogmáticos.

Llevado de una circunspeccion exagerada, que casi nos atrevemos á censurar, se ha esforzado el Sr. Lopez Muñoz en suprimir de su libro muchas cuestiones, que forman ya de un modo incuestionable parte de la Psicología. Dividida la Psicología por el Sr. Lopez Muñoz en *general*, *particular y síntesis anímica*, comienza la exposicion de su obra tratando de distinguir el alma del cuerpo mediante observaciones atinadas y razonamientos que no carecen de fuerza; pero prescinde de toda cuestion que no se reduzca á la posicion de tal problema, á la manera como lo han venido entendiendo el antiguo espiritualismo y materialismo. Al limitar de tal suerte su exámen, dá lugar á que se entienda que toda la literatura psicológica de nuestros dias gira dentro de estos dos polos, lo cual no es exacto. Aun admitidos como caractéres irreductibles del alma

la *conciencia* y *la libertad*, existe hoy una série de pensadores enemigos de todo dualismo que, reproduciendo, quién la energía virtual del aristotelismo, quién la trascendencia idealista de Platon, quién, por último el subjetivismo de Fichte, están contestes en afirmar un *principio único* (monista) de realidad en el hombre (1). Hasta qué punto sea fructífera semejante idea no puede decidirse en una obra elemental; pero sí debe hacerse mencion de su existencia para probar que es falsa la preocupacion muy extendida, principalmente en nuestro país, de estimar como materialista toda la ciencia contemporánea. Aun hecho caso omiso de la concepcion metafísica que pueda presidir la idea del Monismo, tiene tal manera de pensar muy legítimos títulos á un exámen detenido en su teoría *psico-físi-*

(1) No ha precisado hasta el dia (que nosotros sepamos al ménos) la moderna teoría del *Monismo* el Principio metafísico que late en el fondo de su concepcion. Lo mismo puede llegarse á asumir uno de los términos (el alma) en el otro (el cuerpo) que concluir en el extremo contrario, que parar, como Lotze, en la reproduccion de la *monada activa* de Leibniz. Lo indudable hasta hoy, es la innegable importancia de los resultados obtenidos por la especulacion y la experiencia, que juntas han contribuido á explicar el mecanismo psico-físico, la posible determinacion de la ley de las sensaciones y la convivencia y condicionalidad generales de alma y cuerpo. De desear es que el *Monismo* fije de un modo preciso la idea-madre de su concepcion para que se puedan señalar las fecundas consecuencias de los resultados alcanzados, que no pueden aún constituir sistema científico por la vaguedad del principio, segun el cual se conciben y explican. Por el pronto, entendemos que debe desecharse toda solucion inspirada en una idea parcial, como la de Mr. Taine y con él la de la mayor parte de los defensores del *Monismo*. Dice Mr. Taine en su libro *De l'Intelligence*. (T. II, pág. 352); «es la sensacion una compo»sicion cuyos elementos, que esceden de la conciencia, son reales y activos, »y tal vez pueda encontrarse en esta interior y profunda penumbra, de la cual »nace la sensacion, *el punto de enlace del mundo físico con el moral.*» Ya nos parece inadmisible admitir tal posibilidad sólo en tal receptividad de parte del alma, desatendiendo la *reactividad* ó motilidad, que con el movimiento psicofísico ejerce el espíritu, mediante la fantasía (donde corporaliza su realidad anímica) en el cuerpo, y señaladamente en los nervios motores y contráctiles. Fácil es colegir que cuando se examina sólo el primer extremo, se corre el peligro de considerar erróneamente la energía como propia del cuerpo y la inercia exclusiva del alma. ¿No puede explicarse mejor esta maravillosa consonancia de ambos organismos (el de la receptividad en la sensacion y el de la reactividad en el movimiento psico-físico) por un principio, semejaute al conocido en física con el nombre de *correlacion de las fuerzas*, y cuyo fenómeno principal es el de la *correspondencia*, á que se quieren reducir todos los fenómenos electro-magnéticos? Puede verse para más detalles de esta teoría de la *correspondencia* de los fenómenos y de la *correlacion de las fuerzas*: Th. *Ribot L'Heréditè*, pág. 353.

ca, no contradicha hasta el dia por ninguna experiencia, pues se halla fuera de toda duda que llega toda la concrecion de la vida corporal y la del mundo exterior al alma mediante la *sensacion* y vá toda la discrecion de la vida espiritual, desde la fantasía en su relacion con los nervios aferentes y eferentes al cuerpo, mediante el *movimiento psico-físico*. Sensacion y movimiento psico-físico como hechos primarios en que se manifiesta toda la vida humana: hé aquí resultados incontrovertibles hoy en la psicología contemporánea, que ha de resolver después el dificilísimo problema de averiguar el alcance que en esta correlacion de elementos tienen la conciencia y la libertad como caractéres irreductibles del alma humana. (1)

¿Quién podrá culpar al pensamiento humano de atrevido al suponer que son tales caractéres representacion viva de la energía virtual y de la personalidad humana? ¿Quién será después tan miope que no pueda presentir que las corrientes de la ciencia contemporánea lleguen á concebir y explicar la vida humana mediante un *principio real*, de que adquiere conciencia el individuo, y á cuya produccion libremente colabora en el decurso del tiempo?

Estas fases, aunque nuevas, muy extendidas, del problema psicológico, contienen gérmenes fecundísimos que no pueden desatenderse en ningun trabajo de psicología y que facilitan la solucion de la más grave dificultad que puede ocurrir en la Psicología general, la de explicar la union del alma con el

(1) Al comenzar las escuelas modernas psicológicas su estudio del hombre desde la concrecion efectiva, en que se muestran los hechos, debidos á los factores, generalmente conocidos con los nombres de alma y cuerpo; al asentar, ante todo, la afirmacion que dejamos indicada, no se hallan todos los pensadores, como pudiera creerse, influidos y áun dominados por el prejuicio de la experiencia positiva; ántes bien, entienden que en la observacion de este fenómeno primeramente antropológico, puede encontrar el pensamiento suficientes y legítimos datos para poder señalar después las notas características y diferenciales entre la realidad concreta y extensa de lo corporal, cuya forma más general de conocimiento es la *adicion* de *cuantum* relativos y homogéneos, y la realidad anímica intensa y condensada en el principio de su energía virtual y cuya forma más general de conocimiento es la *discrecion cualitativa* de los elementos indivisibles del principio anímico.

cuerpo, poniendo límite infranqueable á aquellas escuelas que, aparentando un exagerado radicalismo y cayendo en paradojas injustificadas, alegan como títulos que las avaloran, una claridad de que carecen, y una simplicidad y rigor lógico que no tienen. Tales acusaciones son igualmente aplicables á las exageradas proposiciones del espiritualismo francés y á los principios consignados por todo el pensamiento materialista.

Hemos de permitirnos una segunda observacion respecto á la Psicología general. Cuando trata el autor de los Elementos de Psicología de señalar las *facultades* del alma, pensamos que ha olvidado (pues nos consta que no lo ignora) que la palabra *facultad* ha concitado las iras de todos los pensadores conocidos con el nombre genérico, aunque sin significacion precisa, de *positivistas*. Verdad es que ha sido sustituida, con visible inconsecuencia, por la de *série de fenómenos;* pero sin reñir batallas por nombres, bien merecia el asunto algun exámen, hecho con toda la discrecion y el buen talento del señor Lopez Muñoz, sobre el sentido que pueda tener la palabra *facultad*. ¿Son las facultades anímicas entidades abstractas, áun como dice el autor, principios de los hechos espirituales, susceptibles de romper la individualidad anímica, de hacer cesar la persistencia simple y homogénea del alma humana? ¿Equivalen las facultades á ideas indeterminadas, ó potencias abstractas que huyen, ó por lo ménos repugnan la concrecion del fenómeno? Si tal es el pensamiento implícito en la obra, renacen las antiguas objeciones del Nominalismo, robustecidas con la crítica poderosa de la escuela positivista, y es preciso concluir afirmando que el contenido originario del alma humana es un *flatus vocis*, una *idea subjetiva*, que dicen los positivistas con cierto aire de triunfo y menosprecio.

Si unimos la especulacion con la experiencia—criterio que no puede perderse de vista y que hará cesar la infundada division de la psicología en empírica y racional; — si recordamos las rectificaciones que en la historia del pensamiento ha sufrido la idea relativa al contenido específico del alma; si, en

una palabra, desechamos por insuficiente y parcial el sentido que se desprende de toda la escolástica y que condensa Descartes, diciendo que *el alma es pensamiento* y que eleva á principio metafísico Hegel, afirmando que *el espíritu es la idea*; si tenemos en cuenta el dato inestimable de Kant, que en sus dos críticas—la de la Razon pura y práctica—declara que la realidad del alma no puede identificarse con la de la inteligencia, ni ménos con la voluntad, como entienden sus pretendidos discípulos los pesimistas, podremos autorizadamente sentar que el alma, cuya cualidad fundamental *es la conciencia*, se pone en relacion, ya consigo misma, ya con los objetos exteriores, merced á dicha condicion, que se percibe lo mismo en concepcion *a priori* que en observaciones *a posteriori*. Puesta el *alma misma en relacion*, sin jerarquías pueriles de lo *a priori* ó de lo *a posteriori*, recibe los objetos con que se une á la vez y de un modo indivisible, en la concrecion efectiva con que dichos objetos la *afectan*, y en la *discrecion* interior que los elementos de dichos objetos ofrecen, de tal suerte que constituyen modos de relacion ó relaciones—si es que la palabra facultad se pretende proscribirla—iguales en jerarquía, interiores ambas en la conciencia, la *percepcion* (ó conocimiento) con que el alma *fija*, y al fijar vé ó conoce el objeto en la discrecion de sus elementos interiores y la *afeccion* (ó sentimiento) con que modifica el objeto el estado del alma.

¿Valdrán contra semejante aserto objeciones ociosas respecto á prioridad del conocimiento ó del sentimiento? ¿Será preciso desechar distintivos de sensualismo, idealismo y cuantas calificaciones terminan en *ismo?* (1) Creemos que nó; por-

(1) Nada es más contrario á las exigencias de la verdad, que el sentido estrecho y la concepcion cerrada del pensamiento humano en escuela. Acostumbrados los latinos á desestimar el esfuerzo individual, apreciando sólo el social y éste con el mote ó bandera que niega la independiente virtualidad del individuo, nos apresuramos á calificar hombres y cosas con desinencias genéricas, dentro de las cuales se sobrentiende que queda petrificado el pensamiento de cada uno, jurando por la palabra del maestro. Con esto y con atribuir á la persona juzgada una série de conclusiones que nunca le hemos *oido defender*, pero que nos sirven, merced al nombre genérico, para denos-

que, aparte la consideracion nada despreciable de que el pensamiento actual vale por la cualidad que le presta la reflexion personal, sin que tengan significacion alguna los nombres que se le atribuyen, bien puede reconocerse que no *percibe* el alma los objetos, sin que éstos soliciten su atencion al afectarla, y de otro lado, será imposible imaginar que modifiquen el alma los objetos, sin estar presentes ante ella, de suerte que tales relaciones aparecen en un supuesto recíproco, en una correlacion insustituible y en una correspondencia tan marcada, que podrá el juicio de los hombres distinguir y pretender separar cuanto quiera; pero que siempre rectificará la realidad de las cosas, mostrando que ni la *afeccion* produce la percepcion ó idea, ni ésta es causa de aquella. Declaremos, pues, que percepcion y afeccion, ó idea y sentimiento, son relaciones de la conciencia anímica consigo misma ó con los objetos exteriores, que estas relaciones son iguales en jerarquía y de indudable coexistencia y despues de tales declaraciones habremos legitimado todas las distinciones de que son susceptibles.

Como modos originarios de la realidad anímica, el conocer y el sentir (que adquieren efectividad en la percepcion y sensacion), necesita el alma unirse con aquello á que la percepcion la dirige y el sentimiento la impulsa, cuya *relacion dinámica* de toda el alma con la concrecion efectiva de lo percibido y sentido constituye el *acto volitivo*, tendencia ó impulso, segun dice acertadamente Hartmann, á pasar de un estado presente á otro futuro. En la voluntad, relacion de toda el alma

---

tar á nuestro adversario, despertando susceptibilidades religiosas y áun científicas, creemos haber cumplido con todas las prescripciones de la *tolerancia científica*. Protestamos por nuestra parte de semejantes juicios, y deseamos que el pensamiento, en su esfera especulativa, sea juzgado segun su propia ley, que es la única que puede darle cualidad y valor, á saber: *la reflexion* y *el sistema*. Si nos empeñamos en atribuir gratuitamente á los pensadores los motes terminados en *ismo* sin pensar que puede y debe el espíritu reflexivo aspirar á orientarse en todas las direcciones de la humana cultura; si seguimos creyendo que el pensamiento es siempre escolástico, podremos continuar juzgando á la gente y á sus ideas sin necesidad de oir aquellas ni conocer éstas. Quizá gane mucho con tal conducta nuestra incuria; pero no ganará ménos la injusticia, que á veces se llegará á convertir en mala fé.

á su determinacion, forma ó molde en que se manifiesta la actividad espiritual, y cuyo punto de partida es siempre lo conocido en la percepcion y lo amado en el sentimiento, se encuentra además el movimiento ó determinacion necesaria para poder percibir y sentir, cayendo por lo mismo el pensamiento, lo mismo en su experiencia que en su especulacion, en ineludibles repeticiones de términos, cuando tiene que reconocer y declarar que percibimos y sentimos las cosas merced á nuestra determinacion voluntaria, y que queremos aquello que percibimos y sentimos.

Para librarse de semejante circunloquio, hay que asentar la recíproca suposicion de voluntad, sentimiento y percepcion, sin establecer jerarquías, que no consiente la índole del alma; ántes bien se impone al pensamiento como *nexo* de estas relaciones la *personalidad* y la *energía virtual del alma*, que de una manera indivisa percibe, siente y quiere, pues no existe estado anímico en el cual no se encuentren á la vez percepcion, sentimiento y voluntaria determinacion (1).

El plan algo desordenado (por la desigualdad que existe entre la escesiva extension de lo que impropiamente denomina el Sr. Lopez Muñoz órganos y funciones intelectuales de una parte, y de otra la extremada concision con que se trata del sentimiento y de la voluntad) desenvuelto en la Psicología especial, parece revelar que el pensamiento del Sr. Lopez Muñoz se halla aún influido por la pretension há tiempo arraigada en la cultura, de dar cierta superioridad á la inteligencia sobre el sentimiento y la voluntad. Como no se exponen estas tres relaciones fundamentales del alma bajo un mismo plan, como se

(1) Si olvidamos esta recíproca suposicion en que subsisten conocer, sentir y querer dentro de la vida anímica; si entendemos que la discrecion intelectual es fuerza genérica, bajo la cual se ofrece todo objeto al alma, podremos concluir con Descartes que la naturaleza del espíritu es la inteligencia. Por el contrario, si atendemos sólo á la concrecion efectiva con que el alma se mueve y determina formando su carácter y dando relieve á su existencia, llegaremos á afirmar con Schopenhauer que el alma es voluntad. Aun extremando el valor de nuestras afecciones y olvidando la complejidad de nuestros

comienza por la inteligencia y á ella se la concede, con cierto lugar preferente, una extension en el análisis que no se encuentra en el del sentimiento y la voluntad, y como, por último se asienta sólo por incidencia la unidad y simplicidad del alma, creemos muy aventurada la legitimidad con que se afirman después ciertos resultados en la síntesis de las facultades anímicas, señaladamente todos los que hacen mencion de la unidad del alma, que se infiere debe ser unidad intelectual, de la cual son obligadas consecuencias el sentimiento y la voluntad.

Hubiéramos nosotros hecho proceder tal estudio del exámen detenido de una cuestion, que estimamos de capital importancia, si hemos de formar clara idea de la realidad anímica.

Puesto que el alma se une ó relaciona consigo misma y con los demás objetos en conocimiento, sentimiento y voluntad, ¿dónde y cómo recibe lo percibido, sentido y querido? ¿de qué medio ó de qué medios se vale? ¿Acaso sale el alma de sí, pierde su sustantividad y se identifica con la indefinida série de los fenómenos? Este problema, cuya solucion debe aplicarse por igual á la inteligencia, al sentimiento y á la voluntad, no es por lo mismo exclusivamente lógico como se ha pensado al denominarle problema de las fuentes de conocimiento, sinó que es problema primera é inmediatamente psicológico, pues escede de la esfera intelectual, y áun en su trascendencia completa problema ontológico, ya que supone toda la realidad del alma y las relaciones de ésta con el mundo y su Principio (1).

---

estados anímicos, sólo estimados de un modo intuitivo, llegaríamos á las soluciones más exageradas del Misticismo, que se dan la mano, porque siempre los extremos se tocan, con las del *sensualismo*, declarando que en la sensacion se encuentra toda la realidad del alma. Deciden contra tales opiniones lo irreductible de cada uno de estos elementos que constituyen la complejidad del estado anímico.

(1) La cuestion del *medio*, orígen ó fuente de realidad y de toda relacion de la realidad equivale á la del *Principio;* es, en último término, el verdadero problema ontológico, que no es de la competencia exclusiva de la Metafísica, sinó que late en toda cuestion científica, si bien con su carácter propio. Aparte la fecunda elaboracion de este problema en toda la Filosofía alejandrina y

Recibe el alma todo objeto en sí misma y en determinacion análoga á aquella en que el objeto se ofrece. Afirmacion es esta en que convienen unánimemente todos los pensadores; porque si el alma *no está en sí*, se halla distraida, no percibe; si no rehace sobre su impresion, no le afecta por ser poco intensa, ó le produce la anestesia en el caso contrario; y por último, si no impulsa por sí la voluntad, ó no obra ó queda reducida á la condicion de mero agente mecánico. Importa, pues, la declaracion de que el alma recibe todo objeto, al unirse con él, en sí misma, en su *conciencia*, característica fundamental de toda la realidad del alma, que reconocen hoy por igual todas las escuelas psicológicas desde las más idealistas, que atribuyen á tal cualidad una mision semi-divina y genesiaca, educiendo de sí la realidad, hasta las más empíricas, que sólo la encomiendan el pedestre oficio de *sumar* las sensaciones homogéneas y *restar* las diferentes.

---

excepcion hecha de la utilísima aplicacion que de tal problema ha hecho á la vida el Cristianismo con la idea del *Verbo*, se han movido las soluciones científicas de dicha cuestion dentro de los dos polos contrarios, en que se manifiesta todo el pensamiento humano. De un lado, las escuelas idealistas, poseidas de un menosprecio injustificado de la realidad efectiva, han prescindido del mundo de los fenómenos y han inquirido la contestacion á tal problema en la realidad del sujeto, que adquiere idea del medio ó por intuicion inexplicable ó por virtualidad impuesta á los fenómenos en el pensamiento, considerando todos los medios como poderes exclusivos del sujeto. A su vez las escuelas empíricas han prescindido de todo lo que no sea el fenómeno y han emprendido la ímproba tarea de referir toda cuestion de principios á procedencias y orígenes históricos, á sucesion y série entre los fenómenos, llegando cuando más á exagerar las influencias del *medio natural* y cayendo en la infundada teoría del *determinismo*. Rectifica hoy el pensamiento contemporáneo estos dos sentidos parciales y erróneos, anhela aplicar á la solucion del problema el criterio, que ya acepta para resolver el problema lógico, y uniendo la especulacion con la experiencia, trata de no perderse en idealismos sin consistencia y á la vez no dejarse dominar por un exagerado empirismo, cuya consecuencia final es idéntica á la idealista. Allí, donde comienza la vida propiamente anímica, en la conciencia, á la cual concurren las libres concepciones de la razon con las experiencias fenomenales, debe inquirirse el medio ó principio de la realidad y de sus relaciones; medio, cuyo valor y existencia escede de los términos y de su relacion, y que cual verdadera cópula entre ellos se ofrece como coparticipacion de uno á otro término. Reconocida tal coparticipacion entre los términos relacionados en el medio, ha de hallar á la vez la reflexion y confirmar la experiencia, la discrecion cualitativa de cada término y áun de cada relacion; de modo que el medio es juntamente principio de la realidad y base de su individualizacion efectiva, advertencia importante para poder librar el pensamiento de la *falsa identidad* del Panteismo.

A precisar la significacion real de la conciencia, á mostrar cómo en ella se ofrece todo un conjunto ú organismo de medios, segun los cuales recibe el alma su realidad y la de todo otro objeto, lo mismo en conocimiento que en sentimiento y voluntad, deben consagrarse, segun nuestro humilde juicio, diligentes observaciones y discretos razonamientos que dejarán implícita en el decurso del plan la importantísima afirmacion de que merced á esta cópula que se establece del alma con la realidad, y vice versa, expresa el hombre individual y socialmente, es decir, con iniciativa propia y segun influencias universales, toda su vida psico-física en una colaboracion contínua del impulso y energía propia de nuestros movimientos interiores con la sensacion, segun la cual recibimos concretamente toda la realidad que nos circunda.

Con tales precedentes exige el contenido del alma ser considerado en la psicología especial bajo un plan de todo punto semejante en el conocimiento, sentimiento y voluntad, como base imprescindible para justificar después la síntesis anímica, cuya condicion fundamental es el concierto y armonía que revela en el alma. A este fin creemos nosotros que, para evitar la difusion de la antigua escuela escocesa, que pretendia encontrar para cada fenómeno una facultad especial, (1) se deben analizar las relaciones primordiales del alma bajo tres aspectos, aplicables igualmente á todas. Ha de examinarse, ante todo, lo que tienen de *propio* y *característico* dichas relaciones, consideradas en sí mismas cada una y áun en su distincion con las otras dos. Que sean conocer, sentir y querer como algo propio del alma é inherente á ella, y cuál puede ser la *característica* de cada uno de estos modos de relacion, como otras tantas manifestaciones de la realidad del alma, que brotan del seno de la conciencia y á ella refluyen enriquecidas con el trabajo de la reflexion, es el primero y más importante

(1) En este supuesto se ha dicho, no sin fundamento, que la ciencia de alma, tal como la concibe la Escuela escocesa, parece una *Psicologia feudal*

objeto de exámen de la psicología especial. A él debe seguir el análisis del aspecto ó *elemento activo* en que conocer, sentir y querer se ofrecen, siempre como relaciones *receptivo-activas* donde el medio desempeña su intervencion insustituible, y la vida individual del alma, al parecer influida por todas las condiciones circundantes, muy especialmente por las que inmediatamente ofrece el cuerpo, se constituye como una obra, á la cual colaboran á la vez la libre iniciativa del sujeto y las múltiples influencias, bajo las cuales este se mueve mediante la educacion, círculo social, costumbres privadas y públicas, etc., etc.

Consecuencia de tal colaboracion, que no obra exclusiva del sujeto, es el *estado* ó *posicion*, en que concretamente podemos y debemos observar la realidad del alma en sus percepciones múltiples, en sus indefinidas sensaciones y en sus variados actos volitivos. Y como por encima de todas estas observaciones, y penetrando la realidad específica de cada uno de dichos estados, puede sorprenderse, ya implícita, ya explícita, la cualidad consciente del alma, á dicha cualidad, como la condicion persistente de nuestro espíritu, deben encaminarse cuantas reglas y preceptos queramos educir del estudio psicológico para aplicarlos á la práctica de un modo reflexivo.

De esta suerte nos permitimos creer que puede hacerse un análisis casi concéntrico del conocer, sentir y querer, que facilita en sumo grado deducir conclusiones aplicables á nuestra vida, cuya tendencia principal en este punto debe ser convertir la realidad del alma, que se manifiesta de un modo espontáneo en todo hombre á la cualidad que le caracteriza, á la *reflexion consciente*, á adquirir dentro de nuestro límite lo que alguna vez llaman los positivistas el *don de la prevision*.

Algunas y muy graves omisiones notamos en el libro del Sr. Lopez Muñoz en la última parte denominada *síntesis anímica*. En primer lugar, como no se sigue un plan idéntico en el estudio del conocer, sentir y querer, la síntesis que se pretende hacer de estas relaciones es algo violenta; además, al tra-

tar de los llamados *modos individuales del espíritu* no encontramos ninguna advertencia respecto á la generalísima observacion de que tales diferencias individuales (carácter, temperamento, sexo y aptitud) son precisamente punto de arranque para las más íntimas y vivas uniones sociales, sin que sea cierto que haya sólo en el alma diferencias y oposiciones, pues la verdad es que crecen en la misma progresion el relieve que adquieren tales diferencias y la intimidad con que se unen, por ejemplo, los individuos buscando completarse entre sí. Por tal razon es la amistad lazo de más íntima union cuanto más contraste ofrecen los caractéres de los amigos; por tal motivo es el valor moral que acusa el temple del alma amparo generoso del débil, como es invencible la tendencia á la union de los exos y es inevitable tambien el complemento de las distintas aptitudes mediante el cambio de servicios que supone la division del trabajo.

Aún ménos justificable nos parece la omision de algunas consideraciones relativas al *lenguaje*, donde se revela, quizá mejor que en ningun otro hecho, la union del alma con el cuerpo.

Dado el carácter antropológico que la Psicología vá tomando en todos los pensadores, reconocida en la observacion la universal coexistencia de cuerpo y alma en todos los actos de la vida humana, es hoy ya punto ménos que imposible prescindir de las conclusiones, por lo ménos más fundamentales, de la observacion fisiológica, para conocer la realidad del alma. Desde luégo, pensamos que es de imprescindible necesidad que todo estudio psicológico se haga en vista de este otro factor insustituible de la vida humana, es decir, sin olvidar la naturaleza del cuerpo. Y á este fin, presumimos que habria de ser por demás conveniente, pues la literatura psicológica tiene la pretension de llegar á constituir la Psicología comparada, terminar con un estudio sobre el *Instinto*. Parece predominar éste en las funciones que se refieren más íntimamente á la conservacion del cuerpo y pretenden algunos salvar

mediante tal puente levadizo, el abismo que ha establecido de tiempo inmemorial la cultura entre la animalidad y la racionalidad. Salvo mejor parecer, y razones que hasta ahora no hemos hallado convincentes, aún seguimos creyendo que en un estudio meditado del Instinto (cuanto el asunto lo permite), puede y debe hallarse distincion nada despreciable entre el alma del animal y la del hombre.

Muchas definiciones se han dado del Instinto, sin que ninguna de ellas contradiga las demás, revelando tal vez así que más que definiciones son cada una exposicion de un carácter del Instinto. Como su carácter más saliente es el de que en el instinto la luz de la conciencia sufre una especie de eclipse, como en la série de fenómenos instintivos sólo se descubre la penumbra, que en muy pequeña parte disipa la reflexion personal, nada tiene de extraño que no se llegue á definir de un modo exacto lo que es el instinto. Se compone el instinto, segun Hartmann (1), de actos en que, al perseguir un fin inconsciente, ponemos conscientemente medios para dicho fin. Cual forma inconsciente de la inteligencia, determinada por la organizacion, considera Ribot el instinto (2). Reduce Darwin, y con él todos sus partidarios, el instinto á un conjunto de hábitos, trasmitidos hereditariamente y adquiridos mediante acciones reflejas. A la identidad de la organizacion refiere monsieur Joly (3) la identidad de los instintos.

Pueden aducirse múltiples datos que prueban cómo la identidad de los organismos no supone la de los instintos; pues áun cuando la organizacion física acuse cierta predisposicion ó aptitud para determinados actos, son indefinidas las formas en que se manifiestan estos mismos actos (4) en el distinto

(1) *Philosophie de l'Inconscient.* T, I, pág. 99
(2) *L'Heredité*, pág. 29.
(3) H. JOLY. *L'Instinct. Essai de Psychologie comparee.*
(4) HARTMANN, pág. 89.

canto de los pájaros, en la diferente manera de tejer tela las arañas y en otra porcion de casos. Nos parece que, aparte el prejuicio materialista que supone la identificacion del instinto con la organizacion física, se cae además en el injustificado olvido de la influencia innegable del *medio natural* en la aparicion y áun conservacion de los instintos (1).

Cuando se observa que realizan actos instintivos el hombre y los animales con completa abnegacion y hasta con el sacrificio de la existencia, es preciso negar que el instinto proceda del egoismo, como parece indicar á veces Mr. Joly. En los actos instintivos que luchan con determinados obstáculos (la araña tejiendo constantemente su tela hasta morir, el hombre arrastrado á extremos peligrosos), como falta la discrecion reflexiva del pensamiento, desempeña un papel capitalísimo el sentimiento, impulsando al individuo al sacrificio á la ley general de su naturaleza, como acontece en el cariño *entrañable* de la maternidad, como se observa en el amante desesperado que pierde la razon, y en otros casos de la vida animal (2). No debe, pues, olvidarse la existencia indudable de tal factor *la accion inmediata del Todo en el individuo* en los actos instintivos.

Así es que para nosotros *los actos instintivos son los ejecutados por el individuo, impulsado por las exigencias de su naturaleza, que obedece á la influencia del Todo, y cuya tenden-*

---

(1) «La observacion nos enseña que no es absoluta la corelacion de los »instintos con los órganos y que puedan existir individuos con igual organi- »zacion é instintos diferentes y tambien con instintos iguales y organizacion »distinta.»

RIBOT.—*L'Heredité*, pág. 32.

(2) Esta accion persistente del instinto, áun contra el placer del individuo, dimana de la mayor intension de la accion debida al Todo, que es el fin implícito é inconsciente que mueve los actos instintivos. ¿Cómo explicar en el caso contrario el hecho citado por Hartmann que constituye una especie de ciencia innata de terapéutica en los perros que comen hierba para excitarse el vómito? No puede explicarse tal hecho por ciencia innata, sinó porque siempre se distingue en el instinto, por cima de todos sus caractéres, la accion del todo que ejerce una poderosa influencia en el individuo, señaladamente en lo que se refiere á la conservacion de la vida.

cia final, inconsciente ó espontánea en el sér instintivo, persigue la conservacion del individuo y de la especie (1).

Si concebimos que todos los séres, bajo cierto principio de homogeneidad, representan como tonos distintos de la existencia, comprenderemos cómo inicia el individuo, á veces luchando contra obstáculos del mundo exterior, sus actos instintivos, cumpliendo la ley general de su naturaleza, del todo ó especie á que corresponde y del medio natural que le circunda.

Además, como el instinto es innato, pues no procede de la experiencia, queda reducido principalmente en el animal á desenvolverse dentro de límites infranqueables, á saber, los que desde luégo indican el conjunto de sus órganos y las ineludibles exigencias del medio, dentro del cual se desenvuelve el animal.

«Existe, dice Mr. Joly (2), un hecho que el sentido comun y »la más vulgar observacion pueden verificar, y es el de que los »animales no fabrican como nosotros aparatos ó utensilios na»turales y se sirven únicamente de los que encuentran en sus ór»ganos; así es que el *animal se halla reducido á servirse de ór»ganos de una naturaleza determinada y circunscrito por tanto »á un género de vida especial, sin que le sea posible otra.*»

Supuestos tales límites, ya se concibe fácilmente cuál será el carácter del instinto en el animal. Los instintos de los animales son *uniformes* y *estáticos*, de tal suerte que áun exagerando la influencia de las causas que los modifican, á saber: el *medio* y la *domesticidad*, nunca se observa que sea trasmisible lo adquirido por el animal en el instinto, pues éste depende con solidaridad invencible de las condiciones generales del

(1) Es el instinto, ante todo, como ya decia Aristóteles, un modo de la actividad; pero la causa determinante—no la ocasional—de los actos, se encuentra en el todo á que el individuo pertenece. No hemos de definir lo que entendemos aquí por *Todo*, bajo cuya idea abrazamos desde el medio ó conjunto de condiciones naturales que nos rodean, y desde la suma de relaciones en que nos movemos, hasta las circunstancias en que podemos encontrar cualquier expansion ó dilatacion de la individualidad.

(2) H. JOLY.—*L'Instinct*, pág. 36 y 50.

medio á que debe su existencia. Ya lo presiente el sentido comun, cuando afirma «que la cabra siempre tira al monte.»

Jamás se citarán casos convincentes en que el instinto sea trasmisible de individuo á individuo entre los animales; de modo que la importancia que se atribuye á la herencia es por demás problemática, lo mismo se la limite á ser *conservadora* y *trasmisora* de instintos adquiridos, que *creadora* de nuevos instintos, como pretende el trasformismo. Que se suprima la accion incesante de la naturaleza del individuo con todas sus necesidades y la influencia contínua del medio natural y no podrán explicarse los actos instintivos.

Aun en la misma especie es cuestionable si el instinto se adquiere ó nó por los animales y se somete después á la herencia. Partidario tan decidido como Mr. Ribot de tal principio, declara que la regla abunda en excepciones y que es menester suponer influencias persistentes (las de la naturaleza y el medio) durante varias generaciones (1); podemos, pues, declarar que el instinto es en el animal *uniforme* y *estático*, ya que pende en absoluto del medio y condiciones naturales á que se le sujeta.

Ahora bien: la organizacion del hombre, que es una síntesis de todas las fuerzas físicas; el cuerpo humano, que es un microcosmos que lleva en su complicado organismo la condensacion y combinacion perfecta y adecuada de todos los elementos naturales, no manifiesta sus instintos en una solidaridad tan invencible con el todo, ni ejecuta los actos instintivos segun un mecanismo tan fatal como aquel á que obedecen los demás séres. Verdad es que no puede el hombre violar en absoluto las leyes generales de su constitucion; pero tambien es cierto que puede recibir la influencia y solicitud del todo, modificándola y adaptándola en parte á su iniciativa propia, con-

(1) En el animal es modificable el instinto sólo en ciertos límites y cuando está sometido á influencias poderosas y persistentes.»—RIBOT, *L'Heredité*, página 24.

virtiendo el instinto en *dinámico* y áun mediante la influencia de su racionalidad, en *perfectible* y *progresivo*.

Lo mismo, si se limita el instinto, como quiere Darwin, á las acciones reflejas, que si se extiende á lo llamado por Hartmann fenómenos de la inconsciencia, siempre se halla que el hombre modifica y mejora su instinto en los actos que parecen arraigados en la vida corporal y en los fenómenos de la espontaneidad é inconsciencia del alma. Ejemplos elocuentísimos de ello ofrecen los caractéres enérgicos que modifican á veces hasta su idiosincracia física, gracias á la reforma de los actos instintivos, como le sucedió á Gœthe, venciendo su predisposicion al vértigo, recorriendo altos chapiteles de torres al descubierto, buscando en la guerra lo que llamaba la fiebre del cañon, etc., etc.

Con tal distincion, no tenemos inconveniente en aceptar, hecho caso omiso de su interpretacion y alcance, la definicion que hemos indicado dá Hartmann del instinto; porque áun cuando este pensador concede sólo cualidad consciente al medio, y se la niega al fin que se ejecuta, tambien declara (1) que el medio es la causa eficiente del fin. Dado el carácter dinámico del instinto en el hombre, si el medio es cada vez más consciente, llegará á convertirse el fin de inconsciente en consciente, merced al mayor progreso de la conciencia de los medios.

Así considerado el instinto en el hombre, pretendemos hallar una distincion imborrable entre su naturaleza y la del animal, pues como el instinto es dinámico en el primero y acrecienta su iniciativa, porque condensa en su organizacion todas las fuerzas naturales, sigue siendo la prestacion de los medios (usando el tecnicismo de Hartmann) para el fin, mision propia del individuo, que aspira en tendencia inconsciente al fin, y continúa el cumplimiento de dicho fin, sien-

(1) *Philophie de l'inconscient*, tomo I, pág. 49.

do obra á que coopera con el individuo, el Todo. A medida que el individuo adquiere más clara conciencia de los medios, se dispone á conocer el fin, convirtiéndole en consciente, que es quizá uno de los signos más precisos de la perfectibilidad del hombre, el cual educe de las sombrías regiones de lo inconsciente las luces de lo consciente.

Sin extender más estas consideraciones, es justificada la afirmacion de que en la universal coexistencia de alma y cuerpo en los actos humanos, se manifiesta siempre el sello propio de la realidad anímica, influyendo áun en aquello que parece más característico del cuerpo, modificando sus actos instintivos y convirtiéndolos en reflexivos. Así es que, supuesta la inmanencia del todo en el individuo (1), aparece la vida del hombre como obra, á que cooperan juntamente el nidividuo y el todo. Crece con el poder reflexivo la iniciativa del individuo y con ella la posibilidad de contradecir la ley general del todo, áun cuando aparente seguirla, que por eso el hombre tiene el privilegio de ser *hipócrita*, y tambien la obligacion sacratísima de concertar su libre iniciativa con la accion constante del todo, revelado al hombre en forma de ley. Ascender, pues, desde la vida espontánea, desde la existencia instintiva á la vida consciente mediante la reflexion y concertar su libre iniciativa con la ley general de su naturaleza; tal parece ser el fin del hombre, á distincion del propio del animal, cuyo instinto es estático y cuya aparicion y desarrollo proceden de una accion directa y casi mecánica del medio natural.

Esta distincion cualitativa que hallamos entre la vida anímica de los demás séres y la propia delhombre, es de gran importancia para poner coto á pretensiones atrevidas que se inician en algunos ensayos de Psicología comparada. Muchas y

(1) Sólo la solucion del problema del medio, puede dar precision á este aserto de la inmanencia del todo en el individuo, cuya verdad puede comprobarse fácilmente en cada hombre áun experimentalmente, si bien no debe olvidarse el carácter propio de la inmanencia por lo que se refiere á la realidad anímica.

muy útiles consecuencias pueden deducirse de semejante distincion; pero fiamos en que las deducirá la buena discrecion del lector, de quien solicitamos, lo mismo que del Sr. Lopez Muñoz, indulgencia por nuestro atrevimiento en enunciar tantas y tan graves cuestiones en el corto límite de un artículo.

LECCIONES SUMARIAS DE PSICOLOGIA

por Francisco Giner, Eduardo Soler y Alfredo Calderon, profesores en la Institucion libre de Enseñanza.—Segunda edicion; Madrid, 1878

Más difícil que la confeccion de una obra magistral, donde no tienen límite fijo la libre idealidad de la especulacion ni el incesante progreso de las experiencias diarias, ha sido siempre la empresa de dar por concluido un libro elemental, cuya naturaleza compleja exige mucha discrecion para ponderar las múltiples trabas que la claridad excesiva de su asunto, la poca extension de su desarrollo y el peligro del abuso en el tecnicismo requieren de consuno.

A estos obstáculos, ya por sí respetables, hay que añadir, cuando se trata de un libro de Psicología, el no ménos atendible del *estado crítico* y de verdadera elaboracion, en que se hallan hoy todos los problemas, referentes al conocimiento del hombre. Sea efecto de cierta exageracion del empirismo, impotente por sí para concebir la realidad anímica; sea resultado de los progresos indudables, que la fisiología aporta á la cultura para el más exacto conocimiento del hombre; ya se acepten ó rechacen inducciones audaces, que la experiencia fisiológica infiltra diariamente en la antigua concepcion de la

naturaleza humana; ora se mueva el pensamiento en su natural preferencia á la especulacion; ó bien se incline la observacion á detalles minuciosos, es lo cierto que la Psicología se halla á la hora presente en una renovacion de ideas y conceptos tal, que áun el nombre mismo de esta ciencia, y por tanto la extension y alcance de su asunto, se encuentran puestos en tela de juicio. Ejemplos de ello, hoy ya generalmente conocidos, son los nombres distintos que vienen dando los pensadores á sus disertaciones psicológicas, segun el punto de vista, de donde parten para sus estudios; así es que miéntras Lotze tiende á *espiritualizar la naturaleza* más que á materializar el espíritu en lo que denomina *Psicología fisiológica*, tendencia semejante á la de Fechner en sus estudios de *Psicofísica*, los más decididos partidarios del primitivo sentido positivista pretenden, más que identificar, subordinar la vida psíquica al mecanismo físico, como puede notarse en la *Psychologie realiste* de Sierebois y en la *Physiologie de la volonté* de A. Herzen. Al lado de esta literatura fecunda en puntos de vista y delicadísimas observaciones, sigue la antigua escuela del dualismo con Joly, Tissot y otros, intentando ensayos de Psicología comparada y de Antropología psíquica y esforzándose por mantener una mal entendida independencia de la racionalidad humana frente á la realidad concreta, que por lo compleja y extensa precisa ser reconocida como elemento (y no como simple condicion) que coopera á toda manifestacion de la vida.

Ante estos nuevos horizontes, que descubren á la vez la especulacion y la experiencia, aunando sus esfuerzos y sumando resultados que se obtienen como incontrovertibles, importa muy principalmente, cuando se trata de hacer un libro dedicado á la enseñanza elemental (más que declararse por un sentido contra otro, ó llevar el pensamiento á preferencias escolásticas, decidiendo presuntuosamente problemas aún no resueltos), colocar desde luégo la atencion del lector dentro de este *mundo*, inagotable de reflexion y de verdad, exponiendo con

circunspeccion los nuevos progresos de la ciencia y de la filosofía, y dejando entrever los problemas que aún quedan por resolver. De esta suerte, el libro elemental puede llegar á ser fructuosa preparacion para estudio más detenido, sin encerrarse, como otros, en un nominalismo infecundo ó en una híbrida repeticion de asertos vulgarísimos, que no se rozan para nada con los problemas capitales de la ciencia y de la vida.

Cumple, segun las dejamos indicadas, aquellas valiosas condiciones, el libro de que nos ocupamos, las *Lecciones sumarias de Psicología*, como puede convencerse de ello cada cual, ó leyéndole detenidamente, ó prestando alguna benévola atencion á lo que hemos de decir respecto á su exposicion y crítica.

Declara el Sr. Giner en su libro que son fuentes para el conocimiento del alma la conciencia en su pleno sentido y la experiencia. Muéstrase en parte receloso el autor respecto á las decisiones de la experiencia, en cuanto se refiere al conocimiento del alma, y corre el peligro de que los prendados de la ciencia novísima le tilden de idealista y de metafísico, motes que equivalen hoy (pues tambien la ciencia es víctima de las veleidades y coqueterías de la moda) á los de espíritu anticientífico, inteligencias poéticas, etc., etc.

Creemos que el autor ha dejado, con una circunspeccion laudable, intacto el problema crítico del conocimiento; pero que lo resuelve concretamente, aplicándolo á la exposicion de su libro en un sentido, que no puede ofrecer escrúpulos, áun al más celoso partidario de los fueros de la experiencia. Invadida al presente toda la cultura de un criticismo exagerado, cuyo valor definitivo no se puede aún apreciar, entendemos que el conocimiento de nosotros mismos es un conocimiento que se forma, usando una frase de Kant, mediante la construccion sucesiva del concepto, á cuya ampliacion contribuyen por igual las intuiciones internas y las experiencias fenomenales, sin que pueda precisar fijamente el espíritu más agudo hasta qué punto rectifica la experiencia lo especulativo,

ó viceversa. Bajo tal supuesto, presumimos que está confeccionado el libro del Sr. Giner (y sentiríamos interpretar mal su pensamiento, que tanto respeto nos merece). Al aunar la especulacion y la experiencia, obtiene el pensamiento la valiosa condicion de librarse de sentidos escolásticos y de emanciparse de ideas preconcebidas, que agotan la virilidad intelectual y sumerjen la atencion en un dédalo de confusiones y círculos viciosos de que jamás salen empíricos é idealistas.

No toleran los tiempos que alcanzamos, enemigos de lo dogmático, ni consiente la contínua evolucion y progreso del pensamiento una concepcion sintética de la realidad, cuyos infinitos aspectos más precisan discrecion suma y delicado análisis que gigantescas y geniales construcciones, á las cuales dió la última mano el prodigioso ensayo de Hegel. Contemplando semejante estado del pensamiento humano, que acusa en el fondo un progreso indudable, hay que declarar lo difícil, quizá imposible que es, áun dotada el alma de mirada de águila, abarcar de una sola ojeada los múltiples prismas en que la realidad se ofrece. Ante dicha imposibilidad puede exclamar el espíritu reflexivo y prudente con aquel grande escritor, extasiado ante la magnificencia de Roma, que lo majestuoso del asunto pide un silencio pitagórico. Observémosle, por tanto, respecto al más vital problema de la ciencia, que no puede ser resuelto en una obra elemental y que nada gana en precision y claridad con decidirnos por una de las muchas escuelas en que se divide el pensamiento contemporáneo, y sigamos camino ménos pretencioso, el que nos indica la infatigable laboriosidad del Sr. Giner, tratando de poner al alcance de todas las inteligencias las verdades ménos cuestionables de la psicología, mediante la reflexion de cada cual y el exámen del rico tesoro de las experiencias.

Toda la primera parte del libro del Sr. Giner, *Psicología general*, está confeccionada segun un plan rigurosamente didáctico y al cual nada tenemos que objetar, pues nunca se vé que salga el pensamiento del órden sistemático que la enseñanza

elemental requiere. De un análisis conciso del cuerpo y del alma infiere el autor, como resúmen de dichos precedentes, que el alma es en el hombre la *realidad consciente* y *libre*, qué vive en íntima union con el cuerpo.

Estudiando detalladamente la vida de union del alma con el cuerpo, dando á todo su trabajo un carácter marcadamente antropológico, superior al del dualismo reinante hasta hoy, y utilizando con suma discrecion los adelantos modernos de la psico-física, ha llegado el Sr. Giner á escribir en esta parte de su libro páginas de un mérito innegable, condensando en ellas los resultados más fecundos de la especulacion y de la experiencia, como preparacion obligada para que el hombre se conozca á sí mismo. Sin embargo, si nos es permitido presentar alguna objecion, advertimos que el estudio de esta vida de union de alma y cuerpo se hace todavía, influyendo en el autor quizá una exagerada preocupacion dualista; y ante ella quedan estériles todos los progresos de las ciencias psicológicas, como sabe el Sr. Giner mejor que nosotros. No pretendemos que un libro elemental de psicología resuelva de plano el dificilísimo problema del Monismo; entendemos, por el contrario, que la metafísica tiene que verse reducida por hoy al silencio, hasta que se amplíe y complete el nuevo concepto de la realidad; pero no creemos por esto que pueda ni deba darse como incontrovertible una distincion radical y casi una separacion implícita entre alma y cuerpo. Con tal separacion se escinde y divide el concepto al hombre, cuya realidad se reconstituye merced á una oposicion intelectual.

Cuando el Sr. Giner caracteriza (páginas 61 y 62) la diversa naturaleza específicadel cuerpo y del alma y señala su discordancia, parcial desarmonía y áun dualidad, afirma después algo desautorizadamente la unidad de la vida humana. La discordancia existe, es cierto; pero tambien existe entre la inteligencia, el sentimiento y la voluntad, segun lo expresaba el poeta latino en el *video meliora proboque deteriora sequor*. A nadie ocurrepensar que haya por esto separacion entre la in-

teligencia y la voluntad, ni que exista estado anímico que no sea determinado en su contenido por lo intelectual y volitivo. De igual suerte, áun en los estados de mayor desequilibrio entre el alma y el cuerpo, ambos por igual y en virtud de su union, son co-determinantes de tales estados.

No tiene ya nada de hipotética la afirmacion de que toda modificacion anímica supone otra corporal, y viceversa, siendo por tanto coeficientes obligados para la produccion de todo hecho humano el alma y el cuerpo, sin que sea objecion valedera contra dicho aserto la de que puedan darse casos en los que la observacion no llegue á discernir dicha correspondencia, pues nos parece prueba legítima la de que siempre que la experiencia ha podido penetrar en esta delicada urdimbre que teje la union de alma y cuerpo, se ha hallado dicha correspondencia. Ignoramos, por tanto, el fundamento con que el Sr. Giner afirma (pág. 63) que el ciclo psico-físico no recorre siempre toda modificacion corporal ó espiritual.

Con más placer que hemos hecho las anteriores advertencias, consignamos que nos parece intachable cuanto dice el Sr. Giner respecto *al ciclo psico-físico*, pues más nos seduce poner nuestro pensamiento en conformidad con el del señor Giner que disentir de su siempre ilustrado dictámen. Es efectivamente incuestionable, dados los modernos adelantos de la psico-física, que toda la complexion de la vida humana se halla constituida por la *sensacion*, en que el alma recibe las modificaciones corporales, y por el *movimiento*, en que el cuerpo expresa los estados anímicos. A este fin, y con motivo semejante al que nos mueve á trazar estas líneas, hemos dicho ya en otra ocasion (1): «Llega toda la concrecion de la vida corpo»ral y del mundo exterior al alma mediante la *sensacion*, y vá »al cuerpo toda la discrecion de la vida espiritual (desde la »fantasía en su relacion con los nervios aferentes y eferentes) »mediante el *movimiento psico-físico*. Sensacion y movimien-

(1) V. pág. 216.

»to psico-físico, como hechos primarios en que se manifies-
»ta toda la vida humana: hé aquí resultados incontrovertibles
»hoy en la psicología contemporánea que ha de resolver des-
»pués el dificilísimo problema de averiguar el alcance que en
»esta corelacion de elementos tienen la conciencia y la liber-
»tad como caractéres irreductibles del alma humana.»

Desearíamos librarnos, ante declaracion tan explícita, de acusaciones injustificadas, con las cuales se pretende juzgar de una vez el pensamiento de los demás, atribuyéndole consecuencias espeluznantes, que representan absurdos políticos y sociales, y quisiéramos á la vez librar de las mismas inculpaciones el libro del Sr. Giner, siquiera no precise personalmente dicho señor para todo aquel que no es preocupado y le conoce, más que poner de relieve el elocuente testimonio de su laboriosa existencia y de su inmaculada honradez. Cuando afirmamos como hechos primarios de la vida humana la sensacion y el movimiento, no declinamos en el sensualismo, ni en el dinamismo, ni en ningun *ismo*; pues, dejamos ya consignado, corrigiendo en parte el error de los sensualistas, y áun el de los cartesianos (para los cuales el alma es sólo inteligencia), que la cualidad fundamental del alma es la conciencia, y que mediante ella, y gracias á la evolucion y desarrollo de sus potencias, educe del fondo de lo concreto y solidario que la sensacion le ofrece, lo discreto y lo consciente, que guía y dirige al hombre y le faculta para mantener su libertad en el mundo.

De tal suerte, queda claramente expresado que la vida del alma comienza y continúa su evolucion en la conciencia, sin la cual no se concibe ninguna existencia individual; pero la conciencia educe de su propio fondo (y lo mismo nos referimos en esto al contenido del alma que al del cuerpo), y áun de lo exterior lo concreto y lo real que ímplicitamente se le ofrece conglobado en la sensacion. La discrecion de los múltiples elementos que en lo concreto se ofrecen, el reconocimiento de la solidaridad de estos mismos elementos en sí inse-

parables, y la condensacion de todos sus caractéres más salientes en un tipo ideal (1), constituyen la funcion primordial de la existencia del alma: y á ella contribuyen por igual determinaciones sensibles, intelectuales y volitivas. En rítmica correspondencia con la sensacion, que para el alma no representa sólo receptividad, se produce el movimiento de expresion y manifestacion, á que se sujeta la depuracion de los elementos sensibles. De todo cuanto dejamos indicado ofrece multitud de ejemplos la experiencia propia, y sobre todo la observacion detenida de las primeras manifestaciones anímicas en el niño.

No pierde el alma ninguna de sus cualidades superiores, ni padece su espiritualidad menoscabo, porque se reconozca su convivencia perenne con la realidad corporal, y mediante ella con la del mundo exterior, y de este modo nos explicamos el empeño de muchos psicólogos modernos (Lewes, Grote, Wundt y otros) de no declararse espiritualistas ni materialistas.

Dejando aparte el problema metafísico, que late en el fondo de estas indagaciones, problema extraño á un libro elemental, resulta que no debemos concebir el alma como sér extraño á la realidad del hombre, planta exótica, mantenida en estufa ó elemento desterrado á regiones inferiores y recluido en prision; sinó que el alma existe y vive más y mejor cuanto más abre sus poros á las legítimas y naturales influencias del cuerpo y del mundo exterior, y que áun en aquellos estados, en que más parece divorciarse del cuerpo y de su vida, lo hace solicitada precisamente por motivos que constantemente le ofrece el cuerpo mismo, como puede observarse en el suicidio determinado por un grave padecimiento físico ó en el invencible deseo de manjares, perjudiciales á la salud y ardientemente requeridos por afeccion local ó hipertrofia de algun órgano.

---

(1) En tal sentido afirma Mr. Vignoli «que la esencia de la facultad psíquica consiste en la coordenacion espontánea y consciente de los medios en relacion á un fin.»

En este sentido nos parece perfectamente lógico el estudio que hace el Sr. Giner en su libro (pág. 65), de la sensacion y de las célebres leyes de Weber y Fechner, que tratan de medir el hecho complejo psico-físico de la sensacion por la impresion material.

Después de tanto y tan precioso estudio como se ha hecho de la sensacion, puede todavía repetirse con Aristóteles que la sensacion es el acto comun de lo sentido con el senciente, el cual comienza á discernir los elementos complejísimos que concretamente se le ofrecen en la sensacion al ser modificado ó afectado su organismo, merced á impresiones ó excitaciones materiales. Pueden seguramente dichas excitaciones como punto inicial para el sacudimiento de las extremidades nerviosas del organismo servir para medir la intensidad de la sensacion. Tal ha sido el comienzo de las observaciones psico-físicas, resumidas de las dos leyes trascritas en el libro de que tratamos (pág. 69).

Hemos de atrevernos, sin embargo, á recordar al Sr. Giner que si el punto inicial de la sensacion procede de la excitacion material, no se puede ni se debe prescindir (como á veces han prescindido Fechner y Weber) del senciente, del organismo y de su estado que ha de modificar necesariamente la impresion en él producida. El organismo sensible, aparte la complexion de su estado y circunstancias, tiende por ley ingénita á que toda alteracion producida por la sensacion decrezca y áun gradualmente desaparezca, pues siempre representa la impresion un sacudimiento de las extremidades nerviosas, cuya excitacion aspira á vencer, restableciendo *su equilibrio*. Esta ley real y positiva, la ley en virtud de la cual la sensibilidad corporal tiende inconsciente ó conscientemente á restablecer su equilibrio, debe tenerse en cuenta para explicar, por ejemplo, por qué el esceso del placer le hace perder su intensidad y á veces convertirse en dolor, (1) por qué las sensacio-

(1) «Para que tengamos conciencia de una accion, se necesita un cambio de impresion de cualquier clase. Se ha observado que si persiste una accion

nes repetidas pierden intensidad, y requieren luégo, segun la ley de Fechner, un aumento cada vez mayor en la excitacion, por qué si crece en demasía la excitacion (que es á lo que se refiere el límite reconocido por Fechner á su ley) puede llegar á agotar la sensibilidad, y finalmente por qué pierde toda discrecion y distincion el que siente ante una excitacion fortísima, sin que logre nunca percibirse si acaso más que la sensacion genérica del dolor ó malestar, cuando no produce (por ejemplo un golpe contundente) un estado de anestesia.

Este conjunto de circunstancias complejísimas influyen, segun nuestro humilde juicio, en la medicion posible de la intensidad de las sensaciones tanto ó más que la excitacion, único elemento, apreciado hasta hoy en todos los trabajos de la psico-física. El estado de los sentidos, la tendencia de la sensibilidad á establecer su equilibrio y además la necesidad casi indeclinable del organismo corporal de existir y áun vivir en consonancia con el medio ambiente son elementos reales, de que no se puede prescindir, pues son coeficientes tan importantes como el crecimiento de la excitacion para apreciar la intensidad de las sensaciones.

Observemos, por ejemplo, una excitacion exageradísima, que perturba ó hace desaparecer temporalmente alguno de aquellos elementos, y notaremos que la sensacion pierde enseguida su carácter específico para llegar, á lo más, á ser una sensacion genérica, indeterminada, de dolor, en la cual es casi imposible ejercitar la funcion intelectual de la percepcion. Además, abrigamos el temor de que midiendo la intensidad de la sensacion sólo por el aumento de la excitacion, pierde la primera su carácter psico-físico y queda el alma limitada á la funcion reactiva, sin que se halle explicacion satisfactoria para su espontaneidad. Y la exigencia de atender á lo corporal

constante y la misma sobre nuestros sentidos, produce el mismo efecto que la ausencia de toda accion. Un relojero no se apercibe del ruido constante de sus relojes, á no suponer que se detienen todos en un momento: A. Bain Hobbes, dice: «es casi idéntico para un hombre sentir siempre la misma cosa y no sentir nada.»

para explicar la vida anímica no autoriza la identificacion de ambos elementos, ni mucho ménos es legítimo que se haga depender en absoluto la realidad y vida del alma de la excitacion material ó de la impresion orgánica. En tal caso, presumimos que todo efecto habría de ser semejante á su causa, sin esceder á ésta, lo cual no es verdad, ni áun para el organismo corporal, pues segun dice Gratiolet (1), una causa tan pequeña como el cosquilleo puede producir como efecto la muerte, porque ni áun el cuerpo es mecánicamente reactivo sobre las impresiones recibidas, sinó que recibe las impresiones y sobre ellas reobra, merced á fuerza propia, espontánea Sin la espontaneidad, no se explica la vida del alma, ni el proceso complejo de la percepcion de las sensaciones, percepcion que corrige después las engañosas apariencias de las impresiones, pues, segun decia La Fontaine, «si el agua dobla un palo, la razon le percibe recto.»

Aun cuando quisiéramos exajerar el tono descontentadizo. usual en el crítico, no lograríamos hallar qué objetar al contenido doctrinal restante de la psicología general, desarrollado en el libro de que tratamos con un espíritu altamente científico.

En la psicología especial son muy dignas de tenerse en cuenta las aplicaciones que de la doctrina general ya expuesta, hace después el Sr. Giner para el conocimiento más acabado del ejercicio del pensar, sentir y querer.

Por no prolongar demasiado este difuso trabajo no hacemos mencion especial de algunos puntos magistralmente tratados en la última parte del libro de que nos ocupamos. Terminemos, pues, dando nuestra más cordial enhorabuena al Sr. Giner por la publicacion de sus *Lecciones de psicología*, y recomendando eficazmente la lectura de libro tan útil á todo el que se interesa por la verdad y la ciencia.

---

(1) «Si el arco nervioso fuera simplemente un conductor y no fuera modificado por algun agente particular, la energía de la reaccion sería necesariamente proporcional á la energía del estímulo. La experiencia demuestra que no es así, pues un estímulo débil puede producir una reaccion fuerte y recíprocamente.»—GRATIOLET.

ANÁLISIS DEL PENSAMIENTO RACIONAL

POR

DON JULIAN SANZ DEL RIO

Análisis del pensamiento racional es el título de la primera, entre las varias obras inéditas de Sanz del Rio, que dan á luz los fideicomisarios de tan ilustre pensador.

Deplora más que nadie el autor de estas líneas verse en cierto modo obligado á formular un juicio, cual lo exigen las condiciones de la crítica actual, sobre una obra, cuyo valor no puede aquilatarse en una primera lectura.

Para decir algo de un libro de Sanz del Rio es de imprescindible necesidad prevenir anticipadamente dos clases de juicios, que, á pesar de lo frecuentes que son y de que han obtenido carta de naturaleza entre las gentes cultas, pecan de demasiada ligereza y acusan en quien los formula, á veces pereza intelectual, en ocasiones, pueriles deseos de seguir la corriente de la moda, cuyo despotismo llega hasta la república de las letras, y en algunos preocupaciones y áun intereses de partido ó escuela, que no hemos de apreciar.

A modo de mecanismo físico, se asocian entre nosotros los nombres de *Sanz del Rio* y *Krausismo* (escrito con dos *ss*), y comienza á hablarse como de cosa ya conocida y áun defi-

nitivamente juzgada. Con motes terminados en *ismo*, y entre ellos el primero el de *Panteismo*, se atribuyen á Sanz del Rio un conjunto de conclusiones que constituyen materia asáz vulnerable para que la encopetada sociedad de las reputaciones forenses de un lado, y la chispeante paradoja de los artistas de otro, formen séries de elucubraciones en que campean libremente una fidelidad muy cuestionable en los asertos, que se le atribuyen con argumentos, verdaderos *tours de force*, que son mezcla de alegatos autoritarios y de dioses tutelares, pedestal inconmovible de casos y cosas, algo ajenas, á nuestro entender, al espíritu y tendencia de la enseñanza emprendida por Sanz del Rio. Ayudan á esta empresa algunos partidarios de los que se llaman las últimas evoluciones del pensamiento contemporáneo, ya rebatiendo sueños metafísicos, haciendo filosofía de *tejas abajo*, ya exponiendo que la ciencia novísima puede ser archi-conservadora. Unamos á este ejército de enemigos los que abrigan pretensiones exageradas de pulcritud académica y que no vacilan en estimar todas las obras de Sanz del Rio como un martinete de palabras, y habremos indicado los elementos repulsivos á una cosa que no existe ó cuyas manifestaciones desconocemos, lo llamado *Escuela krausista*, contra la cual se fabrica miedo y alarma, no sabemos por quién ni para qué.

Cuando se cree que los síntomas de muerte en el pensamiento son la intolerancia religiosa y la no ménos grave de escuela, cuando se proclama como condicion ingénita de todo sentido científico la reflexion libre y se cimenta la educacion en el esfuerzo individual, y cuando se trata de enseñar á pensar más que de imponer pensamientos hechos, tendencias que se descubren en todos los trabajos de Sanz del Rio, podrá estimar la obra por él emprendida como se quiera; pero no deberá jamás atribuirse á tan respetable maestro resultados y conclusiones que, léjos de constituir el núcleo de sus propósitos, son aspiraciones contrarias á las que constantemente le animaban. Que no fíe el lector desapasionado en mi afirmacion desauto-

rizada por lo poco que alcancé de su enseñanza; pero que aprecie y estime por sí el *spiritus intus* del sentido científico del que fué catedrático de la Universidad Central, leyendo y meditando sus propias palabras. «Lo que yo propiamente en»seño (1) es el método y ley de indagar la verdad filosófica, »la orientacion en este camino... Mas la indagacion, y mejor »su resultado, toca á cada uno y á todos libremente como »cosa, en la que pueden y *deben*, en cuanto filósofos, ser jue»ces—conjueces—de lo que digo... no se trata, como se dice, »de hacer *doctrina* ni *escuela:* cosa que en general repruebo »como impropia de la filosofía y que condeno ó rechazo ente»ramente.»

Este exagerado prurito de análisis y de libre indagacion, este perspícuo sentido crítico, enemigo de toda conclusion doctrinal obligaba á Sanz del Rio á mantener contínua lucha entre el pensamiento y su expresion, que siempre le parecia ó poco exacta ó muy precipitada, á volver incesantemente sobre lo ya pensado, para educir de su fondo nueva luz y más ámplias consideraciones, repitiéndose constantemente y á desconfiar, hasta un límite escesivo, de la fuerza nativa y de la concepcion espontánea del espíritu. Parece así la inteligencia víctima de una obsesion inexplicable; la habitual pereza que nos domina queda torturada ante exigencias científicas cada vez mayores, y lo nímio de los resultados de nuestros repetidos esfuerzos desanima por el pronto. Así es que, segun dice exacta y concisamente el laborioso y modesto coleccionador de los manuscritos de Sanz del Rio: «anotaba sus ideas, no las redactaba, porque escribia para sí, no para el público.» No debe, por tanto, extrañar la dureza del estilo en obras, cuyo principal punto de mira es dar intension reflexiva al pensamiento y cualidad científica á las ideas. Estas faltas que nos apresuramos á señalar, dando prueba de imparcialidad á los enemigos de tan ilustre pensador y que se revelan en la

(1) *Análisis del pensamiento racional.* Nota pág. XXV.

obra de que al presente tratamos, porque está formada con manuscritos de distintas épocas, eran justificables para su autor, áun conociendo que las exageraba, por la idea que tenía del genio y carácter de nuestra raza. Pueblo, dado en demasía á síntesis precipitadas, raza de fantasía poderosa y de reflexion pobre la española, tan amiga de conclusiones incontrovertibles como contraria á la laboriosa gestacion del pensamiento crítico, necesitaba, segun la opinion de Sanz del Rio, una disciplina intelectual algo severa, semejante en parte á la aplicada por Sócrates á rebatir en su tiempo á los sofistas.

Hasta qué punto exageraba la trascendencia de semejantes circunstancias ó hasta qué límite es justificable dicha pretension, ni podemos ni debemos dilucidarlo en estos instantes, en que comienza á dar frutos la enseñanza de Sanz del Rio.

No queremos extendernos más en estas consideraciones, suficientes para explicar leal é ingénuamente lo infundado de juicios, aseveraciones y calificativos, encaminados á poner en situacion desairada la conducta virtuosísima y la existencia laboriosa del autor del *Análisis del pensamiento racional*, pues ya es hora de que expongamos el juicio que nos merece el problema examinado por Sanz del Rio en su obra.

Procediendo el espíritu humano, por ley ingénita en su naturaleza, á darse cuenta de sí mismo y de cuanto le rodea; aspirando á adquirir conciencia ó á sabernos de lo que somos y de lo que es la realidad que nos circunda, nos encontramos con cierta suma de conocimientos é ideas, procedentes de nuestra educacion, de las enseñanzas á veces dolorosas que ofrece la experiencia de la vida y de desprendimientos indirectos de la cultura social y áun de la ciencia ya formada. A orígen tan complejo se debe lo llamado cultura del *sentido comun*. Convertir el *sentido comun* en único criterio de verdad, subordinando á él toda exigencia científica, es decapitar la inteligencia, desconocer que tal estado es contradictorio por su orígen complejísimo y por su génesis de aluvion; es, en una palabra, justificar nuestra pereza intelectual y copiar servil-

mente, salvo ciertas conveniencias de forma, el segundo de los tipos de la obra magistral de nuestro Cervántes. Considerar el *sentido comun* como el tesoro de nuestra cultura, que debe ser gradualmente rectificado y acrecentado, gracias al trabajo reflexivo del pensamiento que depura y discierne, según su ley, las contradicciones inevitables de aquél; examinar lo complejo de su formacion, inquiriendo norma que regule sus aplicaciones á la vida; estimar, por último, el sentido comun, si vale la frase, como *estado dinámico*, del cual brotan exigencias científicas, es disponerse á concebir como término superior y comprensivo del conocimiento comun el reflexivo y científico.

De semejante base procede Sanz del Rio para sorprender con su diligente observacion la tendencia nativa en el espíritu humano á reformar y rectificar lo imperfecto y contradictorio de sus conocimientos. Que nuestro pensamiento habitual comienza siempre, y áun se mantiene en particularismos exclusivos, sin que nos movamos á pensar más que aquello á que damos un interés momentáneo; que menospreciamos el saber y nos incapacitamos para él temporalmente; que nos repugna cuanto no cuadra con nuestra habitual manera de pensar, sentido estrecho y subjetivo del cual proceden después todos los escolasticismos, y que nada sabemos fijamente, son conclusiones á que se llega de un modo inevitable y «que hacen verdadera la exclamacion (1) de los sinceros en momentos de lucidez racional: *¡Nada sabemos! El mejor saber es el que ignoramos*. Este camino que llevamos, tras un rayo de ciencia, que él mismo no nos suele satisfacer, nos trae una atmósfera y mundo entero de ignorancia.»

En situacion tan crítica y áun negativa del valor de nuestro pensamiento, surgen presentimientos más ó ménos precisos de las relaciones que existen entre las diversas ciencias, así como tambien de la influencia innegable, por lo provechosa y fecun-

---

(1) *Análisis del pensamiento racional*, pág. 4.

da, de la ciencia en su aplicacion á la vida, que despiertan algo más que el instinto de la curiosidad; anunciándose ciertas energías del pensamiento propio, espontaneidades ó ideas que nos obligan á formar una especie de concepcion general ó vista en conjunto de todo nuestro saber. A este movimiento corresponde lo que llamamos nuestras ideas, la especial manera de filosofar y áun concebir las cosas. Así surje por *contrariedad* el sentimiento, gradualmente convertido después en reflexion, de la necesidad de la filosofía; necesidad tanto más viva, cuanto que aspira á dar cualidad científica á todas nuestras ideas, por cuya razon no vacilamos en declarar que la primera tendencia del pensamiento culto á la filosofía se representa en filosofía crítica. De este modo se explica, en efecto, que todo período crítico en la historia del pensamiento es anuncio seguro de un nuevo progreso; y se justifica tambien que lo que pudiéramos llamar horas solemnes de la vida del pensamiento, se halla caracterizado por crísis, cada vez más profundas y laboriosas, y por síntesis á cada paso más ámplias y progresivas (1). Sería tarea relativamente fácil comprobar tales afirmaciones con ejemplos repetidos que ofrece la historia; supla por nosotros la buena discrecion del lector trabajo semejante, que nos apartaria demasiado de nuestro fin. Repare, sin embargo, para confirmar la tendencia crítica de todo pensamiento culto, que trata, lo primero, de justificar su propia existencia, cuán propio nos parece el estado de pensamiento de Kant, el de un idealismo subjetivo, en el cual toma nuestro pensamiento la posicion que por el pronto le parece más adecuada para emanciparse de todo lo contradictorio que existe en el sentido comun.

Al ponerse en accion refleja el pensamiento, sin que el espíritu se satisfaga con el pensar simple (lec. tercera); al notar la múltiple série de relaciones en que se manifiesta todo objeto y el pensamiento mismo como tal, aparece el sentido cien-

---

(1) V. pág. 22, La Filosofía en su Historia, p. III.

tífico, comienza la gradual elevacion del pensamiento y nace la exigencia de lo llamado por Sanz del Rio *pensamiento racional*, objeto principal de exámen en su obra. Entramos ya en el mundo de los sueños metafísicos, dirá algun positivista empedernido, y añadirá tal vez algun órgano respetable del sério formalismo, que nos circunda, que es de urgente necesidad clasificar tal obra y su autor de modo que ni nombrar queremos.

Ni nos apercibimos de semejante ingreso en regiones supraterrenas, ni hallamos en todo esto más que cumplida la ley de continuidad del pensamiento reflexivo, todo ello con una simplicidad de elementos y con una emancipacion de supuestos que nos autorizan para estimar el pensamiento como resultante obligada de precedentes innegables y de consiguientes, que se educen del fondo mismo de lo pensado. Que nuestros pensamientos, áun siendo todos relativos, como dijo Kant, exigen un órden y jerarquía interior en sus relaciones, siendo preciso elevarnos gradualmente á dicho órden, nos parece una verdad, que comprueban igualmente las aspiraciones nativas de la inteligencia humana y los supuestos de todos nuestros razonamientos. De suerte, que el pensamiento racional es pensar relativo; pero desde la primera relacion, y en *série ordenada* de relaciones, cuyo órden está implícito en la unidad de lo pensado y cuya série vá mostrando la misma evolucion fenomenal del objeto, adaptándose nuestras ideas y pensamientos á la realidad relativa que el objeto ofrece al conocimiento.

La consideracion de las propiedades del pensamiento racional, que ocupa casi todo el libro que examinamos, vá acompañada de apreciaciones históricas de una trascendencia inestimable, de un análisis lógico detenido y riguroso de las esferas del conocimiento y de multitud de pruebas de «que todo pensar relativo del objeto (1); sin el pensamiento racional, de-

(1) *Análisis del pensamiento racional*, pag. 57.

»clina y cae en indefinida relacion, en *abstracta idealidad.*» La célebre cuestion de Nominalistas y Realistas en la Edad Media, la contínua reproduccion del problema por todo el decurso de la historia del pensamiento desde el idealismo *abstracto* platónico hasta el idealismo *absoluto* hegeliano (página 137) y su más alta manifestacion en las superiores concepciones de Hegel, son estimadas en el libro de que tratamos como otros tantos anuncios y fecundas enseñanzas de la impotencia en que se mueve todo idealismo subjetivo, cuando trata de hallar el principio del conocimiento en los procedimientos abstractos de la generalizacion, olvidando lo complejo y orgánico de la relacion en que el conocimiento consiste.

Aunque en el *Análisis del pensamiento racional*, donde su autor sigue con una circunspeccion admirable la ley de la crítica filosófica, se considera el problema lógico (el del conocimiento) con cierta independencia del ontológico, jamás la especulacion se violenta con ideas preconcebidas, nunca se precipita el análisis, siempre vá la elaboracion de la inteligencia acompañada de los resultados que ofrece como exigencias ineludibles la razon comun. Rebatir la idea abstracta de lo individual y de la individualidad; hacer notar que en medio de lo genérico y comun descubre el indagador infiltrada la realidad misma del objeto, de que prescinde por esfuerzos de abstraccion el distraido y cimentar la dificultad aneja al valor objetivo del conocimiento en el nexo y punto de cruce, que implícita ó explícitamente suponemos para poder dar enlace á todos nuestros pensamientos relativos, son condiciones y notas comprobadas repetidamente por el diligente y perspícuo análisis á que sujeta Sanz del Rio el pensamiento, á fin de que las percepciones sucesivas que adquirimos de los objetos hagan resaltar la *indefinicion* en que quedan, admitiendo sólo la simple referencia de unas á otras. Llevando de esta suerte la atencion en todas direcciones, reconociendo la complexion con que el conocimiento se constituye y haciendo notar que nuestras percepciones no proceden en absoluto de

nuestra actividad subjetiva, pues se educen de su fondo de realidad, en el cual colabora á su modo proopio la presencia del objeto como cognoscible, se dispone el espíritu á concebir el carácter orgánico del conocimiento y á declarar que la unidad del objeto, ó reconocida ó supuesta, es el principio genético de todas nuestras percepciones relativas.

Late, pues, en el seno de las cuestiones, debatidas en el *Análisis del pensamiento racional*, el mismo problema puesto en tela de juicio por la crítica contemporánea: el de hallar principio y base de interna composicion entre las direcciones encontradas—Empirismo é Idealismo—que se han dividido y aún dividen el pensamiento humano, de donde procede el infundado divorcio entre la especulacion y la experiencia.—No pretende resolver de plano el problema la obra que examinamos; son más modestas sus aspiraciones, declaradas por su autor, que sólo trata de *orientar en su camino* y mostrar la base de juicio que puede y debe aplicarse á la apreciacion y estima de la historia del pensamiento cuyo estudio no adquiere cualidad científica sin dicha condicion.

La disposicion progresiva del pensamiento de cada uno para adquirir conciencia de la necesidad de dicho principio, mediante la reflexion propia sobre lo relativo del pensamiento comun, es el fin que principalmente se persigue en el libro de que hablamos; precedente inescusable para que comience en el espíritu lo que Sanz del Rio llama *la vida del pensamiento racional*, *la Filosofía científica* (pág. 13), que ha de hacer cesar el divorcio que existe entre la especulacion y la ciencia.

Sería trabajo ingrato considerar paso á paso la profunda y delicada observacion que, á través de repeticiones y nuevas llamadas á aspectos distintos del problema, sigue Sanz del Rio en el exámen de esta que podemos llamar la primera y más importante cuestion de la ciencia, la que ha de librarnos de dualismos inexplicables, preparando mediante educacion racional del pensamiento la concepcion del conocimiento como una composicion sintética que se inicia cronológicamente con

percepciones relativas, pero que se constituye sistemáticamente gracias á principios y verdades implícitas en el fondo de lo pensado.

Es cierto que hasta el presente parece la crítica negativa, que es la resultante del análisis de Kant, el jaque-mate de toda construccion científica, que anhela dar valor objetivo á sus percepciones. Pero si no fueran suficientes contra la pretension de considerar definitivo el análisis de Kant, las voces íntimas de la sana razon comun, que protesta de hecho contra las conclusiones negativas de la crítica kantiana, dando valor y realidad á nuestros conocimientos por cima de las antinomias del pensador de Kœnisberg; si espíritus descontentadizos ó dominados por invencible pereza intelectual, tan amigos de conclusiones hechas como enemigos de sujetar su pensamiento al poderoso yunque de la reflexion propia, quieren dejarse seducir y áun desean seducir á los demás con el progreso innegable de las doctrinas positivistas suponiendo que pueden señalarse límites arbitrarios á lo incognoscible; si se cree, por último, que con un nombre ó mote para calificar la eterna aspiracion del espíritu á formar conciencia de sí y de toda la realidad, quedan contestadas las cuestiones que han sido y serán el alfa y la omega de la filosofía y de la ciencia, recordaremos que en el problema planteado y examinado por Sanz del Rio inside todo el contenido y el valor de la ciencia humana, sin que valga eludirle, pues sale constantemente al paso.

De ello ofrecen declaraciones bien explícitas todos aquellos pensadores que en la hora presente parecen marcar el derrotero á los espíritus cultos, por ser los más fieles representantes del sentido científico y de la intencion filosófica que se aunan y conciertan en las inteligencias superiores. Si Wundt declara el problema lógico y su relacion con el ontológico como *alma mater scientiarum*, Spencer muestra como base ó punto final de todas nuestras percepciones relativas el *principio de lo indiscernible*. Aunque Hartmann estima sólo la conciencia en la distincion relativa de los términos, educe la cualidad cons-

ciente de lo que llama *Principio-madre* de todo fenómeno, el fondo inconsciente que inside en toda percepcion conscia, y no vacila en declarar «que la separacion que existe hoy (1) entre »la filosofía y la ciencia, entre la experiencia y la especulacion, »es semejante á la que hay entre dos mineros, que al caminar »por galerías subterráneas y opuestas oyen el ruido de sus »golpes á través del muro que los separa y saben que *han de* »*encontrarse*, aunque ignoren determinadamente el *punto de* »*cruce*.» Al lado de tales autoridades aún puede citarse la de Lange, que en su noble aspiracion de concertar la ciencia con la filosofía, condensa su pensamiento diciendo que el sentido científico y filosófico consiste en tener *espíritu de libre síntesis*.

Más ó ménos cerrado en un tecnicismo que parece propio, es lo cierto que el problema planteado por Sanz del Rio en los manuscritos que han servido para la publicacion del *Analisis del pensamiento racional*, es el problema más capital de la ciencia, y, por tanto, no vacilamos en declarar provechosa y fecunda la lectura de dicha obra, siquiera para hacer tal declaracion ni nos muevan intereses de escuela, ni nos atribuyamos una autoridad de que carecemos, pues no aducimos en pró nuestro y en descargo de la fatiga que hayamos podido causar al lector, más que nuestra pureza de intencion y nuestro desinteresado amor á la verdad.

(1) *Philosophie de l'Inconscient.*

GOETHE

Wilhelm Meister, version castellana de José de Fuentes.—*Años de aprendizaje.*

De omnibus rebus et
quibusdan aliis.

A riesgo de que se nos tache de entusiastas del gran poeta aleman, no titubeamos en declarar que el Sr. Fuentes ha prestado un servicio por demás estimable á la cultura patria, ofreciendo una version correcta y exacta á nuestra lengua de la novela, si no la mejor, la más compleja, de Gœthe.

El Sr. Fuentes entiende, y con él nosotros, que la verdad y la belleza no tienen patria, y que conviene á la literatura moderna facilitar el cambio y comercio entre las ideas. Lo que nos extraña es que el Sr. Fuentes, poeta fácil y correcto, escritor distinguido, no haya puesto un prólogo á su traduccion. Acaso ha exagerado su modesta aspiracion, y recordando al autor del original, ha querido guardar ante él el *silencio pitagórico* que se apodera del ánimo ante las grandes creaciones del genio.

Como nosotros ya hemos cometido el pecado de decir ó repetir algo de lo mucho que se ha escrito y aún se puede escribir sobre las obras de Gœthe, hemos de indicar, á vuelapluma, la importancia y trascendencia de la novela, cuya pri-

mera parte, aunque no completa, ha vertido elegantemente al castellano el Sr. Fuentes.

Fausto en prosa han llamado algunos críticos el *Wilhelm Meister*, de Gœthe, porque en esta novela parece que su autor ha ido delineando los moldes en que vaciar la inmensa riqueza de enseñanza y cultura recogida en la vida del teatro y de la sociedad.

Esta novela, en sus dos partes (años de aprendizaje y años de viaje), ha sufrido, ántes de ver la luz, grandes modificaciones en su confeccion y desarrollo. Ganoso Gœthe de narrar su accidentada y complejísima vida, merced al ***simbolismo personal***, que constituye la norma de toda su inspiracion artística, ha personificado con el velo de la ficcion en el protagonista de la novela, en Guillermo, cuantos episodios y cuantas enseñanzas ha recogido Gœthe de su vida en el teatro y de su trato en la sociedad.

En tal sentido, desmerece grandemente el alcance artístico de esta novela, sobre todo si se compara con la magistral del mismo autor, con el *Werther*. Supeditado el *Wilhelm Meister* á un pensamiento preconcebido, á un cuadro en el cual, por sus vastas proporciones, la inspiracion artística es un elemento secundario, más que obra poética parece, á veces, segun el mismo Gœthe la llamaba, testamento ó legado poético, en ficcion de su propia existencia. Obra de tésis, como ahora se dice, *tendenciosa*, declina necesariamente en la inspiracion genial, y la belleza que en ella se descubre es fragmentaria y á veces cuestionable; pues no debe olvidarse que, como Gœthe es grande en todo, cuando se pone á ser fastidioso lo es hasta el punto de que ha podido ser llamado por un célebre crítico el *Júpiter pluvioso del fastidio*. Sin embargo, merece la novela ser leida, y en ella existen inspiraciones geniales; basta para avalorar su mérito artístico la creacion de Mignon, personaje del cual hemos dicho en alguna parte (1) que es «criatura

(1) V. GOETHE. *Ensayos críticos*.

equívoca, alma que ruje ó sonríe ante el despertar de feroces pasiones ó ante el recuerdo de sentimientos pueriles, y que parece una X de ecuacion insoluble en el problema de la naturaleza humana. Mignon parece tela imperceptible, cuyos pliegues hacen presumir hácia el protagonista, en sus rápidas manifestaciones, sentimientos bien contradictorios, que gusta el poeta rodear de todas las más preciadas galas de su ingenio, penetrando en una vaga iniciacion de creencias semi-bohemias, de esperanzas al parecer místicas y de idealismos sin consistencia, como si el autor se hubiera complacido, al retratar este tipo, en dar rienda suelta á todas aquellas viriles y elevadísimas inspiraciones que su alma conservaba de su antiguo idealismo.»

Cuándo decae el interés y áun la virtualidad artística de la novela, es porque el autor, dominado por su teoría del arte docente, más cuida de subordinar la obra á su tésis que hacer surgir la emocion estètica; porque en esta debatida cuestion del arte por el arte nunca se tiene en cuenta lo que debe ser legítimamente el *arte tedencioso* ó docente, que dentro de sus justos límites ha de convertirle en una de las potencias y virtualidades más fecundas del progreso humano.

Que no han sido siempre felices estos ensayos lo muestra nuestro poeta y lo enseña tambien el gran vate francés Víctor Hugo. Ambos son *mineros de lo ideal*, ambos ofrecen á la mirada del crítico su obra magistral, artística: el uno su *Werther*, el otro su *Nuestra Señora;* los dos presentan después ensayos del arte docente; el primero, su *Wilhelm Meister;* el segundo, sus *Miserables*. Aun cuando la verdad obliga á proclamar la superioridad de aquellas primeras producciones frente á las segundas, hay que reconocer que el arte ha de seguir por estos nuevos caminos si ha de ser sol fecundante de esta complejísima y majestuosa cultura moderna.

Necesita la creacion artística ser educida del espíritu colectivo, personificar en la concepcion del genio lo universal, condensado por su mirada de águila, y no separar dicha concep-

cion y la emocion estética, que difunde en las almas, del resto de las energías vitales, cual si al poeta pudiera serle lícito cantar ampulosamente filigranas y estructuras externas, sin trascendencia ni eficacia reales. Y no es esto pretender que el poeta cante determinados ideales, pues entendemos que tan legítimamente es vate (profeta), espíritu que mira al porvenir, como cantor de preciadas glorias que fueron; pero sí creemos que el artista ha de herir con su inspiracion y excitar con su genio el interés complejísimo del espíritu colectivo. Por tal razon, somos decididos admiradores de estos dos grandes poetas, cuyos ensayos de arte trascendente ofrecen los mismos contrastes y presentan los mismos puntos de contacto que se descubren entre las manifestaciones del espíritu colectivo donde liban su inspiracion.

La ciencia reflexiva, igual y uniforme, hasta el punto de ser difícil conservar ante su marcha majestuosa la individualidad, no caracteriza, como el arte, que es condensacion genial, personalísima del espíritu de un pueblo ó de una sociedad, el medio en que se vive. Así es, que nosotros entendemos que la personificacion característica del genio aleman hay que buscarla en Gœthe y en sus obras; y la del genio francés, en V. Hugo y sus creaciones. Ambos revelan grandes contrastes; los dos hacen patentes las altísimas condiciones del espíritu, en que se inspiran, sin ser capaces—que por algo toda obra humana, áun la del genio, es limitada—de ocultar la deficiencia del pueblo en que viven y de la atmósfera social y moral que respiran. Gœthe, áun en la época de su realismo naturalista y experimental, peca por simbólico, por amigo de la penumbra, y de cierta filtracion metafísica, que es proverbial entre los germanos. V. Hugo, ya en su decrepitud, es todavía ampuloso, formalista, y tiene verdadera debilidad por el retruécano de la frase. Aquél y éste han presenciado luchas sangrientas, hecatombes innarrables, sostenidas por el genio aleman contra el francés y viceversa. Fiemos en que un nuevo Alejandro Magno, sin espada ni guerras, determine

en su dia la conjuncion, el sincretismo, semejante al greco-oriental del heroe macedon, del genio latino con el germano, y fiemos en que de tal sincretismo, ha de educir el progreso social el verbo de las nuevas edades, la *ciudad ideal* que dice Gœthe, el reino del derecho y de la justicia, que acaricia Víctor Hugo. A empresa tan noble habrá de colaborar el arte, que es una energía social importantísima, y en esta colaboracion habrán de estimarse en su dia como piedras miliarias, como faros de intensa luz, que disiparán las tinieblas y penumbras del espíritu humano, las grandes inspiraciones, los amores viriles de estos dos genios que gritan en sus obras de arte docente, llamando á la paz y á la concordia, en medio de la guerra, y señalando como tierra de promision, Gœthe *la luz, el amor y la vida*, y *V. Hugo la igualdad, la fraternidad y la justicia.*